

Henry R. Haggard

Ella

INTRODUCCIÓN

Al publicar esta narración, que, aun considerada como una mera novela, contiene las más misteriosas y peregrinas aventuras acaecidas a seres mortales, créome obligado a explicar cuál es la verdadera relación que con ella tengo. Hago constar, desde luego, que no soy el autor sino el editor de tan extraordinaria historia, y paso ahora a decir cómo llegó a mis manos.

Algunos años hace, estaba yo, el editor, parado en la habitación que un amigo tenía en una de las universidades de Inglaterra, -Cambridge, por ejemplo-, cuando andando cierta vez por las calles de la ciudad llamóme la atención el aspecto de dos caballeros que vi pasar, tomados del brazo.

Uno de ellos, sin duda el más joven, era muy alto y ancho de espaldas, muy vigoroso al parecer, y la gracia natural de su porte me recordaba la del ciervo montés.

Además, su rostro era irreprochable, tan bello como bondadoso; y al descubrirse para saludar a una señora que pasaba, vi que tenía ensortijados los rubios cabellos.

- ¿Has visto a ese hombre? - pregunté a mi amigo, que paseaba conmigo -. Parece una estatua de Apolo ambulante... ¡Qué buen mozo!

-Tienes razón; es el hombre más hermoso de la Universidad, y también uno de los más amables. Le dicen el *dios griego*. Pero, mira al otro; es el tutor de Vincey que así se llama el buen mozo; le han puesto por apodo "*Caronte*", y tiene reputación de ser persona muy instruida.

Efectivamente, vi que el otro, de edad más madura, era tan interesante, a su manera, como el espléndido ejemplar de la humanidad a quien iba acompañando. Parecía tener unos cuarenta años, y era tan feo como hermoso el otro.

De estatura menos que mediana, de piernas combadas, sumido el pecho y los brazos de una largura desmesurada. Tenía los ojos pequeños y el pelo le crecía desde muy abajo, dejándolo casi sin frente. Como las espesas patillas, cortadas rectamente, se le unían al pelo, apenas si le quedaba despejada una escasa parte de las facciones. Parecía un gorila, y sin embargo, su mirada me pareció tan simpática y genial que recuerdo que le confesé a mi amigo el deseo de conocerlo.

-Nada más fácil; conozco a Vincey y te presentaré.

Así lo hizo y conversamos con ellos durante un rato. Acababa de regresar yo de Cabo de Buena Esperanza, y nuestra conversación giró sobre los zulúes. En esto se nos acercaron una señora gruesa y una linda jovencita rubia, muy conocidas, al parecer, de Vincey el que se despidió de nosotros y se marchó acompañándolas. Recuerdo que me hizo sonreír el cambio de expresión que noté en el caballero de

más edad, cuyo nombre supe que era Holly, cuando reparó que esas señoras se nos acercaban. Dejó súbitamente de hablar, lanzó una mirada como de censura a su compañero y haciéndome una rápida inclinación de cabeza, nos volvió la espalda y se fue.

Dijéronme después que se le atribuía generalmente a Mr. Holly tanto terror al bello sexo como el que le tenía la mayoría de las gentes a los perros rabiosos, y que esto explicaba la precipitación de aquella fuga. En cuanto a Vincey puedo asegurar que en aquel momento no le demostró aversión al sexo femenino. Me acuerdo que, riendo, le hice a mi amigo la observación de que Vincey no pertenecía precisamente a esa clase de hombres que uno no tiene, reparo en que sean amigos de su novia, ya que sería muy probable que el conocimiento terminase por una transferencia de afectos.

La verdad es que era demasiado buen mozo, y lo que es más, no se notaba en él esa presunción que tienen generalmente los buenos mozos, y que con razón les enajena la simpatía de los demás.

Aquella misma noche me separé de mi amigo, y mucho tiempo pasó luego sin que supiera más de "*Caronte*" ni del *dios griego*. Lo cierto es que desde ese día hasta la fecha no los he vuelto a ver, y que probablemente no los volveré a ver jamás. Pero hace como un mes que recibí una carta y dos bultos, uno de los cuales era un manuscrito. Al abrir la primera vi que estaba firmada por L. Horacio Holly, nombre que en el primer momento no reconocí. La carta estaba concebida en estos términos:

"Universidad de Cambridge, Colegio de..., 19 de mayo de 18...

"Muy señor mío: Le sorprenderá, atendido lo cortas que han sido nuestras relaciones, que yo le escriba esta carta... La verdad es que me parece conveniente empezar por recordarle que hará hoy unos cinco años que nos conocimos, siendo presentados a usted mi pupilo Leo Vincey y yo, en una calle de Cambridge. Más paso al asunto que me hace escribirle, y le prometo que seré breve. He leído con mucho interés el libro que acaba usted de publicar sobre un viaje al África Central. Supongo que esta obra será veraz en alguna parte y en otra un esfuerzo de la imaginación. Sea lo que fuere, me ha hecho concebir una idea. El caso es que - y el cómo de ello lo sabrá usted por el manuscrito que le acompaño, que el portador le entregará con el escarabajo auténtico y el vaso original - mi pupilo, o más bien mi hijo adoptivo y yo, acabamos de pasar verdaderas aventuras en el África Central, de mucho más maravilloso carácter que las descriptas en su libro, y tanto, que no me animo a someterlas a su consideración, por temor de que usted no me crea. Pero dejando ese escrúpulo, van contenidas en ese manuscrito que yo, o mejor dicho, nosotros, habíamos determinado que no se publicaría durante nuestras vidas. Habría sido así. Si no fuera por una circunstancia recientemente surgida. Nosotros, por las razones que podrá juzgar después de leer el manuscrito, nos vamos a marchar de nuevo, al Asia Central esta vez, que es donde debe encontrarse la sabiduría, en caso de encontrarse en alguna parte sobre la tierra, y calculamos que nuestra ausencia será muy larga... quizá para siempre.

"Y con esa alternativa, nos hemos preguntado si estaremos autorizados para ocultarle al mundo la noticia de un fenómeno singularísimo, meramente porque en él está interesada nuestra personal existencia, o por temor al ridículo y la duda que nuestras afirmaciones inspiren. Yo tengo una opinión sobre el asunto y Leo tiene otra, y finalmente, tras largas discusiones, hemos decidido remitirle a usted la historia, dándole amplia facultad para publicarla, si lo cree conveniente, con la única

condición de que desfigure nuestros verdaderos nombres y cuanto se refiere a nuestra identidad personal, sin detrimento substancial de nuestra narración.

"¿Qué más le diré? No sé. & no ser que le repita que chanto se describe en el manuscrito citado pasó exacta mente como en él se refiere. En cuanto a ELLA, nada puedo añadir. Lamentamos más cada día el no habernos aprovechado mejor de las oportunidades que tuvimos para enterarnos de quién fuese esa mujer maravillosa...

¿Quién era ELLA?.. ¿Cómo llegó por primera vez a las cavernas de Kor, y cuál era su verdadera religión?.. Nunca pudimos cerciorarnos de ello, y ya no habremos, ¡ay!, de saberlo... Al menos no ha llegado aún el tiempo de que lo sepamos. Estos y otros problemas surgen en mi mente; mas ¿de qué serviría el plantearlos ahora? ¿Se encargará usted de la tarea que le encomendamos?.. Le damos la más completa libertad para ello, y en recompensa obtendrá usted, sin duda, el crédito de haber dado al mundo la historia -más extraordinaria que se conoce. Lea el manuscrito que he copiado, con letra clarísima, en su obsequio, y contésteme.

"Quedo Afmo. de usted.-L. Horacio Holly".

"P. D. - Por supuesto que el beneficio que resulte de la venta de la obra será para usted, que podrá disponer de él como le parezca, y en el caso de que el negocio diera pérdida, ya están enterados los señores Geoffrey y Jordán, mis apoderados, de que deben resarcirlo a usted. Confiamos el escarabajo, el vaso y el pergamino a su custodia hasta el día en que le roguemos su devolución. *Vale*".

Esta carta, como es natural, me sorprendió sobremanera; pero cuando pude librarme de, otros urgentes trabajos, y al cabo de unos quince días examiné el manuscrito, mi asombro creció de punto, como espero les pasará a los lectores, y desde luego resolví dedicarme a él. Escribí con ese objeto a Holly, pero a la semana recibí otra carta de los apoderados de éste caballero, en la que devolvían la mía informándome que su cliente y el señor Leo Vincey habían ya salido del país en dirección al Tibet, y que por el momento no sabían su dirección.

Y ya no tengo nada más que decir por mi parte. Dé la historia que sigue juzgará el lector por sí mismo. Se la ofrezco con poquísimas alteraciones del texto que recibí, hechas únicamente con el objeto de ocultar al público la identidad de los protagonistas. He tenido muy buen cuidado de suprimir los comentarios.

Inclinábame yo al principio a pensar que esta historia de una mujer embozada en la majestad de sus casi interminables años, sobre la cual caía la eternidad misma como si fuese la sombra del ala obscura de la noche, era una gigantesca alegoría cuya significación no podía comprender.

Me figuré después que sería una audaz tentativa para pintar los resultados posibles de la inmortalidad infundida en la substancia de un mortal que continúa nutriéndose de la tierra y en cuyo humano pecho siguieran las pasiones surgiendo y abatiéndose, siempre palpitando, como en el imperecedero mundo que la rodea, se alzan, decrecen y palpitan los vientos y las mareas incesantemente. Más conforme iba leyendo, abandoné también esta idea. Paréceme que está impreso evidentemente en el relato el sello de la veracidad. Quede su explicación para otros, y con este ligero prólogo, que las circunstancias hacían indispensable, presento el mundo de Ayesha y las Cavernas de Kor. - El editor.

P. D. - Debo también considerar otro punto que me ha impresionado mucho después de un repaso de esta historia, y quiero llamar sobre él la atención del lector. Se observará que nada existe en el carácter de Leo Vincey por los datos que sobre él

se nos ofrecen, que haya podido atraer hacia él, según la opinión de la mayoría, una inteligencia tan superior como la de Ayesha. Ahora, a mis ojos al menos, ni aun siquiera es particularmente interesante: más natural aparecería que Mr. Holly se le hubiera adelantado en su favor... ¿Será que, como los extremos se tocan, el mismo exceso y esplendor de su inteligencia la condujo, merced a alguna peregrina reacción física, a adorar ante el altar de la materia?... ¿No era aquel antiguo Kalikrates más que un hermoso animal, adorado por su belleza helena? ¿O será la explicación, según lo creo, esta obra a saber: que Ayesha, capaz de ver más allá que nosotros, percibió oculta en el alma de su amado el germen, la vacilante chispa de la grandeza, y sabía bien que bajo la influencia del don vital que ella podía darle, que ella regaría con su ciencia y calentaría con el resplandor de su presencia, podría abrirse el germen como una flor y tornarse la chispa en astro para' llenar al mundo de fragancias y claridades?... Tampoco a esto soy capaz de contestar, y debo dejar que el lector forme su propio juicio sobre las cosas que se 1e presentan.

CAPITULO I
RECIBO UNA VISITA...

GRÁBANSE algunos acontecimientos en la memoria, con sus aras mínimos detalles y circunstancias, de tal mudo, que no podemos olvidarnos jamás de ellos, por más que hagamos. Esto es lo que me pasó con la escena que voy a referir, y que ante mi mente surge ahora con tanta claridad como si ayer mismo se hubiera verificado.

Hace como unos veinte años que, en este mismo mes precisamente, yo, Ludovico Horacio Holly, me encontraba sentado en mis habitaciones de Cambridge, batallando con ciertos problemas de matemáticas, pues iba a presentarme dentro de una semana a concurso para un internado, y varias personas y compañeros tenían grandes esperanzas en que yo me distinguiría. Cansado al fin del trabajo, tiré mi libro, levánteme, fui a la chimenea, tomé una pipa de encima de ella y la llené. Sobre la repisa había una vela encendida, y detrás un espejo largo y estrecho que reflejaba nítidamente mi fisonomía. Mientras prendía la pipa, me miraba en el espejo y me quedé reflexionando. El fósforo ardió hasta quemarme los dedos; lo tiré y seguí mirándome y reflexionando, hasta que al fin exclamé en alta voz:

-Bueno... Comprendo que mis amigos esperen que haga yo algo con lo de adentro de mi cabeza, porque con lo de afuera estoy seguro de que no haré nada jamás...

Esta exclamación parecerá sin duda rara a cualquiera que la lea, pero hay que saber que yo aludía con ella a mis deficiencias físicas. La mayoría de los hombres, a los veintidós años de edad, se ven más o menos favorecidos por las gracias de la juventud; mas esto a mí me fue negado. Pequeño, trabado de estructura, mal puestas, casi deformadas las costillas, con los brazos larguísimos, duras las facciones, los ojos pardos, hundidos, allá dentro, bajo una frente estrecha casi tapada por un pelo negro y recio, que parecía un estropajo, una frente que era como un trole abandonado que las hierbas van cubriendo de nuevo; tal era mi aspecto hace un cuarto de siglo, y tal es actualmente, con muy poca diferencia. Como Caín, sentíame marcado por la naturaleza con el estigma de una fealdad anormal, mas dotado también por ella con una singular fuerza física y grandes potencias intelectuales: Tan feo era yo, que los jóvenes elegantes de la Universidad, aunque citaban con orgullo mis hazañas de fuerza y resistencia corporal, ponían ciertos reparos en salir a pasear conmigo. Natural era, pues, que fuese algo misántropo, y hasta huraño; que viviera y trabajase solo, y que no tuviera amigos íntimos..., exceptuando uno, quizá la naturaleza me había construido distinto a los demás, para que viviera aislado y no tuviera más consuelos que los que su propio seno me ofrecía. Las mujeres se horrorizaban al verme. Hacía una semana que me había llamado monstruo una-muchacha, y añadió que mi aspecto la había convertido a la teoría darwiniana... Verdad es que en cierta ocasión una mujer me demostró algún interés, y que yo derroché en honor; suyo todo el nativo afecto que por largo tiempo había estado ahorrando; pero una cantidad de dinero que debía haber venido a mis manos M a parar a otra parte, y ella entonces me abandonó. Le regué y le supliqué que no me dejara, como no le he rogado a ninguna otra persona viva en el mundo, porque estaba enamorado de su linda cara, porque la quería de veras; mas cha se levantó de súbito me tomó de la mano y me llevó frente a un espejo, y señalando a las dos imágenes, se dijo:

-Responda, amigo mío: ¿le parece que con una cara corno la suya pueda quererlo de balde una que la tenga como yo?..

Maldijera y huí. Entonces tenía yo veinte años nadar más...

Y parado ahora de nuevo ante el espejo de mi chimenea, me contemplaba, y sentía una especie de amarga satisfacción en encontrarme tan solitario, sin padre, madre ni hermanos, cuando de pronto oí que llamaban a mi puerta.

Antes de abrirla me detuve un rato. Era cerca ya de la medianoche, y no me encontraba dispuesto a recibir a nadie tan tarde. No tenía más que un amigo en toda la Universidad, quizá en todo el mundo. Sería… él tosió, entonces la persona que afuera esperaba, y corrí a abrir porque reconocí la tos.

Un hombre de unos treinta años de edad, que parecía haber sido muy buen mozo, entró precipitadamente, aunque con el andar vacilante por el peso de un arca de hierro que traía sujeta por una agarradera, con la mano derecha. Al colocar el arca sobre la mesa, vióse acometido de un violento acceso de tos. Tosió y tosió hasta que la cara se puso purpúrea y se echó luego en un sillón, escupiendo sangre. Puse un poco de whisky en un vaso y se lo di a beber, con lo que se sintió mejor, aunque su aspecto continuaba dando pena.

- ¿Por qué me has tenido esperando afuera, al frío, tanto tiempo? - me dijo-. Bien sabes que las corrientes de aire me matan...

-No sabía quién llamaba - contesté -; eres un visitante rezagado...

-Cierto; pero te aseguro que ésta será mi última visita -me dijo tratando de sonreír-. Ya estoy roto, ¡Holly, roto del todo! Paréceme que no veré el día de mañana...

-Déjate de tonterías - exclamé -. Espera un poco que voy a buscar el médico.

Detúvome con vivo e imperioso ademán, y dijo:

-Tu consejo es prudente, pero no quiero médicos. He estudiado medicina y sé bien lo que me pasa. Los médicos no pueden salvarme; ya ha llegado mi hora... Hace un año que estoy viviendo de milagro... Escúchame ahora, como no has escuchado a nadie, porque no podrás hacer que repisa mis palabras... Durante dos años. hemos sido buenos amigos... Holly, vamos a ver... ¿qué sabes tú de mí?

-Sé que eres rico y que has tenido el capricho de venir a la Universidad mucho después de haber cumplido la edad en que la mayoría la deja... Sé también que has estado casado y que ahora eres viudo..., y finalmente, que eres el mejor, el único amigo, quizá, que tengo...

- ¿Sabias que tengo un hijo?

-No.

-Pues ahora lo sabes. Tiene cinco años de edad. Le costó la vida a su madre, y por eso no he podido todavía cobrarle gran cariño... Holly, si quieres acepar el cargo, te dejaré como tutor del niño.

Di un salto en la silla y exclamé:

- ¿A mí?

-A ti, sí; no te he estudiado en vano durante dos años. Hace tiempo que yo sabía que concluiría pronto, y desde que me convencí de ello, he estado buscando a quien confiar el niño, y esa otra cosa - agregó dando un golpe con la mano en el arca de hierro-. Por fin, me he fijado en ti, Holly, porque, como los árboles rugosos, tienes fuerte el corazón. Escucha: el niño es el vástago de una de las familias más antiguas de la tierra, en todo cuanto la antigüedad de una estirpe puede asegurarse. Te reirás ahora quizá al oírme, pero algún día tendrás la prueba de que el fundador de mi raza, mi 650 ó 660 antepasado, fue un sacerdote egipcio de Iris, aunque era oriundo de Grecia, que se llamaba Kalikrates, o sea, El Hermoso y Fuerte, o para ser más exacto

aún, el Hermoso en su fuerza. Su padre según creo, uno de los mercenarios griegos empleados por Hakor faraón mendesiano de la XXIX dinastía. Por el año 330 antes de Cristo, precisamente, cuando se realizó la decisiva caída de los faraones, este Kalikrates quebrantó sus votos de celibato y huyó del Egipto en compañía de una princesa de real estirpe que se había enamorado de él, y sufrió un naufragio en la costa de África, por el punto, según creo, donde queda hoy la Bahía de Delagoa, o más al norte, quizá ella se salvó con su mujer, aunque todos los demás murieron. Ya en tierra, sufrieron grandes penalidades, pero al fin fueron recibidos por la poderosa soberana de un pueblo salvaje, que era una mujer blanca, de singularísima belleza, y la que, en circunstancias que yo no puedo precisar ahora, pero, que tú conocerás algún día, si es que vives, acalló por asesinar a mi antepasado Kalikrates. Pudo escapar, sin embargo, su mujer, y llegó, no sé cómo, a Atenas, donde dió a luz un hijo, al que puso por nombre Tisísthenes, que quiere decir El Poderoso Vengador.

"Quinientos años o más, después de esto, la familia emigró a Roma en condiciones que ignoro, porque no quedan rastros, y allí probablemente con la idea de alentar el espíritu de venganza que empezó a infundirse a la prole desde Tisísthenes, asumió regularmente el cognomen de Vindex, o sea, El Vengador. En Roma vivió la familia durante otros quinientos años hasta por los años de 770, después de Cristo, cuando Carlomagno invadió la Lombardía, donde estaba establecida. Parece que entonces el jefe de ella se agregó al séquito del gran emperador y que, payando los Alpes en su retirada, se estableció por último en Bretaña. Seis generaciones después, su descendiente directo pasó a Inglaterra, en el reinado de Eduardo el Confesor, y alcanzó, en tiempo de Guillermo el Conquistador, grandes honores y preeminencias.

"Desde este tiempo hasta la fecha puedo trazar mi descendencia con absoluta seguridad. Los Vincey que así se corrompió el nombre latino de Vindex al establecerse en Inglaterra la familia, no se han distinguido históricamente; nunca se preocuparon de ello. Algunos fueron soldados, otros comerciantes, pero siempre conservaron la mayor respetabilidad en su medianía. Desde el tiempo de Carlos II, hasta principios del siglo actual, fueron comerciantes. Por el año 1790, mi abuelo hizo una gran fortuna fabricando cerveza y se retiró de los negocios; murió en 1821 y mi padre le sucedió, disipando casi toda su herencia, hasta hace diez años que murió, dejándome una entrada libre como de dos mil libras al año.

"Entonces fue cuando yo emprendí una expedición relacionada con eso - dijo señalando la caja -, que terminó desastrosamente. Al volver, viajando por el mediodía de Europa, llegué a Atenas, donde conocí a mi adorada esposa, hermosa mujer. Caséme allí, y ella murió al año".

Paró un momento de hablar, descansando la frente sobre la mano, y luego continuó.

-Mi matrimonio me había distraído de un proyecto que no puedo explicarte ahora... No tengo tiempo para tanto, ¡ay, Holly!, no tengo tiempo... Si aceptas mi encargo, lo sabrás todo algún día. Cuando murió mi esposa volví a ocuparme de él. Mas primero era preciso, así lo creí al menos, que aprendiese perfectamente los dialectos de la lengua árabe. Por eso vine aquí a facilitar mis estudios. Muy en breve, sin embargo, se desarrolló mi enfermedad, ésta que acaba conmigo.

Y como para darle mayor fuerza a sus palabras, sintióse acometido de otro terrible ataque de tos. Dile un poco más de whisky, y prosiguió de este modo:

-No he vuelto a ver a mi hijo Leo desde que era un tierno niño. Nunca tuve fuerzas para mirarlo bien, pero siempre me han dicho que es un niño muy vivo y lindo. Bajo este sobre - y sacó del bolsillo una carta en cuyo sobrescrito estaba mi nombre - he anotado la dirección que deseo que se dé a la educación de mi hijo. Es algo peculiar, quizá. Por esto no podría tal vez confiársela a un extraño... Y por última vez, Holly, ¿quieres encargarte de esa misión?

-Antes debo saber de qué he de encargarme.- contesté.

-Has de encargarte de cuidar a mi hijo, de tenerlo a tu lado hasta que cumpla los veinticinco años. Entonces terminará tu tutoría y con estas llaves que te doy ahora - y las colocó sobre la mesa - abrirás ese arca y le harás ver y leer el contenido, y que luego diga si quiere o no llevar a cabo la investigación que le confío. No es que yo lo ponga en ninguna obligación. He aquí ahora las condiciones. Mí renta actual es de dos mil doscientas libras al año. La mitad de esa renta te la aseguro en mi testamento como usufructo vitalicio si te encargas de la tutela del niño; es decir, una remuneración de mil libras y rió, porque tendrás que dedicar a ello tu vida, y cien mas para la manutención del niño. Lo demás quedará acumulándose hasta que Leo cumpla los veinticinco años, para que pueda entonces disponer de una cantidad suficiente en caso de emprender las investigaciones a que me he referido.

- ¿Y suponiendo que yo muriese?... - pregunté.

-Entonces el niño caerá bajo la tutela de la Cancillería, y será de él lo que Dios quiera. Ten únicamente cuidado de que en tu testamento pase a él el arca de hierro... Pero, Holly, ¡no te rehúses!... Créeme, tu interés está en ello... Tú no sirves para mezclarte en el mundo, que no haría más que amargarte la existencia. Dentro de algunas semanas serás profesor aquí y la renta que por ello obtendrás, unida a lo que yo te dejo, te permitirá llevar una vida cómoda dedicada al estudio y alternada con los deportes viriles a que eres tan aficionado... ¿Ves que te conviene?

Detúvose mirándome con ansiedad... Yo vacilaba aún. ¡Me parecía tan raro el compromiso!...

- ¡Hazlo por mí, Holly!... Hemos sido buenos amigos, y ya no tengo tiempo para arreglar, las cosas de otro modo...

-Pues bien - dije -, haré lo que deseas, con tal de que en este papel no haya nada que me obligue a cambiar de determinación - dije poniendo la mano sobre la carta que había puesto en la mesa, junto a las llaves.

- ¡Gracias, Holly, gracias! Nada hay en el papel que te pueda hacer variar. Júrame por Dios que serás un padre para el niño, y que cumplirás fielmente mis encargos.

- ¡Lo juro!... - contesté solemnemente.

- ¡Bien está!... Recuerda que quizá algún día te pediré cuenta de tus juramentos, porque aunque yo muera y sea olvidado, seguiré existiendo... ¡La muerte!... ¡Ay, Holly!, no hay tal cosa... No se verifica en nosotros por ella más que un cambio, como lo verás algún día probablemente... Y aun creo que ese cambio pudiera posponerse indefinidamente en ciertas condiciones...

Viose de nuevo interrumpido por un acceso de tos. Cuando se calmó, continuó diciendo:

-Debo marcharme ya. Tienes en tu poder el arca, y entre mis papeles se encontrará mi testamento, en cuya virtud te entregarán el niño. La remuneración es buena, Holly, y yo sé que eres hombre honrado... Mas, ¡por el cielo!, que si faltas a tu palabra, yo te pediré cuenta de ello...

No contesté nada; sentíame demasiado confuso para ello. El se levantó, tomó el candelero y se miró en el espejo. Su cara habría sido antes de hermosos rasgos, pero la enfermedad lo demacraba mucho...

- ¡Pasto para los gusanos! - exclamó -. Es curioso pensar que dentro de algunas horas yaceré tieso y helado..., rendida mi jornada, y mi pequeño drama concluido... ¡Ay de mi, Holly! La vida humana no vale la pena, si no se ama... Esta es mi experiencia, al menos. ¡Pero la vida de mi hijo valdrá más que la mía, si es que él tiene fe!... ¡Adiós, amigo mío! - y en un súbito rapto de ternura me abrazó y me besó en la frente, y se dispuso a salir.

-Atiende, Vincey - le dije -, si te sientes mal deberías dejar que fuese a buscar al médico.

- ¡No, no! - replicó con energía -, ¡prométeme que no irás por él!... Voy a morir, y quiero que sea solitariamente; como una rata envenenada, Holly.

-No pasará nada de eso, amigo mío.

Sonrióse, y se marchó murmurando:

- ¡Recuerda, recuerda!...

Al verme al fin solo, dejéme caer en un sillón, preguntándome o había soñado. hasta suposición desde luego, era impertinente y la abandoné, para pensar si el pobre Vincey habría estado bebiendo aquella tarde. Sabía que él estaba bastante enfermo desde hacia tiempo, pero era imposible que tuviese la convicción de que esa misma noche moriría.

A estar tan próxima su muerte, no hubiera podido caminar, y menos cargando un cofre de hierro tan pesado. Reflexionando más aún, llegué a la conclusión de que toda esa historia era absolutamente increíble. Por entonces, no había vivido yo lo bastante aún para saber, como luego he sabido, que en este mundo suceden muchas cosas, rechazadas coma inverosímiles desde luego por el sentido común de los hombres adocenados. Esta convicción la he adquirido desde hace muy poco. Entonces yo pensaba así: ¿Es probable que un hombre tenga un hijo de cinco años de edad, al que no haya visto más que una sola vez cuando acabó de nacer? No. ¿Es probable que pueda trazar su genealogía desde tres siglos antes de la era cristiana, y que así, tan de repente, confíe la tutoría de su hijo con la mitad de su gran fortuna a un camarada de la Universidad?... Seguro que no. ¿Es probable, además, que pueda nadie predecir el momento de su muerte con tanta certeza?... Tampoco. Vincey esto era claro, había bebido o se había vuelto loco... ¿Pero después de todo qué pensar de cierto?..., qué contendría aquella misteriosa arca de hierro.

Me sentía confuso y desorientado. Al fin no pude aguantar más y decidí consultarlo con la almohada. Tomé las llaves y la carta que me había dejado Vincey sobre la mesa y lo guardé todo en mi escritorio portátil; el cofre lo metí en una valija, y yo me deslicé entre las sábanas quedándome dormido en el acto.

Cuando me despertaron, parecíame que no había dormido más que unos cuantos minutos. lncorporéme en la cama, me restregué los ojos; era día ya bien claro, las ocho de la mañana, quizás...

-Y bien, John, ¿qué se le ofrece a usted? - preguntéle al sirviente que nos servía a Vincey y a mí-. Tiene usted la cara de quien ha visto un muerto...

-Pues sí, señor, lo he visto - respondió el muchacho-. He ido como de costumbre a llamar a Mr. Vincey y allí está él en su cama, tieso y .muerto!...

CAPITULO II
PASA EL TIEMPO

CANSÓ, por supuesto, una gran perturbación en nuestro colegio la muerte repentina del pobre Vincey pero como ya se sabía que estaba muy enfermo, y como allí era cosa fácil dar una certificación facultativa, la justicia nada tuvo que hacer en el asunto. En aquella época no se preocupaba la gente tanto como hoy de las informaciones judiciales en esos casos; no gustaban mucho, a la verdad, por el escándalo que siempre producen. Y yo por mi parte, como no tenía ningún interés tampoco en presentarme ofreciendo un testimonio, que no me pedían, sobre nuestra última entrevista, no dije sino que había estado a verme aquella noche en mis habitaciones, como hacía a menudo. El día del entierro vino de Londres un abogado que acompañó al sepulcro los restos de mi pobre amigo, y que se marchó otra vez llevándose sus papeles y efectos, exceptuando naturalmente el arca de hierro que bajo mi custodia había quedado. Pasé luego una semana entregado en absoluto ala preparación del concurso, por lo que tampoco había podido ir al entierro y conocer al abogado. Pero salí por fin de mis exámenes, y al volver a mis habitaciones, echéme en un sillón con la satisfacción de haberlos aprobado.

A poco, sin -embargo, mi pensamiento, libre ya de la única obligación a que había estado sometido durante los últimos días, volvió a fijarse en los hechos ocurridos la noche de la muerte de mi amigo, y de nuevo me pregunté cloro debía explicármelos; si recibiría más noticias del asunto, y en caso de no recibirlas, qué me aconsejaba mi deber que hiciera con el arca de hierro que en mi poder tenía. A fuerza de meditar esas cosas entróme cierta inquietud. La misteriosa visita, la profecía de la muerte de Vincey tan exactamente cumplida; el solemne juramento que había prestado, de que me anunció que me pediría estrecha cuenta en un mundo distinto a éste, eran bastante para intranquilizar a cualquiera. ¿Se habría suicidado Vincey, Así parecía?... ¿Y qué investigación tan importante sería esa de que había hablado? Por más que no fuera yo un hombre nervioso ni propenso a alarmarme de lo que tuviera visos de sobrenatural, lo cierto es que esos hechos eran tan peregrinos que me inquietaron algo, y empecé a lamentar el verme mezclado en el asunto... Y ahora, después de veinte años, lo lamento todavía...

Estaba, pues, en mi habitación meditando, cuando sentí que llamaron y me trajeron una carta en un gran sobre azul. Vi que era una carta de un estudio de abogados, y el instinto me advirtió que la carta se relacionaba con mí juramento a Vincey. Aun tengo en mi poder esa comunicación, que decía así:

"Muy señor nuestro. El señor Leo Vincey nuestro cliente, que falleció el 9 del corriente mes en el colegio de..., de la Universidad de Cambridge, ha dejado un testamento cuya copla verá usted adjunta, y cuyos ejecutores somos nosotros. Por su lectura se enterará de cómo le corresponde a usted una mitad casi de la renta de la propiedad de dicho caballero, invertida hoy en títulos consolidados de la deuda inglesa, si acepta usted la tutoría de su único hijo Leo Vincey que es actualmente un niño de cinco años de edad. Si nosotros mismos no hubiéramos redactado el documento, en obediencia a las instrucciones claras y terminantes del finado Mr. Vincey tanto escritas como verbales, y si no nos hubiera él asegurado que tenía muy buenas razones para obrar de este modo, por lo desusado de sus disposiciones, se lo confesamos lo hubiéramos elevado al conocimiento del Tribunal de la Cancillería para que dispusiese lo que a bien tuviera, ya contestando la capacidad del testador, o

ya otra providencia, referente a la salvaguardia de los intereses del heredero. Pero coma nos consta que el testador era persona de inteligencia superior y de mucha penetración, y que no tenía ningún pariente ni deudo vivos a quienes confiar la tutela del niño, no nos sentimos autorizados a tomar esa determinación.

"Aguardando, pues, las instrucciones que usted se servirá mandarnos en lo que se refiere a la entrega del niño, y al pago de su cuota correspondiente de los dividendos que se le adeudan, quedamos de usted, atentos y seguros servidores, Geoffrey y Jordán".

Como esta carta no me informaba de nada nuevo, ni tampoco, a la verdad, me ofrecía ninguna excusa racional a la aceptación del cargo que le había ofrecido a mi querido amigo, hice lo único que en esta situación me era ciado: contestarle a los señores Geoffrey y Jordán expresándoles mi voluntad de aceptar la tutela del niño, para hacerme cargo del cual les pedí un plazo de diez días.

Hecho esto, me dirigí a las autoridades universitarias, y habiéndoles comunicado lo que creí conveniente de esta historia, que no era mucho por cierto, conseguí, des pues de algún trabajo, que en el caso de obtener mi plaza de interno, lo que no. dudaba, que me permitiesen tener conmigo al niño. Aceptaron, pero con la condición de que desocupara mis habitaciones del colegio, y me alojase fuera de él. Así lo hice, v con alguna dificultad encontré y alquilé una casa muy y buena junto a la entrada de mí colegio. Echéme después a buscar quien manejase al niño.

Para ello había decidido que no fuese una mujer, evitando de este modo que me robasen su afecto. El muchacho tenía ya bastante edad para no necesitar de la asistencia femenina. Solicité, pues, un ayudante varón, y afortunadamente pude ocupar a un joven de cara redonda y muy respetable apariencia, que había estado empleado en un coto de caza, pero que por pertenecer, según decía, a una familia de diecisiete hermanos, estaba hecho a andar con niños y muy dispuesto a encargarse del joven Leo, apenas llegase a Cambridge.

Llevé después el arca de hierro a la ciudad y con mis propias manos la deposité en casa de mi banquero; compré algunos libros que trataban de la salud de los niños y del modo de criarlos, leílos yo primero para mi propio gobierno y luego en alta voz a Job, que así se llamaba mi joven asistente, y esperé tranquilo los acontecimientos.

Hízose muy en breve el niño el favorito del colegio, porque, como lo esperaba, conseguí la plaza de interno; en él andaba siempre el chiquillo entrando y saliendo, a pesar de todas las órdenes y reglamentos en contrario; era una especie de intruso privilegiado en cuyo favor toda reglamentación se quebrantaba. Eran innumerables los exvotos consagrados a sus aras, y por él tuve una grave disidencia de opiniones con un viejo profesor, residente del colegio, que tenía la reputación de ser el hombre más majadero de la Universidad, y que se horrorizaba hasta de ver un chico. Descubrí, sin embargo, gracias a la exquisita vigilancia de Job, despertada por ciertas perturbaciones de la salud de Leo, que este anciano, violando todos sus principios sobre la materia, tenía la deplorable costumbre de atraer al chiquillo a sus habitaciones para hartarlo allí de dulce después de exigirle la promesa del más absoluto silencio. Echóle Job en cara su fea conducta.

- ¡Debiera usted avergonzarse de sí mismo! - le dijo-. ¡Qué necesidad tiene usted de enfermar al muchacho, cuando podría usted, a su edad, ser abuelo, si hubiera hecho lo que Dios manda!

Job quiso decirle con esto que debió haberse casado su tiempo. Esto, por supuesto, produjo cierto movimiento en la casa.

El niño se hizo muchacho, y el muchacho hombre, conforme fueron volando los implacables años, y según crecía y se desarrollaba su cuerpo, aumentaba también su hermosura, la bondad de sus sentimientos y su inteligencia. Cuando llegó a los quince años, llamáronle la *Bella* en el colegio, y a mí la *Bestia*. Teníamos la costumbre diaria de salir juntos a pasear, y el contraste de nuestras. figuras confirmaba la oportunidad de los apodos. Pero una vez Leo atacó al fornido mozo de una carnicería, dos veces más grande que él, que nos gritó estos motes y le dió urea buena zurra. Yo seguí andando, haciéndome el desentendido, hasta que, arreciando demasiado el combate, volví atrás, pero sólo para aplaudir la victoria de mi muchacho. Era en aquella época Leo lo más malo que en el colegio había, pero yo no podía remediarlo. Cuando creció un poco más, los compañeros nos pusieron nuevos apodos: a mí me llamaron *Caronte* y a Leo el *Dios Griego*. Diré sobre mi apodo que no fui nunca hermoso y que tampoco con los años mejoraba mi fisonomía, pero del de Leo diré que le convenía perfectamente. Cuando cumplió los veintiún ayos, podía haberse ofrecido de modelo para una estatua de Apolo.

Ninguno conocí que se le comparase en hermosura o que no se admirase al contemplarlo. Diré, en cuanto a su inteligencia, que era perspicaz y brillante, aunque no fuera la de un humanista profundo. En su educación seguíamos bastante estrictamente las instrucciones de su padre, y el resultado, sobre todo en las lenguas griega y árabe, fue muy satisfactorio. Yo aprendí esta última lengua para ayudara enseñársela, pero a los cinco años de su estudio la sabía tan bien como yo, y casi tanto como nuestro común profesor. Siempre he sido un gran "*sportman*", es mi única pasión, y todos los otoños salíamos por ahí de caza o pesca, unas veces a Escocia, otras a .Noruega, y en una ocasión llegamos hasta Rusia. Soy un buen tirador de armas de fuego, pero él hasta en esto me ha vencido.

Cuando cumplió los dieciocho años, volví a ocupar mis habitaciones en el colegio, en donde le hice ingresar a él también. A los veinte tomó su grado, un grado bastante respetable, aunque no muy elevado. Entonces fue cuando le conté algo de su propia historia, y del misterio futuro que ante sí tenía, y por supuesto que su curiosidad fue mucha, y que yo tuve que convencerle de que por entonces era imposible de satisfacer. Aconséjele, para distraerse, que se matriculase en la Facultad de Derecho, lo que hizo, estudiando en Cambridge y yendo a practicar a Londres.

Y así transcurrió el tiempo hasta que por fin cumplió los veinticinco años, día en que. tiene verdadero principio esta historia extraña y tremebunda.

CAPITULO III
EL VASO DE AMENARTAS.

EL día antes de cumplir Leo los veinticinco años de su edad, fuimos a Londres, y sacamos el arca de hierro del Banco en que veinte años atrás la había yo depositado. Recuerdo que nos la trajo el mismo empleado que la había recibido. El se acordaba perfectamente de cuando la recibió, y a no ser por esto, nos confesó el trabajo que le habría costado encontrarla, tan cubierta como estaba toda de telarañas.

Por la tarde, volvimos a Cambridge con nuestra preciosa carga, y me parece que si nosotros dos hubiéramos decidido pasarnos sin dormir la noche aquélla, no habríamos velado mejora. Al romper el alba aparecióse Leo en mi habitación, pretendiendo que desde luego procediéramos a la operación de abrir el arca; pero me negué por que eso demostraría una vergonzosa curiosidad.

-Este cofre ha esperado veinte años para ser abierto -díjele -bien puede esperar ahora a luego que desayunemos.

Alas nueve, pues, nueve horas bien adelantadas por cierto, desayunamos, y tan preocupado me hallaba yo también, que siento decir que puse un poco de manteca en el té de Leo figurándome que era un terrón de azúcar. Job, asimismo, a quien habíamos contagiado nuestra nerviosidad, llegó hasta quebrar el asa de mi taza de porcelana, de quien me aseguraron al comprarla que era aquella en que Marat habia bebido, poco antes de ser apuñalado en su baño.

Levantáronse por fin los manteles del desayuno y Job, por orden mía, trajo el arca y la puso sobre la mesa con cierta expresión de desconfianza. Iba a marcharse de la habitación, pero yo exclamé:

-Espera un momento, Job... Si míster Leo no se opone, desearía yo que el acto fuese presenciado por un testigo desinteresado en el asunto y que sepa callarse sobre lo que vea mientras no se le permita que hable.

-Me parece muy bien, tío Horacio, contestó Leo.

Tío me llamaba él porque yo se lo había rogado; pero a veces no quería, y me llamaba viejo, faltándome al respeto, o bien: pariente evuncular...

Job se tocó la cabeza por no tener puesto el sombrero.

Obedeció, y yo saqué del escritorio portátil las llaves que el pobre padre de Vincey me había dado la noche de su muerte. Eran tres: la mayor era un llavín relativamente moderno; la segunda, exclusivamente antigua, y la tercera, un objeto que a todo se parecía menos a una llave; parecía estar Formada por una hojuela de plata maciza llena de recortes, con aria barreta cruzada como para manejarla. Sería quizá un modelo de las llaves de los ferrocarriles antediluvianos.

- ¡Vamos! ¿Ya están ustedes listos? -pregunté como si se tratara de volar una mina.

Nadie contestó. Tomé entonces la más grande de las llaves, restregué un poco de aceite de almendras en la guarda, y después de dos o tres tentativas, porque mi mano temblaba un poco, conseguí colocarla bien y hacer que cediese la cerradura. Leo se inclinó, y agarrando la macera rapa con las dos manos, haciendo un esfuerzo muscular, porque los goznes estaban oxidados, la levantó. Dentro había otra caja cubierta de tierra. La sacamos sin dificultad y le quitamos con un cepillo la basura que sobre. ella habían acumulado los años. Era o parecía ser de ébano, o de otra madera de color y grano parecido, y estaba toda reforzada por fajas de hierro que se

cruzaban. Mucha debía ser su antigüedad porque la madera, tan dura y pesada, comenzaba ya en algunas partes a deshacerse en polvo.

-A esta ahora - dije, colocando la segunda llave.

Job y Leo se inclinaron sobre ella sin respirar casi la llave giró. Alcé rápidamente la tapa, y todos lanzamos una exclamación de asombro al ver un magnífico cofrecillo de plata como de doce pulgadas de ancho y largo, por ocho de altura. Parecía labor egipcia: las cuatro patas estaban formadas por esfinges, y la combada tapa tenía otra encima, y aunque el metal estuviese muy abollado en parte y deslustrado por los años, por lo demás se conservaba perfectamente. Saqué el cofrecillo y lo coloqué sobre la mesa, y en medio del más completo silencio introduje la rarísima tercera llave. Después de hacerla jugar un poco para todos lados, cedió, y abierto. quedó arete nosotros el último cofrecillo, lleno estaba hasta los bordes de un material obscuro y picado, que más bien que de papel parecía componerse de alguna substancia vegetal, pero la verdadera naturaleza no he podido averiguar nunca. Quitándolo, vi que ocupaba- hasta una profundidad como de tres pulgadas, y que debajo había una carta metida en un sobre moderno de los corrientes, cuya dirección; escrita de mano de mi difunto amigo Vincey, decía:

Para mi hijo Leo.

Paséle la carta al joven, que la examinó bien, y colocándola sobre la mesa me hizo la señal de que continuase.

Había después un pergamino cuidadosamente enrrollado. Desenrollelo, vi que también estaba escrito de la mano de Vincey, y que tenía este título:

Traducción de la escritura uncial griega del vaso... Puse el pergamino junto a la carta, sobre la mesa. Después encontramos otro robo de pergamino antiguo, que con la edad se había tornado amarillento y rugoso, y también lo desenrollé. Era otra traducción del mismo original griego, pero hecha en latín y escrita en caracteres anglogóticos, que, según me pareció por su estilo, debían ser del final del siglo XV, o quizá de mediados del XVI. Inmediatamente debajo de este rollo había algo duro y pesado, envuelto en tela amarilla, y que descansaba sobre otra capa del material fibroso. Lenta y cuidadosamente desenvolvimos la tela amarilla y descubrimos un gran fragmento de indubitable y vaso de barro cocido, de una antigüedad de un sucio color amarillento. Ese fragmento, a mi ver, debió haber formado parte de un ánfora ordinaria de mediano tamaño. Medía unas once pulgadas de largo por diez de ancho, y tenía el espesor de un cuarto de pulgada. Por la parte convexa, que yacía contra el fondo del cofrecillo, estaba densamente cubierto de una escritura del carácter griego uncial, borrada a trechos, pero perfectamente legible en su mayor parte. Se conocía que esta escritura había sido hecha con el mayor cuidado y por medio de una pluma de junco, muy usada entre los antiguos. No debo dejar de apuntar también que en algún tiempo muy remoto, este fragmento curioso debió haber sido roto en dos partes, y luego unido de nuevo con alguna mezcla pegadiza y con ocho largos remaches. También por la parte interior o cóncava del fragmento había muchas inscripciones, pero todas de formas distintas, irregularmente puestas, como si se hubiesen trazado por manos diferentes y en varias épocas. De éstas, hablaremos luego.

- ¿No hay más nada? -preguntó Leo en voz baja y emocionada.

Tanteando un poco entre el material picado del fondo, encontré alguna cosilla rará, metida en un saquito de tela. Abrí éste y de él sacamos primero una bella miniatura pintada sobre marfil, y después uno de esos escarabajos pequeños, de color chocolate, marcado con un sol sobre un cisne y luego una pluma en jeroglíficos egipcios.

Símbolo que, según luego nos confirmaron, significan "Suten Se Ra"; lo que, descifrado, vale tanto como Real Hijo de Ra, o del Sol. La miniatura era la de una dama griega, madre de Leo, una hermosa mujer de ojos negros. Detrás de ella estaban escritas estas palabras con la letra del pobre Vincey: "Mi adorada mujer. Murió en mayo de 1856".

-Ya no hay nada más -dije.

- ¡Bueno! - contestó Leo, dejando sobre la mesa la miniatura que había estado contemplando cariñosamente -; leamos ahora la carta. Rompió el sello con viveza, y leyó en alta voz lo que sigue:

"Leo, hijo mío: Cuando abras ésta, si es que vives hasta que puedas hacerlo, habrás alcanzado ya la edad viril y hará mucho tiempo que yo habré muerto para que ya me hayan olvidado absolutamente casi todos los que me conocieron. Recuerda, empero, al leerla, que yo he existido, y que por estas mismas letras, por algo que sabrás que aun existe, te estrecho tu mano con la mía a través del Abismo de la muerte, y mi voz te habla desde el inefable silencio del sepulcro. Aunque yo haya muerto y no quede ninguna memoria mía en tu mente, yo estoy contigo, en este momento en que me estás leyendo. Desde que naciste hasta la fecha, apenas si te he visto la cara. Perdóname ese despego. Tu vida costó la suya a quien yo amaba mucho más de lo que a las mujeres se las ama, y la amargura de esa pérdida la siento todavía. Si yo hubiera podido vivir más, probablemente habría llegado a vencer ese necio sentimiento; pero no estoy destinado a vivir. Mis persares físicas y mentales son mayores de lo que puedo aguantar, y cuando haya acabado de disponer lo que parezca propio para tu futuro bienestar, pondré término a mis dolores. Si hago mal, ¡que Dios me perdone! Por lo demás, y aun en las mejores condiciones, yo no puedo vivir un año más"...

- ¡De modo que se mató por su mano!... - exclamé -. Ya me lo figuraba...

Sin contestar mi observación, Leo siguió leyendo tranquilamente.

"Ya he hablado bastante de mí mismo. Lo que por decir me resta te pertenece a ti, que vives; no a mí, que estoy tan olvidado como si no hubiera existido nunca. Mi amigo Holly, a quien es mi intención confiarte, si quiere aceptar el cargo, te habrá dicho algo ya sobre. la antigüedad de tu estirpe. Bastantes pruebas de ello encontrarás en los contenidos del cofrecillo. La extraña leyenda que verás inscrita por tu remota antepasada en el fragmento de ánfora, me lo comunicó mí padre en su lecho de muerte, y me quedó profundamente impresa en la imaginación. Cuando no tenía más que diecinueve años, determiné - de igual modo que hizo, para desgracia suya, uno de nuestros abuelos del tiempo de la reina Isabel de Inglaterra -investigar lo que de cierto hubiera en ello. No puedo describirte todo cuanto me pasó. Mas sí te diré lo que vi con mis propios ojos. En la costa de África, en una región hasta hoy inexplorada, a cierta distancia al norte de la desembocadura del Zambezi, existe un cabo en cada extremo se alza un picacho que tiene la forma de la cabeza de un negro, parecido a lo que se dice en la escritura. Allí desembarqué, y supe de boca de un indígena errante, que había sido desterrado de su pueblo por un crimen, que allá, muy tierra adentro, había grandes montañas de forma de tazas, con cavernas, en

medio de pantanos inmensos. También supe que el pueblo que allí habita habla un dialecto arábigo y está gobernado por una hermosa mujer blanca, que rara vez contemplan sus ojos y que dicen que tiene autoridad sobre todas las casas vivas y muertas. Dos días después de comunicarme esto, murió el indígena de la fiebre que le había dado al cruzar los pantanos, y yo me vi obligado, por falta de provisiones y por los síntomas que se me presentaron de la enfermedad, que después me venció, a refugiarme de nuevo en mi barco.

"No tengo necesidad de contarte las aventuras que corrí después de esto. Naufragué en la costa de Madagascar y me salvó un barco inglés que me llevó a Adén, de donde salí para Inglaterra con la intención de emprender otra vez la investigación malograda, tan pronto como pudiera prepararme para ella. Detúveme en Grecia de pasada, y allí, omnia vincit Amor, conocí a la que después fue tu madre, que tanto adoré; allí me casé, naciste tú y murió ella. Entonces me sentí recrudecido de mi postrera enfermedad, y volví a Inglaterra a morir. Más aun, en contra de la esperanza, yo esperaba, y púseme a estudiar el árabe con la intención, en caso de que pudiera volver a la costa de África, de resolver el misterio cuya tradición se ha conservado en nuestra familia durante tantos siglos... Mi salud no mejoró, y la historia, en lo que a mí concierne, ha terminado.

"Mas, para ti, hijo mío, debe comenzar ahora, y yo te entrego los resultados de mis trabajos junto con las pruebas hereditarias de tu origen. Cuido de que no te sean conocidas hasta que no estés en edad de juzgar por ti mismo si debes o no investigar ese arcano, que si resulta cierto serás el más grande del mundo, y si no, se verá que no es más que una necia fábula inventada por el cerebro trastornado de una pobre mujer.

"Yo no creo, sin embargo, que sea una fábula. Creo que existe - y que no hay más que descubrirlo - un lugar en donde se manifiestan visiblemente las potencias vitales del mundo. Si la vida existe, ¿por qué no han de existir, también los medios de conservarla indefiniblemente? Mas no quiero preocupar tu mente en el asunto, Leo, y juzga por tu propia cuenta. Si, al contrario, estás convencido de que todo ello es una locura, destruye en seguida, te lo suplico, el vaso y todas esas escrituras, para que tales causas de perturbación desaparezcan para siempre, y no sean una obsesión para nuestra descendencia. Quizá fuera esto lo más prudente. Lo desconocido se concibe generalmente como algo terrible, y esto no es debido a la inherente superstición humana, débese a que en verdad es terrible. Quien pretende alternar con las inmensas y arcanas potencias que animan al mundo, puede muy bien caer víctima de ellas. ¿Y si por último se alcanza la victoria?..., si tú salieras al fin de la prueba conquistando la perpetua juventud y hermosura, retando al mal y al tiempo, superior a la decadencia natural de la carne y del intelecto, podrá, aun entonces, decirse que fue para tu dicha tan tremebunda variación.. . ¡Hijo mío, escoge!... y que la Potencia que regula todas las cosas, y que dice: De aquí no usarás Nada más que esto sabrás, dirija tu elección de modo que redunde en tu propia dicha y en la del mundo, que regirás ciertamente, si la victoria obtienes, por la pura fuerza de la acumulada experiencia... ¡Adiós! ".

Así, bruscamente, concluía esta carta, sin fecha ni firma.

Leo había estado, y estaba, excitado evidentemente: boquiabierto, como quien respira con dificultad, me preguntó por fin:

- ¿Y que piensas tú de esto, tío Holly?... Hemos estado deseando un misterio y me parece que acabamos de hallar uno muy notable...

- ¿Que qué es lo que pienso?... ¡Pues que tu pobre padre estaba mal de la cabeza!... Me figuré esto mismo aquella noche, hace veinte años, al verlo entrar en mi cuarto...

-Así es la verdad, señor -agregó Job solemnemente.

Job era el ejemplar más práctico de una especie social que es muy práctica.

-Bien está - replicó Leo -, pero de todos modos veamos lo que dice el vaso. - Tomó la traducción escrita con letra de su padre y leyó lo que sigue: - "Yo, Amenartas, de la real casa de Hakor, faraón de Egipto, esposa de Kalikrates - el Fuerte y Hermoso, o El Hermoso, o el Hermoso en su Fuerza - sacerdote de Isis, a quien los Dioses aman y los Demonios obedecen; encontrándome próxima a la muerte: A mi hijito Tisísthenes, El Poderoso vengador. Yo huí con tu padre del Egipto en los días de Nekhtnebf[1], obligándolo a que por mi amor quebrantara los votos que había hecho. Huimos en dirección al sur, a través de las aguas y anduvimos errantes durante dos veces doce lunas, en la costa de Libia, que mira hacia el sol naciente, por donde, cerca de un río, existe una gran peña labrada como la cabeza de un etíope. Cuatro días navegamos, y a la boca de un gran río naufragamos; algunos de los nuestros se ahogaron, y otros murieron de enfermedad. Pero unos salvajes nos llevaron cruzando pantanos y desiertos, por donde las aves marinas cubren con sus bandadas a veces el cielo, y al cabo de diez jornadas llegamos a una montaña hueca donde había existido; y estaba ahora en ruinas, una gran ciudad, y donde hay cuevas cuyos fondos el hombre no vio nunca, y nos condujeron ante la reina que coloca vasijas sobre la cabeza de los extranjeros, y que es una maga que posee el conocimiento de las cosas todas, y cuya existencia y belleza ,son imperecederas. Y ella puso miradas de amor sobre tu padre Kalikrates, y me habría matado tomándolo por esposo; mas él me amaba a mí y ella le temía, y no consintió en ello. Entonces ella nos tomó, nos condujo por tremendas vías, por arte de magia, hacia donde el gran pozo se encuentra, junto a cuyo brocal yace muerto el filósofo antiguo, y nos mostró el Pilar de la Existencia, que gira y que no muere, y cuya voz es como la de un trueno, y se colocó en medio de las llamas, y de ellas salió sin hacerse daño y más hermosa aun. juró entonces que haría a tu padre inmortal, como lo es ella, si él consentía en matarme a mí y entregarse a ella; pues que ella misma no podía matarme por la magia que de mi propia patria yo poseo, y que hasta ese momento me había salvado de ella. Entonces él tapóse los ojos por no ver su gran hermosura y a todo se negó. Entonces en despecho, ella lo hirió con su magia, y él cayó muerto; mas ella lloró sobre su cadáver, y se lo llevó de allí entre lamentos, y muy temerosa, envióme a la desembocadura del gran río a donde los barcos llegan, y uno de éstos me llevó lejos, donde yo te di a luz, y luego, después de mucho vagar, a Atenas, donde estoy. Y ahora, Tisísthenes, yo te digo, hijo mío: busca a esa mujer y aprende el secreto de la existencia, y si tú puedes ver la manera de buscarla, hazlo por tu padre Kalikrates; teas si temes, o no tienes suerte en ello, esto mismo les diré a todos los que de ti nazcan, hasta que por fin salga de tu descendencia un hombre valeroso que se bañe en el fuego, y tome asiento en el trono de los faraones. De cosas hablo que, si no son de creerse, yo las vi, empero, porque yo no miento".

¡Que Dios la haya perdonado! - murmuró Job, que habla oído la lectura de la traducción con el mayor azoramiento.

[1] Nectanebo II, el último faraón nativo de Egipto, huyó a Etiopía en el año 342 (A. de J. C.)

Yo no dije nada. Mi primera idea fue que todo era producto de la demente imaginación de mi pobre amigo, por más que era improbable que nadie pudiese inventar historia semejante. Era demasiado original.

Para salir de dudas tomé el tiesto y comencé a leer los estrechos caracteres unciales, y era, a la verdad, demasiado pura y bella la redacción griega para que fuese de una egipcia. Después pude convencerme de que la traducción inglesa era tan exacta como elegante:

Además de la escritura uncial de la parte convexa, veíase también en ella, pintado de rojo obscuro, hacia la parte superior del vaso, en lo que había sido el reborde del ánfora el mismo castouche[2] que ya mencionamos al hablar del escarabajo que sacamos del cofrecillo. Sin embargo, los caracteres estaban invertidos, como si se hubieran sacado en cera del mismo escarabajo para imprimirse luego en el vaso. No sé si este cartouche pertenecía a Kalikrates, o a algún príncipe o faraón de quien descendiese su mujer Amenartas, ni tampoco puedo decir si fue grabado sobre el tiesto cuando se escribió la inscripción uncial, o si esto se hizo en época posterior por algún miembro de la familia.

Más esto no era todo. Al pie del escrito, y pintado del mismo color rojo obscuro, había una esfinge, dibujo bastante rudo por cierto, que aparecía adornada con dos plumas, símbolo de majestad; estas plumas son comunes en las efigies de los dioses y toros sagrados, pero era ésta la primera vez que yo las veía sobre una esfinge.

Sobre esta misma superficie, y del lado derecho, pintado oblicuamente de un vivo color encarnado, aprovechando un espacio que no ocupaba la inscripción inicial y firmada con letras de tinta azul, leíase la siguiente rara inscripción, en caracteres ingleses del Renacimiento:

"En la tierra, el cielo y mas
cosas raras se suelen dar.
Hoc fecit: Dorotea Vincey".

Completamente asombrado volví el vaso del otro lado Estaba cubierto de arriba abajo con firmas griegas, latinas e inglesas. La primera, uncial griega, era de Tisísthenes, el hijo, a quien la inscripción se dirigía. Decía así: No puedo ir. A ti, Kalikrates, hijo mío".

Este otro Kalikrates, llamado así probablemente por la costumbre griega de que los nietos llevasen el nombre del abuelo, hizo sin duda alguna tentativa para cumplir el mandato de Amenartas, porque su escrito, en caracteres unciales muy borrosos, decía: "Salí a buscar, los Dioses me fueron contrarios. A ti, hijo mío".

Entre estas dos antiquísimas inscripciones, la segunda de las cuales estaba escrita en sentido inverso a la otra, y que a no haber sido por la trascripción de ellas hecha por Vincey no hubiera podido yo leer, porque estaba situada en la parte del vaso que servía mejor para sostenerlo con las manos, habiéndola casi borrado el roce de éstas, veíase la firme y moderna rúbrica de un "LioneI Vincey, aetate suo z7", hecha, según creo, por el abuelo de Leo. A la derecha de ésta estaban estas iniciales: "J. B. V.", y debajo había una variedad de firmas griegas, caracteres ya unciales, ya

[2] En castellano, "cartela, es el óvalo elíptico que se encuentra en los antiguos monumentos egipcios y en los papiros, y contiene grupos de caracteres que expresan los nombres o títulos de los reyes o faraones. El nombre fue dado por Champolión

cursivos, y que parecían ser la repetición de la frase: "A ti, hijo mío", probándose de este modo que la reliquia había ido pasando de generación en generación.

La otra leyenda, más clara, que había después de las firmas griegas, era esta palabra "ROMPE A. V. C.", que demostraba la emigración de la familia de Roma. Más, por desgracia, la fecha de su establecimiento en Italia se ha perdido para siempre, porque precisamente donde estaba, se había descascarado el fragmento de vaso.

Seguían después como una docena de firmas latinas, salteadas, conforme había habido espacio libre para ponerlas. Casi todas estas firmas concluían invariablemente con la palabra Vindex, o sea, El Vengador; que parece el cognomen adoptado por la familia cuando pasó a Roma como equivalente del nombre griego Tisísthenes, que significaba lo mismo. Últimamente el Vindex se tornaba en el de Vindex, y por fin, en el moderno Vincey. Era curioso en verdad observar cómo la aspiración vengativa, creada por una egipcia en tiempos precristíanos, hallábase, como si dijéramos, cristalizada en un apellido de gente inglesa.

Más tarde he podido averiguar que algunos de los nombres latinos inscritos en el vaso se encuentran mencionados en la historia y en otras antiquísimas memorias. Eran, si 'no recuerdo mal, los de

MVSSIVS, VINDEX
Seg. VARIVS, MARVLLVS.
C. FVDFIDVIS, C. F. VINDEX.
LABERIA POMPENIANA, CONIUX.
MACRINI, VINDICIS.

que fue, por supuesto, una dama romana.

Después de los nombres romanos, había evidentemente una laguna de muchos siglos. Nadie sabrá jamás cuál fue la historia de esta reliquia durante esa Edad Media tan obscura, ni cómo pudo haberse conservado en la familia. Recuérdese que mi pobre amigo Vincey me había dicho que sus antepasados romanos se habían establecido en Lombardía, y que cuando la invadió Carlomagno, ellos cruzaron con él los Alpes en su retirada y se fijaron en Bretaña, de donde pasaron a Inglaterra en tiempos de Eduardo el Confesor. No me consta cómo lo supo, porque ninguna referencia hace el vaso a Carlomagno ni a Lombardía, aunque sí a Bretaña, como ahora se verá.

A continuación seguía, después de una gran mancha de sangre o de alguna otra substancia colorante parecida, un dibujo, que consistía en dos cruces de color rojizo, que representaban, quizá, espadas de cruzados, y un monograma casi borrado formado por las letras D. V., en azul escarlata, hecho quizá. por la misma Dorotea que escribió el chabacano dístico.

Venía después una de las cosas más curiosas que había en esta reliquia del pasado. Era un escrito en gótica inglesa antigua, sobre cruces o espadas de cruzados, y tenía la fecha de 1445. Como lo mejor es que hable él mismo, transcribiré el original latino, sin las abreviaturas, por supuesto; con lo que se verá que el latinista que la pergeño era bastante bueno para su tiempo.

VERSION AMPLIADA DE LA INSCRIPCIÓN DE LETRAS GOTICOINGLESAS DEL TIESTO DE AMENARTAS.

"Ista reliquia est valde misticum et myrificum opus, quod -tajares me¡ ex Armorica, scilicet Brittannia Minore, secum convehebant; et quidam sanctus crelicus semper patri meo in mano ferebat quod penitus illus destrueret, affirmans guod esseet ab ipso Sathana conflatum presti giosa et dyabolica arte, guarro pater me us con f regir illud in duas partes, goas quidem ego Johannes de Vinceto sal vas servavi et adaptavi. sicut apparet dio fono proximo post festum beato María Virginis annie gratie. MCDXLV".

Lo más curioso es que también descubrimos una versión modernizada de esta inscripción latina, hecha en inglés antiguo y escrito en caracteres gótico ingleses antiguos, en el segundo de los pergaminos que sacamos del cofrecillo; era, al parecer, de fecha más antigua que aquel en que estaba la traducción en latín y letra gótica de la inscripción uncial griega.

Versión inglesa de la inscripción latina escrita en carácter góticoinglés.

"Esta reliquia es una verdadera obra mística y maravillosa que mis antepasados trajeron consigo de la Armórica a este país antepasados Bretaña la Menor, y cierto santo clérigo siempre estaba persiguiendo a mi padre para que la destruyera del todo, afirmando que estaba hecha por Satanás, con su arte mágico y diabólico, por lo que mi padre la tomó y la quebró en dos pedazos; pero yo, Juan de Vincey, salvé las dos partes, y las uní del modo que aparece, en este día lunes siguiente a la fiesta de la Santa Virgen María, en el año de gracia de 1445".

La otra anotación que seguía en el tiesto, y que era la penúltima, pertenecía a la época de Isabel de Inglaterra, y estaba fechada en 1564. Decía así:

"Rarísima historia es ésta, que le costó a mi padre la vida porque buscando el lugar indicado en la costa Este de África, fue echado a pique su barco por una galera portuguesa, cerca de Lorenzo Márquez, donde pereció. Vincey".

Seguía inmediatamente la última nota, hecha, a juzgar por su escritura, como a mediados del siglo dieciocho[3] para alguno de la familia. Constaba de la siguiente cita, tan manoseada del Hamlet: "Más cosas existen en el cielo y la tierra, de las que has soñado en tu filosofía, ¡Horacio! -Pues bien - dije después de leer lo que era legible y de examinarlo bien todo -, ya estamos bastante enterados, Leo, y puedes formar una opinión. La mía está hecha ya.

- ¿Cuál es ella? - preguntóme con su viveza ordinaria.

-Esta: creo que el vaso es perfectamente auténtico y que por maravilloso que parezca, ha sido conservado en tu familia desde el siglo cuarto antes de Jesucristo. Las diversas anotaciones que tiene son prueba harto suficiente, de ello, y por tanto, aunque no parezca probable, hay que aceptarlo así... Pero aquí me detengo. No tengo ninguna duda de que la princesa egipcia, la remota antepasada, o algún escriba, por orden. suya, escribió lo que hemos leído en el vaso; mas tampoco dudo de que la muerte de su esposo y sus propias penalidades le trastornaron la cabeza y que su juicio no estaba sano cuando escribió todo eso.

[3] Otra razón que me hace fijar los mediados del siglo dieciocho como fecha de esta anotación, es que tengo un ejemplar de Hamlet hecho hacia 1740, en el que estos versos están mal transcriptos en esa misma forma, y sin duda, el Vincey que los escribió en el vaso los puso como se decían en su tiempo. El vocativo "¡Horacio!" debe estar correctamente puesto, al final del primer verso y no del segundo. El autor.

- ¿Y cómo te explicas lo que mi propio padre vio y oyó en los lugares mismos?

-Como meras coincidencias... En las costas de África hay, sin duda, muchos promontorios cuyas formas afectan a cabezas humanas. y también, por supuesto, muchos pueblos que hablan árabe. Paréceme asimismo que habrá muchos -pantanos... Mas debo decirte otra cosa, Leo, y es que no creo tampoco que tu padre estuviese muy sano mentalmente, cuando te escribía esta carta. Mucho había sufrido. Dejó, además, que esos cuentos hicieran demasiado presa de su imaginación, y era hombre que tenía mucha... Sea lo que fuese, en fin, te afirmo que toda esa historia es una mera fábula... Bien sé yo qué en la naturaleza existen cosas peregrinas, potencias extraordinarias, con las que no nos topamos a menudo y que no sabemos comprender cuando las vemos... Pero si yo no lo veo con mis ojos, lo que no sucederá por cierto, jamás creeré, que pueda evitarse la muerte por ningún medio, ni siquiera por algún tiempo, y tampoco creeré que en el seno de una ciénaga de África viva ahora, ni haya vivido nunca, una maga blanca. Esos son cuentos, hijo mío, puros cuentos... ¿Y tú, qué dices, Job?

-Yo digo, señor, que todo eso es una mentira, y que si es verdad, Mr. Leo no se ocupará jamás de cosas que nada bueno pueden ser.

-Quizás tengan razón ustedes - dijo entonces Leo con reposada voz -. Yo no quiero expresar opinión alguna. Pero sí digo que voy a tratar de aclarar una vez y para siempre este misterio, y que, si ustedes no quieren acompañarme, iré solo.

A 'los tres meses de esto, nos hallábamos en el mar, rumbo a Zanzíbar.

CAPITULO IV
LA BORRASCA

¡CUÁN diferente es la escena que voy a describir ahora, de las que ya van contadas! ¡Cuán distantes están los olmos de Inglaterra que el viento mece, sus cornejas graztiadoras, las habitaciones tranquilas de la Universidad y los familiares volúmenes que ocupan sus anaqueles! En vez de todo esto, tenemos delante el espectáculo del inmenso océano lleno de calma, sobre el cual cabrillean los rayos plateados de la luna de África. La suave brisa comba la vela enorme de nuestro arábigo dhow, y nos impulsa, dulcemente sobre las aguas, que se dividen acariciando sus costados con olillas musicales. Duermen a proa casi todos los marineros, porque es cerca de medianoche, y un árabe atezado y robusto, llamado Mahomet, está al timón guardando el tumbó y guiándose por las estrellas.

Vease a estribor, a unas tres o cuatro millas de distancia, una línea baja y confusa. Hacia el sur corremos, delante del monzón del nordeste, entre los arrecifes que, por centenares de millas, bordean aquella peligrosa costa. La noche es muy tranquila: una palabra pronunciada a proa en voz baja se oye muy bien a popa, y de la distante tierra llega hasta nosotros, rodando sobre el mar, un zumbarte y crujiente rumor...

El árabe que está al timón, alza la mano y dice esta sola palabra:

- ¡Simba!... (El león)

Todos nos incorporamos y nos pusimos a escuchar. Resuena el rumor del trueno lento y majestuoso, poniéndonos fríos hasta la medula de los huesos.

-Mañana, hacia las diez - digo yo entonces – estaremos a la altura de ese misterioso promontorio. que tiene la forma de una cabeza humana. Digo, si no se equivoca este patrón, lo que me parece muy probable... Comenzaremos entonces nuestra caza.

-Y nuestra exploración en busca de la ciudad arruinada y del fuego de la vida - agregó Leo sonriendo después de quitarse la pipa de la boca.

- ¡Bah! repliqué -. ¿Qué te ha dicho el timonel, con quien has estado practicando árabe toda la tarde? Ese hombre ha andado traficando esclavos, quizá, durante la iniquidad de su vida por estas latitudes... ¿Aun dice que desembarcó en una ocasión junto a esa "peña del hombre"... y nunca ha oído hablar de la ciudad en ruinas ni de las cavernas?

-No; según dice él, toda esa costa se compone de ciénagas llenas de culebras en que también hay mucha caza, e inhabitadas por seres humanos... Pero todo el mundo sabe que existe una gran faja de pantanos a todo lo largo de la costa oriental de África, y eso no quiere decir nada, por lo tanto.

-Sí, señor: ¡eso quiere decir que ahí se agarran fiebres!... Ya vez qué opinión tienen del país esas gentes, errando ninguno quiere venir con nosotros. Nos creen locos... ¡y a fe que me parece que tienen razón!... ¡Dichoso he de ser si vuelvo de nuevo a ver la vieja Inglaterra! Por mí, a la verdad, no lo siento, sino por ustedes dos, Leo y Job... ¡Muchacho, muchacho somos unos Juan Lanas metidos en esta empresa!

- ¡Bravo, tío Horacio, bien dicho!... Pero estoy decidido a correr la suerte... Ustedes harán lo que les plazca... ¿Mas qué nube es ésa?... ¡mira!

Y señaló una mancha obscura que se había formado sobre el estrellado cielo a unas cuantas millas por detrás de nosotros.

-Ve y pregúntaselo al del timón.

Levantóse Leo, desperezóse abriendo sus grandes brazos y se acercó al árabe. En seguida volvió diciendo;

-Es un chubasco que pasará lejos..., por ese lado presentóse entonces el grueso Job sobre cubierta. Con su trate de caza, de franela obscura, tenía el aire más inglés que puede darse, y en su redonda fisonomía estaba impresa, desde que andábamos por estas aguas, cierta expresión de indecisa desconfianza.

-Señor, con permiso - dijo, tocándose el casco blanco de verano que llevaba echado hacia atrás de cómica manera -; paréceme que sería muy conveniente que me fuera a dormir al ballenero que va a remolque... Allí están las armas, los pertrechos y todas nuestras cosas, sin contar las provisiones de boca... -Y agregó bajando la voz-: ¡No me gustan mucho las caras de estos señores negros!... Preocúpame un poco cierto aire que tienen, así como de ladrones... Figúrese usted que durante la noche se deslizaran algunos en bote y cortando el cabo se largaran con él... ¡Bonita figura haríamos luego!

Debo decir ahora que nosotros habíamos mandado fabricar ese ballenero en el norte de Inglaterra, en Dundec, y que habíamos traído hasta aquí por saber que esa costa era un verdadero laberinto de rías y marismas, entre las cuales nos sería muy útil para navegar. Era un hermoso bote de treinta pies de largo, con su tabla central movediza para ir a la vela, todo forrado de cobre para evitar la podredumbre y lleno de compartimientos a prueba de rumbos. El patrón del dhow nos había dicho que él conocía "la peña de la cabeza"; las señas que daba concordaban perfectamente con la descripción del vaso y de la carta del padre de Leo, y que cuando a ella llegáramos no podría, probablemente, acercársele por razón de las rompientes y bajíos. Así es que habíamos empleado una calma como de tres horas que al amanecer tuvimos, en transbordar al ballenero la mayor parte de nuestro equipaje, colocándolo en los compartimientos, también especialmente dispuestos, para que, apenas divisáramos el famoso peñasco, pudiéramos bajar a él y dirigirnos a tierra. Otra razón que nos indujo a tomar esta precaución fue que los bes, ya por descuido o por incapacidad de hacer bien sus observaciones, suelen a menudo pasarse del teto a donde pretenden llegar, y como ya lo saben los marinos, es casi imposible para un dhow árabe ir en contra del monzón; no está hecho sino para dejarse llevar por él.

-Me parece prudente lo que dice, Job - le contesté -. Allí hay mantas suficientes en el bote; hatájese usted de la luz de la luna, no vaya a quedarse loco o ciego.

- ¡Ay, señor!, no se perdería mucho.... Aunque yo creo que ya he perdido el juicio viendo las porquerías que hacen esos negrazos, con su cara de ladrones... Dicen, señor, que no sirven más que para abono... Y aun como abono, qué mal huelen...

Job, como se ve, no era muy aficionado que digamos a los usos y costumbres- de nuestros prójimos los mahometanos de color. En conformidad de lo acordado, atamos el ballenero por el cabo de remolque hasta que quedó precisamente debajo de la popa del dhow, y entonces Job se dejó caer en él con toda la gracia de que puede ser capaz un saco de papas.

Leo y yo volvimos a sentarnos sobre cubierta, hablando muy poco y fumando bastante. Estaba la noche tan hermosa, tan excitado por varias razones teníamos el cerebro, que no queríamos bajar a encerrarnos en el camarote. Así pasó como una hora, hasta que empezamos a dormitar. Por lo menos, creo que entre sueños fue como oí. a Leo explicarme, medio dormido también, que la cabeza no era mal punto para herir de muerte al búfalo, si se le daba exactamente entre los dos cuernos, o algún otro disparate como éste.

Y no recuerdo más sino que, de súbito, un espantoso rugido de viento, los clamores de la chusma que aterrada se despertaba, y el agua que nos azotaba el rostro como con látigo, nos hicieron poner en pie. Corrieron algunos hombres a las drizas a bajar la vela, pero las cargaderas se enredaron y la verga no vino. Colguéme entonces instintivamente de un cabo. Negro como alquitrán estaba el cielo por detrás nuestro; más por delante aun alumbraba la luna, haciendo aparecer al nublado más obscuro todavía. A su luz entonces vi alzarse una enorme ola de blanca cresta, como de veinte pies de altura, que venia corriendo hacia nosotros... Venia..., reververaba su espuma al resplandor de la luna..., corría impulsada por la borrasca espantosa bajo el cielo, negro como la tinta. De repente vi la forma del ballenero levantada en lo alto por la ola; sentí luego el tremendo choque del agua, un brutal asalto de espuma hirviente... y me encontré agarrado a un obenque y batido horizontalmente como una bandera por la tempestad.

Pasó la ola. Parecióme que había estado bajo el agua minutos, aunque no fueron más que breves segundos. Miré hacia adelante. La racha se había llevado consigo la vela mayor, y vilo allá, por sotavento, aleteando como si fuera un grandísimo pájaro herido... Hubo un instante de relativa calma, y oí la voz de Job gritando:

- ¡Vengan al bote!

Azorado, medio ahogado como estaba, tuve, sin embargo, la suficiente presencia de ánimo para correr en esa dirección. Sentí que bajo mis pies el dhow se hundía: estaba lleno de agua... El ballenero cabeceaba furiosamente contra su borda, y Mahomet, el árabe que había estado al timón, saltaba en él... Dile al cabo un tirón desesperado para acercarlo bien, y a ciegas casi, me arrojé; Job me agarró por el brazo y caí rodando en el fondo. Mahomet cortó con su cuchillo corvo el cabo de la amarra y nos vimos corriendo ante el grano sobre el lugar mismo ocupado un segundo antes por el dhow, que se había hundido en una pieza...

- ¡Dios mío! - exclamé -. ¿Dónde está Leo?... ¡Leo!... ¡Leo!...

- ¡Que Dios lo ampare, señor!... ¡Ha desaparecido!... - gritóme Job; mas era tanta la furia del viento, que su clamor me pareció un murmullo.

Retorcíame los brazos lleno de angustia. Leo se había ahogado, y yo vivía para lamentar su muerte.

- ¡He aquí otra! - gritó Job.

Volvíme. En efecto, otra ola inmensa nos alcanzaba y parecía que iba a devorarnos. Con fascinación curiosa páseme a observar su llegada. ¡La luna estaba ahora casi oculta por jirones de nube! flotantes, pero un leve resplandor alumbraba aún la cresta de la líquida montaña.

Sobre ella había algo obscuro; una reliquia del naufragio, quizá... Cayó sobre nosotras aquella inmensidad, y el bote casi se llenó. Pero, como he dicho, estaría construido con compartimientos a prueba de agua... - ¡Dios bendiga a quien lo inventó! -, y a pesar de la carga funesta, surgió de la ola, flotando como un cisne. Entre, el hervor del mar y la espuma, vi la cosa negra que antes me había impresionado sobre la ola, que hacia mí venía. Saqué mi brazo derecho para evitar la colisión, y entonces sentí otro brazo... Cerré mis dedos sobre su muñeca, y la apreté como si fuera con tenazas. Con la otra mano me agarraba al bote; pero, aunque soy muy vigoroso, mi brazo por poco se disloca con el peso del cuerpo flotante y la resistencia del oleaje. Si la corriente de éste dura dos segundos más, hubiera tenido que soltar mi presa o dejarme arrastrar por ella; pero cedió, hice un esfuerzo supremo y embarqué a un cuerpo humano. El bote estaba ya demasiado lleno.

- ¡Achiquemos! - gritó Job, uniendo el ejemplo a la palabra.

Mas yo no podía hacerlo, porque antes de ocultarse la luna había dejado caer un débil y fugitivo rayo de luz sobre el rostro del hombre que yo había salvado y que yacía medio tendido y medio flotando en el hueco del ballenero... ¡Era Leo! ¡Era Leo que, vivo o muerto, el mar nos lo había devuelto!...

- ¡Achiquemos, achiquemos, o nos vamos a pique! repetía Job.

Eché mano entonces a una cacerola con mango que estaba fija debajo de un asiento y me puse a achicar, también, como para salvar la rara existencia. Seguía flotando en torno nuestro la terrible tempestad, sacudiendo como si fuera un corcho al ballenero, cegándonos con sus nieblas, su lluvia y su espuma; más nosotros trabajábamos con la embriaguez de la desesperación, pues también embriaga a veces la desesperación... ¡Uno!... ¡dos!..., ¡tres minutos! El bote se aligeraba... Ninguna otra ola cayó sobre nosotros..., cinco minutos más y ya la embarcación estaba libre de agua..., mas ¡ay!...

Entonces oímos por encima de los silbidos del -huracán y de los choques del agua, un rumor más hondo, más tremendo aún... ¡Santo cielo! ¡La voz de los escollos!

En este momento la luna salió de nuevo por detrás del nublado del chubasco, iluminando un gran espacio del seno desgarrado del mar; allí, a media milla delante de nosotros, vimos una blanca línea de espuma, luego un espacio negro de mar, y luego otra línea blanca... Parecía una fauce abierta, enorme; con su dentadura descomunal... Eran los arrecifes, y sus rugidos crecían conforme nos acercábamos, y a ellos íbamos con vuelo de golondrina... ¡Ya estábamos sobre ellos, bajo sus nevados chorros de agua espumante, que se chocaban, que rechinaban como si fueran los dientes de la boca del infierno!...

- ¡Orza, Mahomet!... ¡Orza por tu vida! - grité. Era un hábil timonel, y práctico en esta peligrosísima costa. Agarró la caña e inclinó hacia adelante su gran busto, contemplando a los escollos espantosos con unos ojos tan absortos que parecía que iban a saltárseles de la cara. -La corriente echaba al bote hacia estribor. Si llegábamos a la línea de las rompientes fuera de una obra de cincuenta yardas, nos desbaratábamos... Llegamos... Era un espacio de olas retorcidas, desenfrenadas... Mahomet plantó su pie sobre el asiento delantero, y vi cómo sus negros dedos se le abrieron, cual si fuesen los de la mano, al echarles encima todo el peso de su cuerpo para cargarse sobre la caña... Orzó el bote un poco, mas no lo bastante... Gritéle a Job que contrarremase, mientras que con mi remo trabajaba yo... El boté obedeció... ¡Era hora!... Luego siguieron un par de minutos de tal excitación, de tal paralización del corazón, que no podré describir. Sólo recuerdo el furioso mar, estridente, de olas mil que surgían a la vez por todas partes, como si fueran vengativos difuntos- que brotaban de su marino sepulcro. Un momento viramos por entero, y no sé si por la fortuna nuestra, o por la habilidad de Mahomet, el bote se enderezó otra vez antes de que una ola nos cayera encima... Otra nos amenazó luego; era monstruosa, y la pasamos también, no sé si por encima o por debajo; por debajo me parece, y entonces, con un salvaje grito de alegría del árabe, nos encontramos en las aguas, comparativamente sosegadas, de la lengua de mar que había entre las dos dentadas filas de las devorantes olas.

Pero otra vez habíamos embarcado una gran cantidad de agua y a poco más de media milla por delante teníamos la segunda línea de escollos. Otra vez nos pusimos, pues, a achicar, trabajando con verdadero furor. Afortunadamente la

borrasca había pasado por completo y la luna alumbraba con brillantez, dejándonos ver un prominente cabo de la costa que avanzaba mar adentro como media milla y del que parecían ser una continuación los arrecifes de esa segunda línea. De cualquier suerte que fuera, hervía el mar en torno suyo.

Cuando acabamos de pasar los primeros escollos, Leo, para mi gran satisfacción, abrió los ojos y barbotó en su casi letargo que las sábanas se le habían caido al suelo, y que ya era hora de ir a la capilla...

- ¡A dormir! - gritéle cual si fuera un niño - ¡y estése usted muy quieto!... - y me obedeció sin darse cuenta de nuestra situación. Pero la referencia que en su delirio había hecho de la capilla, me hizo pensar con amarguísima nostalgia en mis confortables habitaciones de la Universidad. ¿Por qué fui tan mentecato que las abandoné?... Esta reflexión me iba a asaltar después una porción de veces más.

Corríamos de nuevo contra los otros escollos, aunque con menos velocidad que antes, porque el viento había amainado, y sólo la corriente, o la marea - después vimos que era ésta - nos arrastraba. Pasó un momento más... ¡Henos en ellos ya!... Mahomet invocó a Alá, yo a Jesús y Job lanzó una exclamación que nada de piadosa tenía, y vimos repetirse toda la escena anterior, mas no con tanta violencia, hasta que por fin escapamos. Los compartimientos y el hábil timonear del árabe nos salvaron la vida. En cinco minutos habíamos atravesado la línea de escollos, y ya, dejándonos ir con el mar, porque estábamos demasiado agotados para hacer otra cosa más que mantener derecho al ballenero, bordeamos con asombrosa rapidez el promontorio de que hablé hace poco.

Vímonos, al fin, a sotavento suyo, y disminuyó la rapidez con que corríamos, hasta que por último nos encontramos en aguas muertas. La tempestad había pasado por completo, dejando tras sí un cielo claro y limpio. El promontorio nos defendía del mar grueso levantado por la borrasca, y la marea, que con tanta fuerza subía contra el río, porque nos hallábamos en la boca de uno pequeño, se calmaba en aquel lugar. Así es que flotábamos dulcemente, y antes de que se pusiera del todo la luna, conseguimos achicar el agua del bote, y darle alguna condición de barco manejable. Leo dormía profundamente, y me pareció que no debía despertarlo de ningún modo. Verdad es que tenía toda la ropa mojada, pero la noche era tan cálida, que Job y yo creímos que esto no podría perjudicar a un hombre de constitución tan vigorosa como la suya. Además, no teníamos otra ropa seca a mano.

Llegaba la luna a su ocaso; flotábamos sobre el mar, que ahora palpitaba como si fuera un inmenso seno de mujer dormida, y tranquilo ya, púseme a considerar cuánto, en tan poco espacio, habíamos sufrido, y cuán milagrosamente nos habíamos salvado. Job se colocó a proa, guardó Mahomet su puesto en el timón, y yo me senté en el medio del bote, junto a donde Leo estaba echado.

Púsose al fin la luna llena y dulcemente, retiróse como casta novia que penetra en su alcoba nupcial, y larguísimas sombras se descolgaron del firmamento, cual si fueran velos, entre los cuales se asomaron algunas estrellas que lucían como ojillos maliciosos. En breve, sin embargo, empezaron a palidecer ante el gran resplandor que brotó del Este, y entonces, rápidamente, vimos adelantarse los vibrantes pasos del alba sobre el azul de la altura, de nuevo evocado para desalojar de sus puestos a las estrellas. Más y más se tranquilizaba el mar, y también los suaves vapores que nutren en su seno, como para encubrir sus inquietudes, como hacen las ilusas formas del ensueño sobre una mente dolorida para que olvide sus angustias. De Oriente a Occidente volaban los ángeles de la aurora de mar a mar, derramando sus

resplandores con ambas manos. De la sombra surgían perfectos, gloriosos, como el alma de los justos de la sepultura, para cernirse sobre el mar tranquilizado, sobre la línea baja de la costa, y los pantanos detrás de ella, y los montones más lejanos aún; sobre los que dormían en paz, y sobre los que despertaban a sufrir de nuevo, sobre lo malo y lo bueno; sobre los vivos y los muertos; sobre el anchísimo mundo y sobre todo lo que vive o ha vivido en él.

Era un espectáculo extraordinariamente hermoso, y sin embargo, triste, quizás por el mismo exceso de su hermosura. ¡La salida del sol, la puesta del sol!... Tipo y símbolo de la humanidad que nace y que muere; tipo y símbolo de las obras que ella alza y que se desmoronan... ¡sí, y también de la tierra, de su principio y de su fin!... Aquella mañana, el espectáculo me impresionó más que nunca. ¡El sol que para nosotros se alzaba ahora, hablase puesto ayer por última vez para dieciocho hombres que como nosotros viajaban para dieciocho seres humanos que nosotros conocimos!

¡El dhow se había hundido, arrastrándolos consigo, y ahora sus cadáveres estarían chocándose contra las rocas y enredándose en las plantas marinas, reliquias abandonadas en el gran océano de la muerte!... ¡Y nosotros cuatro nos habíamos salvado!... Pero la salida del sol se efectuará algún día cuando nosotros nos encontremos entre los que se hayan perdido, y apenarán en medio de tanta gloria al meditar sobre la muerte en la plena explosión de la vida que está surgiendo.

Porque éste es el sino del hombre.

CAPITULO V
LA CABEZA DEL ETÍOPE

AL fin los heraldos y correos precursores de la majestad solar habían cumplido su diligencia persiguiendo y ahuyentando a las sombras. Entonces, gloriosamente, surgió el astro de su lecho del océano, e inundó a la tierra de luz y de colores. Sentado en el bote, contemplaba yo su salida, oyendo el dulce murmullo del agua que lo batía, y sin notar cómo ella, en su suave arrastre, nos iba llevando. Por fin vino a interceptarme el espectáculo la interposición de aquel picacho de rara forma de la extremidad del cabo, que continuaba con la vista fija en ese peñasco, hasta verlo todo franjeado por la intensa luz que por detrás venía...

De súbito salté entonces en mi asiento, porque vi en la cima, como a ochenta pies de altura sobre la base, y ancha como unos ciento cincuenta, labrada, la cabeza de un negro, cuya expresión era de una malignidad notable. No había duda: allí se veian los belfos, los gruesos carrillos y la aplastada nariz, destacados con asombrosa claridad y fijeza sobre el fondo de llamas. Veiase también el redondo cráneo, cuya forma quizá habían perfeccionado los vientos y las tempestades durante miles de años, y para completar el parecido, sobre él crecía una escasa mata de vegetación, hierbas malas o líquenes; que a cualquiera le asemejarían, alumbrados como entonces estaban, la lana de la cabeza colosal de piedra. Era tan rara la apariencia aquélla, que aun creo que no podía ser un mero capricho de la naturaleza sino un gigantesco monumento, labrado, como la conocida esfinge egipcia, por un pueblo ignorado, en un peñasco cuya forma en bruto se prestaba al contorno de la figura, y quizá con el objeto de advertir o retar a cualquier enemigo que a su puerto se aproximase. Nosotros no pudimos, por desgracia, asegurarnos de la naturaleza verdadera de aquella forma, porque el peñasco era de dificilísimo acceso, tanto por la parte de tierra como por la del mar, y teníamos, además, que atender a cosas más urgentes. Yo, por mi parte, creo, teniendo en cuenta todo lo que vi después, y que sabrán los que esto lean, que el peñasco había sido labrado por la mano del hombre. Pero, en fin, como quiera que sea, allí se encuentra siempre mirando con fiereza al cambiante océano, tal como se concentraba hace más de dos mil años, cuando Amenartas, la princesa egipcia, esposa de Kalikrates, el remoto antepasado de Leo, contempló su diabólico rostro, y tal como se encontrará, sin duda, después que haya pasado el mismo número de siglos y nosotros hayamos sido olvidados del todo.

- ¿Qué piensas de eso, Job? - preguntéle a nuestro sirviente, señalándole la demoníaca y flamígera cabeza. Job estaba sentado sobre la borda, con su eterno aire de disgusto, tratando de tomar toda la cantidad de sol posible. Levantó los ojos y exclamó:

- ¡Dios mío, míster Holly!... Ese es el mismísimo retrato del caballero Nick.

Largué una carcajada, y a su ruido despertó Leo.

- ¡Hola! - exclamó -. ¿Qué demonios tengo yo en el cuerpo?... Me siento tieso... ¿Dónde está el dhow?

-Agrádesele a Dios, muchacho, el no estar más tieso aun - le contesté -. El dhow se ha ido a pique, y todos los que estaban a su bordo se han ahogado, menos nos otros cuatro..., y tú mismo no te has salvado sino por un grandísimo milagro...

Y mientras Job buscaba en un compartimiento la botella de brandy, contéle rápidamente cuanto había pasado.

- ¡Cielos! - murmuró al fin, con cierto desmayo -. ¡Ay, Holly! Pienso en que por algo, después de todo, se nos ha dejado la vida.

Encontróse el brandy, y todos tomamos de él un buen trago. El sol empezaba ya a calentarnos los huesos, calados como los teníamos después de una mojadura de más de cinco horas.

-He aquí, al fin, la peña de que habla la inscripción dijo Leo suspirando -. La roca que tiene esculpida la cabeza de un etíope.

-Sí.- contesté-; ahí está.

- ¡Entonces lo demás debe ser cierto también!...

-No veo la lógica de tu consecuencia. Probablemente no sea esta la cabeza de que habla el texto antiguo, y ¿qué puede probar en caso de que lo sea?

Sonrió Leo con cierto aire de superioridad, y dijo:

- ¡Tío Horacio, creo que eres un incrédulo!... ¡Viviremos para ver!

-Exactamente, y ahora mismo notarás que estamos arribando sobre un banco de arena hacia la boca de un río. Agarra un remo, Job, y vamos adelante a ver cómo hallamos dónde desembarcar.

No parecía muy ancha la boca del río en que entrábamos, por lo que era posible ver entre las grandes brumas que aun colgaban sobre sus márgenes. Como casi todos los ríos Áfricanos, tenía una gran barra que ningún bote, por poco que calase, habría podido cruzar soplando viento de tierra y bajando la marea, pero a la sazón, la pasamos muy bien. En veinte minutos nos hallamos del otro lado, bastante adentro en el puerto, con pequeñísimo esfuerzo nuestro, gracias a una brisa fuerte, aunque intermitente. Ya el sol que empezaba a quemar un poco más de lo justo, había barrido las neblinas, y pudimos ver que el estuario en que nos hallábamos tendría como una milla de ancho, que sus márgenes eran muy bajas y cenagosas, y que estaban materialmente llenas de cocodrilos que yacían tendidos sobre los montones de lodo. A una media milla más arriba en el puerto, veíamos, sin embargo, avanzarse una estrecha faja que parecía tierra firme y a ella nos dirigimos. Tardamos un cuarto de hora en alcanzarla, y desembarcamos después de amarrar el bote a un hermoso árbol que se inclinaba sobre el mar, parecido a las magnolias por sus hojas anchas y lustrosas y por sus flores, aunque éstas eran rosadas [4]en vez de ser blancas Incontinente nos bañamos bien, poniendo al sol nuestra ropa a secar y todos los contenidos del ballenero.

Cobijados por algunos árboles, almorzamos luego alegremente una lata de lenguas Paysandú, de las que en gran cantidad habíamos traído con nosotros de los almacenes proveedores del ejército y la armada, y bien que nos congratulamos de la idea que tuvimos de cargar el bote aquella mañana antes de la noche tempestuosa, ya que por ella nos era permitido gozar, tan sano alimento. Al acabar de comer nos pusimos de nuevo nuestra ropa, seca ya, sintiéndonos con ello más animosos y fuertes. Lo cierto es que, aparte de algún rasguño o contusión, muy poco sufrimos en el naufragio, donde tantos habían perdido la existencia. Leo, únicamente, casi se ahoga, más qué era esto para un atleta como él, de veinticinco años.

Empezamos entonces a explorar nuestra posición. Nos encontrábamos sobre una faja de tierra seca como de doscientas yardas de ancho por quinientas de largo, que por un lado confinaba con el río y por los otros lados con pantanos desolados, interminables, que se perdían de vista. Esta faja de tierra se alzaba como unos

[4] Esta clase de magnolias de flores rosadas existe: es indígena de Sikkin y se llama M. Campbellii.

veinticinco pies sobre el nivel del río, y por ciertos detalles parecía una obra humana.

-Esto ha sido un muelle antiguamente - dijo Leo con énfasis.

- ¡Vamos, hombre!..., ¿Quién hubiera sido el tonto que construyese muelles en medio de estos pantanos espantosos, en una comarca poblada por salvajes, si es que está poblada?

-Y ¿por qué ha de haber sido pantanoso siempre y salvajes los habitantes?... - murmuraba Leo examinando el borde cortado a pico sobre el río -. Holly, ven conmigo y mira esto - y echó a andar hacia una magnolia que había sido desarraigada por la anterior borrasca. Al caer al agua, el árbol, que había crecido sobre el filo mismo del muelle, arrastró consigo una gran cantidad de tierra -. Mira - dijo -; si esto no es obra de albañilería, lo parece mucho en verdad.

-- ¡Vamos, vamos, chico!... -repetí de nuevo, metiéndome con él entre las raíces del árbol caído.

- ¿Y bien? - preguntó.

Esta vez no le contesté. Púseme a silbar. Allí, ante mi vista, tenía yo indudablemente un frente de sillería muy regular, con su argamasa tan dura que no podía arrancarla, ni rayarla siquiera, con mi cuchillo de monte. Y no fue esto todo: notando que algo sobresalía en la parte inferior del trozo de pared que había quedado descubierta por el derrumbe, aparté con las manos un poco de tierra suelta, y puse al descubierto una argolla de piedra, de un poco más de un pie de diámetro por tres pulgadas dé grueso. Quedéme, a la verdad, hondamente impresionado.

- ¿Qué hay? Tío Horacio, ¿no se parece esto a un muelle al que han atracado barcos de buen tamaño?...

Traté de decirle "¡Vamos, hombre!" otra vez, pero se me atragantó la frase. La argolla de piedra gritaba sola. Allí, sin duda, en épocas pasadas, habían atracado barcos, y esta muralla de piedra pertenecía a un muelle sólidamente construido, y quizá, la ciudad a, que pertenecía yacía hundida en ese pantano del otro lado.

- ¡Pues parece que la historia no es del todo falsa, tío Horacio! - exclamó el muchacho, regocijado.

No le contesté, porque estaba pensando en la cabeza del negro, además de estar mirando el muelle.

-En un país como África - dije al fin - han de encontrarse, es natural, reliquias de antiquísimas y olvidadas civilizaciones. Nadie conoce bien la edad de Egipto, y es racional pensar que esa nación tuviera colonias. También hay que contar con los babilonios, los fenicios y los persas, y con otras clases de gentes más o menos adelantadas, sin que mentemos a los judíos, que hoy día son tan solicitados por todo el mundo. Es posible que algunos de estos pueblos tuvieran aquí una colonia, o establecimiento mercantil. Recuerda esas ciudades persas que nos enseñó el cónsul de Kilva[5].

-Todo eso es verdad, pero antes no decías esas cosas.

[5] Cerca de Kilva, en la costa oriental de África, como a unas 400 millas al sur de Zanzíbar, existe una costa acantilada que fue barrida por el mar recientemente. Sobre ella había unas tumbas persas de siete siglos de antigüedad por lo menos, según las fechas inscriptas en ellas. Debajo de estas tumbas háyanse las ruinas de una ciudad. Mucho más abajo están los restos de una segunda ciudad, y más abajo aun otra capa de escombros acusan la existencia de otra ciudad de ignota y enorme antigüedad. Debajo, en la ciudad inferior, se encuentran algunos ejemplares de vasijas de barro que se parecen a las actualmente en uso en ese país, y que hoy están en poder de sir John Kirk.

-Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? - dije cambiando de conversación.

Nadie contestó. Nos dirigimos hacia la orilla del pantano y nos pusimos a contemplarlo. Era aparentemente interminable, y grandes bandadas de aves marinas de todas clases lo atravesaban, cubriendo el cielo a veces.

Ahora que el sol había subido bastante, empezaron a levantarse delgadas nubes de envenenados vapores de la superficie de la marisma y de los turbios charcos de agua estancada. Entristecidos contemplábamos este espectáculo hasta que al fin les dije a mis compañeros:

-Tenemos que tomar una determinación... Creo que no podemos hacer ninguna de estas dos cosas: ni cruzar eso - dije señalando el pantano - ni quedarnos aquí, so pena de morir de fiebre.

-Eso se ve tan bien como una parva de pasto - murmuró Job.

-Y creo también que tenemos que hacer cualquiera de estas dos: o volvernos al ballenero y lanzarnos al mar de nuevo en busca de cualquier puerto, lo cual es muy aventurado, o subir por este río a vela o remando, a ver a dónde vamos a parar.

-Lo que ustedes harán no lo sé - dijo Leo -, pero sí sé que yo voy a remontar ese río.

Job puso los ojos en blanco y lanzó un gemido, y el árabe murmuró "¡Alá!", y gimió también. Yo pensé que nos hallábamos entre el mar y el infierno, y que lo mismo daba que fuéramos a uno que a otro lado; mas tenía, a la verdad, cierto deseo de seguir a Leo. La colosal cabeza de negro y el muelle de piedra habían excitado mi curiosidad de tal modo, que aunque en el fondo me hallaba avergonzado, estaba dispuesto a satisfacerla a cualquier precio. En consecuencia, nos embarcamos. Arbolamos el mástil con mucho cuidado, compusimos bien el interior del bote; sacamos nuestros rifles y desatracamos. El viento afortunadamente, soplaba del mar y pudimos izar la vela. Después supimos que generalmente soplaba así desde la madrugada por algunas horas, y luego, por tierra, otra vez hasta la puesta del sol; la explicación que yo propongo de esto es que, al refrescarse la tierra con el rocío de la noche, levantase el aire caliente, por lo que el aire fresco se precipita del mar hasta que el sol lo haya podido calentar también. Esto, por lo menos, es lo que en aquel punto sucedía.

Aprovechando aquel viento propicio, navegamos río arriba alegremente durante tres o cuatro horas. El sol, hacia mediodía se puso atrozmente fuerte, y el olor que salía de los pantanos por los esteros que volcaban sus aguas en el río, era en ocasiones tan grande que determinamos tomar algunas dosis preventivas de quinina.

Poco después decayó la brisa por completo, y como no había que pensar en servirnos de los remos con aquellos calores, en bote tan pesado, nos dimos por muy satisfechos de encontrar unos grandes árboles, especies de sauces, que crecían junto al agua, cuya sombra aprovechamos para dormir, hasta que la proximidad de la puesta de sol puso término a nuestra sofocación. Por delante teníamos un ensanchamiento del río, y decidimos remar hasta allí para pasar en él la noche.

Pero, precisamente cuando íbamos a zafar el bote, apareció en la oca orilla del río un hermoso gamo, de alta cornamenta inclinada hacia adelante, y con una faja blanca sobre los muslos traseros. Escondidos como estábamos tras de los sauces, la pieza no podía vernos. Leo la descubrió antes que nadie, y se quedó estirado, anhelante, como perro de presa. Era un ardiente deportista, sediento de la sangre de la caza mayor, con la que por meses había estado soñando. Viendo de lo que se cataba al fin, alárguele su rifle y preparé el mío.

- ¡Cuidado, no le yerres! - murmuré a su oído.

- ¡Aunque quisiera errarle no podría! -me dijo con desdén, apretados los dientes y echándose el arma a la cara.

El gamo ruano, después de beber a su gusto, alzó la cabeza y se puso a mirar hacia el frente. Estaba precisamente parado ante el sol poniente sobre un camellón de tierra que se perdía dentro de la ciénaga, que era sin duda el paso favorito de las bestias monteses. Bello, a la verdad, lucía ante los ojos del cazador...

¡Fuego!... Echóse a huir la pieza después de dar un gran salto. ¡Leo le había errado!... ¡Fuego otra vez!... El tiro fue bajo... Volaba como si fuera una flecha, y se hallaba ya a cien yardas... Disparé, sin embargo, ¡y acerté!

-*Master Leo*, creo que te limpié los ojos ahora... le dije a pesar mío, dominado por la cruel alegría que en ese supremo instante surge del pecho del deportista mejor educado.

- ¡Maldito seas! -rugió él-. Mas al punto corrió por su hermoso "so la sonrisa que a menudo lo iluminaba como si fuera un. resplandor y añadió:

- ¡Ah, viejo!, dispérsame la maldición. ¡Te felicito sinceramente por el soberbio tiro!... ¡Los míos fueron ridículos!

Salimos del ballenero y corrimos hacia la presa, que tenía roto el espinazo y estaba ya muerta. Tardamos como un cuarto de hora en desollarlo y en cortarle la mejor carne, y aun tuvimos claridad bastante para remar a través de la especie de laguna que formaba el río por una depresión del pantano. Fondeamos, al caer la noche, como a unas cincuenta yardas de las dos orillas. No nos atrevimos a atracar por temor de no encontrar tierra seca para vivaquear, y para no soportar las exhalaciones venenosas dé la ciénaga, que esperábamos se atenuarían algo en medio del agua. Encendimos, pues, una linterna y abrimos oca lata de lengua. Luego nos preparamos para dormir, pero en breve comprendimos que no podríamos conseguirlo. No sé si atraídos por la luz o por el olor de hombres blancos, que habrían quizá estado esperando algunos mil años mas o menos, lo cierto es que fuimos atacados por millones de los más sanguinarios, pertinaces y enormes mosquitos que he visto en mi vida, o de cuya existencia haya leído u oído hablar. Cargaban contra nosotros en nubes cerradas, y zumbaban y nos mordían hasta volvernos locos. El humo del tabaco parecía tornarlos más activos aun, y tuvimos que cubrirnos con las mantas hasta la cabeza y permanecer sentados sin destaparnos, echando pestes, sudando y rascándonos.

En tan molesta situación estábamos cuando oímos tronar, en el silencio de la noche, el rugido de un león; luego el de otros y hasta las oímos moverse entre los juncos de la orilla, a cincuenta yardas de nosotros.

- ¿Verdad, deudo avuncular - me dijo Leo, que gustaba usar conmigo ciertos términos irreverentes, sacando la cabeza de debajo de la manta -, verdad que hemos hecho bien en no desembarcar esta noche?... ¡Que me parta un rayo!... ¡Me acaban de apuñalear la nariz! - y su cabeza desapareció de nuevo.

Pronto salió la luna, y, a pesar de la variedad de tonos en los rugidos de los leones que nos venían de las orillas, creyéndonos seguros en donde estábamos, empezamos poco a poco a quedarnos dormidos... Y no sé qué me hizo sacar la cabeza de debajo de la manta; quizá fue porque sentí que me picaban a través de ella, pero lo cierto es que al tiempo que lo hacía, oí a Job que decía con voz angustiada:

- ¡Dios mío! Vean ustedes, señores, lo que viene allí.

He aquí lo que vimos al resplandor de la luna. Cerca de la orilla habianse formado dos círculos en el agua, que se iban ampliando cada vez más, y en cuyo exacto centro veían dos bultos obscuros que se movían.

- ¿Qué es eso? - pregunté.

- ¡Son esos malditos leones, señor! - contestó Job, y el tono rarísimo de su voz expresó al mismo tiempo una sensación de dolor personal, de respeto inveterado hacia mí y de evidente temor-. Vienen nadando para jugárnosla, señor... - y recalcó nerviosamente la jota de jugárnosla.

Miré atentamente... No había duda: atraídas por el olor de la carne del gamo o por la nuestra propia, las sanguinarias fieras venían a atacarnos en nuestras últimas trincheras.

Leo ya había empuñado su rifle. Gritéle que aguardara a que se acercasen más, y preparé también mi arma con cuidado. A unos quince pies de donde estaba fondeado el ballenero alzábase el fondo de la laguna, formando un banco de sólo quince pulgadas de agua; el que venía más adelantado de los dos animales, la hembra, lo alcanzó y se paró sobre él, y rugió. En el mismo instante disparó

Leo y le metió la bala por la boca atravesándole el cuello; la fiera cayó muerta chapoteando en la laguna. El segundo león, que era un macho bien grande, venía nadando como a dos pasos por detrás, y al momento de poner las dos patas delanteras sobre el bajío, notamos una cosa extraña. Sintióse bajo el agua como un choque y un movimiento, como lo que se nota en los lagos de Inglaterra cuando un solio se arroja sobre un pez pequeño y lo devora, pero muchísimo más fuerte, y entonces el león, de súbito, dio el más estridente rugido y saltó sobre el banco arrastrando consigo alguna cosa negra y grande.

- ¡Ay Alá! - exclamó Mahomet -. ¡Un caimán lo tiene sujeto por la pata!

¡Y bien que lo tenía!... Veíamos el largo hocico con sus lucientes filas de dientes, y más atrás el enorme cuerpo del reptil.

Después siguió una escena imposible de describirse. El león consiguió mantenerse sobre el banco, con la pata siempre presa. Rugió, y sus rugidos hacían vibrar todo el aire. En eso volvió la cabeza y dió un zarpazo en el pescuezo al cocodrilo. Este soltó su presa, pero lo prendió entonces por el cuello, y así se estuvieron ambos, sacudiendo y retorciéndose espantosamente a flor de agua. No era posible que siguiéramos bien sus movimientos, pero al cabo de un momento vimos que cambiaba la situación. El cocodrilo parecía ya una masa de lodo sangriento; había mordido al león por el medio del cuerpo, y junto a las ancas, y con sus mandíbulas de hierro lo sacudía de un lado para otro. El león, por su parte, tan cruelmente torturado, rugiendo de agonía, clavaba las garras, y al azar, mordía la cabeza de su antagonista, y hecho un arco, con las garras traseras hundidas en el pescuezo, comparativamente más blando del escamoso saurio, se lo desflecaba como haríamos nosotros con un guante.

Entonces, en un momento, concluyó el combate. Cayó la cabeza del león sobre el cuerpo del cocodrilo, y murió dando un atroz gemido. El cocodrilo, después de estarse quieto un rato cayó también sobre un costado con las quijadas fijas aun en el cuerpo del león, que después vimos que estaba casi cortado en dos partes. Este duelo a muerte fue un espectáculo terrible y maravilloso, que muy pocos hombres quizás habrán contemplado. Cuando concluyó, dejamos a Mahomet de guardia, preparándonos para pasar el resto de la noche del mejor modo posible.

CAPITULO VI
UNA ANTIGUA CEREMONIA CRISTIANA

A la mañana siguiente nos levantamos al primer resplandor del alba. Hicimos las abluciones posibles en aquellas circunstancias, y en breve estuvimos dispuestos para seguir navegando. Había luz suficiente para vernos mutuamente las caras, y yo me eché a reír al contemplar las de mis compañeros. El rostro tranquilo y redondo de Job había aumentado al doble de su tamaño, y la condición del de Leo no era mucho mejor. De los tres, el más respetado había sido yo, debido, probablemente, a lo recio de mi piel morena y al hecho de que la mayor parte de mi cara estaba cubierta de barbas, pues desde que salí de Inglaterra las había dejado crecer a su gusto. Los otros dos se afeitaban siempre, y esto ofreció a los mosquitos mejor campo de operaciones. Mahomet fue respetado: reconociendo por el sabor que era un verdadero creyente, no quisieron tocarlo a ningún precio... ¡Cuántas veces, en las dos semanas siguientes, no deseamos tener en la sangre su sabor árabe!

Cuando hubimos acabado de reír todo lo que los hinchados labias nos permitieron, ya era de día claro y empezaba a soplar la brisa marina, rasando las densas neblinas de la ciénaga y haciéndolas rodar de uno a otro lado, cual si fueran pelotas inmensas de vaporosa lana blanca.

Izamos; pues, nuestra vela, y echando la última mirada sobre los leones y el cocodrilo muertos, cuyas pieles teníamos que abandonar por no poseer los medios de curtirlas, levamos ancla, y echamos a navegar por la laguna entrando en el río del otro lado de arriba. Cuando paró la brisa, al mediodía, tuvimos la fortuna de encontrar un buen desembarcadero de tierra seca, en el que acampamos. Encendimos fuego y cocimos algunos patos silvestres y parte de la carne del gamo, no de muy sapiente modo quizá, pero que no nos supo del todo mal. El resto del gamo lo cortamos en tiras y lo colgamos al sol para hacer biltong, que es como me parece que los boers de Sudáfrica llaman a esta especie de tasajo, y luego, en este pedazo providencial de tierra enjuta, pasamos la noche sin otra novedad que la guerra con los mosquitos.

Ya, nos hallábamos al cuarto día de nuestro viaje, y habíamos andado, según mis cálculos, unas ciento treinta y cinco a ciento cuarenta millas al oeste de río adentro, cuando nos ocurrió el primero de sus más importantes acontecimientos. Aquella mañana la brisa amainó como a las once, y después de bogar un poco nos vimos obligados a detenernos, más o menos fatigados, en un lugar en que parecía confluir la corriente que seguíamos en otra de su misma anchura. Algunos árboles había por allí, los únicos de esta comarca; crecían a la orilla del río, y a su sombra descansamos. Después, estando el terreno por allí bastante seco echamos a andar por la margen para explorar los alrededores y ver cómo matábamos algunas aves de la ciénaga. Antes de que hubiéramos andado unas cincuenta yardas, nos percatamos de que debíamos abandonar toda esperanza de seguir subiendo el río con nuestro ballenero, porque de allí en adelante tornábase en una serie de bancos fangosos y bajíos de no más de seis pulgadas de agua. Era un verdadero callejón fluvial sin salida.

Volviendo sobre nuestros pasos, recorrimos la margen del otro río, y por varios indicios dedujimos que aquello no era tal río, sino un canal antiguo, parecido al que está más arriba del Mombasa, en la costa de Zanzíbar, y que une el río Tana con el

Uzi, permitiendo que los barcos que por él bajan, pasen a éste y lleguen por él al mar, evitando así la peligrosísima barra que cierra la boca del Tana.

El canal que teníamos delante debió haber sido construido en remotísima edad, y aun se conservaban a ambos lados las elevaciones de la tierra excavada, que sin duda hicieron en un tiempo el oficio de caminos de sirga. Exceptuando en algunos puntos en que se habían hundido, las márgenes de argamasa caliza Se conservaban a distancia uniforme, y la profundidad del canal parecía también ser siempre igual. La corriente era inapreciable, casi no existía; y a consecuencia de esto la superficie del agua estaba cuajada de vegetación, cortada por estrechos pasos de agua libre, hechos quizás por las aves de la ciénaga, iguanas y demás alimañas.

Ahora bien, era evidente que teníamos que abandonar la empresa de seguir río arriba, y que debíamos escoger entre subir y bajar por el canal o volver a la costa por donde habíamos venido. No podíamos quedarnos donde estábamos para que el sol nos achicharrara, nos devorasen los mosquitos, y que las fiebres de aquellos funestos pantanos acabasen con nosotros.

- ¡Sigamos el canal arriba! - exclamé por fin.

Los demás asintieron cada cual a su manera. Leo, como si se tratara de una partida de placer; Job, con disgusto respetuoso, y Mahomet, con una invocación a Alá, que contenía implícita una maldición contra los incrédulos ingleses y sus raros modos de pensar y de viajar.

Así, pues, apenas empezó a declinar el sol, no teniendo que esperar ya la brisa favorable, rompimos la marcha. Durante la primera hora, más o menos, conseguimos remar, aunque con gran trabajo; pero tanto se espesaron luego las hierbas, que no nos lo permitían, y tuvimos que adoptar el más primitivo y fatigante recurso de tirar de nuestro bote. Durante dos horas más trabajamos, Mahomet, Job y yo, que valía tanto como ellos dos juntos por mis fuerzas, y Leo, sentado en la proa, iba cortando las hierbas que estorbaban el paso, con el sable de Mahomet. Al obscurecer hicimos alto para descansar y darles gusto a los mosquitos, pero al salir la luna continuamos nuestra marcha, aprovechándonos de la relativa frescura de la noche. A la madrugada descansamos unas tres horas, y luego trabajamos otra vez como hasta las diez, cuando nos asaltó una tempestad de truenos acompañada de un diluvio, y nos pasamos seis horas largas materialmente hechos una sopa.

No creo que haya necesidad de que describa detalle por detalle el viaje de cuatro días más que hicimos de este modo. Baste decir que fueron los más tristes que he pasado en mi vida, y que comprenden una monótona sucesión de recia labor, de sofocantes calores, de depresión de ánimo, y de mosquitos. Continuábamos atravesando la región de interminables pantanos, y yo sólo atribuyo nuestra indemnidad contra la fiebre y la muerte a las constantes dosis de quinina y otros antídotos, así como al trabajo corporal, que estábamos obligados a hacer.

Al tercer día de nuestro viaje por el canal, habíamos divisado lejanamente una loma redondeada que se alzaba sobre los vapores de la ciénaga, y en la tarde de la cuarta noche, cuando nos detuvimos a descansar, la distancia aparente a que de ella nos hallábamos seria como de veinticinco a treinta millas. Ya nos encontrábamos absolutamente exhaustos, y nos parecía que las llagadas manos no podían tirar más del bote ni una sola yarda, y que la mejor cosa que nos quedaba por hacer era tendernos allí a morir en medio de aquellos terribles y cenagosos desiertos.

Tristísima era nuestra situación, en la que yo creo que no ha de verse jamás ningún otro hombre blanco, y al tendernos en el bote a dormir el sueño de la más absoluta

fatiga, maldije amargamente mi locura de entrar en esta disparatada empresa que sólo podía terminar con nuestra muerte en tan inclemente lugar. Recuerdo que al caer lentamente en el sueño, púseme a pensar en lo que parecerían nuestro bote y su mísera dotación después de que hubiéramos pasado tres meses. Allí yacería el ballenero entreabierta la tablazón, casi lleno de agua corrompida que bañaría, al ser removida por el neblinoso viento, nuestros huesos. Así habrían de concluir la navecilla y los tontos que en ella salieron en pos de mitos y de los arcanos de la naturaleza.

Ya me parecía oír el agua batiendo las peladas osamentas y entrechocándolas, rozando mi calavera con la de Mahomet, hasta que la de éste, irguiéndose sobre sus vértebras y mirándome con los vacíos alvéolos de sus ojos, me maldice con sus contraídas quijadas, porque yo, perro cristiano, había perturbado el sueño póstumo de un creyente. Abrí los ojos estremecido por tan atroz pesadilla, para estremecerme otra vez al ver algo que ya no era en sueños.

Dos ojos fulguraban en la brumosa oscuridad. Traté de incorporarme, y en mi terror grité para despertar a los demás. Saltaron todos, medio borrachos del sueño y llenos de espanto. Vi entonces el rápido reflejo de una hoja de acero, y sentí contra mi garganta apoyada la punta de una lanza.

- ¡Haya paz!- dijo una voz en árabe, o en un dialecto del árabe -. ¿Quiénes sois vosotros que venís nadando sobre el agua? ¡Responded, o sois muertos!... -Y sentí apoyarse con mas fuerza el agudo acero en mi cuello, haciéndome correr un gran escalofrío por las venas.

-Viajeros somos y hemos llegado aquí por acaso contesté con mi mejor árabe, que pareció ser comprendido, porque el que me tenía cautivo tornó la cabeza volviéndose a una alta sombra que en el fondo le preguntó:

- ¿Le herimos, padre?

-¿Cual es su color? -contestó preguntando a su vez una voz profunda.

-Blanco.

-Pues no los hieras... Cuatro soles hace que recibí la orden de Quien debe ser obedecido: "Vienen hombres blancos; cuando lleguen no los mates". Llevémoslos a ELLA. Traed a esos hombres: traed también las cosas que consigo llevan.

-Ven - me dijo mi captor, y medio guiándome, medio arrastrándome, me sacó del bote. Vi que los demás hombres hacían lo mismo con mis compañeros.

Sobre el andén de sirga estaba reunida una compañía como de cincuenta hombres. Todo cuanto pude ver es que estaban armados de enormes lanzas, que eran altos y vigorosos, al parecer, de no muy obscuro color relativamente y que estarían desnudos si no fuese por una piel de leopardo que les colgaba de la cintura. A Job y a Leo los pusieron a mi lado.

- ¿Se han escapado los demonios del infierno, tío Holly? - preguntaba Leo, restregándose los ojos.

- ¡Dios mío, míster Holly, ésta es una huelga de borrachos! - murmuraba Job.

Presentóse una dificultad entonces: Mahomet, dando traspiés, se lanzó sobre nosotros, perseguido por una sombra con la lanza en alto.

- ¡Alá! ¡Alá! ¡Protégeme! - clamaba el árabe como si no esperase nada de los hombres.

- ¡Es un negro, padre! ¿Qué dice a este respecto Quien debe ser obedecida?

-Nada dijo; mas no lo mates. Ven acá, hijo mío.

El hombre se acercó a la sombra de alta estatura que se inclinó a su oído y le habló bajo.

- ¡Sí, sí, padre! - contestó el otro con cierta voz de extraña alegría que me enfrió la sangre.

- ¿Están ahí los tres hombres blancos?

-Sí, aquí están.

- ¡Traed entonces lo que les está preparado! ¡Y que los demás conduzcan cuanto puedan llevar de lo que está en esa cosa que flota!

Había apenas acabado de hablar cuando acudieron varios hombres llevando nada menos que unas especies de palanquines. Para cada palanquín había seis hombres, cuatro cargadores y dos como de repuesto. Entonces se nos ordenó que nos acomodásemos en ellos.

-No está malo eso de que nos carguen ahora, después de habernos cargado tanto nosotros mismos - dijo Leo, que siempre tomaba las cosas por su aspecto más alegre.

Cuando vi que los demás se habían instalado en sus asientos, no habiendo otro remedio, metíme en el mío, y a la verdad, que lo encontré muy confortable. La silla hamaca-palanquín parecía forrada en su interior de un tejido de fibras vegetales que cedía a todos los movimientos del cuerpo, y estando colgada por arriba y por abajo por la barra de suspensión, dejaba que se apoyaran cómodamente la cabeza y el cuello.

Apenas me hube acomodado, emprendieron los cargadores un trotecillo rítmico que producía en mi colgante litera un suave balanceo, y guardaron el paso acompasándose de un canto raro y monótono. Durante más o menos media hora estuve reflexionando sobre las peregrinas cosas que nos pasaban, y me preguntaba si las creerían mis colegas eminentemente respetables, aunque fósiles, de Cambridge, en caso de contárselas yo de sobremesa en el refectorio de nuestro colegio. No pretendo restar mérito a tan respetables caballeros llamándoles fósiles, sino que me refiero decir que, hasta en una universidad, pueden petrificarse las inteligencias que no salgan de las mismas costumbres cotidianas. lo mismo me estaba fosilizando; pero de algún tiempo a esta parte estoy aumentando mucho mi fondo de ideas. En fin, meditando iba en mi colgante litera sobre todas estas cosas, y me preguntaba en qué vendrían a parar, hasta que, sin saber cómo, me quedé dormido.

Supongo que dormiría de siete a ocho horas, descansando de veras por primera vez desde la noche en que se fue a pique el dhow, porque vi al despertar que el sol estaba ya muy alto. Aun viajábamos a razón de cuatro millas por hora. Mirando a través de las espesas cortinillas de mi litera, que colgaban de la barra de suspensión, noté con grandísimo placer que habíamos salido de la región pantanosa, y que íbamos subiendo por una llanura en plano, inclinada hacia una eminencia. Si era o no la misma loma que desde el canal habíamos divisado, no lo sé, ni tampoco pude saberlo después, porque, como tuvimos ocasión de verlo, estas gentes no son muy amigas de dar informes de nada.

Después me puse a observar a los hombres que me conducían. Tenían arrogantes formas, ninguno bajaba de los seis pies de estatura, y era amarillo el color de su piel. Parecíanse a los somalíes del África oriental, mas no tenían lanudo el cabello, sino que éste les caía en gruesos mechones sobre los hombros. Su nariz era aguileña; las facciones de la mayor parte eran realmente hermosas, y los dientes, en especial, eran muy iguales y blancos. Mas, a pesar de su belleza general, diré que desde luego me chocó la expresión maligna que en el rostro de todos ellos tenían impresa; era de una

crueldad tan grande e implacable, que parecía hasta inconcebible por lo excesiva en algunos casos, eso me repugnó sobremanera. Llamóme también la atención el no verlos sonreír siquiera durante todo el viaje. Cantaban a veces la monótona canción de que antes hablé, o si no, callábanse en absoluto con su torva contracción de rostro. ¿De qué raza podrían ser estas gentes? Por más que hablasen un árabe corrompido, no eran árabes; estaba seguro yo de esto por lo pronto eran demasiado oscuros, es decir, demasiado amarillos. Lo cierto es que, sin saber por qué, su presencia me infundía cierto terror enfermizo de que me avergonzaba.

Mientras así reflexionaba, vi que otra litera se adelantó hasta ponerse junto a la mía. Las cortinillas estaban suspendidas, y pude ver que la ocupaba un anciano vestido de largo traje blanco, hecho al parecer de un grosero tejido de hilo, que le colgaba del cuello en anchos pliegues. Comprendí, desde luego, que ésta era la sombra de alta estatura a que los demás llamaban Padre, como oí en la orilla del canal, cuando nos sorprendieron. Era un anciano de admirable presencia; su barba blanca era tan larga que flotaba por ambos lados fuera del palanquín, su nariz era corva, y sobre ella brillaban un par de ojos tan penetrantes como los de las serpientes; toda su fisonomía, en fin, tenía tal expresión de sabiduría y de sardónica penetración, que renuncio a describir.

- ¿Estás despierto, extranjero? -preguntó con su voz de bajo profundo.

-Sin duda, padre mío - contesté con mucha cortesía, porque el instinto me advirtió que debería tratar de conciliarme con este viejo dios de la injusticia.

Atusóse la bella barba blanca y se sonrió.

-De cualquier tierra que vengas - dijo - se conoce que enseñan en ella a los hombres la cortesía, y también, por lo visto, algo de nuestra lengua. Dime ahora, extranjero, hijo mío, ¿para qué has venido a este país que apenas si ha sido hollado por ningún pie extraño en todo lo que recuerdan los hombres? ¿Estáis acaso cansados de vivir tú y tus compañeros?

-Hemos venido a ver cosas nuevas - contesté con audacia -. Estábamos cansados de las viejas que conocíamos, y hemos venido aquí por el mar a ver lo que conocíamos... Pertenecemos, padre mío, a una valerosa raza que no teme la muerte, con tal, sobre todo, de que sé le den algunas noticias antes de morir.

- ¡Ejem! ¡Ejem!... Quizá sea verdad lo que dices, es muy duro contradecir a alguno... Pero si no fuera por esto, te diría que estás mintiendo, hijo mío... Me atrevo, sin embargo, a decirte que Quien debe ser obedecida te dará gusto en lo que deseas.

- ¿Y quién es Quien debe ser obedecida? - pregunté curiosamente.

Miró el viejo a los conductores y luego me dijo con cierto retintín que me oprimió el alma:

-Ya lo sabrás, hijo mío, demasiado pronto; si es que a ELLA se le antoja mirarte en la carne.

- ¿En la carne?... ¿Qué quiere decir, mi padre?...

Rióse un poco el viejo, pero no me respondió.

- ¿Qué nombre tienen los compatriotas de mi padre?

-El nombre de mi abuelo es el de Amajáguer[6]

- ¿Y puede preguntar padre?

- Mi nombre es Billali.

- ¿Adónde vamos, padre mío?

---

[6] El pueblo de las rocas".

-Ya lo verás.

Hízoles entonces una señal a sus conductores, los cuales echaron a correr hasta que alcanzaron la litera en que iba Job echado con una pierna colgando de fuera; pero no pudo sacarle mucho, sin duda, porque vi que dio orden de seguir corriendo hacia la otra donde iba Leo.

Después, viendo que nada de nuevo ocurría que me llamara la atención, abandonéme al suave balanceo del palanquín y me quedé dormido otra vez. Cuando desperté vi que pasábamos por una garganta de montes entre paredones escarpadísimos de formación volcánica, pero cubiertos de matas en flor y de hermosos árboles. De pronto hizo un recodo el camino, y mi vista abarcó un bellísimo panorama.

Era un profundo valle de cuatro o cinco millas de extensión que tenía la forma de un anfiteatro romano. Los lados de esta especie de gran taza eran riscosos y estaban cubiertos de malezas, pero el centro era una hermosa pradera en la que se levantaban árboles solitarios de magnífica fronda, y que regaban serpenteadores arroyuelos. Pastaban en ese rico valle manadas de cabras y de reses mayores, pero no vi ovejas. Así, de pronto, no pude calcular lo que sería geológicamente este lugar; mas luego me vino la idea de que quizá fuera el cráter de un volcán apagado, en donde después se habría formado un lago, agotado de un modo inexplicable. Debo añadir ahora que no andaba yo equivocado en mis apreciaciones, pues éstas se robustecieron con lo que luego vi allí, y, en otros lugares parecidos que se describirán a su tiempo. Sin embargo, yo extrañaba mucho no ver en este valle señales de habitaciones humanas, aunque veía muchas personas cuidando las manadas.

Me preguntaba dónde viviría esa gente.

Mi curiosidad había de satisfacerse en breve. Doblando hacia la izquierda, la fila de literas siguió los riscosos costados del cráter por espacio como de una media milla, o quizá menos, y se detuvo. Viendo que mi padre adoptivo, el viejo Billali, salía de la suya, hice lo mismo yo, así como Leo y Job. Entonces vi que nuestro mísero compañero, el árabe Mahomet yacía exhausto de fuerzas, tirado en el suelo. Lo habían obligado a caminar todo el viaje, y como ya estaba literalmente postrado cuando nos sorprendieron en el canal, su condición ahora era en verdad lastimosa.

Observando en torno a nosotros vimos que el lugar donde nos habíamos detenido era una especie de plataforma colocada antela boca de una gran caverna, y que sobre ella, amontonados, se encontraban todos los contenidos del ballenero: el mástil, la vela y los remos inclusive. También agrupados allí vimos a los hombres de nuestro séquito y otros muchos parecidos a ellos. Todos eran altos y bien formados, aunque muy variable el color de su piel, pues algunos eran tan claros como los chinos, y otros tan oscuros como Mahomet. No -tenían más traje que la piel de leopardo ceñida a la cintura, ni más armas que unas enormes lanzas.

Las mujeres que allí había usaban, en vez de piel de leopardo, una de gamuza, bermeja, así como la del *oribé*, pero más oscura. Eran de muy agradable presencia en general; tenían grandes ojos negros, facciones muy correctas y una espesísima mata de cabellos oscuros, no de lanas como los negros, sino flotantes y suaves; y de todos los matices intermedios entre el negro y el castaño. Algunas, muy pocas por cierto, llevaban un vestido amarillento de lino, parecido al de Billali, pero más que como un vestido propiamente dicho, llevábanlo como distintivo de su rango social. No tenían, por lo demás, el aspecto adusto de los varones, pues a veces, no muy a menudo, sonreían.

Apenas pusimos el pie en tierra, ellas nos rodearon examinándonos con curiosidad, pero sin demostrar precipitación. La estatura y atléticas formas de Leo, y su hermoso perfil griego, les llamó evidentemente la atención, y cuando él con mucha cortesía se quitó el casco para saludarlas, descubriendo el rizado cabello de oro, corrió entre ellas un murmullo de admiración.

No paró en esto la cosa, pues una de ellas, la más hermosa de las jóvenes, sin duda, que llevaba traje y tenía el cabello castaño, púsose a examinarlo bien desde los pies a la cabeza, y luego, adelantándose de un modo que hubiera sido muy agradable a no ser tan determinado, le echó tranquilamente el brazo en torno al cuello y le besó en los labios.

Di un gran suspiro esperando ver a Leo lanceado en el acto, y Job exclamó:

- ¡Descocada!... ¡Vamos, no lo entiendo!...

Aunque de pronto Leo parecía un poco asombrado, observando luego que habíamos llegado a un país en que se seguían las costumbres de los primitivos cristianos, devolvió muy deliberadamente su beso y abrazó a la muchacha.

Suspiré otra vez presintiendo una tragedia, pero para mi gran asombro, aunque algunas de las jóvenes dieron señales de disgusto, las mujeres de más edad y los hombres, sólo sonrieron un poco. Cuando pude enterarme después de las costumbres de este pueblo extraordinario, quedó explicado el misterio. Resulta que, en directa oposición con las costumbres de todos los demás pueblos salvajes de la tierra, las mujeres de los amajáguers, no sólo se hallan en el pie de la más perfecta igualdad con los hombres, sino que tampoco están a ellos sujetas por lazo ninguno. La descendencia se computa únicamente por la línea materna, y mientras que las personas se enorgullecen de una larga y superior ascendencia femenina, no se cuidan, como nosotros en Europa, de reconocer por padre a ningún hombre, aun cuando el parentesco masculino sea inevitable. En cada tribu, que ellos llaman "hogar", no existe más que un solo hombre a quien ellos llaman padre, y es éste su jefe inmediato. Por ejemplo, el viejo Billali era el padre de esta tribu, que consistía en unos siete mil individuos, y nadie más que él tenía allí ese título. Cuando una mujer se encaprichaba con un hombre, demostrábale públicamente su simpatía con un paso hacia adelante y dándole un beso, tal como esta hermosa y vivaracha muchacha, llamada Ustane, había hecho con Leo. Si el hombre devolvía el beso, era señal de que la aceptaba por compañera, y el compromiso mutuo duraba hasta que cualquiera de los dos se aburriera del otro.

CAPITULO VII
EL CANTO DE USTANE

TERMINADAS las ceremonias osculatorias -y, de paso, diré que ninguna de las jóvenes quiso besarme a mí aunque sí a Job, en torno de quien vi dando vueltas a una mujer, lo que causó cierta alarma en este hombre tan mesurado -, acercósenos el anciano Billali, y con finos ademanes nos hizo entrar en la caverna. Así lo hicimos, seguidos por Ustane, que se nos pegaba como una sombra, a pesar de mis indirectas de que a nosotros nos gustaba mucho andar solos.

Apenas di algunos pasos dentro de la caverna, comprendí qué ésta no era obra de la naturaleza sino del hombre. Tendría unos cien pies de profundidad por cincuenta de ancho y su gran elevación de puntal me hizo recordar las catedrales. A los lados, a cada doce o quince pasos, había unos Pasadizos que según calculé conducían a cuevas o habitaciones menores. Como a unos cincuenta pies de la entrada, precisamente donde el interior comenzaba a obscurecer, ardía una hoguera que lanzaba grandes sombras sobre las obscuras paredes. Ante ella se detuvo Billali, y nos rogó que tomáramos asiento, diciendo que nos iban a traer alimentos; nosotros nos sentamos a esperarlos sobre unas pieles que nos echaron en el suelo. Inmediatamente vinieron unas muchachas, trayéndonos en platos y vasijas de barro cocido la colación, que consistió en cabra asada y leche, y mazorcas de maíz cocidas. Casi muertos estábamos de hambre, y paréceme que nunca comí con más apetito que aquella vez; efectivamente, devoramos cuanto nos pusieron por delante.

Cuando hubimos concluido la buena refacción, nuestro grave huésped Billali, que nos había estado observando en silencio, se levantó y nos dirigió la palabra. Díjonos que lo que sucedía era una cosa muy rara; que nadie había oído hablar nunca de que extranjeros blancos hubiesen venido en ningún tiempo al país habitado por el Pueblo de las Rocas; que algunas veces, muy pocas, sí, habían venido negros, saliéndose por ellos que existían hombres de piel más clara que la suya, que andaban sobre el mar navegando en barcos, mas no había memoria de que hubiesen llegado nunca hasta allí; que se nos había visto tirando del bote en el canal, y francamente nos confesó que había dado órdenes para destruirnos, sabiendo que no era permitido que ningún extranjero penetrase en el país; pero que en esto había llegado un mandato de Quien debe ser obedecida, disponiendo que no se atentase contra nuestras vidas y que se nos trajera al lugar donde estábamos.

-Perdóname, padre mío que te interrumpa; pero, ¿cómo pudo *Quien debe ser obedecida* saber nuestra llegada, si vive lejos de aquí?

Miró en torno suyo Billali, y viendo que estábamos solos, porque la damisela Ustane se había marchado en cuanto él empezó a hablar, me contestó con cierta sorna:

- ¿En tu país no hay nadie que pueda ver sin ojos y oír sin orejas?... No me hagas más preguntas... ELLA lo supo.

Encogíme de hombros con esto, y él siguió diciendo que no se habían recibido más instrucciones sobre nuestra suerte, y por eso iba a ir a preguntárselas a Quien debe ser obedecida, a quien también llamaba, en obsequio a la brevedad, HIYA o ELLA, que era la reina, y mucho más aun, de los amajáguers.

Preguntéle por cuánto tiempo estaría ausente, y él me contestó que, si viajaba constantemente las noches y los días, estaría de vuelta a los cinco, ya que había muchas millas de pantano entre el lugar donde estábamos nosotros y en el que se

hallaba ELLA. Nos aseguró, sin embargo, que todo se arreglaría para que lo pasáramos bien durante su ausencia, y que como le habíamos sido simpáticos a él personalmente, se alegraría de que la respuesta de ELLA fuese favorable para la continuación de nuestra existencia, por más que no quería ocultarnos que lo dudaba mucho, porque todos los extranjeros que habían llegado a este país durante la vida de su abuela y de su madre, y de la suya propia, habían sido ejecutados sin piedad y de tal modo, que él no nos lo diría para no aterrarnos, y que siempre había sido de orden de ELLA, si no estaba equivocado. ELLA, al menos, nunca dijo que no se matase a alguno.

-Mas, ¿cómo puede ser eso? - exclamé -. Eres, padre mío, un hombre anciano, y del tiempo de que hablas ocupa a tres generaciones por lo menos... ¿Cómo, pues, pudo ELLA haber ordenado la muerte de nadie al comenzar la vida de tu abuela, cuando no es posible que aun hubiera nacido?...

Sonrióse otra vez con su peculiar modo, e inclinándose profundamente, se marchó, sin contestarnos nada más; y en efecto, durante los cinco días siguientes no lo volvimos a ver.

Cuando se despidió el Padre, pusímonos entonces nosotros a considerar nuestra situación y a discutirla. No estaba yo muy tranquilo, a fe. No me gustaban mucho esos cuentos sobre Quien debe ser obedecida, o sobre ELLA, para ser más breve, que tan implacablemente ordenaba el sacrificio de los extranjeros. Leo, aunque estaba tan inquieto como yo, se consolaba sosteniendo, con aire triunfante, que esa ELLA era sin duda la persona a quien se refería la inscripción del vaso y la carta de su padre, en prueba de lo cual repetía lo dicho por Billali, acerca de su edad y poderío. No estaba yo, tan agobiado por las circunstancias, en disposición de contradecir proposiciones tan absurdas, y convidé a todos a que saliéramos a darnos un baño de que muy necesitados estábamos.

Indicárnosle nuestro deseo a un hombre de mediana edad y de aire grave, aun entre tan graves gentes, que había quedado para atendernos, al parecer, en la ausencia del Padre, y luego salimos afuera de la caverna, después de encender nuestras pipas. Encontramos en el exterior reunida en la plataforma a una verdadera multitud de personas que evidentemente esperaban nuestra salida para observarnos. Pero al vernos fumar empezaron a escurrirse hacia todos lados diciendo que éramos brujos. Nada, en verdad, les llamaba tanto la atención, como el vernos fumar, ni aun nuestras armas de fuego. Condujéronnos a un arroyo y allí nos bañamos en paz, aunque algunas mujeres, y entre ellas Ustane, demostraban su deseo de seguirnos hasta allí.

Acabando de darnos el deliciosísimo baño, vimos que el sol se ponía, y ya estaba todo obscuro cuando volvimos a entrar en la gran caverna. Encontrárnosla llena de gente, reunida en torno de grandes fuegos diseminados por todas partes, despachando su comida vespertina a la cárdena luz de las hogueras y de varias lámparas colgantes de las paredes. Estas lámparas eran de barro cocido, de hechura bastante grosera y de muchas formas, algunas no faltas de gracia. Las mayores eran grandes vasijas de barro encarnado llenas de sebo fundido y clarificado; en él se hundía por mecha un junco que pasaba por un agujero abierto en la tapa de madera. Esto, por supuesto, era fastidiosísimo, ya que había que cuidar que la mecha al quemarse no se hundiera, pues que no había medio de sacarla. Las lámparas portátiles más pequeñas tenían la mecha fabricada de medula o corazón de palmera, o del tallo de una bellísima variedad de helecho. Esta mecha sobresalía de un

agujero redondo en la extremidad de la lámpara, al que se adaptaba un agudo pedazo de madera que servía para pincharla y sacarla más a medida que se iba consumiendo.

Estuvimos contemplando a estas gentes tan hurañas mientras comían, hasta que al fin nos aburrimos de ello, por lo que le pregunté a nuestro guardián si no sería conveniente que nos dijera dónde debíamos acostarnos para dormir.

Levantóse sin decir palabra y tomándome gentilmente de la mano, adelantóse con una lámpara portátil en la otra, por uno de los pasadizos estrechos que ya noté antes, y que se abría a los lados. Este pasadizo tendría como cinco pasos de profundidad, al cabo de los cuales se ensanchaba de golpe formando una pequeña cueva o habitación como de ocho pies cúbicos, labrada en la peña viva a un lado de la habitación había una lose de piedra, como a, tres pies del suelo y de todo el largo de la pieza, como las literas de un barco; allí me dijo el hombre que habría yo de dormir.

Aquella cuevecita cúbica no tenía ventana ni respiradero ninguna más que el pasadizo, ni ningún mueble, y observándola con atención, me figuré que debía haber servido de sepulcro para los muertos antes que de dormitorio para los vivos, en lo que no me equivoqué tampoco, como se verá más adelante. La losa aquélla estaba dispuesta para recibir un cadáver. Confieso que el descubrimiento me hizo estremecer a pesar mío; pero habiéndome hecho el cargo de que tenía que dormir en alguna parte, dominé mi emoción como pude, y volví de nuevo a la caverna principal a buscar mi manta y las demás cosas que necesitaba, y que estaba allí con todo lo demás que nos habían sacado del bote.

Allí encontré a Job, que había sido llevado a un cuarto parecido al mío, y que se había negado absolutamente a dormir en él. Decía que prefería estar muerto de veras y enterrado en la bóveda de ladrillos de su abuelo, a quedarse solo por la noche. Suplicóme que lo dejara dormir conmigo, si no tenía inconveniente; a lo que accedí con mucho gusto.

Pasóse, sin embargo, la noche de un modo bastante confortable, aunque tuve la pesadilla de que me entercaban vivo. Por la madrugada nos despertaron grandes trompetazos, producidos, según me informé luego, por un joven, Amajáguer que soplaba en el colmillo de un elefante, colocado a ese efecto en un agujero del muro de su cuarto.

Obedeciendo a la llamada, nos levantamos y fuimos a lavarnos al arroyo, después de lo cual nos sirvieron el desayuno. Durante éste, una mujer algo jamona ya, se adelantó y abrazó y besó a Job públicamente. Como impulsado por un resorte, púsose él de pie y le dio un empujón a la mujer, alegre comadre de más de treinta años, apartándola lejos de sí.

- ¡Ah, no!... ¡jamás, jamás!... -exclamó él- Mas ella volvió y lo besó de nuevo.

- ¡Fuera de aquí!... ¡Lárguese usted de aquí, majá pécora!... - voceaba él esgrimiendo la cuchara de palo con que comía, y metiéndosela por los ojos a la mujer... -. ¡Ustedes me dispensarán, caballeros!... ¡Ustedes son testigos de que yo no le he dado alas para tanto!... ¡Dios mío, ahí vuelve otra vez!... ¡Sujétela usted, míster Holly!... ¡Yo no puedo sufrir esto, en verdad!... ¡Señores, esto no me ha sucedido nunca!... ¡Repugna a mi carácter!... - Y con esto arrancó a correr con toda la fuerza de que era capaz por la caverna, y por primera ved vi reír con ganas a los amajáguers.

Mas la mujer no reía, por cierto. Allí se quedó ella, rechinando los dientes y estremecida por la cólera. Viéndola ahora, me lamenté de que los escrúpulos de Job

fueran tantos; maliciosamente pensé que su admirable conducta era una amenaza para nuestro pescuezo. Y el que siga leyendo verá que no había pensado mal.

Habiéndose retirado la enamorada, volvió Job a sentarse en un gran estado de nerviosidad, fijando una vaga mirada sobre todas las mujeres que se acercaban. Púseme entonces a explicarles a mis huéspedes que Job era un hombre casado, cuya doméstica experiencia había sido muy mala, lo que explicaba su presencia allí mismo y el terror que les tenía a las mujeres en general; pero mis explicaciones fueron recibidas con un silencio de mal agüero. Era evidente que se consideraba la conducta de nuestro empleado como desdeñosa hacia toda la tribu, por más que las mujeres, a usanza de sus civilizadas hermanas, se divertían con el desprecio sufrido por su compañera.

Muy perplejos estábamos al principio sobre cuál sería el origen y la organización social de esas extraordinarias gentes, pues ellas eran en estos puntos singularmente poco comunicativas. Pero al cabo de cuatro días, que pasaron sin que ocurriera nada de particular, algo supimos por la amiga de Leo, Ustane, que no se separaba de él ni un momento. En cuanto al origen de los amajáguers, ella nada sabía. Nos informó, sin embargo, que existían terraplenes y obras de cantería en el lugar donde ELLA habitaba, y que a este punto le decían Kor; allí, según los sabios, había habido casas en un tiempo muy remoto, habitaciones de los hombres de quienes los amajáguers descendían. Nadie, sin embargo, se atrevía a acercarse a estas, ruinas porque estaban llenas de duendes, y sólo se contemplaban desde lejos. También en otras partes del país se veían más ruinas por el estilo de esas de Kor, en los puntos en que las montañas se elevaban sobre el nivel de los pantanos. Probablemente las cavernas fueran obra asimismo de los que fabricaron las ciudades destruidas. En cuanto a leyes escritas, no las conocía el Pueblo de las Rocas; su derecho era del todo consuetudinario, pero los obligaba tanto como si fuera expreso. Si alguien faltaba contra estas costumbres se le condenaba a muerte y se le ejecutaba por orden del padre de la tribu. Preguntéle que cómo se llevaba a cabo la sentencia: la muchacha sonrió y dijo que quizá lo vería algún día.

Pero los amajáguers tenían una reina. Esta era ELLA. No se le podía ver sino muy raramente una sola vez quizá cada dos o tres años, cuando salía a sentenciar a los criminales. Presentábase entonces embozada en una gran capa, de modo que no se le veía ni la cara. Los servidores que tenía eran sordomudos; nada por tanto podían contar de ELLA; pero se decía que era más hermosa que ninguna otra mujer. Decíase también que era inmortal y que su poder se extendía sobre todas las cosas, mas ella no podía asegurar nada sobre esto. Lo que ella creía era que la reina de tiempo en tiempo elegía un esposo, y que cuando tenia de él una niña, condenaba a muerte al esposo, que desaparecía. La niña crecería luego ocupando el lugar de la reina cuando ésta moría y su cadáver sería oculto en las grandes cavernas. Mas sobre estas cosas nadie podía asegurar nada, sino que ELLA era obedecida por toda la tierra aquélla, y que la discusión de sus órdenes era la muerte segura. ELLA tenía su guardia, más no ejército.

Pedíle noticias luego sobre el país y sobre el número de sus habitantes.

Contestóme que sólo conocía unas diez tribus como la suya, incluyendo en este número la de la reina. Que todas las tribus vivían en cavernas hechas en montes parecidos a aquél, que sobresalían de un inmenso pantano, el cual no podía atravesarse sino por sendas secretas. A veces las tribus se hacían la guerra entre sí, hasta que ELLA daba la orden de que cesase, lo que inmediatamente se realizaba.

Estas guerras y la fiebre que se contraía al cruzar los pantanos eran la causa de que no aumentase demasiado la población de las tribus. Los amajáguers no teñían relaciones con ningún otro pueblo ni había a la verdad ningún otro pueblo que pudiera llamarse limítrofe ni que fuese capaz de cruzar aquella ilimitada ciénaga. Una vez un ejército que vino del "gran río" (el Zambezi, probablemente), trató de conquistarlos; pero se extravió en los pantanos, y viendo por la noche las grandes bolas de fuego que por ellos se mueven, creyéndose que eran del campamento enemigo, trataron de acercarse a ellas, y con esto perecieron en gran número. El resto del ejército murió de fiebre y hambre, no recibieron ni un solo golpe. Nos aseguró que los pantanos aquellos eran absolutamente intransitables para todos los que no conociesen sus sendas, y añadió que nosotros no habríamos llegado nunca al lugar adonde estábamos a no haber sido conducidos, lo que ninguna dificultad tuve en creerle.

Estas y otras cosas supimos por Ustane en los cuatro días que pasaron antes de que comenzasen nuestras verdaderas aventuras, y a la verdad que nos dieron bastante en qué pensar. Todo aquello era excesivamente notable, casi increíble y lo más raro del caso es que correspondía más o menos a la antigua inscripción del fragmento de vaso. Así, pues, resultaba cierto que existía una reina a quien el rumor público concedía atributos maravillosos y tremebundos, y que era impersonalmente nombrada por el título de ELLA, que nada concreto significaba para mi inteligencia. Yo no podía dar ninguna explicación sobre este punto, ni Leo tampoco; aunque él estaba muy satisfecho de verme vencido a mí, que tanto me había burlado de las sugestiones de sus antepasados, mientras que él en el fondo siempre las había creído. En cuanto a Job, no decía nada, hacía ya tiempo que había abandonado la pretensión de servirse de su juicio, y dejaba flotar su razón a la merced del mar de las circunstancias. Y Mahomet, que era tratado con sumo desprecio por los amajáguers, aunque con mucha cortesía, estaba poseído de un grandísimo espanto, cuya causa yo no podía averiguar. Pasábase todo el día sentado en un rincón de la cueva, rogándole a Alá y a su Profeta que lo protegiese. Instéle a que me contase lo que le pasaba, y entonces me confesó que su terror provenía de que aquellas gentes no eran tales hombres y mujeres, sino demonios, y que el país codo era tierra encantada, y a fe que yo, después de esto, estuve varias veces tentado de creer que tenía mucha razón el grueso árabe.

Así pasaba el tiempo hasta que llegó la noche del cuarto día, desde la partida de Billali, cuando se efectuó un incidente que merece contarse.

Estábamos sentados los tres con Ustane, en torno a una hoguera, poco antes de irnos a acostar, cuando de repente la joven, que había estado muy silenciosa y pensativa, se puso de pie, y colocando las manos sobre los cabellos rubios de Leo, comenzó a cantar. Aun ahora puedo evocar aquel cuadro de su bella y altiva figura, iluminada en parte por los vacilantes y rojizos reflejos de las llamas, y cubierta en parte de sombras densas, que de pie se alzaba en medio de la más fantástica escena que he presenciado en mi vida. Con su canto, que era una especie de recitado melódico, la muchacha parecía descargarse del peso de sus zozobras y tristes pensamientos. Ella cantaba poco más o menos lo que sigue:

"¡Tú eres mi elegido!... ¡Esperándote estuve desde que era niña! ¡Eres muy hermoso!... ¿Quién viene como tu, cabellos de oro, ni la piel tan blanca?... ¿Quién tan vigoroso el brazo, ni quién es tan viril?... El color, del cielo tienen tus ojos, que brillan como las estrellas...

¡Eres perfecto!... Tu dulce fisonomía hizo tornarse a ti mi corazón... ¡Ay! Cuando sobre ti cayó mi mirada, te deseé al punto..., y te tomé, amado mío; y te abrazo ahora estrechamente para que no te resulte mal ninguno...

¡Ay!, con mis cabellos he cubierto tu cabeza para que no la hiera el sol... toda he sido tuya, y tú fuiste mío todo también... Mas sí fue por corto espacio, hasta que el Tiempo engendró un Día aciago, y entonces..., ¿qué pasó?... ¡Ay! ¡Amado mío, no lo sé!... .Después no te vi más... ¡Quedé hundida en la tiniebla!... ¡La que es más poderosa, te tomó para si! ¡Ay! ¡ ELLA es más hermosa que Ustane!... ¡Y empero, tú te volviste y me llamaste!... Más ELLA, con todo, prevaleció por su belleza y te condujo por lugares horribles... Y entonces... ¡ay!, entonces, amado mío..."

Interrumpióse de pronto esta rara mujer en su discurso o cántico, que para nosotros no era sino ininteligible armonía, pues que no podíamos comprender cuál fuese su objeto, y quedóse inmóvil, con las pupilas fijas en un punto del espacio, como si penetrase con los ojos en la obscura profundidad del futuro. Luego se le tornó vaga la mirada, expresando el espanto y cual si quisiera examinar algo indeciso pero horrible, retiró la mano de la cabeza de Leo y tendiendo el brazo señaló a un lugar en la sombra. Miramos allí todos y no vimos nada... Mas ella sí veía, o se figuraba ver algo que tanto afectó a sus férreos nervios, que de súbito cayó, sin decir una palabra más, sin sentido a nuestros pies.

Leo, que se iba aficionando de veras a esta joven, se alarmó mucho, y yo, ¿por qué no he de ser franco?, sentí algo así como un terror supersticioso. La escena me había impresionado en efecto.

Muy pronto, sin embargo, la muchacha se repuso.

-Qué quisiste decirnos, Ustane? - Le preguntó Leo, que gracias a sus largos años de aprendizaje hablaba el árabe con mucha- facilidad.

-Nada, amado mío - contestó ella con forzada sonrisa -. No he hecho más que cantarte a la manera de mi país. Nada quise decir, es claro. ¿Cómo iba yo a hablar de lo que no ha pasado aún?...

-Pero dígame lo que ha visto, Ustane - insistí yo, mirándola de hito en hito.

- ¡No, no he visto nada! -replicó de nuevo-. No me pregunten más lo que he visto... ¿Por qué habría de asustarlos?...

Tatuó entonces con sus manos la cabeza de Leo, y mirándola con una expresión de ternura que no he visto igualmente reflejada en otro rostro de mujer ninguna, salvaje ni civilizada, lo besó en la frente como una madre, y le dijo:

-Cuando ya no esté contigo, amado mío, cuando durante la noche extiendas la mano y no me encuentres a tu lado, piensa en mí algunas veces, porque yo te amo mucho, aunque sólo sea digna de lavar tus pies. ¡Y ahora, amémonos!... Gocemos del momento presente y seamos dichosos; porque en el sepulcro no hay amor, ni calores, ni besos... No hay nada quizá, o nada sino la amargura de lo que hemos visto. ¿Esta noche las horas nos pertenecen; qué sabemos nosotros a quién pertenecerán mañana?

CAPITULO VIII
EL FESTIN

AL día siguiente de este notable episodio, propio para impresionar a cualquiera, más por lo qué sugería o advertía que por lo que realmente revelaba, se nos comunicó que aquella misma noche se verificaría un festín para honrarnos. Hice lo posible para que nos dispensaran la asistencia, expresando que éramos gentes modestas, enemigas de que nos agasajasen, mas como noté que mis disculpas eran acogidas con silencioso disgusto, creí prudente sellar los labios.

Así, pues, poco antes de ponerse el sol, vinieron a avisarme que todo estaba ya dispuesto. Acompañado de Job entré en la caverna, y allí nos encontramos a Leo, seguido, como siempre, de Ustane. Acababan de volver de un paseo, y entonces fue que se enteraron de lo que se trataba. Cuando Ustane se lo dijimos, pintóse una expresión de horror en las hermosas facciones. Volvióse, y sujetando por el brazo a un hombre que pasaba, le preguntó algo, que no oí, con imperioso tono. La contestación pareció tranquilizarla un poco, mas era evidente que no la satisfizo. Trató luego como de hacerle alguna reconvención al hombre, que tenía entre ellos cierta autoridad, pero él le contestó con ira y se desasió de ella, y después, como sí hubiera cambiado de idea, llevóla de la mano, y sentándola ante el fuego, entre él y otro hombre, discutieron un poco, y noté cómo ella, por alguna razón poderosa, se sometía a lo que le decían.

El fuego de la caverna era aquella noche mayor que las otras y en torno suyo se habían reunido como treinta y cinco hombres y dos mujeres. Ustane y aquella que había hecho a Job desempeñar el papel de bíblico José. Los hombres, como de costumbre, guardaban un absoluto silencio, y todos ellos tenían detrás de sí grandes lanzas, clavadas derechas por el cabo en unos agujeros abiertos en el suelo. Uno o dos de ellos solamente estaban vestidos del traje amarillento de lino de que ya he hablado; los restantes nada tenían puesto más que sus pieles de leopardo alrededor de la cintura.

- ¿Qué tramarán ahora? - preguntó Job con desconfianza -. Ahí está otra vez esa mujer... ¡Que Dios nos asista! Seguro que no será por mí por quien viene, pues no le he dado alas... La verdad es que cada vez que miro bien a esta gente se me pone la carne de gallina... ¡Cómo! También convidan a Mahomet... ¡Véanlo!... ¡Y con qué cortesía y finura lo trata mi señora de marras!... ¡Bueno! después de todo me alegro de que no se haya dirigido, a mí.

Efectivamente, vimos cómo la mujer sacaba de su rincón al mísero Mahomet, que presintiendo fuertemente sin duda algún horror próximo, venía todo estremecido e invocando por lo bajo a Alá. Parecía resistirse a venir con la mujer, aunque no fuese más que porque se consideraba demasiado honrado, ya que hasta entonces se le había llevado siempre la comida a su rincón. De todos modos, notaba yo que debía estar acometido de un gran terror, porque las trémulas piernas apenas si podían sostenerle el corpachón, y creo que se resolvió a ir donde querían, irás que solicitado por las gracias de la dama que lo conducía, por los recursos del barbarismo personificado tras él por un enorme Amajáguer portador de una lanza de proporcionada enormidad.

-Pues, señores - díjeles a mis compañeros -, no me gustó ni un poquito la manera de presentarse las cosas. ¿Traen ustedes consigo los revólveres? Examínenlos a ver si están corrientes.

-Yo traigo el mío, señor-dijo Job tanteándose el Colt - pero míster Leo no lleva más que su cuchillo de monte, aunque bastante grande por cierto.

Comprendiendo que no había lugar para ir a buscar el arma que faltaba, nos adelantamos valientemente y nos colocamos en fila, sentándonos con las espaldas apoyadas en la pared.

Apenas nos vieron sentados empezaron a hacer pasar a la redonda una gran jarra que contenía un líquido fermentado, que a la verdad no tenía muy mal sabor, aunque en ocasiones descomponía el estómago, que fabrican machucando un grano pequeño y obscuro que crece en mazorca sobre la espiga, muy parecido a lo que en el África del Sur se conoce con el nombre de maíz kafir. El vaso en que este líquido se servía era muy curioso, y como se parecía a casi todos los que están en uso entre los amajáguers, trataré de describirlo. Son de antiquísima factura y de diversos tamaños, y deben haber sido hechos hace cientos, mejor dicho, miles de años. Sé encuentran en los sepulcros de las cavernas, que describiré en su ocasión debida, y yo era de opinión que, conforme a la costumbre de los egipcios, con los que debieron estar relacionados los habitantes anteriores de este país, sirvieron para colocar en ellos las vísceras de los muertos. Leo, sin embargo, decía que eran puestos en los sepulcros, como las ánforas etruscas, meramente para el uso espiritual de los difuntos.

Por lo común, estas vasijas tienen dos asas, y como ya dijimos, las hay de cerca de tres pies de alto hasta de tres pulgadas. Su forma varía mucho, pero siempre es bella y graciosa; y el grano del barro, aunque un poco áspero, es muy negro y fino. Sobre este fondo negro se notan, grabadas, figuras de mucha más verdad y gracia que en la mayoría de las antiguas vasijas que yo he visto, y algunos de estos dibujos representan escenas de amor con una sencillez tan pueril y tanta libertad de expresión como los que representaban danzas de muchachas y episodios de caza; el vaso en que en aquella ocasión bebíamos tenía, por un lado, un dibujo que representaba, con bastante viveza, varios hombres, aparentemente de raza blanca, atacando a un elefante con lanzas, y del otro lado, no tan bien realizado, un cazador disparándole flechas a un antílope en fuga, para tan crítico momento como aquél, ésta es una digresión; pero no tan larga como puede creerse, porque una hora entera se pasaron los concurrentes sin hacer nada más que echarle combustible a la hoguera de cuando en cuando, y pasarse la vasija que contenía la bebida. Nadie hablaba una palabra, estábanse allí sentados en absoluto silencio, mirando el fulgor de las llamas y las grandes sombras que producían las lámparas de barro que, entre paréntesis, no eran como la vasija de fabricación antigua. En el espacio abierto que se hallaba entre el hogar y nosotros, encontrábase, colocada una gran artesa de madera con cuatro pequeñas asas, exactamente igual a la de nuestros carniceros, mas sin ahuecar, Y al lado suyo había unas enormes pinzas de hierro y oras semejantes del otro lado del hogar. No sé por qué, pero no me daba buena espina la presencia de la artesa y de tos pinzas. Meditaba yo, mirando esos objetos y el círculo silencioso de aquellos hombres de expresión tan fiera y dura, en que el espectáculo que ofrecían tenía bastante de terrible y que nos hallábamos en poder y a merced de tan inquietantes gentes; que para mí, al menos, lo eran, tanto más cuanto que desconocía por completo su verdadero carácter. Podían ser mejores de lo que yo me figuraba, y también, quizá, peores. Pero me inclinaba a creer lo último; y no me equivoqué... ¿Más qué raro festín era aquél en que no había nada de comer?

Al fin, y precisamente cuando empezaba ya a sentirme como medio hipnotizado, se notó un movimiento en la extraña reunión. De pronto un hombre que se hallaba del otro lado del fuego gritó en voz alta

- ¿Adónde está la carne que comeremos?...

Todos los que estaban allí extendieron entonces el brazo derecho hacia el fuego y contestaron a la vez con un tono lento y profundo:

-La carne llegará.

- ¿Es una cabra? - preguntó el mismo hombre.

-Es una cabra sin cuernos, aun más que una cabra, que nosotros mataremos - contestaron del mismo modo simultáneamente, volviéndose un poco y poniendo la mano sobre las picas que detrás tenían.

- ¿Es buey? -exclamó de nuevo el corifeo.

-Es un buey sin cuernos, y más que un buey que nos otros mataremos - e hicieron la misma pantomima que antes, volviéndose, agarrando y soltando las lanzas.

Hubo entonces una pausa, y luego noté con horror que la mujer sentada junto a Mahomet empezó a acariciarlo dándole palmaditas en los carrillos y llamándole con dulces nombres cariñosos, mientras que con ojos feroces recorría todo su cuerpo. No sé por qué la escena me espantaba tanto, pero a todos nos sucedió lo mismo; a Leo sobre todo. ¡Eran tan raras aquellas caricias, que evidentemente formaban parte de algún ritual funesto que se estaba verificando[7]!... Veía al mísero Mahomet ponerse lívido bajo su tez obscura, lívido de terror.

- ¿Está ya la carne preparada para asar? - preguntó la voz, con más rapidez.

- ¡Ya lo está! ¡Ya lo está!

- ¿Está la vasija caliente? -añadió chillando de un modo tan atroz que los ecos de la caverna lo devolvieron como adoloridos.

- ¡Caliente está! ¡Caliente está!

- ¡Cielo santo! -exclamó Leo-. Recuerda la inscripción: "¡El pueblo que coloca vasijas sobre la cabeza de los extranjeros!".

Y, al decir Leo estas palabras, aun antes de que pudiéramos movernos, de que siquiera nos hiciéramos cargo de lo que significaban, dos de aquellos grandes desalmados saltaron de sus puestos y apoderándose de las pinzas las hundieron en el fuego, y la mujer qué acariciaba a Mahomet sacó de súbito de su cinturón una soga anudada en lazo corredizo y echósela por los brazos, mientras que los hombres que junto a él estaban lo sujetaban por las piernas. Los dos de las pinzas dieron una sacudida, y desparramando las brasas sobre el suelo rocoso, sacaron de entre ellas una gran vasija de barro calentada al rojo blanco. De un salto llegaron a donde Mahomet se estaba debatiendo, luchando como un demonio, gritando en el abandono de su desesperación y a pesar del lazo que lo ligaba y de los esfuerzos de los que le sujetaban las piernas, los infames que llegaron no podían cumplir su propósito, que por horrible, por increíble que parezca, era nada menos que colocarle la abrasadora vasija sobre la cabeza.

Salté dando un grito de horror y sacando el revólver disparé llevado por el instinto sobre la diabólica mujer que había estado acariciando a Mahomet y que ahora trataba de sujetarlo entre sus brazos. Hirióla el proyectil en la espalda y la mató; y aun hoy me alegro de ello porque, poco después supe, ella fue la causa de todo aquello, pues aprovechándose de las costumbres antropofágicas de las amajáguers,

[7] Después de enterarme de que el objeto de estas caricias hechas a la víctima era el de hacerle creer que se le quería mucho, para que muriese en mejor disposición de animo y más contenta... (L. H. H.)

así lo había organizado su malició para vengarse del desprecio que le hiciera Job. Cayó muerta, pues, y con gran asombro y terror mío, Mahomet dió al mismo tiempo un salto formidable, soltándose de sus verdugos, para caer moribundo también sobre el cuerpo de la mujer. La gruesa bala de mi Colt había atravesado ambos cuerpos, hiriendo .a la matadora y evitándole a la víctima otra muerte cien veces más cruel, fue aquel un accidente tan atroz como piadoso.

Reinó por un momento un silencio de asombro. Aquella gente nunca había oído la detonación de un arma de fuego, y sus efectos los sorprendieron. Más bien a prisa recobraron el dominio de sus sentidos, y uno que estaba más próximo a nosotros echó mano a su lanza y la blandió como para herir a Leo.

- ¡Corramos, amigos! - exclamé yo entonces -. Y dando el ejemplo me dirigí hacia el fondo de la cueva con la velocidad de que mis piernas eran capaces. Habríame lanzado en dirección contraria, si hubiera sido posible; mas había mucha gente en el camino, y observé también que sobre el fondo del cielo, en la entrada del subterráneo, se destacaban las formas de una multitud. Cueva adentro, pues, corría y tras mí los camaradas, y después, cual un trueno, todo el montón de los caníbales enfurecidos por la muerte de la mujer. Salté sobre el cuerpo del infeliz Mahomet, sintiendo al pasar, en las piernas, el calor de la vasija enrojecida que yacía junto a él en el suelo, y al fulgor suyo pude ver que las manos del árabe se estremecían todavía débilmente. En el fondo de la cueva había una pequeña plataforma de piedra como de tres pies de alto por ocho de fondo, sobre la cual se colocaban dos lámparas durante las noches. No sé, por lo menos entonces no lo sabía, si esta plataforma se había dejado así como un asiento para los que labraron la caverna, o si era simplemente un pedazo que no habían tenido tiempo de concluir; pero nosotros lo asaltamos, de todos modos, dispuestos a defendernos desde allí y a vender muy caras nuestras vidas. Por algunos instantes la turba que nos perseguía se detuvo, indecisa al ver que le hacíamos frente. - Job estaba a un lado de la meseta, a la izquierda. Leo en el medio y yo a la derecha. Detrás de nosotros quedaban las lámparas. Leo se inclinó un poco hacia adelante, como para contemplar aquel largo tubo subterráneo y sombrío que terminaba en la hoguera, y en el cual se movían con cierta lentitud las negras formas de nuestros feroces enemigos, en cuyas lanzas se reflejaban las luces, y que hasta en su furor eran callados como los bulldogs. También podíamos divisar desde allí el siniestro fulgor de la vasija destacándose en la negrura del suelo. Una luz rara brotaba de las pupilas de Leo y su hermoso rostro parecía de mármol. Empuñado en la derecha tenía su cuchillo de monte. Subióse un poco en la muñeca la correa del mango, y echándome luego el brazo al hombro me dio un gran apretón.

-- ¡Viejo mío, adiós! - me dijo -, ¡más que padre! ¡No hay recurso contra esta canallada! En breve acabarán con nosotros y nos comerán luego, según creo. ¡Adiós!, yo he sido quien te metió en esto. ¡Perdóname! ¡Adiós también, Job!

- ¡Hágase la voluntad de Dios! - exclamé yo, disponiéndome a morir.

Job, en ese instante, dió un grito y disparó su revólver, hiriendo a un hombre... pero no al que había apuntado, porque nadie estaba más seguro que aquel a quien Job dirija la bala de su arma.

Y la turba vino contra nosotros como un turbión, y yo disparé con la rapidez que pude, y los contuve un tanto. Entre Job y yo herimos mortalmente y matamos, antes de vaciar nuestras pistolas, como a cinco hombres, sin contar la mujer. Pero no tuvimos tiempo para cargarlas de nuevo, porque otra vez nos asaltaron con una furia

que era espléndida en verdad, si se considera que ellos no sabían si nosotros podíamos seguir disparando indefinidamente.

Un mocetón saltó a la plataforma y Leo lo mató de una puñalada atroz. Lo mismo hice yo con otro; pero Job erró su golpe y lo vi arrebatado de su puesto entonces por un musculoso Amajáguer que lo abrazó por el medio del cuerpo.

Cayósele de la mano en esto el cuchillo, que no estaba sujeto por una correa, pero afortunadamente para Job, cayó el mango primero sobre el borde de la plataforma, a tiempo que el, salvaje se apoyaba en ella, y se le clavó la punta en el costado. No sé luego qué le resultaría a Job, pero me figuro que se quedó tranquilo, haciéndose el muerto, sobre el cadáver de su antagonista, haciéndose el opossum[8] como dicen los americanos. Yo, en tanto, vime enredado en una terrible lucha cuerpo a cuerpo con dos salvajes, que para fortuna mía no tenían lanzas, y la gran fuerza física que me donó la naturaleza me sirvió entonces por vez primera en mi vida de. una eficacísima manera. Dile con tal vigor a uno de ellos con mi cuchillo en el cráneo que el agudo filo del acero le hendió el hueso hasta los ojos, mas quedóse presa la hoja y al caer de súbito el hombre sobre un costado, fuéseme el arma de la mano.

Otros dos saltaron sobre mí. Observélos bien, y echándole un brazo a cada uno de ellos por la cintura, caímos los tres de la plataforma sobre el suelo de la cueva batallando ferozmente. Eran los dos hombres fuertes; pero y a estaba rabioso, poseído de una tremenda sed de matanza que se halla en medio de las refriegas en que la muerte y la vida no se cuentan para nada. Ceñían mis brazos a los dos grandes demonios aquéllos, apretándolos tanto que sentí sus costillas crujir y hundirse a mi presión. Retorcíanse y doblábanse como sierpes, y me herían con las uñas y me golpeaban con los puños; pero yo seguí apretando. Hallábame tendido boca arriba, de modo que sus cuerpos me defendían de los lanzazos de los otros; y mientras que lentamente los mataba, ¡rara ocurrencia!, pensando estaba en lo que dirían mis colegas de la Universidad de Cambridge, si por maravillosa clarividencia me pudieran contemplar enfrascado en tan sangriento empeño. Mis antagonistas ya no luchaban, no alentaban tampoco, estaban moribundos, pero no quise soltarlos aún porque morían muy despacio. Podían revivir si los soltaba. Los demás salvajes probablemente creerían que los tres estábamos muertos; nos encontrábamos en la obscuridad de un ángulo, y no se ocuparon más de mí.

Di vuelta entonces como pude la cabeza y vi que ya Leo no estaba sobre la meseta. De pie se hallaba aún, mas en el centro de una revuelta masa de hombres que furiosamente pugnaban por vencerlo. Su pálida frente, coro nada de rizos de oro, surgía sobre todos mide seis pies y dos pulgadas - y reparé que combatía con una resignación tan bella y tan enérgica a la vez que daba horror verlo. Hundidle el cuchillo a un hombre; estaban todos tan pegados y, revueltos que no podían usar sus grandes lanzas y los salvajes no tenían armas cortas. El herido cayó y no sé cómo le arrancaron a Leo su cuchillo del puño; dejándolo indefenso, creí que ya todo concluiría. Pero no; con un súbito esfuerzo desprendióse de todos, agarró el cadáver del hombre que acababa de matar, y levantándole bien en alto lo lanzó al grueso de sus atacadores, tumbando con el peso del muerto a cuatro o cinco de ellos al suelo. Pero se levantaron a prisa todos, menos uno que se fracturó el cráneo, y se le echaron

[8] El opossum (Didelphis virginiana) es un animal propio de Norteamérica, poco mis grande que una rata, peludo, de piel apestosa, pero de carne buena para comer. Se finge muerto cuando los cazadores van a tomarlo; de ahí la expresión: "playing opossum".

encima de nuevo, y así, lentamente, bregando con infinita labor, aquellos lobos consiguieron dominar a un león. Resurgió, sin embargo, un momento Leo, y derribó a otro de un puñetazo, mas ya era demasiado hacer para un hombre solo contra tantos, y al fin cayó sobre el suelo de piedra, como cae un roble con todas sus ramas, arrastrando con sigo a cuantos en torno se le colaban. Sujetáronle entonces por los brazos y las piernas desembarazando el cuerpo.

- ¡Trae una lanza! - gritó uno -. Una lanza para abrirle el cuello, y una vasija para recoger la sangre.

Cerré los ojos porque vi que un hombre se, acercaba con la lanza, y porque me sentía que iba debilitándome tanto que no me podía mover, y que los dos hombres que tenía encima no habían muerto del todo aun.

Entonces oí un rumor. Abrí los ojos otra vez a pesar mío y miré. Vi que la muchacha Ustane se había lanzado sobre la postrada forma de Leo cubriendo el cuerpo con el suyo y abrazándose a su cuello. Los salvajes trataban de arrancarla de allí, pero ella enredó sus piernas con las de su amante, apretándolo como la enredadera al árbol. Trataron de hundirle la pica en el costado, pero ella pudo escudarlo de modo que sólo consiguieron herirle.

Pero al fin perdieron la paciencia.

- ¡Atravesadlos juntos con la lanza! - gritó la voz misma que había hecho las preguntas durante la fiesta, a las que contestaba el coro -. ¡Así quedarán casados de verdad!...

Vi entonces prepararse a hacerlo al hombre que tenía la pica..., vi la punta de acero helado brillar en lo alto, y otra vez cerré los ojos.

Pero al cerrarlos... resonó como un trueno, repetida por los ecos del antro, la voz imperiosa de un hombre:

- ¡Deteneos!...

Desmayéme en ese mismo instante, pasándome por la mente al obscurecerse ella que me sumía en el postrer olvido de la muerte.

CAPITULO IX
UN PIECECITO

CUANDO volví en mí del desmayo, encontréme tendido sobre una piel, no lejos del fuego en cuyo torno se nos había reunido para la abominable fiesta. Junto a mí yacía Leo, sin sentido aun al parecer, y se inclinaba sobre él Ustane lavándole una herida de lanza que tenía en el costado, antes de vendársela con una faja de lienzo. Por detrás de ella, y reclinado contra la pared de la caverna vi a Job, que no estaba herido, por lo visto, aunque sí contuso y trémulo todavía. Al otro lado del fuego, arrojados en desorden como si ellos mismos se hubieran echado a dormir de cualquier modo en un momento de absoluta extenuación, vi los cuerpos de los que habíamos matado en nuestra espantosa lucha por la existencia. Los conté: eran doce; además; la mujer, causa de todo, y el pobre Mahomet, con la vasija manchada por el fuego al lado, estaban colocados al extremo de aquella fúnebre fila. Hacia la izquierda, cierto número de hombres estaban ocupados atando a los caníbales supervivientes codo con codo y por pares, a cuya operación los bellacos se sometían con desdeñosa indiferencia, que mal se avenía al burlado furor que lucían en sus feroces ojos. En frente a estos hombres, y como dirigiendo la maniobra, hallábase nada menos que nuestro amigo Billali. Parecía más fatigado que otra cosa, pero tan patriarcal como nunca con su flotante barba, y tan frío y despreocupado como si sólo asistiera a un espectáculo vulgar.

Volvió hacia nosotros la cara, y al notar que yo me movía, se dirigió a mí, y con la mayor cortesía me preguntó si estaba mejor. Yo le contesté que apenas si sabía cómo me hallaba, pero que me dolía todo el cuerpo. Inclinóse entonces a examinar la herida de Leo, y luego dijo:

-Es una fea cuchillada, mas no ha interesado las entrañas. Curará de ella.

- ¡Gracias a tu llegada tan oportuna, padre mío! - le contesté -. Si no hubiera sido por ella, con otro minuto más todos estaríamos ya fuera de cura, porque esos diablos hijos tuyos nos habrían matado como a nuestro criado - y señalé a Mahomet. ,

El anciano rechinó sus dientes y vi que sus ojos lanzaron un relámpago de ira.

-No temas - respondió con retintín de malignidad indefinible - que se le vengará de un modo tal, que el contarlo solamente haría retorcerse la carne de los huesos. A ELLA serán presentados, y el castigo será digno de su grandeza. Este hombre - dijo señalando a Mahomet habría sufrido con la vasija una muerte piadosa, comparada con la que tendrán esos otros hombres-hienas. Mas, cuéntame, te lo ruego, cómo pasó todo.

En pocas palabras le dije lo que había sucedido.

-Ya ves, hijo mío, que aquí hay la costumbre de que los extranjeros perezcan "por la vasija", para ser comidos luego.

-Es una hospitalidad al revés - contesté débilmente-. En nuestro país se festejan y se les da de comer a los viajeros; en cambio ustedes se los comen y se festejan a sí mismos.

-Cuestión de costumbres- contestó encogiéndose de hombros -. Yo creo que la nuestra es mala... Por lo demás -añadió después de un rato-, a mí no me gusta el sabor de los extranjeros, sobre todo después de que han andado mucho tiempo por los pantanos alimentándose de aves silvestres... Cuando Quien debe ser obedecida envió la orden de que no se les matara a ustedes, no dijo nada del negro; así es que estos hombres, siendo hienas, ansiaban su carne, y la mujer que tan bien hiciste en

matar, los convenció de que debían envasijarlo. Ya se les premiará por ello. Más valiera que nunca hubieran visto la luz... ¡Más valiera que arrostrar la ira de ELLA! Ira tremenda... ¡Dichosos son los que por vuestra mano han muerto!... ¡Y sabes también - continuó - que has reñido con tus compañeros un hermoso combate! ¡Sabes que tú, Babuino de largos brazos, has aplastado las costillas de esos dos que están allí tendidos, como si fueran cáscaras de huevos!... ¡Y ese mozo, El León!... I-Iermosa pelea que hizo él solo contra tantos; a tres mató en el acto; aquel otro -y señaló a un cuerpo que aun se estremecía un poco - no durará mucho, pues tiene bien rota la cabeza, y varios de esos que están atados también tienen heridas, fue brillante la contienda, por cierto, y tú y tus amigos han ganado por ella mi amistad, que nada hay que me guste más que una riña bien sostenida. Mas, dime ahora, Babuino, hijo mío, y mirándote bien la peluda cara que tienes pareces un mono efectivamente, ¿cómo hiciste para matar a esos que tienen un agujero en el cuerpo? Dicen que hacías un ruido y que ellos caían de cara al suelo...

Yo expliqué como pude, con poquísimas palabras, porque me encontraba atrozmente fatigado y hablaba, en verdad, únicamente para no ofender a tan poderoso señor con mi silencio, las propiedades de la pólvora. Al punto él me propuso que prácticamente sé las mostrara operando en la persona de cualquiera de los presos. Hízome ver que no se notaría la falta de uno de ellos, y que no sólo le enseñaría a él cómo se mataba con la pólvora sino que yo tendría el gusto de tomar en cuenta esta parte de venganza. Cuando le dije que nuestra costumbre no era la de tomar venganza a sangre fría, sino que abandonábamos el castigo a la ley, y a un poder superior de que él no podía hacerse cargo, quedóse grandemente asombrado. Sin embargo, le prometí que cuando me encontrase mejor de salud iríamos de caza, y mataría entonces cuantos animales quisiera, y con esta promesa quedóse tan contento como el niño a quien le ofrecen un nuevo juguete.

A la sazón abría Leo los ojos, estimulado por un trago de brandy, del que aun teníamos un poco, y que Job le derramó en la garganta, y nuestra conversación terminó.

Después pudimos llevar a Leo, que se encontraba muy mal por cierto, y casi sin sentido, a su propia cama, sostenido por Job y por aquella valerosa Ustane, a quien hubiera yo besado, con su consentimiento, por supuesto, por su heroica conducta que salvó la vida de mi querido hijo. Pero Ustane no era de esas con quien puede uno tomarse ciertas libertades impunemente, así es que dominé mis sentimientos. Entonces yo, aunque todo máltrecho, extendíme sobre mi losa sepulcral, experimentando una sensación de seguridad personal que hacía tiempo había estado ausente de mi pecho, y no sin darle antes rendidas gracias a Dios de que la losa aquélla no fuese de veras mi sepulcro, como efectivamente lo hubiera sido a no mediar cierta combinación de circunstancias que no sé atribuir más que a la Providencia. Pocos hombres han escapado de tan segura muerte que la que nos amenazó aquel horrible día.

Los sueños que tuve durante aquella noche, cuando al fin pude quedarme dormido, no fueron muy agradables, por cierto. La tristísima visión del pobre Mahomet luchando por librarse de la ardiente vasija los ocupaba constantemente, y luego, en el fondo indeciso de la somnolencia, erguíase una figura cubierta de largo velo, que a trechos se lo levantaba dejando ver ya las formas de una mujer bellísima, ya la lívida osamenta de un esqueleto, -y que repetía murmurando estas frases misteriosas, aparentemente sin sentido:

-Todo lo que existe, la muerte ha conocido; lo que ha muerto, morir no puede empero; en el cielo la espiritual existencia, nada es la vida y la muerte es nada. ¡Sí, las cosas todas perennemente existen, aunque duerman a veces en el olvido!

Amaneció por fin, y al tratar de levantarme sentíme tan tieso y tan dolorido que no pude hacerlo. Hacia las siete se me presentó Job, cojeando de atroz manera, con la cara del color de una manzana podrida, y me dijo que Leo había dormido bien, pero que se encontraba muy débil. Dos horas más tarde vino también Billali (a quien Job le había puesto por apodo el chivo Billy, en razón de su barba de macho cabrío.) Traía una lámpara en la mano, y su cabeza casi rozaba el techo de la pequeña cámara, tan alto era. Tuve el capricho de hacerme el dormido y contemplé disimuladamente su rostro anciano, tan hermoso y tan sardónico. Mirábame de hito en hito mientras se atusaba el largo y blanco piloso apéndice. Cien libras al año hubiera pagado de seguro cualquier barbero londinense, porque se parase de anuncio vivo a la puerta de la tienda. Púsose a barbotar - esta era costumbre suya - y oí que decía:

- ¡Caramba, qué feo es!... Tan feo como hermoso el otro... Es un babuino, en verdad. ¡Le viene perfectamente el apodo!... Pero me gusta este hombre; cosa rara, por cierto, que a mi edad me guste un hombre... ¿Qué dice el refrán? "Desconfía de todos los hombres, y mata a aquel de quien desconfíes demasiado, y en cuanto a las mujeres, húyeles que son el mal mismo, y a la larga te aniquilarán"... ¡Buen refrán!... ¡Sobre todo su final!... Yo creo que debe haber sido inventado por los antiguos... Pero, a pesar de todo, me gusta este babuino, que no sé dónde habrá aprendido sus habilidades... Veremos si ELLA no me lo embruja... ¡Pobre Babuino! Debe estar bien cansado después de su pelea... Me voy para no despertarlo.

Esperé a que se volviese, y cuando ya estaba junto a la puerta, andando de puntillas, exclamé:

- ¿Padre mío, Vieres tú?

-Hijo mío, sí; pero no quiero incomodarte. No vine más que a ver cómo te hallabas, y para decirte que todos los que quisieron asesinarte, camino van ya a donde ELLA. También ELLA mandó que inmediatamente se os condujera allá a todos vosotros, mas me temo que no podáis por ahora...

-No - contesté -, hasta que hayamos convalecido un tanto. Pero te ruego que me hagas llevar afuera, padre mío; no me gusta este lugar.

-Tienes razón, es muy triste... Recuerdo que aquí fue donde, cuando muchacho, descubrí el cadáver de la bella mujer; sí, precisamente donde estás acostado. Tan bella era que a menudo me arrastraba yo hasta aquí con una lámpara para poderla contemplar. Sino hubiera tenido las manos tan heladas, habríame parecido que dormía para despertar algún día; tan bella y tranquila estaba con su traje blanco... Blanca también era ella, y amarillo tenía el cabello que le llegaba hasta los pies. Muchas como ésta aun hay en los sepulcros del lugar donde ELLA habita, pues los que allí las colocaron poseían no sé qué secreto para evitar que la muerte disolviera a los que amaban... Todos los días venía yo a contemplarla, hasta que al fin, ¡no te rías de mí, extranjero, porque entonces no era yo más que un necio niño!, llegué a amar a aquella muerta, a aquella envoltura que un día encerró un espíritu que había volado... Arrastrábame hasta ella de rodillas y le besaba el rostro frío, pensando en cuántos hombres no habrían vivido y muerto mientras que así tendida estaba, y en los que la habrían amado y abrazado en días de que ya no hay memoria... Y yo creo, Babuino, que aprendí muchas cosas sabias con aquella muerta, porque en verdad que me

enseñó la pequeñez de la existencia y la inmensidad de la muerte, y cómo todas las cosas que hay bajo el sol se van marchando con paso uniforme y son luego olvidadas enteramente... Estas meditaciones tenía, y me figuraba que el saber venía a mí de la muerta, hasta que una vez mi madre, que era una mujer vigilante, aunque demasiado viva de genio, viéndome tan cambiado, me siguió, y descubrió a la hermosa, por lo que se figuró que yo estaba hechizado, lo que así era. Y medio airada entonces y medio temerosa, puso a la muerta contra ese mero y prendióle fuego al pelo con su lámpara. Ardió el cuerpo atrozmente, hasta los pies; porque los que están conservados de esta manera son excelente combustible. Y mira, hijo mío, ahí está aún en el techo la señal de la llamarada.

Miré arriba con cierta duda, y efectivamente, vi en el sitio que me señalaba una marca peculiar; como de hollín untuoso, una faja como de tres pies de ancho. Con los años, sin duda, habríase borrado algo la parte que estaba sobre la pared del cubículo; pero permanecía claramente en el techo, y no podía haber confusión ninguna sobre su origen. Billali continuó hablando así con aire meditabundo:

-Cuando pude llegar hasta aquí sólo quedaban de mi amada ambos pies. Los tomé, corté el hueso quemado de ellos y los escondí bajo ese mismo banco de piedra, envueltos en un pedazo de lienzo, Me acuerdo de esto como si hubiera sido ayer. Quizá estén ahí aun, si es que nadie se los ha llevado. Lo cierto es que desde ese día no he vuelto a entrar en este lugar. Aguarda, voy a ver... -Y arrodillándose ante mí, púsose a tantear con su brazo en el espacio de debajo de la losa. Iluminóse de pronto su cara, y lanzando una exclamación, sacó un bulto sucio de tierra que empezó a desenvolver hasta que, ante mis asombrados ojos, puso un pie de mujer, casi blanco, bellamente formado y tan fresco y firme como si hubiera sido cortado recientemente.

-Ya ves, Babuino, hijo mío _ dijo con triste inflexión de la voz-, te decía la verdad, pues aun queda uno de ellos. Tómalo, hijo mío, y contémplalo.

Tomé en mis manos aquel frío despojo humano, y lo contemplé a la luz de la lámpara, dominado por mezcladas emociones indefinidas, de fascinaciones, de asombro y de temor. Pesaba poco, mucho menos, diré, que lo que debiera pesar en vivo, y su carne era, al parecer, carne aún, percibiéndose en ella un débil olor aromático. No tenía una sola arruga o cuarteadura, ni era repugnante en parte alguna o negro como las carnes de las momias egipcias, sino blanco y elástico, menos en el lugar donde se había chamuscado un poco, tan perfecto como en el momento de la muerte; ¡prodigioso triunfo del arte de embalsamar!...

¡Ah, pobre piececito! Coloquélo sobre el banco de piedra que lo había sostenido durante tantos miles de años, y me quedé meditando quién sería la beidad que habría sostenido y conducido entre las pomposas fiestas de una civilización ignota... ¡Primero, cuando fue niña; cuando fue doncella ruborosa, luego al fin, cuando fue mujer completa!... ¡A través de qué salas llenas de vida, despertando sus ecos con el suavísimo paso, y después con qué firmeza por las polvorientas sendas de la muerte!... ¿Hacia qué lugar se había deslizado en el silencio de la noche, cuando el eunuco negro dormía sobre el marmóreo piso, y cuyo era el oído que estaba aguardando oírlo?...

¡Bello piececito!... ¡Bien puedes haberte posado sobre el cuello del conquistador, inclinado al fin ante la hermosura femenil, y bien pueden haber oprimido tu blancura, realzada por las joyas, los nobles labios de algún rey!...

Envolví esta reliquia del pasado en los restos del antiguo trapo de lino, que probablemente habría formado parte del sudario de su dueña, pues que también estaba algo quemado, y púselo con cuidado en mi valija de viaje.

-¡Extraño sitio de reposo!... - pensé luego, con la ayuda de Billali, dirigíme claudicante a visitar a Leo, encontrélo magullado, mucho peor que yo, debido quizá a la excesiva blancura de su piel, y muy débil por la pérdida de sangre de la herida del costado, aunque tan alegre como un grillo del campo y pidiendo que le dieran de comer. Job y Ustane lo colocaron en una litera, y lo llevaron a la sombra, a la entrada de la cueva, de donde, entre paréntesis, se habían quitado ya todos los rastros de la matanza de la noche anterior; desayunamos, pasando allí todo ese día y la mayor parte de los siguientes.

A la tercera mañana, Job y yo nos levantamos completamente repuestos, hallándose Leo en tan buen estado, que cedí a las repetidas instancias de Billali para que emprendiéramos en seguida el viaje a Kor (que así nos dijeron que se llamaba el lugar donde habitaba la misteriosa ELLA) aunque yo no dejaba de tener cierta inquietud por el daño que en la herida de Leo pudiera hacer el movimiento del viaje. La verdad es que, a no haber sido por la ansiedad que de partir demostrara Billali, lo que nos hacía pensar que algo podría resultarnos de malo si no nos apresurábamos, no hubiera consentido en emprender tan pronto el viaje.

CAPITULO X
E S P E C U L A C I O N E S

A la hora de haber tomado la determinación de partir, cinco literas se presentaron a la entrada de la caverna, cada una con sus cuatro cargadores y dos de relevo, y también una tropa de cincuenta amajáguers armados, para escoltarnos y llevar nuestro equipaje. Tres de estas literas, por supuesto, eran para nosotros, otra para Billali, y supuse que la quinta sería para Ustane.

- ¿La señora parte con nosotros, padre mío? - pregunté al anciano que estaba disponiendo las cosas para la marcha. El me contestó encogiéndose de hombros:

-Ella vendrá si quiere. En este país las mujeres hacen lo que les da la gana. Nosotros las adoramos y las dejamos siempre salirse con la suya, pues sin ellas el mundo no podría continuar. Ellas son la fuente de la existencia.

- ¡Ah!... - exclamé, porque la verdad era que desde este punto de vista no se me había presentado nunca la cuestión. Billali continuó:

-Las adoramos, pero, por supuesto, hasta cierto punto, mientras no se hacen insufribles; lo que sucede cada dos generaciones, quizá.

- ¿Y qué hacen ustedes entonces? -preguntéle con mucha curiosidad.

-Entonces nos rebelamos - dijo sonriendo -; nos rebelamos y matamos a las más viejas para escarmiento de las jóvenes, y para probarles que los más fuertes somos los hombres. Mi pobre esposa murió de este modo hará unos tres años, fue lastimoso el hecho; pero si he de ser franco contigo, hijo mío, debo confesarte que mi vida desde entonces ha sido mucho más dichosa, porque mi edad, me ha protegido de las jóvenes...

-Finalmente - dije entonces repitiendo las palabras de un gran hombre desconocido todavía para los amajáguers, has notado que tu situación es de mayor libertad y de menos responsabilidad.

El no comprendió la idea, desde luego, por su demasiada vaguedad, aunque yo creo que mi traducción la expresaba bien, pero al fin cayó en ello y exclamó:

- ¡Bien, bien; Babuino! ¡Ahora lo comprendo!... Mas todas las responsabilidades han muerto ya, y por eso es que hay tan pocas viejas en el día. Pero ellas mismas se lo buscaron. En cuanto a esta muchacha - dijo con más grave tono - ¡es valerosa, y ama de veras a León! ¿Viste cómo se abrazó a él, salvándole la vida? Y según nuestras costumbres, ella es su mujer; tiene el derecho de acompañarle a donde vaya... A no ser - agregó de un modo extraño - que. ELLA le ordene lo contrario, porque las órdenes de ELLA están por encima de todo.

-Y si ELLA le ordenara que abandonara a Leo y la muchacha rehusara, ¿qué sucedería?...

-Cuando el huracán manda al árbol que se doble y el árbol no quiere, ¿qué sucede?... - Y sin decir más, fuése para su litera. A los diez minutos estábamos en viaje.

Como una hora y media tardamos en atravesar la taza volcánica del valle y otra media hora se empleó en subir la cuesta del otro lado, desde cuya cima pudimos ver un hermoso panorama. Ante nosotros se extendía el gran plano inclinado de una llanura, donde a trechos surgían grupos de árboles, principalmente de familias espinosas, y allá abajo, a unas ocho o nueve millas de distancia, se divisaba confusamente el mar cenagoso con sus turbios y flotantes vapores. Fácil tarea para

los cargadores fue la de bajar la cuesta, y como al mediodía llegamos al pie de la falda, junto al pantano tristísimo, donde hicimos alto para comer.

Después nos hundimos en la húmeda espesura por tortuosas sendas, que cada vez se hacían más indistintas a nuestra inexperta vista, incapaz de reconocerlas entre las huellas del paso abierto por las bestias y aves acuáticas. Aun hoy es para mí un misterio el arte de que aquellos nativos se valían para atravesar sus pantanos. Iban por delante dos hombres con larguísimas varas que, de cuando en cuando, hundían en el fango ante sus pies; aquel suelo movedizo cambiaba constantemente por causas que ignoro, de modo que un paso que había sido seguro el mes anterior sepultaría seguramente ahora al andante desprevenido. En mi vida veré un lugar más triste y fúnebre que ése. La ciénaga se extendía millas y millas. En medio de ella había escasos trechos de tierra relativamente alta, cubierta de hierba de un verde clarísimo, y un número infinito de charcos profundos bordeados de juncos muy altos entre los cuales zumbaba el bitor y las ranas cantaban; millas y más millas se seguían del mismo modo, y sin más variación que la de su neblina productora de fiebre. No habitaban más seres en aquella ciénaga que las aves acuáticas y los animales que las hacen su presa, y de ellos estaba materialmente llena. Las ocas y cigüeñas, patos, zarceras, negreras, agachadizas y frailecillos nos rodeaban por todas partes en variedad que veía por vez primera, y tan mansas todas que con un palo podría haber matado las que hubiera querido. Entre estos pájaros llamóme la atención una bellísima variedad pintada, del género *scolopax* (agachadiza), casi del tamaño de la perdiz inglesa, y cuyo vuelo era más parecido al de esta última ave que al de la agachadiza de Inglaterra. También en los charcos había una especie de caimán pequeño o iguana grande, no puedo decir qué cosa era, que se alimentaba, según me dijo Billali, de las aves acuáticas, y también una horrible culebra negra, cuya mordedura es muy dañina, aunque no tanto como la de la cobra; los sapos eran enormes y su voz proporcionada al tamaño, y en cuanto a los mosquitos eran más sanguinarios aun que los que habíamos conocido en el río. Pero lo más malo que en el pantano había era el hedor atroz de vegetaciones podridas, y que, a ratos, era sofocante, junto con los efluvios o bochornos malarios que traía y que no teníamos mas remedio que respirar. En él metidos, pues, anduvimos hasta que por fin se puso el sol con tristes esplendores, en el momento en que llegábamos a un lugar como de dos acres de extensión, donde se alzaba el terreno, y que era como un pequeño oasis en medio de aquel cenagoso desierto; allí dijo Billali que debíamos acampar. Cosa, sencilla fue esto, pues no tuvimos que hacer más que salir de las literas y sentarnos en el suelo alrededor de una pobre hoguera hecha de cañas secas y de alguna leña que con nosotros habíamos traído.

Nos arreglamos como mejor pudimos, y comimos con todo el gusto compatible con el olor de la ciénaga y el calor sofocante, propio de estos lugares, cortado a veces por soplos de helada humedad que nos enfriaba hasta la medula de los huesos. Por mucho calor que tuviéramos, preferíamos mantenernos junto al fuego, porque los mosquitos, a los cuales no les gusta el humo, nos incomodaban allí menos. Envolvímonos luego en nuestras mantas y tratamos de dormir; aunque yo no pude conciliar el sueño con la gritería de las ranas y de los millares de agachadizas que volaban por encima de nuestras cabezas, sin contar otras incomodidades. Junto a mí estaba echado Leo, y se me ocurrió mirarle: dormitaba; pero tenía como congestionado el rostro, lo que no me gustó. A la luz vacilante de la hoguera vi que

Ustane, que estaba acostada al otro lado, se incorporaba de vez en cuando a mirarlo con mucha inquietud.

Nada podía, sin embargo, hacer por él; habíamos tomado ya todos, previamente, una buena dosis de quinina. Echéme, pues, boca arriba y me puse a contemplar las estrellas qué, a millares, iban brotando hasta que la inmensa bóveda del cielo se puso resplandeciente, sellada de mundos. ¡Vista gloriosa es ésta que se le sirve al hombre para medir su pequeñez!... Pero traté de dejar esas meditaciones, porque la mente se debilita cuando se trata de sondear lo infinito, o de deducir la intención arcana del Todopoderoso observando sus huellas que van de Orbe a Orbe.

Cosas tales no son para que nosotros las sepamos. Muy potente es la sabiduría y muy débiles nosotros. Demasiado saber cegaría nuestra vista imperfecta; demasiada potencia nos embriagaría, abrumando nuestra razón, hasta hacernos caer y hundirnos en las profundidades de nuestra propia vanidad.

¿Cuál es el primer resultado del saber acrecentado del hombre por medio de la interpretación del libro de la naturaleza, gracias al persistente esfuerzo de su miope observación?... ¿No es casi siempre el hacerle discutir sobre la existencia de su Hacedor, más aun, sobre la existencia de todo propósito inteligente que no sea el suyo propio?

Velada está la verdad porque nosotros no podemos contemplar su brillantez, así como no podemos mirar airadamente al sol: su, fulgor nos enceguecería. La sabiduría entera no es para el hombre, tal como aquí abajo se encuentra hecho; para sus capacidades, que son exiguas, por más que él se las figure tan grandes.

Cólmase a prisa el vaso, y si entonces, una milésima parte de la sabiduría inefable y silenciosa que rige los vuelos de las esferas rutilantes y a la fuerza que volar las obliga, cayera en él, estallaría haciéndose pedazos.

En otro lugar y tiempo quizá sea otra cosa... ¿Quién lo sabe? Pero aquí el sino del hombre nacido de la carne no es sino vivir entre trabajos y tribulaciones, y perseguir las vanas pompas que los hados aventan, a las que él llama placeres, y alegrarse de que pueda tenerlas en la mano un instante antes de que se deshagan; y luego, cuando su tragedia se haya representado, y la hora de morir haya sonado, penetrar humildemente en donde él no sabe...

Mientras de encima fulguraban los mundos eternales, a mis pies rodaban de aquí para allá las bolas de fuego, prole diabólica del pantano, juguetes de los vapores, incapaces de reposar sobre la tierra: tipos de lo que es el hombre, imagen de lo que será quizá algún día, si la fuerza viviente que a ambos formó así lo hubiese de ordenar también. ¡Ah! ¡Si pudiéramos; año tras año, conservarnos a esa gran altura del semiento que a veces, por fugaz momento, alcanzamos!... ¡Si pudiéramos desprendernos los grilletes que aprisionan nuestra alma y elevarnos a la excelsa cima, desde la cual, como el viajero que observa la naturaleza desde la cúspide de los montes de Darien, pudiéramos contemplar con los espirituales ojos de los nobles pensamientos las profundidades de lo infinito!

¡Ah, si nos fuera dado desprendernos de esta terrena vestidura, y acabar de una vez con estas mundanales ideas y míseras aspiraciones y dejar de ser, como esas cadavéricas lumbres, echados de aquí para allá por fuerzas extrañas a nuestra comprensión; que si comprenderlas podemos, aun estamos obligados a obedecer por las exigencias de nuestra infeliz naturaleza!

¡Sí!... Que pudiéramos desecharlas, y vernos arrancados también de los lugares contaminados, de los zarzales de la tierra, y como esos brillantes puntos de la altura

nos encontrásemos colocados allá arriba, por siempre rodeados de la lumbre de nuestro mismo ser mejorado, que aun ahora, dentro de nosotros, arde como el débil fuego de esas espectrales bolas palúdicas, y que pudiéramos depositar nuestra pequeñez en esa amplia gloria de nuestros ensueños, en ese mundo que invisible nos rodea y de donde toda la verdad, toda la belleza emana...

Estos y parecidos pensamientos cruzaron por mi mente aquella noche. A atormentarnos vienen a cada rato. A atormentarmos digo, porque, ¡ay!, el pensar sólo sirve para que conozcamos la incapacidad del pensamiento... ¿Para qué sirven nuestros débiles sollozos en medio de los tremebundos silencios de los espacios? ¿Podrá nuestra inteligencia descifrar los arcanos de ese firmamento tachonado por los rutilantes mundos? ¿Qué contestación da el firmamento a nuestras preguntas?... ¡Ninguna! ¡Ninguna!... ¡Nada más que ecos nos envía, y fantásticas visiones!... Y creemos, sin embargo, que una contestación existe, y que alguna vez lucirá una aurora que alumbrará los senos de la noche laguísima que nos ha envuelto. ¡Y así lo creemos porque aun hoy sentimos sobre el corazón el reflejo que su hermosura nos envía desde más allá del horizonte del sepulcro, reflejo que llamamos la Esperanza! Sin la esperanza sufriríamos la muerte moral, y con ella podemos escalar hasta el cielo... ¡Y si no fuese ella tampoco más que un piadoso espejismo, formado a fin de que no desesperemos, así y todo servirá siquiera para que nos hundamos dulcemente, al menos, en el abismo del eterno sueño!...

Púseme a pensar luego en la empresa en que estábamos empeñados... ¡Qué loca era! ¡Y, sin embargo, qué bien concordaba con la inscripción trazada desde tantos siglos atrás en el vaso de cerámica!... ¿Quién era esa mujer extraordinaria, reina de un pueblo tan singular como ella, y que vivía en medio de los vestigios de tina civilización perdida?... ¿Y. qué podría significar esa historia del fuego que producía la existencia imperecedera?... ¿Sería posible que hubiera alguna esencia o flúido para fortificar de tal modo estos muros de la carne, que los haga resistentes a las minas y proyectiles del tiempo? Era posible quizá; pero no probable. Después de todo, la continuación de la sida no sería cosa tan maravillosa, ni con mucho, como la producción de la vida y su resistencia temporal... Suponiendo que fuera verdad, ¿qué resultaría entonces? La persona que descubriese la manera de ser inmortal, dominaría al mundo. Podría acumular todas las riquezas de la tierra, todo el poder, y todo el saber, que es poder. Para aprender cada arte o cada ciencia, podría dedicar todo el espacio de una existencia ordinaria. Pues bien, siendo esto así, y que esa ELLA fuese realmente inmortal (lo que yo no podía creer ni por un momento), ¿cómo es que con todas estas ventajas a su disposición prefería vivir en una cueva, en medio de una sociedad de caníbales?... Por supuesto que esta última consideración bastaba para aclarar el asunto. Toda la historia era pura necedad, digna solamente de los supersticiosos días en que fue escrita. Y de cualquier modo que fuese, estaba segurísimo yo, por mi parte, que no trataría de conseguir la inmortalidad de mi propia existencia. Había sufrido muchas mortificaciones y desengaños y amarguras secretas, durante los cuarenta y pico de años que ya había vivido, para desear que este estado de cosas continuara indefinidamente. Y eso que me parece que mi vida ha sido, relativamente hablando, bastante dichosa.

Mas, pensando luego en que nuestras propias vidas en aquellos momentos tenían más trazas de ser cortadas violentamente que de prolongarse fuera de lo debido, fuíme al fin quedando dormido, de lo que probablemente se alegrarán los que lean esta historia, si es que la lee alguien... Cuando desperté, estaba amaneciendo, y los

hombres del séquito se movían por el campamento pareciendo sombras entre la densa niebla matutina. La hoguera se había apagado por completo, y yo me desperté temblando, con los miembros fríos por la humedad de la madrugada. Entonces pensé en Leo. Allí estaba junto a mí, sentado en el suelo, sosteniéndose la cabeza con las manos. Tenía el rostro encendido y brillante los ojos, con un cerco amarillo en torno a las pupilas.

_ ¿Qué tal, Leo? - le pregunté -. ¿Cómo te encuentras?

-Como si me fuera a morir... - contestó roncamente. - Parece que me va a estallar la cabeza; todo el cuerpo me tiembla... ¡Holly, estoy mal, y tanto, que me siento como un gato apaleado!

Púseme a silbar... o si no silbé, tuve la intención de hacerlo. Leo sufría de un feroz ataque febril. Pedí quinina a Job, droga de la que teníamos aún bastante cantidad. Job no estaba mejor que Leo; quejábase de grandes dolores en la espalda, y de vértigos, y de que no podía moverse casi. Hice entonces lo que en aquellas circunstancias pude: darle a ambos una dosis de diez gramos de quinina, y tomarme yo otra menor por vía de precaución. Luego busqué a Billali y le conté lo que pasaba, preguntándole qué deberíamos hacer. El fue entonces conmigo a ver a Leo y a Job, a quien él llamaba el Puerco, por razón de su gordura, de su rosco redondo y sus ojos pequeños.

-Ambos tienen fiebre -me dijo cuando nos apartamos-. El León está grave, pero es joven y puede salvarse; el Puerco no está tan mal, tiene la fiebre chica que comienza con dolores de espalda, y que se consumirá con su propia grasa.

- ¿Y podrán seguir el viaje, padre mío?

-Deben continuarlo, hijo mío. Si permanecen aquí, ambos morirán seguramente, y además, mejor estarán en las literas que en el suelo. Hacia esta noche, si no se presenta ninguna novedad, habremos salido del pantano y respiraremos aires más puros. Vamos, coloquémolos en sus literas y partamos, es muy malo estarse quieto en esta niebla de la madrugada. Desayunaremos andando.

Hízose todo como él dijo, y continuamos con un peso en el corazón nuestro viaje. Durante como tres horas no hubo novedad, pero entonces ocurrió un accidente que por poco nos priva de la compañía agradable de nuestro anciano amigo Billali, cuya litera era la que abría la marcha. Cruzábamos precisamente a la sazón un tramo peligroso de ciénaga, en la que a veces se hundían los cargadores hasta las rodillas; y a la verdad, no me explico aún cómo podían aquellos hombres avanzar tan cargados, siquiera dos pasos.

De súbito, mientras así íbamos dando tumbos, oyóse un chillido agrio, luego una tempestad de interjecciones, y últimamente, el choque de un gran cuerpo contra el agua. La caravana se detuvo.

Salté de mi litera y corrí hacia adelante. Como a unas veinte yardas hallábase un recodo del gran charco sucio y sombrío, por cuya margen alta y resbaladiza empezaba a entrar la fila de literas; horrorizado, vi que la de Billali flotaba en él, sin que se pudieran encontrar trazas del cuerpo del viejo. Para que se comprenda bien la situación, contaré lo que había pasado.

Uno de los cargadores de la litera de Billali había pisado infortunadamente una culebra que se calentaba al sol, y ésta le mordió la pierna. El hombre, como es natural, solo la vara, y al ver que resbalaba hacia el agua, agarróse de la litera para salvarse. El resultado era de esperarse, la litera se inclinó demasiado, la gravedad la llevó hacia el vacío, los cargadores la soltaron, y se fue al agua con Billali dentro y

con el hombre mordido por la serpiente. Cuando acudí al lugar, no se veía a ninguno de los dos hombres, y al desgraciado cargador no se le vio nunca más tampoco; quedaría preso en el fango, se habría dada con él cráneo en alguna cosa, o la mordedura lo habría paralizado; el hecho es que no se le vio más. Pero, aunque no se veía entonces a Billali sabía adónde estaba por la agitación de la flotante litera y de sus paños, en los que estaba enredado.

- ¡Ahí está, ahí está nuestro padre! -exclamó uno de los hombres; pero ninguno de ellos se movía para salvarle ni un solo dedo. Allí se estaban parados mirando el agua.

- ¡Fuera del camino, brutos! -grité yo en inglés entonces; y quitándome el sombrero tomé algún impulso y me lancé a aquel charco fangoso y horrible. En dos brazadas estuve junto a la litera. Desenredélo de los paños, no sé cómo, y su venerable cabeza, toda cubierta de verdoso fango, parecida a la de un Baco anciano y amarillo, coronado de yedra, surgió de la superficie del agua.

Lo demás fue fácil, porque Billali, que era un hombre eminentemente práctico, tuvo bastante presencia de ánimo para no agarrarme, como hacen generalmente los que se ahogan; sostúvelo por un brazo y lo remolqué a la orilla, de cuyo fango nos extrajeron con bastante trabajo. No veré jamás de nuevo a gente de más sucio aspecto que el de nosotros dos en ese momento; y quizá dé una idea de la casi sobrehumana apariencia de dignidad que Billali tenía, siendo que aun parecía venerable e imponente así como estaba, tosiendo, medio ahogado, cubierto de lodo y hierbas, y con la larga barba blanca toda mojada y acabada en punta como la recién engrasada mecha caudal pilosa de un hijo del celeste imperio.

- ¡Ah, perros! - díjoles a sus conductores, apenas recobró el habla-. ¡Me dejabais ahogar a mí que soy vuestro padre! ¡Si no hubiera sido por este extranjero, por mi hijo el Babuino, me ahogo de seguro!... ¡Bueno está; no he de olvidarlo!... - agregó fijándoles la mirada brillante, aunque un tanto húmeda aun, de modo que, a pesar de la fingida y terca indiferencia de aquellos hombres, vi que los inquietaba.

-Y tú, hijo mío - continuó dirigiéndose a mí y tomándome la mano -, ten la seguridad de que seré tu amigo en todo trance, cualquiera que sea. Me has salvado la vida; ¡quizá pueda yo salvártela algún día!...

Nos limpiamos del mejor modo que pudimos, pescamos la litera y proseguimos el viaje. No sé si atribuirlo al carácter nacional, de temperamento egoísta y despreocupado, o a que el desaparecido fuese hombre impopular, lo cierto es que no noté que se lamentasen poco ni mucho de la pérdida del ahogado, a no ser aquellos que tenían que trabajar más, cargando por su ausencia.

CAPITULO XI
LA LLANURA DE KOR

COMO una hora antes del anochecer salimos, por dicha nuestra, de aquella inmensa ciénaga, y nos encontramos en una comarca que, formando grandes ondulaciones, subía en ascenso continuo. Nos detuvimos para pasar la noche del lado de acá de la cresta de la primera loma que encontramos. Mi primer acto al salir de la litera fue ir a ver al pobre Leo. Me pareció más grave, quizá, que por la mañana, y se le presentó entonces el pésimo síntoma de los vómitos, que le duraron toda la noche. No pude dormir ni un momento, pues hasta que amaneció estuve velando a él y a Job con Ustane, que era una de las más cariñosas e incansables enfermeras que he conocido. El ambiente en aquel lugar era agradable y no había mosquitos. Nos encontrábamos también sobre el nivel de la niebla pantanosa, que se extendía por debajo de nosotros como el parpadeo sombrío de humo de una ciudad manufacturera inglesa, a trechos cruzada por las fugitivas lenguas lívidas de los fuegos fatuos. Nos hallábamos, pues, cómodos, relativamente hablando.

Al amanecer, Leo había perdido por completo el sentido, y se figuraba que lo habían partido en dos. Yo estaba desesperado, y empecé a pensar, aterrorizado, en cómo concluiría el acceso... ¡Bastantes veces me habían dicho cómo concluyen por lo general!... Billali llegó en esto, y me dijo que debíamos seguir andando porque creía que si Leo no podía llegar a algún punto donde estuviera bien cuidado y tranquilo durante las doce horas siguientes, por lo menos, no duraría ni dos días. En eso estuve de acuerdo; lo colocamos en su litera, y, rompimos la marcha, caminando Ustane a su lado para espantarle las moscas y para que en su delirio no se tirara al suelo.

A la media hora después de salir el sol llegamos a la cima de la loma de que antes hablé, y nos encontramos ante un hermoso espectáculo. Extendíase ante nosotros un bello paisaje. Al fondo, a una distancia de dieciocho millas, más o menos, de donde estábamos, surgía abruptamente en la llanura una elevadísima y rara montaña. Su base parecía consistir en una suave e inmensa pendiente cubierta de hierbas, pero de ella se elevaba de súbito, a una altura de quinientos pies, como pude saber luego, sobre el nivel de la llanura, un paredón absolutamente cortado a pico, de peña viva, de unos mil doscientos o mil quinientos pies. La forma de esta montaña, de origen volcánico, sin duda, era redonda, y como desde donde estábamos no era visible más que un segmento de su círculo, no pude estimar exactamente su tamaño, que era enorme. Más tarde supe que no ocupaba su asiento menos de cincuenta cuadras de terreno. Creo que no existe en parte algún espectáculo más imponente por su grandeza que el que ofrecía aquella torre natural, destacándose solitariamente sobre el llano. Esta soledad suya la hacía más majestuosa, y sus excelsas almenas parecían tocar al cielo, y a la verdad que casi siempre estaban envueltas en las nubes cuyas masas de vellón parecían como colgadas de ellas.

Incorporéme en la litera para contemplar tan magnífico espectáculo, y Billali parece que lo notó porque hizo aparear la suya con la mía.

Ahí tienes la morada de Quien debe ser obedecida... ¿Tuvo alguna reina un trono como éste?...

-Es cosa maravillosa, padre mío - respondí --. Más, ¿cómo se entra ahí? Esos muros parecen muy inaccesibles.

-Ya lo sabrás, Babuino. Contempla ahora la llanura que está a nuestros pies... ¿Qué crees tú que es eso?... Tú, que eres hombre sabio, vamos, dímelo.

Considerándolo estuve un rato y me llamó principalmente la atención la calzada, toda cubierta de hierba, que en línea recta conducía hasta la base misma de la montaña. Tenía a ambos lados altos terraplenes como banquetas, continuos, aunque con algunas brechas, y cuya utilidad no pude explicarme. ¡Parecíame tan raro un camino con malecones!

--Figúrome, padre mío, que eso es un camino, aunque tienes trazas de haber sido en otro tiempo el cauce de un río o de un canal, más bien - añadí al observar la gran rectitud de su dirección.

Billali, que entre paréntesis sea dicho, no parecía perjudicado por su baño forzado de la víspera, inclinó lentamente la cabeza y dijo:

-Razón tienes, hijo mío. Es un canal, labrado por los que antes que nosotros ocuparon este país, para desviar las aguas, estoy seguro de ello, porque ese círculo cerrado por rocas de agua fue una vez un gran lago. Pero esos hombres anteriores a nosotros, de que te he hablado, valiéndose de medios que desconozco, abrieron un paso a las aguas por entre las montañas hasta el lago mismo.

Pero primero hicieron ese canal que ahí ves a través de la llanura. Y así, las aguas se precipitaron por él y fueron a inundar las tierras bajas que están detrás de estas lomas, formando quizá el pantano por donde hemos venido. Entonces, ya seco el lago del monte, ese pueblo fabricó una gran ciudad en su lecho, de la que hoy no existen más que las ruinas y el nombre de Kor, conservado por milagro; luego, en las edades sucesivas, labró las cavernas y galerías de esa montaña que verás en breve.

-Así debe ser - repuse - ¿mas, cómo es que, el lago no vuelve a llenarse con las lluvias?

- ¡Ah!, porque aquel pueblo no era tonto y conservó un desagüe permanente. ¿Ves aquel río allí, a la derecha? y me señaló uno de buen tamaño que serpenteaba por el llano a unas cuatro millas de nosotros. Pues ése es el desagüe, y atraviesa la montaña por donde pasa el canal, que al principio sin duda conducía el agua, pero que luego los hombres aquellos dejaron libre para utilizarlo como un camino.

- ¿Y no se puede entrar en la gran montaña por ninguna otra parte más que por donde sale el canal? - pregunté.

-Otro paso existe para la gente a pie y para el ganado, aunque es muy expuesto, pero es un paso secreto que pudieras estar buscando sin encontrarlo por espacio de un año. No se utiliza más que una vez al año para dar entrada al ganado que come en las faldas de la montaña y en esta llanura.

- ¿Y ELLA habita siempre ahí, o sale algunas veces?

-No, hijo mío; ELLA está siempre donde está... -fue la respuesta.

Nos encontrábamos ya en plena llanura y yo examinaba encantado la variada hermosura de sus árboles y flores casi tropicales; aquéllos crecían aislados o, a lo más, en grupos de tres o cuatro, siendo algunos de muy gran tamaño, aparentemente de una variedad de roble de hojas perennes. También había palmeras, algunas de más de cien pies de altura, y los helechos arborescentes más bellos que hasta entonces había visto, alrededor de las cuales revoloteaban muchísimos pájaros, moscas de reflejos metálicos y mariposas de grandes alas y mil calores. Vagando entre los árboles, o tendidos sobre la alta y suave hierba, se notaba toda clase de caza, desde el rinoceronte en escala descendente. Vi una gran manada de búfalos, y ciervos (orear canta) cuagas y antílopes, y la más bella variedad de gamos, sin contar

otra caza menor, y tres avestruces que huyeron veloces al vernos, como una polvareda ante el viento. Tanto abundaba la caza que no pude contenerme por más tiempo. Llevaba conmigo en la litera un Winchester de un solo cañón, porque el express era muy pesado, y viendo que un hermoso orcas canoras se restregaba contra un árbol, salté de mi litera y arrastrándome, acerquéme cuando pude a él. Me dejé aproximar como a una distancia de ochenta yardas, cuando volvió la cabeza y se puso a mirarme antes de emprender la carrera. Echéme á la cara el rifle, y apuntándole a la mitad de la paleta, porque me presentaba el costado, disparé. En mi vida había hecho mejor tiro.

El gran gamo dio un salto en el aire y cayó muerto. Los cargadores, que habían hecho alto para contemplar la escena, prorrumpieron en un murmullo de asombro, lo que de parte de esas grandes reservas, que no parecen sorprenderse por ni de nada, era de considerarse como un gran aplauso, y una parte de la escolta corrió a descuartizar la pieza. Yo entonces, por, más que estuviera ardiendo en deseos de verla, volvíme a meter dignamente en mi litera, como si me hubiera pasado la vida matando orcas canna, comprendiendo que había ganado una porción de grados en la estimación de los amajáguers, que parecían achacar a alguna grandísima brujería.

Billali me acogió con mucho entusiasmo.

-Maravilloso es lo que hiciste, ¡Babuino, hijo mío! ¡Maravilloso! ¡Eres, aunque feísimo, un gran hombre! Si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído. ¿Y dices que me vas a enseñar a matar de ese modo?

Ciertamente, padre mío -le repliqué, alegremente cosa muy sencilla - Pero in petto me proponía ponerme detrás de un árbol, o echarme en tierra cuando el viejo Billali comenzase sus lecciones de caza.

Nada ocurrió después de este pequeño incidente hasta una hora y media antes de la puesta del sol, que fue cuando llegamos bajo la sombra de la elevadísima masa volcánica que y a he descrito. Tarea casi imposible es para mí describir su severa grandiosidad, que yo admiraba mientras mis pacientes cargadores avanzaban por el antiguo lecho del canal hacia el lugar en que el murallón obscuro arrancaba del suelo superponiendo sus precipicios hasta hundir en las nubes su corona.

Lo único que puedo decir es que me abrumaba con la intensidad de su grandeza solemne y solitaria. Subiendo, avanzábamos por la cuesta brillantemente asoleada, hasta que la sombra de arriba llegó a apagar su brillantez, y a poco empezamos a andar por una excavación labrada en la roca viva. Hundíase más y más esta obra maravillosa, que debió haber ocupado a miles y miles de hombres durante muchos años, y a la verdad que no he podido comprender cómo pudo haberse hecho sin el auxilio de la pólvora de minas y de la dinamita. Este es uno de los indescifrables misterios que presenta esa tierra salvaje. Únicamente puedo suponer que esas galerías y grandes cavernas labradas en la montaña fueron las empresas públicas del pueblo de Kor, que habitó este país en la época crepuscular de la historia; tal como los monumentos egipcios que fueron ejecutados por la labor forzada de millones de cautivas durante muchos siglos... Más ¿qué pueblo era ése?

Llegamos al fin al mismo frente del paredón o precipicio, y nos encontramos en la entrada de un oscuro túnel que me recordó, naturalmente, los que han construido nuestros ingenieros contemporáneos para las vías férreas del siglo diecinueve. Surgía de este mismo túnel una gran corriente de agua clara. Debo decir que hacía tato que veníamos siguiendo la orilla del río, producido por esta corriente subterránea, y que corría por la misma excavación por donde entramos: parte de la

excavación era un canal, y parte un camino alzado como unos ocho pies quizá de su nivel; pero al comenzar la excavación, el río se separaba siguiendo su lecho propio, que serpenteaba, como dije antes, por el llano. A la boca del túnel hicimos alto, y mientras algunos hombres encendían lámparas de barro que traían consigo, Billali, bajando de su litera, me comunicó cortésmente, aunque con mucha firmeza, que las órdenes de ELLA eran que nos vendasen los ojos para que no pudiéramos descubrir el secreto de los pasajes de las entrañas del monte. Sometíme a ello de buena voluntad; pero a Job, que ya estaba mucho mejor de su fiebre, a pesar del viaje, no le gustó nada la proposición, pues se paso preliminar del suplicio de la vasija. Se consoló un tanto cuando le hice ver que no había por allí ninguna vasija caliente a mano, ni tampoco fuego con qué calentarla. En cuanto al pobre Leo, después de estarse dando vueltas inquietas en su litera durante algunas horas, se había sumido no sé si en un sueño o estupor profundo, y no había necesidad de vendarlo. Las vendas con que nos ataron fuertemente los ojos consistían en unas tiras de ese lienzo amarillenta con que se hacen el traje los amajáguers que deciden vestirse. Después he sabido que ese lienzo se obtenía en las tumbas; no era de manufactura nativa, como creí al principio. Las puntas de las tiras que hacían de vendas nos fueron vueltas a atar hacia adelante, debajo de la barba. También a Ustane la vendaron, quizá por temor de que nos revelara el secreto de los pasadizos. Echamos a andar de nuevo, después de esta operación, y al punto comprendí, por el sonido retumbante de los pasos y el más intenso que hacía la corriente de agua, que penetrábamos en el seno mismo de la gran montaña. Esto de ser llevado con una venda en los ojos por un subterráneo en el seno de un monte se me figuraba, según creo, que era el saber adonde me producía una sensación de raro espanto; pero ya estaba hecho a estas sensaciones y bastante preparado a cualquier otra. Quieto, pues, me estuve en la litera, oyendo el monótono y sordo retumbar de los pasos y el del agua precipitada, tratando de figurarme que me encantaba la situación. Empezaron entonces los cargadores a cantar aquella melancólica canturria que oí la noche que nos capturaron en el ballenero; el efecto producido entonces por sus voces es del todo indescriptible. El ambiente se había ido poniendo gradualmente pesado y espeso, hasta que al fin parecía que me iba a ahogar; pero en esto dió la litera una rápida vuelta, y luego otra, y otra después, y cesé de oír el rumor del agua. Sentí entonces purificarse poco a poco el aire y advertí que las vueltas eran tan continuas, que vendado y todo como estaba, me mareaba.

Traté de formarme de ellas una representación mental, para el caso de que tuviéramos que escapar algún día por esos pasadizos, pero no es necesario que diga que me fue imposible. Así se pasó como una media hora, cuando de pronto tuve la conciencia de que de nuevo nos hallábamos al aire libre. A través de mi venda veía la claridad, y sobre el rostro sentía la frescura del ambiente. La caravana hizo alto al cabo de algunos minutos, y entonces oí que Billali mandaba a Ustane que se quitase la venda y que nos la quitara a nosotros. No quise esperarla, y soltando yo mismo sus nudos me la saqué, y miré.

Como me lo figuraba, habíamos atravesado el monte de parte a parte, y nos hallábamos ahora del lado opuesto, inmediatamente al pie de su rugosa frente. Lo primero que noté fue que su altura por este lado no era tanta como por el otro; había una diferencia como de quinientos pies, lo que probaba que el lecho del lago, o más bien, del vasto y antiguo cráter en que nos hallábamos, era mucho más elevado que la llanura que lo rodeaba. Nos encontrábamos, por lo demás, en una inmensa taza

cercada de rocas parecidas a la del lugar en que habíamos estado durante algunos días, pero diez veces más grande. A la verdad, apenas y se distinguía la recia línea de los peñascos del lado opuesto. Una gran parte de aquel llano así encerrado por la naturaleza, estaba cultivada y dividida en tramos por cercos donde había ganado y cabras encerrados para que no perjudicaran las huertas. Alzábanse acá y allá lomas de pasto y a algunas millas de distancia, hacen el centro de la taza, pude vislumbrar el contorno de colosales ruinas. No pude observar más en aquel momento porque al punto nos vimos rodeados de una multitud de amajáguers, parecidos en todo a los que ya conocíamos, y que se agolpaban silenciosos sobre las literas para mirarnos. De pronto, un gran número de gente armada, bien regimentada, en compañías mandadas por oficiales, que llevaban una varilla de marfil, se adelantó corriendo hacia nosotros. Aquella tropa había brotado del paredón mismo, como las hormigas de sus montículos. Además de la piel de leopardo ceñida a la cintura, llevaba un traje de lienzo. Era la guardia de ELLA.

Su jefe se acercó a Billali y le hizo un saludo tocándose la frente transversalmente con su ebúrnea varilla. Preguntóle después algo que yo no pude oír, y habiéndole contestado nuestro anciano amigo, toda la tropa dió vuelta, marchando a la vera del paredón; nuestra caravana siguió sus huellas. Así anduvimos como media milla y nos detuvimos entonces a la entrada de una cueva gigantesca, que tenía como cincuenta pies de alto por ochenta de ancho. Billali bajo aquí y nos invitó a imitarle a Job y a mí. Leo estaba demasiado enfermo para hacer lo mismo.

Entramos en la cueva, alumbrada entonces en gran trecho por el sol poniente, mientras que después del punto a que llegaba esta claridad, veíase débilmente iluminada una profundidad inmensa, por una doble fila de lámparas, que me hicieron recordar las luces de gas de una calle larga y vacía de Londres. También pude observar que los muros de los costados estaban adornados por bajorrelieves del mismo tipo que había visto en las vasijas: escenas de amor principalmente, episodios de caza, ejecución de criminales, la tortura de la vasija caliente, al rojo blanco, quizá, puesta sobre la cabeza, que demostraba de dónde nuestros huéspedes habían sacado tan amable costumbre. Pocas presentaciones había de batallas, aunque sí bastantes de duelos, o de hombres que luchaban o que corrían, y de esto deduje que este pueblo, por el aislamiento en que vivía o por su mucha fuerza, no estaba sujeto a los ataques de enemigos exteriores. Había también columnas de piedra entre los bajorrelieves de un carácter absolutamente original; por lo menos no eran griegas, ni egipcias, ni asirias, ni hebreas; puedo jurarlo. Más parecían chinescas que otra cosa. Junto a la entrada de la caverna, tanto las inscripciones como los dibujos estaban borrosos, pero más adentro algunos se hallaban en perfecto estado.

El regimiento de guardias se quedó en la entrada de la caverna donde formó para que pasáramos nosotros. Saliónos entonces al encuentro un hombre vestido de blanco, que se inclinó humildemente sin decir una palabra; lo que no tenía nada de extraño porque, según luego supe, era un sordomudo.

Hacia unos veinte pies de la entrada, cruzaba a ambos lados una galería, también labrada en la roca, en ángulos rectos con la caverna principal. Llegamos a una habitación, en cuya entrada colgaba una cortina hecha de material herbáceo, parecido al de las esteras de Zanzíbar; alzóla el mudo haciendo una nueva reverencia y nos guió a un cuarto de muy buen tamaño, para mi delicia, por medio de un tragaluz que daba al principio. En este cuarto habia una cama de piedra, vasijas para

lavarse, llenas de agua, y pieles de leopardo, admirablemente curtidas, que servían de mantas.

Aquí dejamos a Leo, que dormía pesadamente, y con él se quedó Ustane. Noté que el mudo la miró de un modo muy raro, como diciendo: "¿quién eres tú y por qué vienes aquí?, pero luego nos condujo a otra habitación igual, que tomó Job para sí, y luego a otras dos donde nos acomodamos, respectivamente, Billali y yo.

CAPITULO XII

" ELLA "

LO primero que hicimos Job y yo, después de ver a Leo, fue lavarnos bien y ponernos ropa limpia, pues no habíamos cambiado las que usábamos desde la pérdida del dhow. Afortunadamente, como ya creo haberlo dicho, la mayor parte de nuestro equipaje personal había sido transbordado al ballenero, por lo que pudimos salvarlo, y luego nos fue traído adonde estábamos por los hombres de Billali; pero se habían ido a pique todas las mercancías que traíamos para negociar con los naturales del país y para regalarlas. Casi toda nuestra ropa estaba hecha de una franela gris muy fuerte y compacta, que resultó excelente para viajar por estos lugares, pues aunque una blusa de Norfolk, la camisa y los pantalones no pesan juntos más que cuatro libras, lo que tiene mucha importancia para el que la lleva, ofrecía la necesaria resistencia a los rayos del sol, y más que nada, nos abrigaba contra los resfríos, que son tan desagradables y nacen de los cambios bruscos de temperatura. No me olvidaré jamás del placer que entonces experimenté, al lavarme, fregarme y ponerme la ropa limpia. Lo único que eché de menos para completar mi dicha fue el jabón, que no teníamos. Descubrí luego que los amajáguers, que no cuentan el desaseo entre sus muchos defectos, usan una especie de tierra quemada para lavarse, la cual, aunque al principio es muy desagradable al tacto, substituye al jabón cuando uno se ha acostumbrado a ella.

Después que me hube vestido y arreglado la negra barba, cuya anterior condición desgreñada justificaba el apodo de babuino que me había dado el viejo amigo, empecé a sentir un hambre atroz. Así es que no me disgustó por cierto cuando, sin anuncio previo ni rumor de ninguna especie, la cortina de mi habitación se alzó, y presentándose a la entrada una muchacha muda me anunció por inequívocas señas, esto es, abriendo la boca y apuntándosela particularmente con los dedos unidos, que se trataba de comer alguna cosa.

Seguíla, pues, a la habitación siguiente, y en ella me encontré a Job, que también había sido conducido allí por otra linda joven muda, para gran confusión suya. Job no se había recobrado aún de las emociones de la declaración amorosa que le había hecho la jamona de marras, y sospechaba de todas las mujeres que se le acercaban.

-Tienen estas mozas una manera de mirar a las gentes - solía decir para sincerarse-, que no me atrevo a calificar de decente, míster Holly...

Esta nueva habitación era de doble tamaño que las que servían de dormitorio, y desde luego vi que había sido destinada a refectorio por los que la labraron, y también de taller de embalsamamiento, porque debo decir, o repetir, que estas cavernas artificiales no eran ni más ni menos que inmensas catacumbas, en las que se habian conservado por miles de años los restos mortales de la gran raza extinta, cuyos monumentos y reliquias nos rodeaban por todas partes, y con arte tal que no ha sido jamás igualado. A ambos lados de esta habitación rocosa había, dos grandes mesas, labradas en la peña viva, como de tres pies y seis pulgadas de altura, y a la extremidad de cada una había una claraboya para la admisión de la luz y el aire. Pero las mesas no eran precisamente iguales: una de ellas, la de la izquierda, según se entraba, evidentemente no había sido hecha para comer, sino para embalsamar sobre ella los cadáveres. No habla duda sobre esta, porque lo indicaban cinco leves depresiones de la losa, todas conformadas imitando la figura humana, con un lugar señalado para que descansara la cabeza y como una especie de puente para sostener

la nuca; cada depresión de la piedra era de diferente tamaño como para acomodar cuerpos de distinta estatura, desde la de un adulto hasta la de un niño pequeño, y todas tenían agujeros a trechos para que corrieran los líquidos. Pero no había más que mirar los muros para convencerse de la aplicación a que la sala se había destinado. Esculpida allí, todo alrededor de ella, y luciendo tan fresca como el día en que se había acabado de hacer, veíase la representación plástica de la defunción, embalsamamiento y funeral de un viejo de larga barba, un rey quizá, o un elevado personaje del país.

El primer cuadro presentaba su muerte. Yacía sobre un lecho de cuatro cantones de palo curvo, terminados por unas bolas como las notas escritas de la música. Era el momento en que expiraba, sin duda. Veíanse en torno al lecho mujeres y niños que lloraban, las primeras con el pelo suelto sobre la espalda. La segunda escena representaba el embalsamamiento del cuerpo, que yacía desnudo sobre una mesa con depresiones parecidas a las de la que adelante teníamos; quizá fuera la reproducción de la misma mesa. Tres hombres estaban ocupados en la tarea; uno la dirigía, el otro sostenía un largo y fino embudo, cuya extremidad más estrecha estaba inserta en una incisión hecha en el pecho, la gran arteria pectoral, sin duda, y el tercero, en cuclillas, al lado del cadáver, sostenía un jarro en alto y derramaba de él un líquido humeante que caía en el embudo.

El tercer relieve representaba el funeral del mismo difunto. Allí estaba tieso y helado, envuelto en un traje de lienzo y tendido sobre una losa como la que me había servido de cama en la cueva de Billali. Una lámpara ardía a sus pies y otra junto a la cabeza, y todo en torno tenía colocadas varias de las bellas vasijas que describí en otra parte, y que supongo que estarían colmadas de provisiones.

La pequeña cueva estaba llena de dolientes y de músicos que sacaban en una especie de liras, mientras que a los pies del muerto estaba un hombre con una sábana, en disposición de echársela encima.

Desde el punto de vista artístico meramente, estas esculturas eran tan notables que no tengo necesidad de disculparme por haberlas descrito con tanta extensión. Pero para mí valían más que como obras de arte, por representar con tanta claridad los postreros ritos de los muertos conforme los practicaba un pueblo extinguido en absoluto, y aun me figuro ahora la envidia con que oirían dar cuenta de ellos algunos colegas míos anticuarios de Cambridge, si se presenta alguna vez la oportunidad de hacerlo. Dirían probablemente que yo exageraba; por más que cada página de esta historia ha de tener tan hondamente impreso el sello de la veracidad, que excluya toda sospecha de que invento lo que digo. Se notará que no es posible.

Siguiendo con mi relato, diré que apenas hube examinado rápidamente estas esculturas, que creo haber omitido decir qué estaban hechas en bajorrelieve, nos sentamos ante una expelente colación de cabra cocida, leche fresca y galletas de harina, de maíz, todo servido en pulcras bandejas de madera.

Después de comer volvimos a ver cómo seguía el pobre Leo, y Billali nos dijo que iba a ponerse a las órdenes de ELLA. Encontramos a Leo muy mal. El pobre muchacho se había despertado de su letargo y estaba delirando; hablaba de una regata en el Cam, y se tornaba agresivo; cuando entramos en su cuarto, Ustane le estaba sujetando en la cama. Mi voz pareció tranquilizarlo un poco, porque se quedó quieto por un rato y se le pudo dar una dosis de quinina.

Hacía una hora que estaba sentado junto a él, y ya había obscurecido tanto que sólo podía distinguir su cabeza como un reflejo de oro sobre la almohada, que habíamos

hecho de un saco forrado col una manta, cuando de pronto se apareció Billali, y con un gran aire de importancia me informó de que ELLA misma se había dignado expresar su deseo de verme, honor, agregó, que no concede a todo el mundo. Paréceme que el buen viejo se horrorizó al ver la calma con que yo recibía el anuncio de tanto honor, pero la verdad es que no me sentía abrumado de gratitud con la esperanza de contemplar a alguna reina prieta, por absoluta y misteriosa que fuese, y sobre todo entonces, preocupado como estaba por el queridísimo Leo, que empezaba a inquietarme por su gravedad.

Levánteme, empero, para ir con Billali, cuando vi algo que brillaba en el suelo de la piedra, y fui a recogerlo. Recordará, quizá, el lector, que en el cofrecillo de plata habíamos encontrado, con los pergaminos y el fragmento de ánfora, un escarabajo grabado con una redonda, un gran pájaro y otros jeroglíficos, y que el significado de esos caracteres era Stun se Ra, o sea: "Real Hijo del Sol". Pues bien, Leo había hecho colocar este escarabajo, que era muy pequeño, en un sortijón de oro macizo, como los que se usan para sellar con lacre, y ésta era precisamente la cosa que brillaba en el suelo y que yo recogí. Se la había arrancado quizá del dedo en un paroxismo febril y lanzadora contra el suelo; para que no se perdiera me la puse yo mismo en el meñique y dejando a Job y Ustane en el cuarto con Leo, seguí a Billali.

Anduvimos por la galería de nuestras habitaciones; atravesamos la gran nave central de la cueva y pasamos a la parte opuesta donde continuaba la galería, y a cuya entrada estaban parados dos centinelas como dos estatuas. Al pasar nosotros inclinaron la cabeza, y levantando luego las enormes lanzas se las colocaron transversalmente en la frente, como habían hecho los oficiales de las tropas con sus varillas de marfil para recibir a Billali. Encontréme entonces en una galería exactamente igual a la en que en nuestros cuartos estaban del lado opuesto, con la única diferencia de que ésta se hallaba mucho mejor iluminada. A los pocos pasos hallamos cuatro mudos, dos hombres y dos mujeres, que se inclinaron y se pusieron a andar con nosotros, las mujeres adelante y los hombres detrás; de este modo continuamos nuestra procesión, pasando por ante muchas puertas que tenían colgaduras parecidas a las de nuestras habitaciones, y que, según supe después, eran las de los mudos servidores de la reina. Al fin llegamos al fondo de la galería y nos encontramos delante de un marco a cuyos lados había de centinelas dos guardias más, que eran de color amarillo, casi blancos, y estaban vestidos; los cuales se inclinaron también para saludarnos, y levantando los pesados cortinajes que cerraban el paso, nos introdujeron en una gran antecámara como de cuarenta pies cuadrados, en la que se hallaban unas ocho o diez mujeres, jóvenes y bellas en su mayoría, y de claros cabellos, sentadas en almohadones y trabajando con agujas de marfil en una trama puesta sobre bastidores de madera.

También eran todas sordomudas. Al fondo de esta antecámara había otra gran puerta cerrada por colgaduras pesadas que tenían un aspecto oriental, y muy distintas por cierto de las que pendían ante las puertas de nuestras habitaciones. Junto a la puerta, de pie, se hallaban dos muchachas de singular hermosura, con la cabeza inclinada sobre el pecho y cruzados los brazos en actitud de la mayor sumisión. Levantaron las manos simultáneamente e hicieron correr las colgaduras. Entonces Billali hizo una cosa curiosa. Aquel caballero de tan venerable aspecto, porque Billali era un caballero en el fondo, se dejó caer sobre sus rodillas y sus manos en el suelo, y en esta indigna postura, con la barba barriendo el piso, empezó a gatear en

dirección al siguiente aposento. Yo le seguía andando por mis pies como de costumbre. Mirando sobre su hombro él lo notó y me dijo angustiado en voz baja:
- Prostérnate, hijo mío..., ¡prostérnate, Babuino!... ¡Entramos a la presencia de ELLA, y si no te humillas te va a fulminar ahí mismo!...
Yo me detuve un poco, grandemente impresionado de súbito, y a la verdad que sentí que mis rodillas se doblaban por sí solas. Poco después vino la reflexión en mi auxilio... Yo era inglés, ¿y por qué, me interrogué a mí mismo, habría de arrastrarme ante una mujer salvaje cual si fuera un mono de hecho como de nombre?... No quería ni podía hacerlo, mientras que no dependiese de ello absolutamente mi existencia.
Si una vez me arrastraba sobre las rodillas, tendría siempre que hacerlo, y esto sería una señal manifiesta y voluntaria de inferioridad. Y así fue que, sostenido por una preocupación insular en contra del kotoage[9], preocupación que, como otras tantas de los ingleses, está fundada en una gran cantidad de sentido práctico y común, arrogantemente tieso seguí detrás del humillado Billali. Pasamos a otro salón mucho menor que la antecámara, y cuyos muros estaban cubiertos por tapices tan brillantes como los de la entrada, que según supe más tarde eran obra de las mudas que trabajaban en los bastidores. En aquel lugar vi una porción de asientos hechos de una hermosa madera negra de la especie del ébano, incrustados de marfil, y todo el piso estaba también cubierto de alfombras, o más bien de paños felpudos. Al fondo de esta habitación había una especie de camarín todo cubierto también de tapices, en el cual lucían ciertos resplandores. Estábamos completamente solos.
Lenta y trabajosamente avanzaba Billali arrastrándose por aquella habitación, y yo le seguía tratando de asumir la más digna postura de que era capaz. Mas comprendí desde luego que me malograba la pretensión, y ante todo ¿dígaseme si es posible aparecer digno cuando hay que ir por detrás de un viejo que va arrastrándose sobre el vientre como una culebra, y cuando para moverse uno con la lentitud debida ha de mantener a cada paso la pierna suspendida en el aire por algunos segundos, o he de avanzar con enfáticas paradas, como hace en el teatro María Estuardo al dirigirse al cadalso?... Billali no era un gran Bateador, sus años quizá se lo impedían, y tardábamos demasiado en nuestra marcha por el cuarto. Inmediatamente detrás de él iba yo, y varias veces me acometieron irresistibles deseos de ayudarlo a moverse con un buen puntapié. Era tan absurda la idea de adelantarse uno a la presencia de una salvaje majestad en la guisa de un irlandés que lleva un puerco al mercado, porque en realidad eso parecíamos, y al ocurrírseme esta idea, casi suelto allí mismo la carcajada. Tuve que dominar mi peligrosa tendencia a la burla inoportuna, apelando al vulgar procedimiento de sonarme la nariz; lo que llenó de horror al viejo, que mirándome por encima de su hombro con aspecto aterrado, murmuró:
- ¡Ay!... ¡Mísero Babuino!
Llegamos por fin a las cortinas del camarín. Billali se aplastó entonces del todo, extendiendo los brazos hacia adelante como si estuviera muerto, y yo, sin saber qué hacer, me puse a mirar todo alrededor Mas entonces sentí que alguien me estaba mirando por detrás de la colgadura. Yo no podía ver quién fuese, pero sentía evidentemente la mirada, y más aún, sentía que me producía en los nervios un efecto rarísimo. Estaba asustado sin saber por qué. El lugar aquél era bien raro, en efecto, a pesar de su rica tapicería y del suave resplandor de las lámparas, y a la verdad que estos accesorios parecían aumentar su soledad, por la misma razón que una calle

[9] Koto, ceremonia china que consiste en postrarse en el suelo en señal de reverencia.

alumbrada durante la noche parece más solitaria que otra que está a obscuras. Profundo silencio reinaba. Billali no se movía en su postura delante de las cortinas cerradas, de entre las cuales brotaban como ondas de un perfume extraño, que parecían subir a perderse en la obscuridad de la bóveda de arriba. Pasaban los minutos y la cortina no se movía, ni se oían otros rumores de vida; pero en tanto sentía yo que me atravesaba, la mirada fija de un ser desconocido, llenándome de un terror profundo y condensándome el sudor en gotas sobre la frente.

Al fin noté algún movimiento en las colgaduras... ¿Quién se hallaría detrás de ella?... ¿Alguna reina salvaje desnuda?... ¿Alguna beldad oriental y lánguida?... ¿0 alguna joven señora civilizada tomando té?... No tenía la más pequeña idea de quién pudiera ser, y no me hubiera asombrado de ver a cualquiera de las tres clases de mujeres que he mentado. Ya había pasado yo de los límites del asombro. Agitóse un poco la colgadura, y surgió de entre sus pliegues una mano bellísima y blanca, blanca como la nieve, de afilados y largos dedos, rematados en róseas uñas. La mano sujetó un borde de la colgadura y la corrió a un lado, y al mismo tiempo escuché la voz más suave y argentina que en mi vida oí, que me recordaba el murmullo de un arroyuelo, y que me dijo en un árabe purísimo, clásico, bien distinto al dialecto de los amajáguers:

- ¿Por qué, extranjero, te embarga tanto el temor?...

Quedéme bastante sorprendido al oír esta Pregunta, yo que, a pesar de mis terrores internos, me figuraba haberlos disimulado conservando la impasibilidad del rostro. Antes de que hubiera podido pensar mi respuesta, corrióse del todo la cortina, y contemplé ante mí una alta figura. Y digo una figura, porque no sólo el cuerpo, sino también la cara y la cabeza estaban envueltas en un género blanco y suave como una fuerte gasa, y de tal modo, que a primera vista me hizo recordar un cadáver cubierto por el sudario. No sé, a la verdad, por qué pudo ocurrírseme esta aproximación de ideas, pues que los pliegues de su vestidura eran tan tenues que a su través vislumbraba el color rosado de la carne que ceñían.

Supongo que la sugestión se debió a la manera en que estaba embozada en sus ropas, ya por casualidad o quizá de intento. Ice todos modos, sentíme más asustado que nunca ante esta aparición tan fantástica, y comenzó a erizárseme el cabello al empezar a comprender que me hallaba en presencia de algo que no era normal.

La figura envuelta como una momia que ante mí tenia era la de una alta y adorable mujer; Llena, penetrada, mejor dicho, absolutamente de la belleza, y dotada también de cierta gracia serpentina que no había yo antes conocido nunca. Cuando movía un pie o la mano, toda su forma ondulaba, y no se doblaba su cuello sino que se curvaba.

- ¿Por qué te asustas tanto, extranjero? - preguntó de nuevo su dulcísima voz, que parecía arrobarme el corazón en el pecho, como el son de una música muy suave.

¿Hay algo en mí que pueda infundir espanto a un hombre?... ¡Entonces los hombres han cambiado!... - Y se volvió un poco, con cierta gracia maliciosa, y alzó un brazo como para mostrar todo el encanto de su cuerpo, y su riquísima cabellera, negra como las alas del cuervo, que en suaves rizos bajaba sobre la nevada vestidura casi hasta sus pies, calzados de sandalias.

- ¡Tu belleza, ¡oh reina!, es lo que me asusta!... respondí entonces humildemente, casi sin saber lo que decía, y paréceme que al mismo tiempo oí a Billali, tendido boca abajo a mis pies:

- ¡Bien, Babuino mío, bien!

-Noto que los hombres aun saben deslumbrarnos a nosotras las mujeres con palabras falsas... ¡Ay, extranjero! - exclamó con una risa que me pareció resonar como distantes campanillas de plata -. Estabas atemorizado porque mis ojos te escudriñaban el corazón...; por eso estabas asustado. Más soy mujer y te perdono la mentira porque la pronunciaste cortésmente... Dime, ahora, por qué has venido a esta tierra de los que habitan en cavernas..., tierra de pantanos y cosas malas, y de sombras tristísimas de los difuntos. ¿Qué has venido a buscar? ¿Cómo es que tan poco apreciáis la vida, que venís los tres a colocarla en el hueco de la mano de Hiya, en la mano de Quien debe ser obedecida?... Dime también, ¿cómo has llegado a aprender la lengua que yo hablo?...

Es una lengua antigua; ¿dura aún en el mundo?... Ya ves que habito en las cavernas entre los muertos, y que nada sé de las cosas de los hombres, ni tampoco he procurado saberlas... He vivido, ¡oh, extranjero!, con mis memorias, y mis memorias están enterradas en un sepulcro que mis propias manos han labrado; porque se ha dicho con verdad que el hijo del hijo del hombre es el que torna malo su propio camino.

Quedó vibrando su voz en una nota tan suave como la de un ave cantora del bosque.

Al bajar la vista vio la figura de Billali extendida en el suelo, y pareció recordarse de él.

- ¿Estás aún ahí, buen viejo?... Di, ¿cómo es que se ha desordenado tu hogar?... ¡Hola! ¿Conque parece que éstos, mis huéspedes, fueron atacados?... Sí, y que uno estuvo a punto de morir por la vasija ardiente para ser devorado por esas bestias, hijos tuyos, y que si los demás no se baten valerosamente también hubieran sido muertos, y ni siquiera yo habría podido devolverles la vida arrancada de sus cuerpos... ¿Qué significa esto, anciano?... ¿Qué tienes tú que decir para que no te entregue a los que ejecutan mis venganzas?...

Su voz se había alzado por la cólera, y resonaba clara y fría entre aquellos muros. También me parecía ver los rayos que sus ojos despedían tras de las gasas que los cubrían y vi que el pobre Billali, que me había parecido siempre un hombre muy valeroso, estaba estremeciéndose de terror al oír sus palabras.

- ¡Oh, Hiya! - dijo, sin alzar del suelo su cabeza blanca-. ¡Oh ELLA!, sé tan piadosa: como eres grande; ¡porque ahora como siempre no soy más que esclavo que obedece!... No fue por causa o por descuido mío... ¡ah, ELLA! Fue la culpa de esos malvados que se llaman hijos míos... Azuzados por una mujer que tu huésped el Puerco había desdeñado, quisieron seguir la antigua costumbre de la tierra y comerse al gordo extranjero negro que vino con éstos tus huéspedes, el Babuino que está presente y el León que está enfermo, sabiendo que di no habrías dicho nada respecto al negro. Pero cuando el Babuino y el León vieron lo que querían hacer, mataron a la mujer, y también a su criado, para salvarlo del tormento de la vasija. Entonces aquellos malvados, sí, los hijos de El Malvado que habita aquella caverna, se arrastraron con la sed de la sangre, y saltaron a las gargantas del León, del Babuino y del Puerco. Mas ellos se defendieron bizarramente... ¡Oh, Hiya!, se batieron como verdaderos hombres, matando a muchos, sosteniéndose hasta que yo acudí y los salvé, y a los malvados los he hecho conducir aquí para que los juzgue tu grandeza ¡oh, ELLA!, y aquí están...

-Sí, anciano, lo sé; y mañana asistiré a la gran sala para juzgarlos; pierde cuidado: A ti te perdono, aunque con trabajo. Cuida mejor de tu hogar en lo sucesivo... ¡Vete!

Billali se alzó sobre sus rodillas con grandísima alegría, dobló tres veces la cabeza barriendo el suelo con la barba, y a gatas atravesó retrocediendo la habitación hasta que lo escondieren las cortinas, dejándome solo, y bien alarmado por cierto, con aquella persona tan terrible, pero también tan fascinante.

CAPITULO XIII
AYESHA SE DESCUBRE

-YA se ha marchado el necio de la blanca barba... ¡Ah! ¡Cuán poca sabiduría adquiere un hombre durante su vida!... La recoge como el agua, pero así también se le escurre entre los dedos, y cuando tiene las manos húmedas cual de rocío, las generaciones de tontos claman: ¡Ved, es un sabio!... ¿No es así? ¿Mas, cómo te llamas?... Babuino te dice él -y se rió-. Así acostumbran esos salvajes que carecen de imaginación, y acuden a las bestias, a que se asemejan, para dar un nombre. ¿En tu propia tierra cómo te llaman, extranjero?

-Holly me llaman, ¡oh reina!

- ¿Holly?... -repitió ELLA pronunciando con dificultad la palabra, aunque con delicioso acento -. ¿Qué quiere decir Holly?

-Holly es un árbol espinoso.

- ¡Muy bien!... Tienes un aspecto espinoso y de árbol, en verdad. Eres fuerte y feo; mas si no me engaña mi saber, eres honrado hasta la medula, un cayado de confianza para apoyarse... También eres alguien que piensa... Más, ¡ay, Holly! ¡Que estás ahí de pie!... Entra conmigo y siéntate a mi lado. No quisiera verte arrastrándote ante mí, como esos esclavos. Fastidiada estoy de su adoración y de su terror. A veces, cuando me estorban un poco, anonadaría a la mitad de ellos por puro gusto de ver a los demás palidecer espantados en el alma...

Y ELLA entonces alzó la cortina un poco con su mano de marfil para dejarme pasar.

Estremeciéndome, entré. Era demasiado terrible esa mujer. El camarín, colgado en parte de tapicerías, era un ensanche de mina cuadrado, de doce pies de largo, en el que había un canapé y una mesa, sobre la cual vi frutas y agua clara. También vi allí, en un ángulo, un vaso de piedra labrada, como una pila, lleno asimismo de agua pura. El sitio estaba iluminado por lámparas formadas de las bellas vasijas de que he hablado, y el ambiente y los tapices impregnados de un sutil aroma, que también parecía emanar de la hermosa cabellera, de las albas y ceñidas vestiduras y de ELLA mismo. Al entrar, me paré indeciso.

-Siéntate -dijo señalándome el canapé-. No tienes por ahora motivos para temerme. Si los tuvieras, no me temerías largo espacio, porque te mataría... Tranquiliza tu corazón, a Árbol o arbusto del género Ilex (I, aquifobum, acebo.)

Sentéme entonces en el extremo del canapé que estaba junto ala pila, y ELLA se dejó caer suavemente del otro lado; apoyándose contra sus cojines.

-Ahora, Holly, dime cómo llegaste a hablar el árabe. Es mi propia adorada lengua, porque árabe soy yo de nacimiento. No lo hablas, empero, cual nosotros solíamos. Algunas palabras parecen cambiadas, como hacen esos hombres, los amajáguers, que han degradado y corrompido su pureza hasta el punto de que para hablarles he de usar otro idioma.

-Estudié la lengua durante muchos años - respondí -, y se habla aún en Egipto y en otras partes.

- ¡Conque aun se habla, y existe el Egipto!... ¿Y qué faraón ocupa su trono?... ¿Algún descendiente del persa Ochus?... ¿O es que ya los Aqueménidas no existen?...

- ¡Hará cerca de dos mil años que los persas salieron del Egipto, y desde entonces los Ptolomeo, los romanos y otros muchos han florecido y dominado sobre el Nilo y

han caído cuando les llegó su hora! - exclamé espantado -. Qué puedes tú saber del persa Artajerjes?...

Rióse sin contestarme y por mi cuerpo corrió un escalofrío.

- ¿Grecia? - continuó -. ¿Existe aún una Grecia?... ¡Ah! ¡Yo amaba a los griegos!... ¡Eran hermosos como el sol e inteligentes, pero orgullosos y tercos!...

-Sí, la Grecia existe aún, y ahora precisamente acaba de constituirse de nuevo como nación. Pero los griegos de hogaño no son como los de antes, y la misma Grecia de hoy no es más que un remedo irrisorio de la antigua.

- ¡Conque así es!... ¿Y los hebreos?... ¿Ocupan aún a Jerusalén?... ¿Mantiénese aún el templo que edificó el sabio rey?... ¿Aquel su Mesías, de que tanto hablaban, vino ya, y reina quizá en la tierra?...

- Los judíos fueron desbaratados, su nación desapareció, y los fragmentos de ella se encuentran dispersos por el mundo, y ya Jerusalén no existe... En cuanto al templa que erigió Herodes...

-Herodes?... ¡No le conozco! Mas, no importa, continúa.

-Los romanos lo incendiaron, y las águilas latinas volaron sobre sus ruinas.

- ¡Conque así fue, así!... ¡Gran pueblo fue ése de Roma, que iba derecho a su objeto!... Sí, hacia su fin volaba como la fatalidad; cual sobre su presa abatíanse sus propias águilas... Más sembraban la paz en pos de sí.

- ¡Solitudinem faciunt, pacen apellant! - dije entonces, a pesar mío.

- ¡Ah, conque también puedes hablar tú la lengua latina! - exclamó sorprendida -. De peregrino modo suena hoy en mis oídos después de tantos días, y paréceme que tu acento no cae en las palabras como lo ponen los romanos... Pero ¿quién ha escrito eso?... No conocía la frase; pero se ajusta bien a ese gran pueblo. Parece que he topado con un hombre instruido..., cuya mano ha sabido mantener en su palma ahuecada el agua de la sabiduría mundana... ¿Hablas también el griego?

-Conozco el griego, ¡oh, reina!, y también el hebreo;

-mas no lo bastante para hablaros. Esas son hoy día lenguas muertas.

Batió ELLA sus manos con infantil placer.

-En verdad que tú eres un árbol feo, pero que produce frutos de sapiencia, ¡oh, Holly! -exclamó -.Pero háblame de esos judíos a quienes yo aborrecía porque me llamaban "gentil" cuando quise enseñarles la filosofía. ¿Vino su Mesías?... ¿Reina en el mundo?

-Su Mesías vino -contesté con veneración-; mas vino pobre y humildemente, y ellos no quisieron reconocerle a El... Azotáronle, y lo crucificaron después sobre un leño; pero aun duran sus palabras, y el ejemplo de sus obras; y en verdad que hay reina El sobre la mitad del mundo, mas no con mundanal imperio...

- ¡Ah, lobos judíos de feroz corazón! - exclamó ELLA

Adoradores de los sentidos, y de muchos dioses..., codiciosos de ganancias, desgarrados por las facciones internos... ¡Paréceme ver aún sus rostros atezados!... ¿Conque crucificaron a su Mesías?... ¡Lo comprendo fácilmente!... ¿Qué les importaba a ellos que fuese un hijo del Espíritu Viviente?..., si es que lo era, y de esto luego hablaremos. ¡Ellos, pueblo escogido, vasija de aquél a quien llamaban Jehová, sí, y también vasija de Baal, y vasija de Astoreth y de los dioses de Egipto! Gente irascible, violenta; ansiosa de cuanto les pudiese dar riqueza y poderío... ¿Conque crucificaron a su Mesías porque se presentó humildemente, y se hallan ahora dispersos por la tierra?... Pues bien, si mal no recuerdo, así se lo predijo uno de sus profetas que les resultaría… ¡Me alegro de su suerte!... ¡Partiéronme el

corazón eso judíos me hicieron que mirara al mundo con torvos ojos!... ¡Ay, sí!..., ellos me arrojaron al desierto este de un pueblo que existía antes que ellos... Me lapidaron cuando quise enseñarles la sapiencia en Jerusalén..., ¡sí, a las puertas mismas del templo, aquellos hipócritas de blanca barba y los rabinos azuzaban al pueblo para que me lapidasen!... - Y, con súbito ademán, alzando la envoltura de gasa de su torneado brazo marcóme una pequeña cicatriz rojiza que se destacaba sobre la blancura de leche del miembro bellísimo.

Hice un movimiento de horror.

- ¡Perdóname, oh, reina! le dije-, mas tú me deslumbras. Cerca de dos mil años han pasado sobre la tierra desde que el Mesías hebreo fue clavado sobre su cruz en el Gólgota, ¿y cómo, pues, pudiste enseñarles tú filosofía a los judíos antes de que El naciera?... Mujer tú eres, que no espíritu. ¿Cómo puede una mujer vivir más de dos edades? ¿Por qué de mí te burlas? ¡Oh, reina!...

ELLA se inclinó entonces más en el canapé y otra vez sentí que sus ocultos ojos se fijaban en mí y me escudriñaban el alma.

- ¡Hombre! - me dijo al fin hablando lentamente - parece que en la tierra hay cosas que tú aun ignoras... ¿Tú crees aún que todas las cosas perecen, como creían aquellos judíos...Yo te digo que nada muere realmente; tal cosa como es la muerte, no existe. Mira - dijo mostrándome algunas esculturas del muro -: tres veces dos mil años han pasado desde que los últimos de la gran raza que esculpió esas figuras cayeron ante el soplo de la peste que los destruyó, y no han muerto, sin embargo... ¡Aun existen ellos!... , quizás sus espíritus nos están contemplando ahora mismo... ¡Algunas veces paréceme que mis ojos los ven!

- ¡Sí; pero para el mundo han muerto!

--Cierto, mas sólo por algún tiempo..., y aun renacen para el mundo, y vuelven a renacer... Yo misma, extranjero, yo, Ayesha..., porque este es mi nombre..., te digo que estoy aguardando que vuelva a nacer uno a quien yo amaba..., y aquí he de aguardar hasta que él vuelva, porque sé que volverá, y que aquí, aquí únicamente, se alegrará de verme... ¿Pues por qué suponías que yo, siendo todopoderosa, más bella que Helena la griega, tanto cantada, y más sabia, sí, diez veces más sabia que Salomón el sabio, que conozco los secretos de la tierra y los tesoros que guarda, y que sé utilizar todas las cosas, yo que por un rato he podido hacerme superior al cambio que vosotros llamáis la muerte..., ¿por qué, dime, extranjero, pensaste tú que podría habitar yo aquí entre bárbaros inferiores aun a las bestias?...

-No lo sé - respondí con humildad.

-Pues es porque yo espero al que amo... Mi vida, quizá, ha sido mala; no lo sé... ¿Quién podría saber lo que es bueno y lo que es malo?... Así es que temo morir, si morir pudiera, que no puedo, para ir en su busca, en cualquier sitio que esté, pues que entre nosotros dos podría haber un muro que no sabría salvar quizá...; al menos, eso temo... Muy fácil sería de-seguro extraviarse en esos grandes espacios por los que los soles giran perdurablemente... Mas ha de llegar un día, quizá cuando hayan pasado otros diez mil años, fundidos y desaparecidos en los silos del Tiempo, como las nubecillas se disuelven en la tiniebla nocturna, en que él renazca, y entonces, esclavo de una ley que es más fuerte aun que todo propósito del hombre, vendrá a buscarme aquí y su corazón se ablandará por mí, por más que contra él yo haya pecado; ¡ah, sí!, por más que él no me reconozca, ¡tendrá que amarme, aunque mas no fuera que por mi belleza!...

Me quedé abrumado, mudo de asombro; las nociones que me sugería eran demasiado potentes para que las prendiese mi intelecto.

-Mas, ¡oh, reina!, aunque así sea - dije al fin -, si han de renacer y renacer los hombres, tú no estás sujeta a esta ley siendo cierto lo que dices..., verdad... - Penetróme otra vez su mirada oculta- Puesto que tú no has muerto nunca -dije concluyendo rápidamente la expresión de mi duda.

-Así es - contestó -, porque yo, tanto por mi saber como por casualidad, he descubierto uno de los grandes secretos del mundo. Dime, extranjero, si la vida existe, ¿por qué no ha de ser prolongada por cierto tiempo?... ¿Qué son diez, veinte o cincuenta mil años?..., ¿qué son, si en diez mil años apenas sirven la lluvia y las tempestades para disminuir de una cuarta la altura de la cima de un monte? En dos mil años estas cavernas no han variado nada; nada ha variado más que las bestias y el hombre, que es como las bestias. Si pudieras comprenderlo, verías que esto nada tiene de particular. Cosa asombrosa es la vida, cierto; mas no lo es que pueda prolongarse algún tanto. La naturaleza tiene su espíritu anímico, como el hombre, que es su hijo; y el que descubrir pueda ese espíritu y se deje alentar por él, vivirá la vida de ella. No vivirá eternamente, porque la naturaleza no es eterna, y también ella morirá, así como ha muerto la naturaleza de la luna. También la de la tierra morirá, o mejor dicho, variará, para dormir en tanto que le llegue de nuevo el turno del renacimiento. ¿Mas cuándo morirá?... Calculo que no ha de ser aún, y mientras viva, con ella vivirá también el que posea todo su secreto. Todo el secreto no lo poseo yo; empero alguna parte conozco, más que ninguno de los que me precedieron. No dudo que para ti estas cosas sean un gran misterio, y por tanto, no te abrumaré con su grandeza ahora. Otra vez te diré más sobre ese asunto. ¿Te admiras de que yo supiera que ibais a venir y que pudiera salvar vuestras cabezas de la vasija calentada al rojo?

- ¡Oh, reina, sí!

-Pues contempla esa agua -. Señalóme la pila, e inclinándose entonces sobre ella, puso por encima su mano.

Me levanté y miré. El agua se enturbió de repente, aclaróse luego, y vi, tan claro como lo más claro que en mi vida he visto; vi, digo, nuestro ballenero en el horrible canal; a Leo acostado en el fondo con un abrigo echado por encima para cubrirse de los mosquitos, de tal modo que no se le veía la cara, y a Job, a Mahomet y a, mí mismo, tirando del bote sobre el camino de sirga.

Salté hacia atrás lleno de asombro, clamando que aquello era mágico, porque reconocí la escena, tal como realmente había ocurrido.

-No, oh, Holly - respondióme ella -; no es hazaña mágica ni hay talcosa; la magia no es más que una ficción de la ignorancia. Basta conocer los arcanos de la naturaleza. Mi espejo es este; en el veo lo que pasa cuando quiero evocar la representación, lo que no hago a menudo. En esa agua puedo mostrarte lo que tú quieras, de lo pasado si se refiere a este país, o a algo que he conocido, o cualquier cosa que tú quieras. Piensa en una cara, en el que te parezca, y lo verás reflejado de tu mente en el cristal del agua. No conozco aun ese secreto por entero, no puedo saber nada de lo porvenir; mas es viejo, y yo no lo he descubierto. Los magos de Egipto y de Arabia conociéronlo hace siglos. Así fue que un día se me ocurrió pensaren este antiguo canal, por el que pasé hace unos veinte siglos, y quise verlo de nuevo. Y miré, ahí, y vi el bote y tres hombres que andaban tirándolo, y uno, cuyo rostro no pude ver, pero que era un joven de hermosas formas, que yacía durmiendo

dentro. Entonces di una orden y os salvé. Y ahora adiós... Más no, aguarda... Cuéntame de ese joven..., del León, como le llama el viejo. Quisiera verlo, pero está enfermo, me han dicho... Tiene la fiebre del pantano y está, además, herido de resultas de la riña.

-Está muy enfermo - respondí entristecido -. ¡Tú que tanto sabes!, ¡oh, reina!, ¿no querrás curarlo?...

-Es claro que puedo... ¿Más por qué hablas con tanta pena? ¿Amas mucho a ese joven? ¿Es tu hijo quizá?...

-Es mi hijo adoptivo, ¡oh, reina!... ¿Debo traértelo a tu presencia?

-No... ¿Cuánto hace que tiene fiebre?

-Tres días.

-Bueno deja pasar otro día. Quizá pueda librarse él mismo de ella por su propio vigor. Más vale esto que mi cura, mi medicina es de tal suerte que conmueve la vida dentro de su propia ciudadela. Sin embargo, si mañana en la noche, a la hora misma en que la fiebre lo atacó por primera vez, no empezase su mejoría, entonces yo iré a verlo y lo curaré.... Aguarda, ¿quién lo asiste?

-Nuestro servidor blanco, el que Billali llama el Puerco, y también -agregué titubeando un poco una mujer la amada Ustane, una mujer muy hermosa de este país, que se adelantó a besarlo apenas lo vio, y que no se ha apartado de él desde entonces, conforme a la costumbre de tu pueblo, ¡oh, reina!...

- ¡Mi pueblo!... No me hables más de mi pueblo me dijo vivamente -. ¡Esos esclavos no son mi pueblo!, no son más que perros que me obedecen hasta que llegue el día de mi redención, y en cuanto a sus costumbres; nada me importan... Tampoco me llames reina; hastiada estoy de títulos y de lisonjas; llámame Ayesha; este nombre me resuena dulcemente en el oído; es un eco del pasado... A esa Ustane no la conozco... Será la que mi clarividencia me advirtió para que me guardase de ella, y que yo también amenacé... ¡Aguarda, voy a ver!... - e inclinándose, pasó la mano por la pila de agua y observó con atención... -Mira tú -me dijo entonces tranquilamente-. ¿Es ésa Ustane?...

- ¡Es ella!... - murmuré, porque el asombro ante aquel hecho inusitado me embargaba de nuevo -. Está contemplando a Leo, que duerme.

- ¡Leo!... - dijo ELLA como hablándose a sí misma-. Esta palabra quiere decir león en lengua latina. El viejo acertó bien una vez... ¡Es cosa rara!... Será que..., ¡pero no es posible! Y con un gesto impaciente pasó de nuevo la mano sobre el agua, que se obscureció, disipándose de ella la imagen con tanto misterio y silencio como cuando se formó, y las luces de las lámparas únicamente se reflejaron en la superficie de aquel líquido y animado espejo.

- ¿No tienes nada que pedirme antes de marcharte, Holly? - Preguntóme después de meditar un rato -. Mala vida habrás de pasar aquí, porque estas gentes son salvajes y no conocen las necesidades de los hombres cultos. No es que yo viva muy, mal, porque, he ahí mi alimento, añadió señalando la fruta de encima de la mesita -; nada más que frutas y un poco de agua tocan mis labios. He ordenado a mis muchachas que te sirvan. Son mudas, ya lo has visto, y las mejores sirvientes, por tanto, para los que puedan leer en sus caras y sus signos. Así las hice yo, y me ha costado esto algunos siglos y bastante trabajo, mas he tenido buen resultado al fin. Antes lo había obtenido también, pero la raza era muy fea y concluí con ella; ya has visto que no lo son ahora. En otra ocasión también creé una raza de gigantes; pero la naturaleza, tras algún rato, no quiso sufrirla más y se extinguió... ¿Quieres pedirme algo?

- ¡Ah... sí, Ayesha, una sola cosa!... - repliqué audazmente, aunque no sintiera tanto valor en mis adentros como quise fingirlo...-. Quisiera contemplarte el ¡rostro! Soltó ella entonces una argentina risa.

- ¡Piensa en lo que dices, Holly, piensa en lo que dices!... Di, tú que pareces enterado de los antiguos mitos de los dioses griegos: no fue un tal Acteón el que mísero pereció por contemplar una beldad inefable Si yo te muestro mi cara quizá perezcas también de tan lastimosa manera...; quizá te devoren el corazón los impotentes deseos; porque has de saber que yo no soy para ti; no soy para ningún hombre, excepto uno... Uno que existió y que no existe aún...

- ¡Como quieras, Ayesha! Más no temo tu belleza... He apartado ya mi corazón de esa vanidad de la femenil hermosura, que se marchita como las flores.

- ¡Ah, no! Te equivocas... La belleza no se marchita. La mía perdura como perduro yo. Ya que lo deseas, hombre terco, hágase tu voluntad... Mas no me culpes luego si la pasión cabalga sobre tu juicio, como sobre los potros el domador egipcio, y te conduce adonde tú no lo desees... Jamás podrá el hombre que haya contemplado mi belleza desnuda apartarla después de su mente... Así es que yo ando velada aun entre esos salvajes, para que no me estorben y tenga luego que matarlos... Di, ¿quieres verme?

- ¡Sí, quiero! - exclamé dominado por la curiosidad.

Alzó entonces sus brazos tan blancos, nunca había concebido brazos, como aquéllos, y lenta, muy lentamente, desató algunos nudos de su rebozo bajo la cabellera, por la nuca... y de súbito cayeron las largas bandas de la sepulcral vestidura que la envolvía, y la mirada mía se puso a recorrer de abajo arriba sus formas traslúcidas ya de una estrecha veste albísima, lo que realzaba su perfecto contorno; todo su cuerpo animado por algo que era más que vida, dotado de una gracia infinita, como de sierpe ondulante, que era gracia sobrehumana.

Ceñían sus piececillos sandalias encarnadas sujetas con botones dobles de oro; sus talones eran más perfectos aun que todos los que han soñado los escultores. Sobre su talle, la blanca y breve túnica se sostenía por una sierpe de oro macizo de dos cabezas, y las dulcísimas formas se ampliaban encima de ese cinto con puras y adorables líneas hasta el punto en que la túnica concluía sobre la nevada plata de su seno, por encima del cual doblábanse sus brazos...

Miré entonces su rostro, y... ¡juro, por Dios que no exagero!..., salté atrás, cegado, lleno de asombro. Hasta aquel día había oído hablar de la beldad divina; ¡mas entonces la vi!... Sólo que esta beldad, con toda su inmensa pureza y gracia, era tremebunda y de mal... Hirióme a mí, al menos, como un mal entonces.

¡Cómo la describiré!... No puedo... De una vez diré que no puedo describirla. No existe el hombre cuya pluma pueda hacer concebir la idea de lo que yo vi. Podría hablar de los grandes ojos profundamente negros, dulcísimos, cambiantes; de la tez animada, de la frente amplia, noble, por donde eran los cabellos cortos; de las demás facciones rectas y delicadas. Más por bellas, por excesivamente bellas que fueran, el encanto que irradiaban no residía en ellas mismas. Más bien se hallaba, si es posible decir que residía en parte alguna determinada, en una majestad visible, en una imperiosa gracia, en una impresión divina de atenuado poderío que emanaba de aquella fisonomía radiante para formarle como un nimbo viviente.

Hasta aquel momento no había podido concebir nunca cómo podría ser la belleza irreal y viéndola allí, empero, comprendía que era sombríamente sublime; gloria que no era celeste; por más que yo veía que era el de una mujer joven muy sana, en la

primera explosión de su florecimiento; había en ello la expresión de una experiencia inefable, de una honda intimidad con -las pasiones y el dolor. Ni aun la adorable sonrisa que se deslizaba de los hoyuelos de su boca, podía disimular esa sombra del pecado y de la tristeza. Hasta en la lumbre flotaba de los ojos fulgurantes, y palpitaba en la majestad de su aspecto, y parecían decir: - "Contémplame, más adorable que mujer ninguna ni viva ni muerta ya, inmortal, casi divina. Mas la memoria me persigue a través de las edades, y la pasión me lleva de la mano. En el crimen incurrí, y con la tristeza he sido íntima en los siglos que he vivido, y seguiré haciendo el mal y conociendo la tristeza en los tiempos futuros hasta que se verifique mi redención".

Atraída por no sé qué magnética potencia que no pude contrarrestar, fijóse mi mirada en sus ojos, y sentí que de ellos brotaba una corriente que casi me deslumbró y me cegó.

Rióse..., ¡ay!, y cuán musicalmente..., y movió su cabecita con sublime coquetería, digna de Venus Victrix.

- ¡Hombre terco! -dijo-. Como Acteón obtuviste lo que deseabas, pero cuida ahora de que, como él, no perezcas lastimosamente destrozado por la rabiosa jauría de tus pasiones. Yo también, ¡oh, Holly!, soy una deidad virgen y nadie habrá de conmoverme, más que uno solo... y ése no eres tú. Responde, ¿me has contemplado ya?...,

- ¡Contemplé a la Belleza y me cegó! - exclamé roncamente, y me cubrí los ojos con la mano.

- ¡Así es!, yo te lo dije... La belleza es como el rayo, adorable, más destructora..., para los árboles, sobre todo, Holly...

Calló de pronto, y entre mis dedos vi hacerse un tremendo cambio en sus facciones. Clavábanse sus grandes ojos en mi mano con una expresión de horror que parecía batallar con cierta esperanza atroz que brotaba de la profundidad de su alma sombría. Rígida tornóse la bellísima cara, así como su cuerpo ondulante lleno de gracia, que se había inclinado antes como un sauce. Echó hacia atrás la cabeza como la sierpe al herir, y me dijo, con voz que parecía un silbido, muy bajo:

- ¡Extranjero! ¿Dónde obtuviste ese escarabajo que luces en tu dedo? Habla pronto, ¡hombre! ¡O por el mismo Espíritu de la Vida que voy a fulminarte ahí donde estás parado!...

Y dió un pequeño paso hacia mí, y de sus ojos salieron unos espantosos resplandores, que me parecieron llamas... Caí desplomado en el suelo ante ella, balbuciendo en mi terror confusamente palabras bárbaras sin sentido.

-He ahí, Holly, que te he asustado... -dijo entonces cambiando súbitamente de ademán y hablando con su suave voz de antes-. Perdóname por ello... Mas, a veces, ¡oh, Holly!, la mente casi infinita se desespera de la lentitud de lo que es tan finito, y de pura mortificación, tentada me encuentro a utilizar mi poderío. A punto de morir estuviste; pero volví en mí misma... ¡Pero ese escarabajo!..., dime, ¿dónde lo obtuviste?...

-Yo lo recogí del suelo... -murmuré barbotando débilmente, conforme me ponía de pie otra vez, y tan perturbada tenía la inteligencia que juro que en aquel instante no sabía del sortijón de Leo otra cosa, sino queso había recogido del suelo al salir de su cuarto.

- ¡Es cosa extraña!, pero una vez yo conocí un escarabajo como ése... ¡Colgaba del cuello de uno a quien yo bien amaba!... -Estalló en un sollozo, y luego la vi

acometida de una agitación como histérica, bien impropia, a la verdad, de una mujer tan tremebunda como ella. Aunque tan vieja no era, después de todo, sino como las demás...

-Debe ser uno parecido a aquél-continuó, hablando como si estuviese sola-.En el antiguo Egipto había muchos que se llamaban Reales Hijos de Ra... El escarabajo que yo conocí no estaba como ése, engarzado en un anillo-. Y me dijo luego-: Holly, vete, y olvida, si puedes, que has visto la belleza de Ayesha...

Volvióme la espalda y se arrojó en el canapé, hundiendo el rostro en los almohadones.

Salí dando traspiés, y encontréme al punto, sin saber cómo, en mi propia cueva.

CAPITULO XIV
ALMA ATORMENTADA

ERA ya cerca de las diez de la noche cuando me eché en la cama y comencé a arreglar mis perturbadas ideas, reflexionando sobre lo que había visto y oído. Pero cuanto más meditaba, menos entendía. ¿Estaba yo loco o borracho, o soñando, o era víctima quizá de la más gigantesca y complicada broma? ¿Cómo era posible que yo, hombre de razón, que no desconocía los hechos científicos más notables de nuestra historia, incrédulo hasta entonces en absoluto de todos esos artificios y añagazas que en Europa se conocen con el nombre de sobrenaturalismo, pudiese convenir en que acababa de estar conversando por un rato con una mujer que tenía dos mil años y pico de edad? Esto era contrario a la experiencia de la naturaleza humana y un absurdo imposible... ¿Y cierta emoción?... ¡Esa no era, como todo, más que un gran disparate!... ELLA me lo había prevenido bien, y yo rehusé atender a su aviso... ¡Maldita sea la fatal curiosidad que perennemente obliga al hombre a escrutar a la mujer, y malditos también los naturales impulsos que la crean!... ¡Caer yo a mis años víctima de esta moderna Circe!... Aunque a la verdad, ELLA no era moderna, así lo dijo, al menos era tan vieja casi como la Circe original.

Meséme los pelos y salté de mi lecho, comprendiendo que si no hacía alguna cosa material, llegaría a ponerme delirante como Leo. ¿Qué dijo ELLA también sobre el escarabajo?... Era el, de Leo, el que había salido de la vetusta caja que Vincey había dejado en mi cuarto hacía cerca de veintiún años. ¿Resultaría verdadera, después de todo, la historia de marras y la escritura del fragmento de vaso no era una falsedad, no era la invención de una infeliz de floja cabeza? Y en este caso, ¿podría ser Leo el hombre que ELLA estaba esperando..., el muerto que había de renacer?...

¡Imposible, vamos! ¡Monserga! Quién oyó nunca que un hombre volviera a nacer...

Después se me ocurrió que no había ido a ver cómo seguía Leo. Quitéme los zapatos, tomé una de las lámparas que ardían junto a la cama, y salí a la galería dirigiéndome a su cueva. El aire nocturno movía suavemente la cortina de la entrada, como si manos de invisibles espíritus la estuvieran corriendo y descorriendo. Me deslicé en el abovedado recinto, y miré. Leo estaba echado, agitándose muy inquieto en su fiebre, pero dormido. Ustane, casi tendida en el suelo y apoyada en el lecho de piedra, estaba allí. Estrechaba en la suya una de las manos de Leo; también dormitaba, y ambos formaban un interesante, mejor dicho, un patético cuadro. ¡Pobre Leo! Sus enrojecidas mejillas ardían, tenía grandes ojeras y respiraba con gran dificultad. Malo, muy malo estaba, y de nuevo me asaltó el temor atroz de que pudiera morir dejándome solo en el mundo.

Y, sin embargo, si vivía quizá fuera mi rival para con Ayesha, aunque no fuese él a quien ELLA aguardaba, y entonces, ¿qué esperanza podría yo abrigar, hombre maduro y horroroso, compitiendo con tan brillante y hermoso joven?... ¡Pero, gracias a Dios, mi noción moral no había muerto!... ELLA no la había matado aún, y allí mismo rogué desde lo más profundo de mi alma al Todopoderoso, que ese muchacho, ése que era más que mi hijo, viviera, aunque fuera ciertamente el hombre aguardado por la hechicera.

Volvíme entonces a mi cuarto tan callado como había venido; tampoco pude dormir, porque la imagen de Leo, tan gravemente enfermo, sólo había servido para echar combustible a la hoguera de mi inquietud. Mi cuerpo fatigado y mi sobreexcitada mente había puesto a la imaginación en actividad exageradísima.

Evocaba ideas, visiones, inspiraciones casi, con extraordinaria claridad. Muchas eran bastante grotescas, otras lúgubres, y otras la representación de pensamientos y sensaciones que años hacía estaban, hundidas entre los escombros de mi pasada existencia. Pero detrás, y encima de todas flotaba la forma de la mujer tremebunda, y la memoria de su arrebatante hermosura las penetraba y obscurecía con sus destellos. Y yo medía con mis pasos como un loco mi habitación, y no me cansaba dé andar...

De súbito noté lo que acotes no había visto: una estrecha abertura en el pétreo muro. Tomé, una lámpara y la examiné, era un pasadizo. Aun tenía el juicio suficiente para pensar que, en una situación como la nuestra, no era cosa agradable tener pasadizos abocados en el cuarto de dormir sin saber de dónde salían. Por ellos pueden venir las gentes, venir cuando uno duerme... Así es que, en parte por curiosidad, y en parte por la necesidad en que yo me veía de estar haciendo alguna cosa, metíme por el corredor. Encontré una escalera y la bajé; seguí por otro corredor, túnel más bien, labrado también en la peña viva, que iba corriendo, a mi juicio, exactamente por debajo de la galería en que abrían nuestras habitaciones, y a través de la gran nave central. Continué andando por él. Estaba silencioso como una tumba; sin embargo, solicitado por una emoción o atracción que no puedo describir, seguí andando, y mis pies calzados con las medias solamente, no hacían ruido al pisar aquel suelo, pulido y duro. Cuando hube andado unas cincuenta yardas, encontré otro pasaje que cruzaba en ángulos rectos al que yo seguía, y entonces me sucedió una cosa atroz: la fuerte corriente del aire que tiraba aquel corredor apagó mi lámpara, y me quedé en la más completa oscuridad en las entrañas misteriosas del mundo. Di dos grandes trancos hacia adelante al quedarme a oscuras, para cruzar el pasaje transversal, aterrado al pensar de pronto en que podría doblar por él sin darme cuenta de ello y sumirme qué sé yo adónde en las tinieblas. Detúveme a pensar qué haría entonces.

No tenía fósforos y me espanté al intentar volver sobre mis pasos en aquella negrura absoluta. Sin embargo, no iba a pasarme allí la noche..., ¿y de qué me serviría esto, si en las minas donde me encontraba, lo mismo era el mediodía que la medianoche?... Miré hacia atrás, sobre mi hombro: nada, ni una luz ni un sonido. Miré hacia adelante, tratando de penetrar la obscuridad con mis ojos... ¡Ah!, allá, lejos, vislumbré un suave resplandor. Quizá habría por allí alguna cueva donde encontraría un poco de luz... De cualquier modo valía la pena de que fuese a ver lo que era. Lenta y dolorosamente me adelanté por el túnel, sin separar la mano del muro y tanteando con el pie antes de dar los pasos, por temor de caer en algún pozo. Di treinta pasos... Era una luz suave, vacilante, que pasaba al través de una cortina... A los veinte pasos más, vime cerca de la luz; di diez más...

Había llegado junto a las cortinas, y como no estaban cerradas del todo, pude ver dentro la cueva que cubrían, y que tenía todas las apariencias de un sepulcro. Ardía en el centro de ella, brotando del piso, una llama blanquecina que no daba humo. A la izquierda había una losa con un pequeño reborde como de tres pulgadas, y sobre la losa un cadáver, al menos así me pareció, con un paño blanco echado por encima. A la derecha vi otra losa parecida, y sobre ella algunas ropas bordadas. Inclinada sobre la llama estaba una mujer sentada, de cara al cadáver y presentándome un costado, embozada en un manto oscuro que la tapaba toda como la capa de una monja. Tenía clavada la vista sobre la llama.

De súbito y mientras estaba yo pensando en lo que haría, púsose de pie la mujer, y con un movimiento convulsivo desprendióse de su manto oscuro.

¡Era ELLA misma!

Vestida estaba como la vi la víspera cuando se descubrió a mis ojos, con una blanca túnica estrecha, escotada en el pecho y ceñida al talle por la bárbara sierpe de oro de la doble cabeza; suelta sobre la espalda la negrísima cofia de su ondeada cabellera. Mas su rostro era lo que me impresionaba y me tenía el corazón como metido en una prensa, y no ya por la potencia de su hermosura, sino por la de un fascinante terror. Bella era aún, en verdad, pero en aquellas palpitantes facciones, en la adolorida mirada de los ojos vueltos hacia arriba, había tanta pasión feroz, tanta agonía, tanto ensañamiento vengativo, que mi pluma es incapaz de describir.

Estúvose quieta por un momento con las manos levantadas sobre la cabeza; en eso, la blanca túnica se deslizó cayendo sobre el cinto de oro, y dejó desnuda la deslumbrante belleza de su torso... Con los dedos entrelazados, arqueada hacia atrás un poco, tenía la expresión de una inmensa malignidad que se condensaba fulminante sobre su rostro.

Desplomáronse al fin las crispadas manos, y volviéronse a elevar, y por mi vida y por mi honor afirmo que la llama subía y bajaba con ellas arrojando cada vez que subía un lívido y atroz resplandor sobre ELLA, sobre la figura humana tendida en la losa y cubierta por un paño blanco, y sobre todos los detalles de los esculpidos muros del recinto.

Abatiéronse de nuevo los brazos ebúrneos y al hacerlo empezó a hablar en arábigo, o a silbar más bien; y con tal acento que me cuajó la sangre en las venas y paralizó por un instante el corazón.

- ¡Maldita sea!... ¡Perennemente maldita!...

Bajaron los brazos y la llama bajó. Subieron, y la amplia lengua ígnea se empinó con ellos. Cayeron otra vez.

- ¡Maldita sea su memoria!... ¡Maldita sea la memoria de la egipcia!...

Subieron y bajaron luego.

- ¡Maldita sea la hermosa hija del Nilo, por razón de su hermosura!... ¡Maldita, porque su magia prevaleció contra mí!... ¡Maldita, porque me robó al que adoraba!...

Y al caer por último la llama, cubrióse los ojos con las manos.

- ¡Es inútil!... ¡Inútil!... - clamó sollozando -. ¿Quién podrá nunca herir a los que duermen?... ¡Ah, no! ¡Ni aun alcanzarlos puedo!

Mas luego continuó en su perversa ceremonia:

- ¡Maldita sea al nacer de nueva!... ¡Que maldita renazca!... ¡Que maldita sea desde la hora en que renazca hasta que se duerma otra vez!... ¡Sí, maldita entonces sea, para que pueda alcanzarla mi venganza y pueda en absoluto destruirla!...

Subía y bajaba la llama reflejándose en sus mortecinos ojos; el silbante sonido de sus terribles maldiciones, que mis palabras no pueden explicar en todo su horror, se extendía por el subterráneo deshaciéndose en pequeñas repercusiones, mientras que las alternativas de luz lívida y de sombra oscura se sucedían sobre la blanca y tremenda forma tendida en su lecho fúnebre de piedra.

Al fin pareció cansarse y cesó. Sentóse en el rocoso suelo y echándose con un movimiento desesperado de la cabeza la cabellera oscura sobre la cara y el seno, qué quedaron eclipsados como bajo una densa nube, empezó a sollozar con inmenso dolor que partía el alma.

- ¡Amor mío, amor mío!... ¿Por qué te ha despertado ayer así ese extranjero? Hace quinientos años que no penaba tanto... ¡Ay!, si contra ti pequé, ¿ya no lavé mi pecado?... ¿Cuándo a mí volverás? ¿A mí que lo tengo todo y que sin ti no tengo

nada?... ¿Qué es lo que yo puedo hacer?... ¡Ay! ¿Qué haré? ¿Qué haré? Y quizá, ¡ay!, quizá la egipcia viva allí donde tú estás, y se burle de mi memoria... ¡Ay! ¿Por qué si te maté no morí contigo?... ¡Ay, morir no puedo!... ¡Ay!

Y se arrojó contra el suelo boca abajo, y sollozó y lloró de un modo que me parecía que el pecho le iba a estallar.

Cuntúvose de pronto, alzóse sobre sus pies, y echando hacia atrás violentamente la enorme cabellera, dirigióse rápida hacia la forma yacente sobre la losa.

- ¡Ay, Kalikrates! - exclamó, y al oír este nombre me estremecí -. ¡Te contemplaré de nuevo el rostro, aunque esté destrozada mi alma! ¡Hace una generación que no te he mirado, víctima de mi propia mano!... -Y con ella, temblorosísima, tomó la franja del sudario que cubría el cadáver, mas quedó inmóvil. Luego empezó a hablar de nuevo en voz muy baja, como espantada en sus propias ideas.

- ¿Te levantaré? - murmuraba como dirigiéndose al muerto -. ¿Te levantaré para que te alces ahí, frente a mis ojos como antaño?... ¡Puedo hacerlo!... -y extendió sus manos sobre el cadáver poniéndosele todo rígido el cuerpo, y la mirada vaga y fija. Retrocedí horrorizado detrás de mi cortina, erizándoseme el cabello porque, no sé si fue o no mi imaginación, pero creo que vi que algo se movía debajo del sudario, y que se alzaba y bajaba como siguiendo el movimiento de la respiración de un hombre dormido. Mas de repente recogió los brazos.

- ¡Ay!... , ¿y con qué objeto?- dijo roncamente-.

¿Para qué reproducir la semejanza de la vida, si no puedo retrotraer el espíritu?... Aun cuando ante mí te levantaras, no habrías de reconocerme, y no harías sino lo que yo quisiera... La vida que dentro de ti habría, la mía propia sería, y no la tuya, ¡ay, Kalikrates!...

Calló por un momento, y luego se dejó caer sobre las rodillas ante el cadáver; y empezó a besarlo a través del sudario y a llorar. Había algo tan horrible en el espectáculo de esa mujer tremenda desahogando su pasión con un muerto..., mucho más horrible aun que todo lo que había precedido a ese mismo acto, que yo no pude contemplarlo por más tiempo, y temblando me aparté de allí, y me marché hundido en la sombra profundísima del pasadizo, con la convicción de que había presenciado la infernal tortura de un alma condenada.

Anduve no sé cómo.

Me caí dos veces; doblé en el pasadizo transversal mas conocí mi error a tiempo de corregirlo con fortuna; veinte u más minutos vagando estuve hasta que se me presentó la idea de que había donde antes bajé... pasado sin notarlo la escalerilla por Exhausto de fuerzas y casi muerto de terror, caí entonces sin sentido sobre el durisimo suelo.

Cuando volví en mí, noté un débil rayo de luz en el pasadizo detrás de mí. Arrastréme en esa dirección y descubrí que era la escalerilla por donde bajaba el resplandor de la madrugada, tan débil en aquellas cavernas. Subí por allí y entré por fin en mi cuarto. Arrojéme en mi lecho y al punto me acometió un sueño, mejor dicho, un estupor profundo.

CAPITULO XV
LA JUSTICIA DE HIYA

CUANDO abrí los ojos vi a Job, curado ya completamente de su paludismo, que estaba parado ante el tragaluz abierto sobre el exterior. No tenía cepillos para limpiar la ropa, así es que la sacudía, la doblaba cuidadosamente y luego la colgaba a los pies de mi cama de piedra. Después de esto sacó mi nécessaire de mi valija y lo abrió preparándolo para mi uso. Lo colocó también sobre los pies de mi cama, pero temiendo sin duda que yo lo tirase al moverme, púsolo en el suelo, sobre una piel de leopardo, y retrocedió dos o tres pasos para ver el efecto que hacía. No le pareció satisfactorio, sin duda, porque se fue a la valija, la cerró, la sostuvo sobre uno de sus cantos apoyada contra el pie de mi cama, y colocó encima el nécessaire. Examinó después los cántaros de agua que constituían nuestra instalación de baño, y murmuró:

- ¡Ah, no hay agua caliente en este lugar de bestias!... ¡Paréceme que estos desgraciados no la usan sino para hervirse los unos a los otros! - Y suspiró profundamente.

- ¿Qué te pasa, Job? - le pregunté.

-Dispénseme usted, señor - contestó tocándose el pelo -. Me figuré que usted dormía, y la verdad es que tiene usted cara de necesitarlo... ¿Ha pasado usted mala noche sin duda?

Di un gemido por contestación. Mala noche había pasado en efecto, y tanto, que no me parece que pasaré otra igual mientras viva.

- ¿Cómo sigue míster Leo, Job?

-Lo mismo, señor. Si no se mejora pronto, concluirá y no hay más que hablar. Aunque debo decir que esa salvaje de Ustane se porta con él casi como si fuera una cristiana bien bautizada. Siempre le está encima, o dando vuelta por todos lados para ver lo que necesita, y cuando yo intervengo para cualquier cosa, es de ver cómo se pone; se le paran los pelos y jura y protesta en su lengua pagana... Al menos así me lo parece por la cara que pone.

- ¿Y qué haces tú, entonces?

-Yo le hago un cortés saludo y le digo: "Joven, su posición de usted es un tanto irregular y no puedo reconocer a usted ningún derecho; permítame usted que le advierta cómo tengo yo deberes que cumplir para con mi amo, que está incapacitado por la enfermedad, y que los cumpliré en tanto que yo mismo no me incapacite... Pero ella ni se preocupa, ¡bah!... , sigue jurando y maldiciendo en su lengua, con más vehemencia... ¿Sabe usted qué se le ocurrió hacer anoche? Pues meter la mano debajo de esa ciase de camisón que lleva por traje, y sacar un cuchillo con una hoja ondeada; yo saqué mi revólver, y nos pusimos a dar vueltas alrededor de todo el cuarto, hasta que al fin ella largó la carcajada. No es muy decente que digamos el que tenga un cristiano que habérselas con una mujer, aunque sea salvaje, y tan bonita; pero es natural que suceda esto y mucho mas cuando es tan tonto, (y recalcó con gran énfasis la palabra tonto) como para venir a buscar a lugares como éste cosas que ninguno podrá encontrar jamás. Esta es, señor, mi triste opinión..., mi propio juicio; aunque todavía no he acabado de comprender bien lo que nos está pasando, pero me parece que antes de acabar de comprenderlo, ya habrán acabado con nosotros aquí, metidos como estamos en estas cuevas de aparecidos y cadáveres, sin que vea cómo podríamos salir de ellas. Pero me voy, señor, a ver cómo anda el

caldo de míster Leo, si es que me lo permite ese gato montés de la señorita Ustane, y quizá querrá usted levantarse porque ya son más de las nueve.

Las observaciones de Job no eran precisamente consoladoras para un hombre que había pasado la noche que yo pasé, apoyadas como estaban en la realidad de los mismos hechos. Teniéndolos en cuenta, parecíame imposible que pudiéramos escaparnos del lugar en donde estábamos. Suponiendo que Leo curase, y suponiendo también que ELLA nos permitiera marcharnos, y que no nos fulminase en uno de sus raptos de cólera, o que no nos envasijasen los amajáguers, todavía sería imposible que pudiéramos encontrar nuestro camino a través de las ciénagas, que extendiéndose por millas y millas, formaban una defensa natural mayor y más inviolable en torno de los diversos retiros del pueblo de entre las rocas, que cualesquiera otras que hubieran concebido o ejecutado los hombres. No, no había más remedio que afrontar la situación, y por mi parte afirmo que tanto me interesaba mi situación misteriosa, a pesar del triste estado de mis nervios, que yo no podía sino seguir en ella, aunque tuviera que pagar con la vida la satisfacción de mi curiosidad.

Después que me lavé y vestí, pasé al cuarto de comer, o de embalsamar, más bien, donde conseguí refaccionarme un tanto con lo que me sirvieron las muchachas mudas. Fui luego a ver al pobre Leo, que estaba delirando, y no me conoció. Cuando pregunté a Ustane su opinión sobre el estado del enfermo, ella movió la cabeza un poco y se echó a llorar. Pocas esperanzas abrigaba ya, y entonces resolví ver si era posible hablar a ELLA, para rogarla que viniera a curarlo. ELLA podía curarle si quería; así me lo había dicho al menos. En esto entró Billali en el cuarto, y al ver a Leo también movió la cabeza como quien desespera.

-Morirá a la noche - dijo.

- ¡Padre mío, que Dios no lo permita! - contesté, y me marché de allí con el corazón oprimido.

-*Quien debe ser obedecida* reclama tu presencia, Babuino - me dijo el anciano, al llegar a la cortina de la entrada -, pero ten más cuidado, hijo mío. Ayer creí que ELLA te fulminaría al no verte humillado en su presencia. ELLA está ahora en sesión en la gran sala para juzgar a los que quisieron macarte a ti y a tus compañeros. Vamos, hijo mío, vamos a prisa.

Seguíle por la galería, y al llegar a la gran nave vi que una multitud de amajáguers, ya vestidos con la túnica, o simplemente cubiertos con el taparrabos, pasaba por ella apresuradamente. Nos mezclamos con esa multitud y empezamos a subir por la caverna, que era casi interminable. Los muros, por ambos lados, estaban profusamente esculpidos, y a cada veinte pasos, o cosa así, abríanse galerías transversales en ángulos rectos que conducían, según Billali me dijo, a las tumbas labradas en la peña por "el pueblo anterior". Nadie visitaba ahora esas tumbas - agregó ---, y confieso que me regocijé entonces pensando en las oportunidades de investigación anticuaria que se me ofrecían.

Llegamos al fin al fondo de la nave, donde había una especie de meseta rocosa, exactamente igual a aquella en que fuimos atacados con tanta ferocidad en la otra caverna, lo que me sugirió la idea de que debieran haber servido de altares, en la época remota en que se abrieron las cuevas, para la celebración de ceremonias religiosas y quizá especialmente para los ritos fúnebres. A ambos lados de la meseta abocaban pasadizos de mina, que conducían a otras cavernas llenas de muertos también, porque toda la montaña casi estaba llena de -ellas, y según me dijo Billali en el mejor estado de conservación.

Frente a la meseta estaba reunida una gran multitud de personas de ambos sexos, que se mantenían silenciosas, inmóviles y con su expresión sombría tan peculiar, que hubiera entristecido al mismísimo Mark Tapley[10] con sólo mirarla cinco minutos. Sobre la plataforma había una silla de madera negra, rudamente hecha, incrustada de marfil con asiento de fibra vegetal, y agregado a sus patas delanteras un ancho taburete. Oyéronse de pronto estos clamores:

- ¡Hiya! ¡Hiya! ¡ ELLA! ¡ ELLA!

Inmediatamente, la muchedumbre se precipitó al suelo, como si todos hubieran sido heridos de muerte y solamente yo fuese el superviviente de tan enorme matanza. En esto empezó a brotar del pasadizo de la izquierda una larga fila de tropa, que se ordenó a ambos lados de la meseta; después de la tropa salieron unos veinte mudos y otras tantas mudas, con lámparas en las manos, y finalmente apareció una alta figura blanca, embozada de los pies a la cabeza... ¡Era ELLA!

Subió la plataforma y se sentó en la silla. Luego me dijo en griego, quizá para que nadie más que yo entendiera:

-Ven acá, Holly, siéntate a mis pies, verás cómo juzgo a los que quisieron matarte. Dispénsame si mi lenguaje griego vacila como un hombre cojo. Mi lengua está entorpecida para ese idioma que tanto tiempo hace que no usaba...

Inclinéme con respeto y subiendo a la plataforma me senté a sus pies.

- ¿Cómo dormiste, Holly mío? - preguntóme.

- ¡Mal, oh, Ayesha!... - respondí con toda sinceridad, con el íntimo temor de que sabría quizá cómo había empleado la noche.

- ¡Así es! - dijo riendo un poco-. Tampoco yo pude dormir bien. Tuve sueños anoche y reconozco que tú fuiste su causa, Holly.

- ¿Y qué soñaste, Ayesha? - pregunté con indiferencia. -Soñé - dijo rápidamente - con alguien que odio y con alguien que amo... -Cambiando de lengua entonces díjole en árabe al jefe de su guardia:

- ¡Conduce a esos hombres ante mí!

Inclinóse profundamente el jefe, porque éste y su guardia habían permanecido de pie, y se marchó luego con sus subordinados por el pasadizo de la derecha.

Siguió luego un momento de silencio. ELLA reposó su velada cabeza sobre una mano, pareciendo sumida en sus pensamientos, mientras que delante estaba la multitud tendida sobre sus vientres, meneando un tantito las cabezas para contemplarnos un poco con un ojo solo. Parecía que, como su reina se presentaba tan pocas veces en público, estaban dispuestos a sufrir. estos inconvenientes, y aun a arrostrar más graves peligros, para tener la ocasión de verla, o de ver más bien sus ropas; que ninguno de los que allí estaban, menos yo, le había visto nunca la cara. Notáronse al fin ciertos reflejos de luz y se oyó el paso de los hombres por el pasadizo, hasta que desembocaron en la gran nave los guardias con los presos, que serían unos veinte o más, y en cuyas fisonomías luchaba la natural expresión de feroz indiferencia con la gran inquietud que abrigaban en su salvaje corazón. Dispuestos fueron en una fila frente a la plataforma, e iban a arrojarse al suelo cómo los demás espectadores, cuando ELLA se lo impidió.

[10] Personaje de la novela "Martín Chuzzlewit", de Dickens; un criado que no era capaz de contener las explosiones de su natural alegría, ni aun cuando sucedían las cosas mas graves. F s una personificación de carácter, que se ha hecho proverbial en Inglaterra.

- ¡No! - dijo con su voz dulcísima -; quedad de pie, os ruego. Quizá pronto estaréis aburridos de yacer echados. -y se rió melódicamente.

Vi correr una ondulación de terror por la fila de los míseros condenados, y por malvados que fuesen, los compadecí. Algunos minutos pasaron, quizá dos o tres, sin que nada nuevo ocurriera, y decante cuyo tiempo ELLA parecía que los iba examinando despacio y curiosamente uno por uno, a juzgar por el movimiento de su cabeza, pues sus ojos no se podían ver, por supuesto; después se dirigió a mi, hablándome con tono tranquilo y formal:

-0h, tu, huésped mío, -conocido en tu propio país por el nombre de Espinoso Árbol, ¿reconoces a esos hombres?

- ¡Sí, oh, reina! Los reconozco a casi todos.

Los reos me lanzaron una mirada furiosa.

-Pues relata ahora aquí la historia que ya conozco.

Precisado a ello, hice entonces, tan brevemente como pude, la narración de la fiesta antropófaga y de la frustrada tortura de nuestro infeliz criado, que fue recibida en silencio por los espectadores, por los acusados y por ELLA. Cuando hube acabado, ELLA llamó por su nombre a Billali para que confirmara mi relato, lo que el anciano hizo sin levantarse del suelo. Y no se recibieron más pruebas.

Entonces ELLA habló con una fría y clara entonación, muy distinta de la que le era usual, y por cierto que una de las cosas más notables de esta criatura extraordinaria era la maravillosa facultad que tenía de adaptar su entonación de voz a la necesidad de los momentos, y dijo:

-Ya lo habéis oído, hijos rebeldes. ¿Qué tenéis ahora que alegar para que mi venganza no caiga sobre vosotros?

Por un instante hubo silencio; pero rompiólo al fin uno de los reos, un individuo de amplio y hermoso pecho, de edad mediana y bien marcadas facciones, con mirada de gavilán. Dijo que las órdenes recibidas se redujeron a que no se tocase a los hombres blancos, sin que se mentase al criado negro, y que, a ella instigados por una mujer que había muerto en la refriega, trataron de envasijarlo, conforme a la antigua y honorable costumbre del país, con el fin de comérselo a su tiempo. En cuanto al ataque que nos habían hecho, dijo que fue un rapto de repentina furia, y que se arrepentían hondamente de ello. Y concluyó suplicando con humildad que se les hiciera misericordia o que se les desterrase a los pantanos para que en ellos muriesen o viviesen según su fortuna; pero en la cara se le conocía que no tenía esperanza ninguna de perdón.

Hubo otra pausa luego, y reinó el más profundo silencio en el vasto antro que, iluminado como estaba por las chisporroteantes lámparas que producían intervalos de claridad en la constante sombra, ofrecía el más fantástico aspecto, aun en un país tan fantástico. Allí, sentada en su bárbaro trono, y yo a sus pies, estaba la velada mujer blanca cuyo poderío tremebundo la circundaba como un halo. Y jamás vi lucir su apariencia. embozada tan terrible como en aquellos momentos en que estaba meditando un ejemplar castigo.

Este cayó, por fin.

Empezó a hablar en voz baja, que se fue robusteciendo por grados hasta que todo el espacio vibró por su sonoridad.

-Perros y sierpes - dijo -, comedores de carne humana, dos crímenes habéis cometido: el primero, haber atacado a estos extranjeros, que eran hombres blancos, y quisisteis matar a su criado; y por esto sólo merecéis la muerte. Pero eso no es todo.

Osasteis desobedecerme. ¿No os envié mis órdenes por Billali, mi criado y vuestro padre? ¿No se os había enseñado desde la infancia que la ley de Hiya es una ley eterna, y que perece el que la quebrante en lo más mínimo? ¿Y no sabes que es ley mi palabra más insignificante? ¿No os han enseñado eso vuestros padres, desde antes de que supieseis hablar?... ¡Bien que la sabéis vosotros, malvados! Pero sois perversos todos, perversos hasta la medula, y la maldad burbuja en vosotros como el aire de las fuentes en la primavera. Y ahora, pues que hicisteis esto, porque habéis tratado dé matar a esos hombres que eran mis huéspedes, y más aun porque habéis osado desobedecer mi orden, os condeno a este castigo: Que seáis conducidos a la caverna de la tortura, y entregados a los torturadores para que desahoguen en vosotros su capricho, y que al caer el sol de mañana, los que entre vosotros existáis aún, seáis muertos por la vasija, como quisisteis matar vosotros al criado de éste mi huésped.

Cesó de hablar y un ligero murmullo de horror circuló por la inmensa y poblada nave. Las víctimas, apenas se hicieron cargo del gran horror de la sentencia, perdieron su nativo estoicismo y se arrojaron al suelo llorando e implorando misericordia de un modo que espantaba el verlo. Yo me volví a Ayesha y le supliqué que los perdonara, o al menos, que atenuara su terrible pena. Pero ella era de dureza diamantina.

Hablóme en griego otra vez, y en verdad que, aunque siempre fui reputado como bastante buen helenista, tenía cierta dificultad de entenderla, sobre todo por razón de la prosodia. Ayesha, es claro, ponía el acento a la usanza de sus contemporáneos, y nosotros no tenemos más que la pronunciación moderna y una tradición insuficiente para guiarnos en cuanto a la articulación. He aquí lo que contestó a mis ruegos:

-Holly mío, no puede ser lo que pides. Si yo fuese misericordiosa con estos lobos, vuestra vida no estaría segura entre ellos ni un solo día. Tú no los conoces. Son tigres lamedores de sangre, y aun ahora, sedientos están de vuestras vidas. ¿Cómo crees tú que yo rijo a este pueblo? No tengo más que un regimiento de guardias para llevar a cabo mis órdenes; de modo que no es por la fuerza que me impongo, sino por el terror. No, los hombres ésos morirán, y morirán como he dicho - y volviéndose de súbito al jefe de la guardia, dijo en árabe y en voz alta:

-Yo he pronunciado mi sentencia..., ¡que se cumpla!

CAPITULO XVI
LAS TUMBAS DE KOR

HIZO Ayesha un movimiento con la mano después que se llevaron los prisioneros, y la multitud se volvió y empezó a moverse a rastras como una dispersa manada de ovejas. Cuando estuvieron a una buena distancia de la plataforma, todos se pusieron de pie; y se marcharon, dejándonos solos a la reina y a mí, con los mudos de ambos sexos y unos cuantos guardias, porque la mayor parte de éstos se habían ido con los míseros condenados.

Pareciéndome buena esta oportunidad, le supliqué a ELLA que viniera a ver a Leo, informándole de su gravedad; mas no quiso, diciendo que de seguro no moriría sino a la noche, porque los atacados de esa fiebre no acaban generalmente sino al anochecer o al amanecer. Y también me dijo que era conveniente dejar que la fiebre se consumiese por sí propia, antes de que ella interviniese en la cura. Disponíame, yo a irme también, cuando me dijo que la siguiera porque quería hablarme y mostrarme las maravillas de la caverna.

Demasiado prendido estaba uno en las redes de su fatal fascinación para negarme a lo que me ordenase, aun cuando hubiera querido hacerlo, que no quería. Levantóse, pues, ELLA de su asiento, y haciéndole algunas señas a los mudos, bajó de la meseta. Cuatro de las muchachas tomaron unas lámparas y se colocaron dos delante y dos detrás de nosotros; todos los demás se marcharon.

-Verás ahora, Holly, algunas cosas peregrinas de estos lugares -me dijo-. Contempla esta gran caverna. ¿Viste nunca algo igual? Fue hecha, sin embargo, y muchas otras. parecidas, por la mano de la raza extinta que habitó en una época la ciudad cuyas ruinas viste en la llanura. Debió haber sido un gran pueblo ese de Kor, pero como los egipcios, pensaba mucho más en los muertos que en los vivos... ¿Cuántos hombres te parecen que se necesitarían, trabajando durante cuántos años para abrir esta caverna y todas las galerías que contiene?

-- ¡Miles de miles!

-Así es, ¡oh, Holly! Este pueblo era ya antiguo antes de que los egipcios existieran. Algo puedo leer de sus, inscripciones, porque al fin he descubierto la clave... y mira, ésta es una de las últimas cavernas que construyeron. -Volvióse hacia el mudo que estaba detrás de ella, haciéndole señal a las mudas para que levantaran sus lámparas. Esculpida sobre la meseta veiase la imagen de un anciano sentado en una silla, con una varita de marfil en la mano. Pude notar que sus facciones se parecían muchísimo a las de la momia que yacía en la sala donde comíamos. Bajo la silla - que, diré de pasada. tenía la misma forma que la ocupada por Ayesha para distribuir justicia- se veis una corta inscripción en, los caracteres a que ya he hecho referencia, pero los que no recuerdo suficientemente como para reproducirlos gráficamente. Parecíanse mucho a los chinos. Ayesha empezó a traducirlos con cierta dificultad y vacilación. Decían los trazos así:

"En el año cuatro mil doscientos cincuenta y nueve de la fundación de la imperial ciudad de Kor, fue concluida esta caverna (o lugar de descanso) por Tisno, rey de Kor, habiendo trabajado en ella el pueblo y sus esclavos durante tres generaciones, para que fuese el sepulcro de los ciudadanos distinguidos que nazcan luego. Que la bendición del cielo que está sobre el cielo descanse en su obra, y haga profundo y dichoso el sueño de Tisno, cuyas facciones están grabadas arriba, hasta el día del

despertar[11], así copio el sueño de sus servidores, y el de todos los de su raza que, surgiendo después de él, deban doblar también sus cabezas".

-Ya ves, Holly, cómo este pueblo fundó la ciudad, cuyas ruinas ocupan la llanura cercana, cuatro mil años antes de que se concluyan estas cavernas. Y, sin embargo, cuando yo las vi por vez primera, hace dos mil años, las encontré exactamente como están hoy. ¡Juzga, pues, cuán antigua no será! Sígueme ahora y te enseñaré de qué modo cayó la gran ciudad cuando le llegó su hora.

ELLA caminó hasta el centro de la nave, deteniéndose en un lugar en que se veía una piedra redunda colocada en un agujero del piso, como de dos pies de diámetro, para cerrarlo por completo, y que me recordó placas abovedadas de hierro con que en las aceras londinenses se tapan los huecos hechos para el carbón.

- ¿Qué es esto? - me preguntó-. ¿Qué te figuras tú que es eso?

-No sé - contesté -; no puedo saberlo.

Dirigióse ELLA entonces hacia el lado izquierdo de la nave, según se miraba a la entrada, e hizo señal otra vez a las mudas de levantar las lámparas.

En la pared vi, pintada de rojo, una inscripción en caracteres parecidos a los que estaban tallados bajo la figura de Tisno, rey de Kor. La inscripción se conservaba bastante bien hasta poderse leer, y así la descifró Ayesha:

"Yo, JUNIS, sacerdote del Gran Templo de Kor, escribo esto sobre la peña, en el año cuatro mil ochocientos tres de la fundación de Kor. ¡Kor ha caído! Ya no habrá más grandiosas fiestas en sus palacios; ya no dominará al mundo, ni sus barcos saldrán a comerciar por toda la tierra ¡Kor ha caído! Y sus obras gigantescas, y todas sus ciudades, y todos los puertos que hizo, y los canales que trazó, serán abandonados al lobo, al búho, al silvestre cisne y a los bárbaros que vengan. Veinticinco lunas hace que una nube cernióse sobre Kor y sus cien ciudades, y de la nube brotó una pestilencia que mató al pueblo, ancianos y jóvenes, y no perdonó a nadie... Unos y otros se ennegrecían y morían luego; los jóvenes y los viejos, los ricos y los pobres, los hombres y las mujeres, el príncipe y el esclavo. El contagio mató, y mató incesantemente, de día y de noche, y los que se salvaron de él perecían de hambre. Y ya no se pudieron conservar los, cuerpos de los hijos de Kor, conforme a los antiguos ritos, por el gran número de los muertos; por lo tanto, éstos fueron arrojados a la gran sima que se halla bajo la nave. Entonces, y al fin, el resto de este gran pueblo, lumbrera del mundo, fuése a la costa, embarcóse y navegó al norte, y ahora yo, el sacerdote Junis, soy quien esto escribe, último superviviente de esta gran ciudad de hombres, aunque no sé si hay aún quien esté vivo en las demás ciudades. Esto lo escribo destrozado el corazón, porque Kor, la imperial, ya no existe, y porque no hay. quien en su templo adore, y porque sus palacios todos están vacíos, y sus príncipes, y mercaderes, y hermosas mujeres han desaparecido de la faz de la tierra".

- Di un profundo suspiro de asombro. La desolación absoluta que se expresaba en la patética escritura era abrumadora. ¡Era terrible esta concepción del solitario superviviente de un pueblo poderoso que contaba su suerte, antes de hundirse él también en las tinieblas! ¡Cuál no sería la emoción de aquel anciano, cuando en lúgubre y terrífica soledad, a la luz de una lámpara que apenas alumbraría corto trecho de la negrura, en pocas líneas desordenadas trazaba la historia de la muerte de su nación sobre el muro de la caverna! ¡Qué asunto interesante para el muralista, para el pintor, para cualquiera que lo medite!...

[11] La frase es notable, pues indica creencia de un estado futuro.

Seguí entonces a Ayesha, que penetró por un pasadizo lateral, y bajamos por una larga escalera metida dentro de un pozo de mina, ventilado por extraños taladros que iban a dar no sé adónde, y nos detuvimos a una profundidad que no sería menos de sesenta pies bajo el piso de la nave. Terminó de pronto el pasadizo de la escalera. ELLA se detuvo haciendo una seña a las mudas para que levantasen las lámparas, y contemplé entonces un cuadro que no es probable que vuelva a ver en mi vida. Nos encontrábamos colocados en una enorme cavidad, o más bien, en el borde de la cavidad, porque el fondo quedaba a nuestros pies, no sé a qué profundidad, parados en una como cornisa o balcón del muro. Según mis cálculos, ese seno o cavidad subterránea sería de un tamaño como el espacio cubierto por la cúpula de la catedral de San Pablo, en Londres.

Cuando las mujeres levantaron las lámparas, vi que me hallaba nada menos que ante un osario o fosa inmensa, literalmente llena de miles de esqueletos humanos amontonados en una sola gigantesca pirámide, formada por el deslizamiento de los cuerpos desde el vértice, conforme iban cayendo de la bóveda. No puede concebirse nada más aterrador que esta masa confusa de los restos de todo un pueblo; hacía más espantoso aun el espectáculo el hecho de que, en ese .ambiente tan seco, muchos cuerpos se habían secado conservando la piel, y ahora, fijados en todas las posiciones imaginables, lo miraban a uno de entre los montones de blancos huesos, con su horrible aspecto de grotescas caricaturas de humanidad.

Lancé, al descubrir esto, una exclamación de asombro, y retumbando los ecos de mi voz en el abovedado recinto, conmovieron una calavera, que había estado milagrosamente en equilibrio cerca del vértice de la pila durante miles de años..., y se fue abajo rodando, rebotando alegremente hacia donde estábamos, trayendo detrás, por supuesto; una avalancha de huesos, hasta que al fin todo el espacio se colmó con su movimiento de un castañeteo lúgubre, como si los esqueletos se estuvieran alzando para recibirnos.

-Vámonos -exclamé-; ¡ya he visto bastante!... Estos son los cadáveres de los que murieron de la gran epidemia, supongo - pregunté cuando nos retirábamos.

-Sí, porque en tiempos normales, los hijos de Kor embalsamaban siempre a sus muertos, como los egipcios, aunque su arte era más perfecto. Los egipcios extraían el cerebro y las vísceras, mientras que los de Kor procedían inyectando cierto flúido en las arterias, con lo que alcanzaban a todo el cuerpo. Mas aguarda, ya lo verás ahora -exclamó, deteniéndose a la ventura ante una de las pequeñas entradas que se abrían sobre el pasadizo por el que íbamos, en tanto que hacía una seña a las mudas para que alumbrasen.

Penetramos en un ensanche de mina parecido al que me sirvió de dormitorio en la caverna de Billali, sólo que había dos lechos o losas en él. En ellas yacían unos cuerpos cubiertos con sábanas de lino amarillento[12], sobre las cuales se había posado en el curso de los siglos un polvo finísimo e impalpable, pero no en la cantidad que uno podría figurarse, porque en estas cavernas, socavadas tan adentro en la roca durísima, no había material ninguno que pudiera hacerse polvo. Alrededor de los cuerpos, sobre las losas y en el suelo, había varias vasijas pintadas; -pero vi pocas ornamentaciones talladas en los ensanches esos.

[12] Toda la tela que usaban las amajáguers procedía de estas tumbas, lo que explicaba su color amarillento. Sin embargo, si se blanqueaba y lavaba como es debido volvía a adquirir su primitiva blancura de nieve y era el tejido más suave y mejor que he conocido.

-Levanta el paño, Holly - me dijo ELLA. Puse en el lienzo la mano, pero la retiré al punto. Parecióme que iba a cometer un acto sacrílego. Sentíame, a la verdad, abrumado por lo solemne del recinto y por la apariencia de la muerte que ante mí tenía. Rióse ELLA un poco de mis temores, y levantó el paño con su propia mano, dejando ver otro paño más fino debajo que cubría el cuerpo yacente sobre el banco de piedra. También levantó este segundo paño, y entonces, después de miles de años pudieron contemplar de nuevo ojos humanos las facciones de aquellos cadáveres.

Una mujer como de treinta años de edad, o quizá un poco menos, y que era hermosa, fue lo que vimos, sosteniendo contra su pecho a un niñito. Asombraba la conservación de sus tranquilas facciones, tan bien formadas, y contrastaba la negrura de sus cejas delicadas y largas pestañas con la ebúrnea blancura de la cara. Allí tendida, con su traje blanco, sobre el cual se derramaba la larga mata de su cabellera tan oscura que daba azulados reflejos a la luz de las lámparas, estaba la dama de Kor durmiendo con su hijo su último y largísimo sueño. Tan dulce y tan tremendo al mismo tiempo era el espectáculo que, lo confieso sin avergonzarme, se me saltaron las lágrimas. Vime transportado, a través del oscuro abismo del tiempo, al tranquilo hogar de Kor, la Imperial, donde esta señora reinaba llena de alegría y de hermosura, y donde murió, llevándose consigo al morir a su hijo recién nacido..., y allí las veía, yacentes, a esas blancas reliquias de una olvidada historia humana, hablándome al alma más elocuentemente que ninguna narración escrita por habilísima pluma.

Con mano reverente, volví a colocar los sudarios-alzados, suspirando al pensar en el designio eterno, que había hecho abrirse esas bellas flores sólo para que fuesen depositadas en un sepulcro, y me dirigí al lecho opuesto y lo descubrí con piadosa mano. Era el cadáver de un hombre ya maduro, de larga -barba gris, también vestido de blanco, probablemente el esposo de la dama que, después de sobrevivirla durante largos años, vino a dormir al fin, una vez más, y para siempre, a su lado.

Salimos dé esta tumba y entramos en otras. Llevaría muchas páginas la descripción de lo que en ellas vi. Todas estaban ocupadas, porque los quinientos y pico de años transcurridos entre la conclusión de estas catacumbas y la destrucción del pueblo; habían bastado evidentemente para ello, por grandes e innumerables que fuesen los sepulcros; y todos parecían intactos desde el día en que recibieron a sus muertos.

- ¿Ya has visto bastante, extranjero, huésped mío? - me dijo al fin Ayesha - ¿o quieres ver más maravillas de estas tumbas que son las alas de mi palacio?... Si quieres, te llevaré adonde está tendido el poderoso Tisno, el mejor de los reyes de Kor, en cuyos días terminaron las obras de esta mina, yacente con una pompa que parece burlar a la nada. y obligar a las vanas sombras de lo pasado a rendir homenaje ante su esculpida vanidad.

- ¡Bastante he visto!, ¡oh, reina! -respondí-. Mi débil pecho está abrumado por la presión de esta muerte que contemplo. ¡Floja es la mortalidad, y se quebranta a prisa por el sentimiento de la compañía que en su fin le espera!... ¡Sácame de estos lugares, oh, Ayesha!

CAPITULO XVII
LA BALANZA SE INCLINA...

EN pocos minutos, siguiendo las lámparas de las mudas que, por llevarlas separadas del cuerpo como si fueran vasijas llenas de agua, parecían en la obscuridad de los pasadizos flotar solas en el aire, llegamos a una escalera por la que subimos, entrando al fin en la antecámara que Billali había cruzado la víspera en cuatro pies. Allí quise despedirme de la reina, mas ella no lo permitió.

-No -me dijo-; entra conmigo, Holly, porque me place tu conversación. Recuerdo que hace dos mil años que no he hablado más que con siervos y con mis mismos pensamientos, y aunque de tanto pensar gran saber he obtenido y muchos arcanos he descubierto, ya estoy, sin embargo, harta de mis propias ideas, y he llegado a aborrecer mi propia sociedad. Y aunque sean tan frescos mis pensamientos, como convienen a mi juventud, tengo un cerebro muy caviloso, y tú me haces recordar a ciertos filósofos de otro tiempo, con quienes discutir solía en Atenas y en Arabia, porque tienes el mismo aspecto ceñudo y polvoriento de quien pasó la vida descifrando el mal trazado griego de los sucios manuscritos. Conque, corre la cortina y siéntate a mi lado, y comamos frutas mientras hablamos de cosas agradables. Mira, me descubriré de nuevo ante ti. ¡Tú mismo lo has querido, Holly!... Yo, te advertí francamente el peligro que en ello había. Ahora vas a llamarme hermosa, tal como lo hacían aquellos filósofos antiguos…, ¡ah, qué vergüenza!..., ¡olvidándose de su filosofía!

Y sin más ni más, púsose de pie y se libró de sus .blancos pliegues de tela... Surgió de entre ellos espléndida, luciente, como una rutilante sierpe que se despoja de su piel, y clavando en mí sus asombrosas pupilas, más mortales, ¡ay!, que las del basilisco, me atravesaba todo mi ser, penetrándome de su belleza, mientras que lanzaba a1 espacio su risa dulcísima cual repiqueteo de argentinas campanillas.

En un nuevo humor estaba ahora que parecía cambiar hasta el color mismo de su alma... Ya no se mostraba desgarrada por martirios de amor y odio, como cuando la sorprendí maldiciendo a su rival muerta cerca de la llama que daba saltos; ni helada y terrible como en la sala de justicia; ni sombría, y brillante, y lujosa cual paño de Tiro, como en la morada de los muertos. No. Su humor actual-era el de la Afrodita triunfante... La vida rebosante, estática, asombrosa, parecía brotar de su ser y rodearla como una atmósfera. Reía dulcemente y suspiraba, echándome rápidas miradas. Moviendo la cabeza, sacudió la poderosa cabellera y el ambiente se llenó de aromas; golpeó el suelo con su pequeño y hermoso pie calzado con sandalia, y murmuró como un zumbido el trozo de algún antiguo epitalamio griego. Toda su majestad había volado o sólo dormitaba, o débilmente lucía en su alegre mirar como los relámpagos que se sorprenden en pleno mediodía. Habíase despojado de la pasión de aquella movible lumbre, de la fría impasibilidad del juicio, que a la sazón misma se estaba sancionando, y de la prudente reserva de la exploración de los sepulcros; habiase despojado de todo esto, así como del sudario que vestía, y depuéstolo tras de sí, para ostentarse únicamente como la encarnación de la feminidad más perfecta, más espiritualizada aún que la de las mujeres mortales...

-Ahí, Holly mío, siéntate; ahí donde puedas verme bien. Recuerda que tú mismo lo quisiste; te lo repito: no me culpes si luego gastas lo que te queda de tu corto plazo vital sufriendo tanto del corazón que más te valiera haber muerto antes de que tus ojos se fijasen en mí... Ahí, está bien; siéntate así, y dime, inclinada estoy a oír

lisonjas..., dime, ¿soy muy bella?... ¡Espera, no cuentes tan aprisa!... Medita bien el punto; estudia mis facciones una por una, examina mi forma entera y en detalle: mis manos, y mis pies, y mis cabellos, la blancura de mi piel, y sinceramente responde luego... ¿Has conocido nunca a ninguna mujer que en cualquiera, sí, en alguna porción, por mínima que fuere de su belleza, aunque fuese en la curva de una pestaña, en un rasgo del encaracolamiento de la oreja, pueda compararse ni por un instante a mi perfección y belleza?

Yo no pude contenerme por más tiempo. Allí mismo entonces caí de rodillas ante ELLA, y le dije, en una atroz mezcla de árabe, griego e inglés, porque en tales momentos las ideas se desordenan, que yo la adoraba cual no fue nunca adorada mujer alguna, y qué estaba dispuesto a vender mi alma inmortal por casarme con ella... y todo cuanto, en fin, podría decir cualquier hombre en esas condiciones y que la hubiera visto así, o toda la humanidad concretada en un hombre solo... ELLA pareció un poco sorprendida, y luego se echó a reír con toda franqueza y a palmotear llena de alegría.

-Tan pronto, Holly, tan pronto? : . . ¡Y yo que me preguntaba cuántos minutos tardaría en hacerte caer de rodillas!... ¡Ah, hacía tanto tiempo que no veía a ningún hombre arrodillarse ante mis plantas! Y créeme, es tan dulce este espectáculo para un corazón de mujer... ¡Ah!, la sabiduría ni los siglos pueden atenuar nada ese placer, que es un derecho de nuestro sexo únicamente... ¿Qué quieres, di, qué quieres?... ¿No sabes acaso lo que haces?... ¿No te he dicho ya que no soy para ti?... No amo más que a uno, y ése no eres tú. Con todo tu saber, Holly, y en cierto sentido te tengo por sabio, no eres mas que un necio que pretende ser loco... Quisiste mirar mis ojos... Pues bien, si te gusta mirarlos, ¡mira!... - Y se inclinó hacía mí clavando en las mías sus pupilas negras y aterradoras... -Bésame también, si lo deseas, porque gracias al plan que tienen las cosas, los besos no dejan señales en el corazón. ¡Pero si me besas, te lo advierto, el amor te devorará el alma y morirás!... Y se inclinó más aun hacia mí hasta que su suave cabello me rozó la frente y su aliento bañó mi rostro dejándome desmayado y flojo... Entonces, cuando yo extendía los brazos para abrazarla, se enderezó de súbito, y un rápido cambio se verificó en su aspecto. Extendió la mano y la puso sobre mi cabeza, y me pareció que de ella emanaba algo que me enfriaba la sangre y me devolvía el sentido común que había perdido, la noción de la decencia y de las domésticas virtudes...

- ¡Basta -de caprichoso alarde!... -dijo con acento severo-. ¡Holly, escucha! Tú eres un hombre bueno y honrado y no quiero dañarte..., ¡mas, ay, es tan difícil para la mujer tener esa piedad!... Te dije ya que no soy para ti; deja pasar por lo tanto sobre mí tus ideas como un aire vano, y que se hunda toda la polvareda de tu imaginación en la profundidad... sea... de tu desesperación, si así lo quieres... Tú no me conoces, Holly. Si me hubieras visto hace diez horas tan sólo, cuando la pasión me atacó, habrías huido de mi lleno de espanto. Yo soy una mujer de muy variable humor; como el agua de esa pila, reflejo muchas cosas; mas pasan luego, pasan y las olvido... Porque el agua es siempre agua, y o soy yo siempre también; lo que me ha hecho me hizo, y mi esencia no se puede alterar. No te preocupes, pues, de lo que parezco, ya que no puedes tú saber quién soy. Si me incomodas de nuevo me cubriré la cara y no me verás más.

Me levanté del suelo y me dejé caer en el sofá, a su lado. Ya la pasión insana no me incendiaba todo el ser, pero aun estaba conmovido, como el ramaje de un árbol después que pasa la racha que lo agita. No me atreví, por supuesto, a decirle que la

había sorprendido durante la noche anterior en el rapto de su humor infernal pronunciando maldiciones junto a la llama del sepulcro.

-Y ahora -continuó ella- come alguna fruta; créeme, la fruta es el verdadero alimento humano... ¡Oh!, cuéntame ahora de la filosofía del Mesías Hebreo, que vino después de mí, y que dices que rige ahora a Roma, Grecia, Egipto y a los bárbaros del Norte y el Oeste. ¡Peregrina filosofía debió ser la que enseñó, porque en mis días el pueblo no quería saber nada de la nuestra! La orgía, la lujuria, la sangre y el uso del frío hierro; el choque de los hombres en el campo de batalla, éstos eran los cánones de sus credos.

Había recobrado yo un poco el juicio y sintiéndome abochornado de la debilidad en que había sido sorprendido, hice cuanto pude para explicarle las doctrinas del cristianismo, a las que, sin embargo, vi que ponía poca atención, excepto en lo que se refería a nuestra noción del cielo y el infierno; todo su interés se fijaba en el "hombre" que las había enseñado.

- ¡Ah! - exclamó al fin -; ya comprendo lo que ha sido: una nueva religión... ¡Tantas he conocido! Y, sin duda, habrá habido algunas más desde que me hallo en estas cavernas de Kor. Siempre la humanidad le está pidiendo a los cielos una visión de lo que ellos descubren. El terror a la muerte y una especie de sutilizado egoísmo, esto es lo que arrean. las religiones. Repara, Holly mío, que todas las religiones reclaman lo futuro para sus adeptos, al menos para los buenos adeptos. El mal es para los ciegos que no quieren mirar y que ven, sin embargo, de indeciso modo, la luz adorada por los verdaderos creyentes, así como con peces ven las estrellas. Las religiones se forman y pasan luego, así como las civilizaciones, y no persiste nada más que el mundo y la naturaleza del hombre. ¡Ah!, si el hombre quisiera comprender que la esperanza viene de adentro y no de afuera..., que él mismo ha de labrar su propia salvación helo así, al hombre: contiene el aliento vital y la noción del bien y del mal, conforme el mal y el bien se presentan a él. ¡Que obre, pues, y que se mantenga derecho, en vez de inclinarse ante la imagen de algún dios ignoto, modelado a su semejanza, mas con mayor cerebro para pensar en el mal, y brazo más largo y fuerte para llevarlo a cabo!

Sin pensaba yo para mí -lo que demuestra cuán antiguo es el razonamiento, que no es a la verdad sino a una de las cantidades periódicas de la discusión teológica- que sus argumentos se parecían mucho a algunos que yo había oído en este siglo diecinueve en otros lugares, que por cierto no eran las cavernas de Kor, y con los que, diré de paso, no estoy conforme; mas no quise discutir con mi interlocutora, por muchas razones. La primera, porque tenía demasiada fatigada la inteligencia por las emociones que había sufrido, y después, porque estaba convencido de salir mal en la controversia.

Cosa dura es tener que discutir con un materialista vulgar que nos lanza a la cabeza tantos datos de estadística y tantos otros tomados de las geológicas capas; cuando uno no puede pagarle más que con las propias deducciones e instintos, y con los nevados copos de la fe; que, ¡ay!, tan fácilmente se funden en las ardientes brasas de nuestras diarias dificultades, y cuanto más duro no sería discutir con quien tenía un cerebro sobrenaturalmente perfeccionado, además de dos mil años de experiencia, y a su disposición también el conocimiento de casi todos los secretos de la naturaleza! Comprendiendo que era más posible que ELLA me convirtiera a mí, en vez de convertirla yo a ella, me pareció que menor sería dejar las cosas como estaban y permanecer callado. Más de una vez, después lo he sentido amargamente, porque así

perdí la única oportunidad que, según mal no recuerdo, se me presentó de saber lo que Ayesha en verdad creía.

-Vaya, Holly mío, que ya te has fastidiado de mí, puesto que estás tan silencioso -dijo ELLA, entonces, bostezando ligeramente -. ¡Hombre sin consistencia ni fe! ¡Y no hace aún media hora que estabas ante mí de rodillas!... ¡No te sienta la postura, Holly!... Jurándome que me amabas... ¿Y qué haremos ahora?... ¡Ah, ya lo sé! Iré a ver a ese joven, el León, como le dice Billali, que vino contigo y que tan enfermo está... La fiebre por ahora debe haber seguido ya su curso y si está a punto de morir, yo lo salvaré. No temas, Holly, que no usaré magia alguna. ¿No te he dicho ya que tal cosa no existe?... Lo único que hay es que sé conocer y aplicar las fuerzas que se encuentran en la naturaleza... Vete ahora, pues en cuanto tenga la medicina, iré a verle[13].

Marchéme entonces a mi alojamiento y me encontré a Job y a Ustane sumidos en una gran pena; decían que Leo estaba en la agonía de la muerte, y que me habían estado buscando por todas partes. Corrí junto al lecho: Leo estaba moribundo. Hallábase, sin sentido, respiraba con dificultad, y un leve temblor movía sus labios; de tiempo en tiempo estremecíase todo su cuerpo. Yo sabía bastante de medicina para comprender que dentro de una hora, o quizá menos, estaría fuera del alcance de todo terrenal auxilio... ¡Cómo maldije mi egoísmo, y él necio sentimiento que me había mantenido junto a Ayesha tanto tiempo, mientras mi pobre niño se moría! ¡Ay, cuán fácilmente el mejor de todos nosotros es precipitado al mal por el brillo de unos ojos de mujer!... ¡Cuán mísero y malvado era yo! Durante la última media hora, apenas si me había acordado de Leo, y eso que durante veinte años él había sido mi único compañero amantísimo y el mayor interés de mi existencia... ¡Y ahora, oh,. ¡Dios, quizá fuera tarde para todo!...

Retorcíame las manos en mi gran congoja, y miré a mi alrededor. Ustane estaba sentada sobre la cama, y en sus ojos ardía la triste luz de la desesperación. Job sollozaba ruidosamente en un rincón. Al notar que yo lo miraba con fijeza, salió a la galería a desahogar su pena. Toda esperanza, sin duda, se cifraba en Ayesha. ELLA únicamente podía salvarle ya, si no era una impostora, lo que no podía creer. Iría a buscarla y le imploraría que viniese. Al determinarme a ir, entró Job corriendo en la habitación, con las facciones descompuestas y el pelo literalmente erizado sobre la cabeza.

- ¡Oh, señor! ¡Que' Dios nos ampare! - murmuró lleno de espanto-. ¡Un muerto viene hacia aquí, deslizándose por la galería!....

No le entendí inmediatamente, pero luego caí en que debió haber visto a Ayesha embozada, y sus blancos lienzos sepulcrales y la extraordinaria y, suave ondulación de su andar le alucinarían hasta el punto de tomarla por un fantasma. Efectivamente, en seguida me lo expliqué todo, porque Ayesha misma entró en la habitación. Al verla, Job corrió hacia un rincón y pegó la cara contra la pared gritando:

- ¡Ahí está, ahí está!

Y Ustane, figurándose quién podría ser aquella temida figura, prosternóse de cara contra el suelo.

-A tiempo vienes, Ayesha –exclamé-. ¡El pobre muchacho se está muriendo!

---

[13] Ayesha era una gran química, y parece que la química era su único empeño y diversión Tenía una de las cuevas destinada a laboratorio, y aunque sus aparatos fuesen necesariamente groseros, los resultados que obtenía eran, como se verá siguiendo esta narración, bastantes sorprendentes.- L. H. H.

-Bien -dijo con voz dulce-; no importa, si no ha muerto aún, porque puedo volverlo a la vida, Holly mío. ¿Es ese hombre tu criado? ¿Reciben así a las visitas los criados de tu país? ,

-Es que tu traje le espanta... Te toma por un muerto ambulante.

Rióse y continuó:

- ¿Y esa muchacha?... ¡Ah!, es la de quien me has hablado. Bien está. Diles a ambos que se marchen, y veremos a tu León enfermo. No me gusta que los subalternos presencien mi saber.

Dije entonces a Ustane en arábigo, y a Job en inglés, que saliesen de la habitación; el último se apresuró a hacerlo porque no podía dominar-su terror; pero no así Ustane, que no se resolvía a irse.

- ¿Qué quiere ELLA? - murmuró la pobre, batallando entre el terror que le inspiraba su tremenda reina y su deseo de no separarse de Leo -. ¡Una mujer tiene sin duda el derecho de permanecer junto a su moribundo esposo!... ¡No, no me iré, mi señor Babuino!...

- ¿Por qué no se marcha esa mujer, Holly? -preguntó Ayesha desde el otro extremo de la habitación, en donde con aire distraído examinaba algunas esculturas del muro.

-No quisiera separarse de Leo -contesté, sin saber qué decir-. Ayesha se volvió, y señalando con el dedo a Ustane, pronunció una palabra, una sola, pero fue lo bastante; el tono con que fue dicha sugería volúmenes llenos de amenazas.

- ¡Vete! -dijo.

Y Ustane, arrastrándose sobre sus manos y rodillas, pasó ante ELLA y salió del lugar.

- ¿Ves tú, Holly mío? -dijo sonriendo-. Ya era tiempo de que le diese a esta gente una lección de obediencia. Esta muchacha casi pretendió desobedecerme, pero ella no vio esta mañana cómo castigo yo a los desobedientes. ¡Vaya, se marchó al fin! Déjame ver al joven ahora.

Deslizóse hacia el lecho en que Leo yacía, con la cabeza en la sombra y vuelta la cara hacia el muro.

-Noble cuerpo tiene - dijo al inclinarse para verle la cara.

Entonces vi de súbito su elevada figura de sauce retroceder tambaleándose como si hubiera recibido un balazo; retroceder tambaleándose hasta chocar contra la pared opuesta, brotando allí de sus labios el grito más espantoso; más sobrehumano que he oído en mi vida.

- ¡Oh, Dios! ¿Qué ha sido, Ayesha?... ¿Ha muerto?... - exclamé.

Volvióse a mí de un salto, acometiéndome como un tigre.

- ¡Perro mísero! murmuró con un silbido de sierpe, ¿Por qué me lo ocultabas? -y extendió su brazo como para matarme.

- ¿Qué ha sido? ¿Qué? - dije poseído del mayor espanto.

-Quizá lo ignorabas... - dijo recomponiéndose -. ¡Ah!

Oye. Holly mío: ahí yace..., ahí yace mi perdido Kalikrates... ¡Kalikrates, que al fin ha vuelto a mí, como lo esperaba..., como yo lo sabía!... -y rompió a sollozar y a reír... como todas las mujeres en casos semejantes, murmurando: "¡Kalikrates..., Kalikrates!"...

- ¡Vaya un disparate! -exclamé para mis adentros, pero no me atreví a repetirlo en voz alta. Yo entonces no pensaba sino en la gravísima condición del pobre Leo, y todo 1o demás me era indiferente. Lo que yo temía ahora era que el muchacho muriese mientras ELLA se abandonaba a su femenina emoción.

-Ayesha, si no lo remedias -le dije por vía recordativa-, tu Kalikrates estará en breve fuera de tu alcance... Repara que se está muriendo...

- ¡Es verdad! -exclamó, y continuó angustiada-: ¿Por qué no vine antes? ¡No tengo fuerzas! ¡A¡ ¡mano tiembla!... ¡NI¡ misma mano! ¡Pero es natural!... Ah!, tú, Holly, toma este frasco. - Y me dió una vasija delgada y pequeña de barro cocido que sacó de los pliegues de su ropa-. ¡Toma! Derrama el contenido en su boca. Si no ha muerto aún, lo curará... ¡Pronto, pronto, que se muere!

Lancé al enfermo una mirada; era cierto. Leo se hallaba en agonía. Vi que su rostro se puso amarillento, y oí el rumor que hacía su respiración en la garganta. El frasco estaba tapado con una espiga de madera. Lo destapé con los dientes, y me cayó en la lengua una gota del líquido. Tenía un saborcito dulce, y por un segundo me produjo vértigos y me cruzó una neblina por los ojos, pero afortunadamente el fenómeno pasó tan pronto como se produjo.

Al llegar junto a Leo, éste expiraba realmente. Su dorada cabeza se movía lentamente de un lado para otro, y tenía la boca entreabierta. Llamé a Ayesha para que le sostuviera la cabeza y consiguió hacerlo, aunque le temblaba todo el cuerpo como una hoja de- álamo trémulo o como .un potro espantado. Forzándole un poco las mandíbulas derramé en la boca del pobre Leo el líquido, que producía un vaporcillo como el del ácido nítrico cuando se agita, lo que no aumentó mi confianza, bastante débil ya, en la eficacia del tratamiento.

Pero era evidente una cosa, las ansias mortales habían cesado... De pronto creí que era porque ya había pasado por ellas, porque había cruzado el tremebundo río... El rostro se le puso lívido, los débiles latidos del corazón parecieron cesar, los párpados, únicamente, se estremecían un poco. En mi duda, alcé los ojos a Ayesha, cuyo rebozo había caído al retroceder llena de excitación por el cuarto, y la vi sosteniendo aún la cabeza, y mirándola con el rostro tan lívido como el del moribundo, y con tal expresión de ansiosa agonía, que aun en aquel momento me asombró. Era evidente que ella misma no sabía si se salvaría o no el joven.

Cinco minutos pasaron y me pareció que la esperanza también a ELLA abandonaba. El bello óvalo de su rostro se alargaba visiblemente, como bajo la presión de su congoja mental, cuyo pincel trazaba obscuras manchas en las ojeras; apagóse el coral de sus labios, que se pusieron tan blancos como los dé Leo, y tan palpitantes estaban que daba pena verlos. Era lastimoso mirarla, y aun yo mismo la compadecía.

-¿Era muy tarde ya? -murmuré:

No me contestó. Hundióse la cara entre las manos, y yo me volví un poco... Mas al hacerlo, escuché un alentar profundísimo, y mirando a Leo vi que le subía por el rostro un imperceptible matiz, que fue aumentando hasta que... ¡oh, maravilla de las maravillas!, el hombre que creíamos muerto se movió él solo, echándose sobre un costado.

-¿Has visto? -pregunté murmurando.

-¡He visto! -contestó roncamente-: Ya está salvado. Me pareció que habíamos llegado tarde... Otro momento más, un pequeño instante... y se habría ido... -Y su llanto y sus sollozos estallaron al punto que parecían partirle el corazón; mas luego observé que hacía un esfuerzo para contenerse y parecer más bella, lo que consiguió.

-Perdóname, Holly, perdona mis debilidades -dijo entonces-. Ya ves, después de todo, no soy más que una mujer... Pero medita, medita en ello... Hace un rato me hablabas del lugar de tormento inventado por esa religión tuya, el infierno, como lo llamaste; un lugar donde continúa viviendo la esencia vital, que retiene la memoria

del individuo, y donde todos los yerros y faltas del vicio, las pasiones no satisfechas y los vanos terrores de la mente que alguna vez se tuvieron acuden en tropel a perseguir, burlar, mortificar y retorcer el alma por los siglos y los siglos, con la visión de su propia desesperanza. Pues así, asimismo, he vivido yo durante dos mil años, durante sesenta generaciones, según vuestras medidas del tiempo, atormentada por la memoria de un crimen, atormentada día y noche por un, ansia no satisfecha, sin compañía, sin consuelo, sin muerte y solamente conducida en mi tristísima jornada por los fuegos fatuos de la esperanza, que a veces chisporroteaban y se apagaban, y a veces revivían, cuando mi saber me aseguraba que a la larga vendría mi libertador... Piensa, piensa bien en ello, Holly; porque jamás oirás nada como esto, jamás verás escena igual, no, aunque te concediera diez mil años de existencia, que te concederé si en premio me lo pides; piensa en que si al fin ha vuelto ese libertador, al que he estado aguardando con ansia durante tantas generaciones; que ha vuelto a buscarme a la hora señalada, como sabía yo que volvería, porque mi saber no podía equivocarse, aunque no supiera cómo ni cuándo volvería... Ves cuán ignorante era, sin embargo? ¿Cuán reducida es mi ciencia, y cuán débil mi fuerza?... Durante largas horas ha estado aquí enfermo, a las puertas de la muerte, y yo no lo sospechaba... ¡Yo, que lo esperaba hacía dos mil años, no lo sabía!... Y cuando al fin lo contemplo, mi suerte apenas si ha pendido de un cabello, aun antes de concebirla bien, porque estaba casi hundido en las fauces de la muerte, de donde ningún esfuerzo mío podría arrancarlo... Y si de nuevo llegase a morir, tendría que haberme sumido en el infierno de que tú hablas, de nuevo tendría que aguantar los inacabables siglos, y esperar el cumplimiento del tiempo en que habría, de regresar mi amado... Cuando tú le diste la medicina, y se detuvieron arrastrando esos inmensos cinco minutos en que yo no sabía si moriría o viviría, ¡Holly, Holly, yo te digo que las sesenta generaciones transcurridas antes no me parecieron tan largas como ese lapso!... Pero al fin pasó, sin que él diese señales de revivir, y yo sabía que si en ese intervalo la droga no producía efecto, no lo produciría jamás..., ¡yo lo sabía! Entonces volvía a creer que había muerto, y todos los tormentos de todos los años se concentraron en la punta de una sola lanza emponzoñada que me atravesó veinte veces, porque otra vez perdía a Kalikrates... Y entonces, cuando todo había concluido... ¡ay!, él suspiró, ¡sí!, revivió, y supe que viviría, porque nadie a quien la droga hace efecto muere... Piensa en ello, Holly... ¡Piensa en lo tremendo de mi caso!... ¡El dormirá durante doce horas, y al despertar estará curado!...

Cesó entonces de hablar Ayesha, y puso la mano sobre la dorada cabeza de mi amigo. Inclinóse sobre él luego y le besó la frente con tan casto abandono y ternura, que hubiera sido adorable para mí a no sentirme extrañamente herido en el alma, pues... ¡sentía celos!

CAPITULO XVIII
¡VETE!

SIGUIÓSE a esto un momento de silencio, en el que ELLA parecía, a juzgar por la angelical expresión de su rostro, encontrarse en un éxtasis de dicha. De pronto, se le cambió en la expresión más absolutamente contraria, como si la hubiera asaltado un recuerdo, y murmuró con la voz conmovida por una ira que en vano. Pretendía disimular:

¡Casi la había olvidado! ¿Y esa mujer, esa Ustane?... ¿Qué es ella para Kalikrates? ¿Su criada, o su...?

Encogíme de hombros y contesté:

-Entiendo que es su mujer, conforme a la costumbre de tu propio pueblo; pero no sé hasta qué punto...

El rostro de ELLA se obscureció, como el cielo azul cubierto por un nimbus tempestuoso. En los años que había vivido, Ayesha no había logrado dominar el sentimiento de los ce los...

- ¡Pues eso ha de concluir!... Esa mujer morirá ahora mismo.

- ¡Ah, no, no! -exclamé-. Sería un crimen atroz, y el crimen no produce sino .males... ¡Por ti misma te conjuro que no lo hagas!...

- ¿Es un crimen, hombre necio, destruir lo que se nos coloca al paso para realizar nuestra voluntad?... Nuestra vida, entonces, Holly, no es más que un largo crimen, porque diariamente estamos matando y destruyendo a otros para poder vivir, ya que en este mundo sólo el más fuerte sobrevive.

Pero yo estaba determinado a salvar a Ustane de la suerte atroz que la amenazaba bajo el poder de su todopoderosa rival; yo la quería y apreciaba sinceramente, y tuve valor para seguir defendiéndola.

- ¡Ayesha!, déjala; tú eres demasiado superior a mí para que mi inteligencia pueda comprenderte; mas tú misma me has dicho que cada uno debe formarse su propia ley y seguir sin vacilar los dictados del corazón. ¿No abriga el tuyo lástima ninguna para aquella cuyo puesto deseas ocupar? Piensa en que, como tú dices, aunque el hecho para mí es, ininteligible, ha vuelto al fin tras largos años aquel a quien aguardabas, y a quien has arrancado de las garras de la muerte... ¿Y vas ahora a celebrar su regreso matando a quien mucho lo amaba, y a quien él ama quizá; a quien te salvó heroicamente la vida del que amas cuando las lanzas de tus esclavos iban a herirle?.. . ¿No has dicho tú también que en otros días dañaste cruelmente a ese hombre, y que lo mataste con tu propia mano porque amaba a la egipcia Amenartas?

- ¿Cómo sabes eso, extranjero? ¿Cómo conoces tú ese nombre que yo no te he dicho? -gritó agarrándome por el brazo.

- ¡Lo habré soñado, quizá! - contesté-. Sueños muy raros acuden al lecho en estas cavernas de Kor... ¡Mas parece que el sueño era imagen de la verdad!... ¿Y qué sacaste de tu insano crimen? ¿No tuviste que aguardar por él dos mil años? ¿Quieres ahora que se repita la historia?... Di lo que quieras; yo te afirmaré, sin embargo, que grandes males nacerán de él; porque nadie recoge más que el fruto de sus obras: del bien nace el bien, del mal, el mal; aunque en los días venideros del rural salga el bien. ¡El daño tiene siempre que resultar, ¡ay!, empero, de quien lo provoca!... Así dijo el Mesías de quien yo te hablé, y lo que dijo es verdad. ¡Si tú matas a. esas mujer inocente, te digo que por ello serás maldita, y que no cosecharás la fruta de tu

antiguo árbol del amor!... Y dime, ¿cómo crees tú que ese hombre te tomará con las; manos enrojecidas por la sangre de quien tanto lo amó y cuidó?...

-En cuanto a eso, bien lo sabes tú. El me habría de amar aunque te hubiera matado a ti y a ella, porque él no podría evitarlo; así como tú no podrías evitar lar muerte, si yo quisiera matarte, Holly. Empero, yace, la verdad en tus palabras, porque yen cierto modo pesara sobre mi mente. Sea, perdonaré a esa mujer... ¿No te he dicho que no soy cruel por el gusto de serla? No me gusta ver sufrir ni hacer sufrir... Llámala, pues... Mas llámala en seguida antes de que mi humor actual varíe...- Y así diciendo, cubrióse rápidamente la cara con las gasas.

Satisfecho por haber obtenido este resultado siquiera en favor de Ustane, salí a la galería en su busca. Vi su traje blanco destacarse en la sombra, a unas cuantas yardas de distancia, junto a una lámpara y la llamé. Vino corriendo.

- ¿Ha muerto ya mi señor?...¡Ah, no digas que murió! - exclamó llorando.

Miraba yo compadecido su hermoso y noble rostro, todo bañado en lágrimas, contraído por el dolor, y sus ojos suplicantes aguardaban una tristísima respuesta.

-No, no ha muerto. ELLA le ha salvado - contesté -. Ven, entra conmigo.

Suspiró profundamente, entró y se dejó caer sobre sus manos y rodillas ante la terrible reina, conforme a la costumbre de: su pueblo.

-Ponte de pie - dijo ELLA con su voz más fría - y acércate.

Ustane obedeció, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se colocó delante. Hubo una pausa.

- ¿Quién es ese hombre? - dijo por fin ELLA señalando a Leo dormido.

-Ese hombre es mi esposo --contestó Ustane en voz muy baja.

- ¿Quién te lo dió por esposo?

-Tómelo por tal, ¡oh, Hiya!, en virtud de la costumbre.

-Pues mal hiciste en ello, porque es un extranjero. No es un hombre de tu raza, y la costumbre no vale en este caso... Escucha... Quizá por ignorancia lo hiciste, mujer, y por ello te perdono; si no, hubieras muerto... ¡Escucha otras vez! Vete de aquí a tu propio lugar y no vuelvas a penar ni a hablar más de este hombre; no es para ti... ¡Y escucha por tercera vez! Si violas mi mandato, morirás era ese mismo instante... ¡Vete!

Más Ustane no se movió.

- ¡Mujer, vete!

Alzó entonces la cabeza Ustane, y vi que tenía el rostro todo descompuesto de dolorosa ira.

- ¡No! dijo con la voz ahogada-. ¡No, Hiya, no me iré! ¡Este hombre es mi esposo y yo lo amo!... ¡Yo lo amo y no me separaré de él!... ¿Qué derecho tienes para obligarme a dejarlo?

Sorprendí un estremecimiento en la figura de Ayesha, y también me estremecí pensando en lo peor.

- ¡Sé piadosa, oh, Hiya! -díjele en griego-. La naturaleza es la que obra...

-Soy, bien piadosa - me contestó fríamente-. ¿No existe ella aún?... -Y luego, dirigiéndose a Ustane- Mujer, te he dicho que te vayas de aquí; si no me obedeces, te destruiré ahí mismo donde estás...

- ¡No me iré, no me iré!... ¡Ese hombre es mío! exclamó la infeliz Ustane con angustia -. ¡Yo lo tomé y le salvé la vida! ¡Mátame si puedes...; no te cederé mi esposo!... ¡Jamás, jamás!...

Un veloz ademán hizo Ayesha entonces; tan veloz que no pude seguirlo con los ojos, pero me pareció que había tocado ligeramente con una mano a Ustane en la cabeza. Miré a ésta y di hacia atrás un paso, horrorizado, porque en el pelo castaño, sobre la frente de la muchacha, vi tres marcas blancas como la nieve. Ustane estaba como deslumbrada y se había llevado las manos a los ojos.

- ¡Cielos! -exclamé, abrumado ante esa manifestación espantosa de sobrehumana potencia.

ELLA rió levemente y dijo

- ¿Creíste, pobre necia, que yo no tenía potencia para matarte?... Aguarda, ahí hay un espejo - y señaló el nécessaire de Leo que Job había preparado con otros objetos, sobre un tocador improvisado -; dáselo a esa mujer, Holly, que vea las marcas que le he hecho, y sepa si puedo o no fulminarla en el acto.

Tomé el espejo y lo sostuve ante los ojos de la infeliz. Miróse, tocóse el pelo, miróse de nuevo, y cayó luego en tierra, lanzando una especie de sollozo o gemido.

- ¿Te irás ahora - agregó Ayesha con acento burlón -, o quieres que te hiera de nuevo?... Mira, te grabé mi sello, y por él te conoceré hasta que todo tu cabello se ponga tan blanco como él. Si de nuevo te veo aquí, no tardarán en quedar tus huesos tan blancos como esa marca. ¡Vete!

La desventurada muchacha, espantada y herida en el alma de tan atroz manera, se alzó como pudo y pasó arrastrándose ante ELLA, y gimiendo salió a la galería...

Pasé la noche junto a Leo, que durmió perfectamente sin moverse. También dormí yo un poco, que bastante lo necesitaba, pero con sueño agitado, lleno de los horrores de que había sido testigo. Principalmente me asaltaba aquella hazaña diabólica de Ayesha al dejar la huella de sus dedos sobre las cabellos de su rival. Tan terrible había sido el movimiento, tan rápido y serpentino, y tan instantáneo el blanqueamiento de la triple raya, que dudo, a la verdad, que me hubiera impresionado menos verla morir a Ustane. Aun en la actualidad, de vez en cuando, se me presenta en sueños tan horrenda escena, y contemplo a la infeliz mujer sollozando espantada, con una señal sobre la frente, como Caín, y lanzando, al salir de la habitación, arrastrándose ante su reina, su postrer mirada de inefable angustiosa despedida a su amante dormido.

Tuve también otra pesadilla. Figúreme que la inmensa pirámide de esqueletos se conmovía, y que de ella empezaron a brotar andando, por cientos, miles y miles, en batallones, regimientos y ejércitos, aquellos esqueletos, a través de cuyos costillares lucía el resplandor solar, y que precipitándose por la llanura hacia Kor, su gran ciudad, hacían que se bajase a su llegada el puente levadizo, abrirse de par en par la puerta mural .y resonar sus huesos al rozar con las broncíneas hojas, desparramándose luego por las calles espléndidas y las plazas anta soberbias fuentes y bellos palacios y templos de grandeza indescriptible. Pero no había ningún hombre para recibirlos, ni a las ventanas se asomaba ninguna cabeza de mujer, y solamente se escuchaba de tiempo en tiempo un gran pregón, flotando invisible en el aire, que clamaba: "¡Kor, la imperial!, ¡cayó!... ¡Cayó!... ¡Cayó!..." Y esas falanges de blancura luciente iban marchando por la ciudad, y el rumor de sus pasos era repetido por Ios ecos del espacio, conforme el tropel pasaba tristísimamente... Subiéronse luego a las murallas, y marcharon por la gran calzada que sobre ella corría, hasta que al fin llegaron al puente levadizo... Y entonces volvieron a su sepulcro, y el sol poniente, que los atravesaba con sus rayos cárdenos, lanzaba las gigantescas sombras de sus huesos, que se extendían sobre la llanura moviendo larguísimas

piernas de araña, hasta que llegaron a la caverna, donde penetraron arrojándose en inacabable fila por el agujero para formar de nuevo la pila de la profunda sima subterránea...

Desperté entonces y vi á. Hiya que se habla mantenido durante todo mi sueño entre el lecho de Leo y la piel donde estaba yo tendido, deslizándose como una sombra para salir de la habitación.

Dormíme de nuevo al poco rato, pero con sueño más profundo y tranquilo, y cuando al fin desperté me encontré más fuerte y satisfecho. Cuando se acercó la hora prevista por Ayesha para que Leo despertara, ELLA apareció de nuevo en el cuarto, velada como de costumbre.

-Ya verás, Holly -me dijo-, cómo ahora se despierta en su sentido y sin fiebre.

Apenas había acabado de hablar, Leo se movió, estiró los brazos, bostezó, y observando una forma femenina que se inclinaba sobre él, la enlazó con los brazos y la besó, tomándola por Ustane, y diciéndole en arábigo:

- ¡Hola, Ustane! ¿Por qué te has envuelto así la cabeza? ¿Tienes dolor de muelas? - y agregó en inglés -. ¡Tengo un hambre atroz!... ¡Tú, Job, vieja prole de un cañón! ¿Qué tenemos ahora por hacer, eh?

- ¡Ah, míster Leo, ojalá lo supiera yo!... - contestó Job, pasando con muchos reparos junto a Ayesha, a la que aun miraba con gran miedo, porque no, estaba muy seguro todavía dé que no era una resucitada. Pero usted no debe hablar, míster Leo, pues ha estado gravísimo y nos ha dado mucho cuidado... Y si esta señora - agregó mirando a Ayesha -, no tiene inconveniente en apartarse un poco, le traeré su sopa.

Leo entonces se fijó en la señora, que tan silenciosa estaba, y exclamó:

- ¡Hola! ¿Conque no es Ustane?... ¿Dónde esta ellas?

Ayesha entonces le habló por vez primera y sus primeras palabras fueron mentirosas.

-Salió de visita - dijo -; pero mira, aquí estoy yo que soy tú criada.

La voz Argentina de Ayesha pareció confundir su intelecto; pero no dijo nada, sino que se puso a tornar so caldo con bastante apetito; después se volvió a acostar y se durmió casi en seguida para no despertar hasta la tarde. Entonces s me vio a mí y se puso a interrogante sobre lo que había pasado; pero yo le contesté evasivamente y le obligué a dormir de nuevo, lo que hizo tranquilamente hasta la mañana, en que se despertó admirablemente mejorado. Pude contarle algo entonces de su enfermedad y de lo que me había pasado a mí pero como Ayesha restaba presente, no fue, a la verdad, mucho lo que le dije: que ELLA era la reina del país y que nos mostraba muy buena voluntad, aunque era gusto suyo el andar embozada. Aunque yo hablaba en inglés, por supuesto, tenía gran temor de que nos entendiese ELLA por la expresión de nuestros rostros, y además, no olvidaba las advertencias que me había hecho.

Al día siguiente Leo se levantó casi restablecido. La herida del costado se había cicatrizado y su vigorosa constitución se había recobrado de la pérdida de fuerzas ocasionada por su terrible fiebre, con una rapidez que no puedo atribuir más que a la maravillosa medicina que se le había administrado, y también al hecho de que su enfermedad había sido, aunque violenta muy breve. Más con la salud le volvía el recuerdo de todas sus aventuras, hasta el punto en que perdió los sentidos en medio del pantano, y también, por supuesto, el recuerdo de Ustane, a quien vi entonces que había tomado un gran cariño. Y a la verdad que me abrumó a preguntas sobre la pobre muchacha, qué yo no podía contestarle, porque Ayesha me había llamado después que despertó Leo la primera vez y advirtióme, solemnemente, que no le

dijera nada sobre el punto, sugiriéndome, con ,la mayor delicadeza, que me costaría caro desobedecerla. También me advirtió que le dijera lo menos posible sobre ella misma, porque se reservaba el derecho de hacerlo a su debido tiempo.

Su conducta, a la verdad, había variado mucho. Yo esperaba, por lo que había visto, que ELLA se aprovecharía de la primera oportunidad para apoderarse de quien creía que era su amante del mundo antiguo, pero por algún motivo íntimo que ignoro; no procedió así. No hacía más que atenderlo dulcemente, con una humildad que contrastaba de un modo notable con sus imperiosas actitudes anteriores, hablándole en un tono casi respetuoso y quedándose a su lado la mayor parte del tiempo.

Es natural pensar que la curiosidad de Leo a propósito de ELLA fuese tan grande como había sido antes la mía -y que tuviese grandes deseos de verle el rostro, que yo le había manifestado, sin entrar en detalles, que era bellísimo, tanto, como sus formas y su voz. Esto era suficiente para excitar la curiosidad de cualquier joven en alto grado, y si no hubiera sido porque aun no se había librado por completo de los efectos de su enfermedad, y que tenía el ánimo muy preocupado a propósito de Ustane, de cuyo afecto y heroísmo siempre me estaba hablando con profunda emoción, no dudo que hubiese caído en las redes que ELLA le tendía, y que la hubiera amada con anticipación.

Pero si no estaba enamorado ya, dominábalo una gran curiosidad, y se sentía asombrado ante ELLA como yo mismo, pues aunque nada se le había dicho sobre su edad extraordinaria, él la identificaba naturalmente con la mujer de que se hablaba en el fragmento de vaso. Y al fin, viéndome rendido ante su continuado interrogar, díjele que fuese donde la misma Ayesha en busca de informes sobre Ustane, cuyo paradero desconocía yo verdaderamente y sobre todo cuanto quisiera saber más. Así lo hizo, y después de un buen almuerzo, nos presentamos a Hiya sin más ceremonias, dejándonos pasar los mudos gracias a las expresas órdenes de su reina.

Estaba sentada, como de costumbre, en la que nosotros llamábamos, a falta de mejor nombre, su boudoir. Al descorrerse las cortinas se levantó, y con manos extendidas vino a recibirnos, o más bien, a recibir a Leo, porque ya a mil me había relegado a segundo término. Pero fue, a la verdad, un bonito aspecto el que presentó su blanca velada forma deslizándose hacia el vigoroso joven inglés, vestido con su traje de franela gris, pues, aunque por su sangre Leo tenía algo de griego, pocos habrá que tengan, excepto en sus cabellos, más aire británico que el suyo. No tenía esa suave figura y blandas maneras propias; del griego moderno, aunque sí mucha de aquella personal hermosura heredada de su madre, a juzgar por el retrato. Mas aunque era tan alto y tan voluminoso de tórax, no era pesado su donaire, como el de muchos hombrones, y tenía de tal arrogante y firme modo plantada la cabeza, que bien merecía el nombre de León que le dieran los amajáguers.

- ¡Salud, mi joven señor extranjero! - díjole ELLA dulcísimamente -. Alegre estoy, en verdad, de verte sobre tus pies... Créeme, que si no intervengo yo en el supremo instante, ellos no te habrían sostenido más... Pero ya pasó el peligro, y a mí me toca ahora... (y puso un mundo de promesas en su acento) Hacer que no se vuelva a presentar jamás para ti.

Leo se inclinó cortésmente, y en su mejor árabe le agradeció su bondad hacia un extranjero desconocido.

-No, no - replicó ELLA -. ¿Cómo podría dejar morir a un hombre así?... ¡La belleza es muy rara sobre la tierra!... ¡No me agradezcas nada, que la dicha es mía porque has venido!

- ¡Hola, viejo! - exclamó en inglés el travieso muchacho -. La señora es política de veras... Parece que hemos caído sobre flores... ¡Eh! tú no habrás, desperdiciado tus ocasiones... ¡Y, por Júpiter, qué par de brazos tiene!

Dile -un pellizco para que se portara como es debido, porque sorprendí la mirada de los velados ojos de Ayesha que me interrogaban curiosamente.

-Espero - continuó ELLA - que mis criadas te han atendido bien, porque si alguna comodidad existe en este pobre lugar, seguro debes de estar de que te pertenece...Di, ¿qué más puedo hacer por ti?...

- ¡Oh, sí, Hiya! - contestó Leo con viveza. -. Quisiera saber dónde ha ido la señora que me asistía

- ¿Ah, si..., la muchacha?... Pues ya la he visto. Es decir, dónde está no lo sé. Dijo que quería marcharse y se fue... Quizá vuelva, y quizá no... Es cosa pesada asistir a los enfermos, y estos salvajes son muy inconstantes.

Leo, al oírla, quedó un tanto disgustado y triste.

-Raro es esto, en verdad - díjome en inglés; y agregó dirigiéndose en arábigo a ELLA - No puedo entender cómo ha sido esto, porque esa joven y yo..., bien sabrá usted, en fin..., teníamos ciertos compromisos...

Ayesha se rió un poco musicalmente, y cambió de conversación.

CAPITULO XIX
"¡QUIERO UN MACHO CABRÍO!"

Y continuó luego tan variable nuestra conversación que, a la verdad, ni recuerdo de qué tratamos. Ayesha no hablaba con su habitual franqueza, quizá para no revelar sus verdaderos sentimientos, o por otra razón que desconozco. Al fin le dijo a Leo que, para divertirnos, había dispuesto a realizar un baile para aquella noche.

Me asombré: al oír esto, pues me había figurado que los amajáguers eran gentes demasiado sombrías para permitirse frivolidades semejantes; pero, como luego se verá, resultó que e un baile amajáguers en nada se parecía a las festividades que en los demás países, salvajes o civilizados, se conocen con ese nombre. Cuando estábamos a punto de retirarnos, ELLA propuso a Leo visitar las maravillas de las tumbas, a lo que él asintió gustoso, y a ello fuimos en compañía de Billali y Job.

No la describo porque sería la mera repetición de lo que ya he dicho a propósito de ellas, por más que las tumbas en que entramos fueran otras, ya que, como he dicho, la montaña estaba toda tan llena de ellas, que parecía un panal[14], perno los contenidos eran casi siempre semejantes. Visité de nuevo la pirámide de huesos que en sueños se me había representado la noche anterior, y de ahí fuimos por un: largo pasadizo a una de las grandes excavaciones ocupadas por los cadáveres de los ciudadanos pobres de Kor. Estos no estaban conservados tan bien como los demás y se hallaban colocados en grupos de quinientos a mil, amontonados unos sobre otros como las pilas de muertos después de las grandes batallas.

Después de las visitas a las tumbas volvimos a comer, porque ya eran más de las cuatro de la tarde y necesitábamos todos, y especialmente Leo, alimento y descanso. A las seis fuimos de nuevo a presentarnos a Ayesha, que se divirtió aterrando á nuestro pobre criado con las imágenes evocadas; en el agua clara de la pila.

Por mí supo ELLA que Job pertenecía a una familia de diecisiete hermanos, y le ordenó que pensase en todos ellos, o en la mayor parte de los que pudiera acordarse, y que los concibiese reunidos en la pieza principal de la paterna casa rústica. Díjole luego que mirase el agua, y allí, reflejada sobre la tranquila superficie, contemplamos una escena transcurrida años atrás, tal como. se representaba en el cerebro del asombradísimo fámulo. Algunos de los rostros aparecían muy claros, mas otros eran meros borrones o manchas difusas con alguna que otra facción desmesuradamente exagerada; hecho que se atribuyó a que Job era incapaz de recordar con exactitud la cara de los individuos, o que sólo tenía presente alguna de sus peculiaridades, y el agua únicamente reflejaba lo que su mente evocaba.

Porque ha de tenerse presente que la potencia de ELLA estaba limitada estrictamente en este caso; podía, al parecer, fotografiar sobre el agua lo que realmente pasaba por la mente de alguna persona que allí estuviese, mas únicamente por la voluntad de esa persona. Pero si ELLA conocía realmente alguna localidad, como en el caso nuestro del ballenero sobre el canal, podía arrojar su reflexión sobre el agua, así como la de cualquier cosa que se verificase en la localidad. Sin embargo, este poder suyo no se extendía a la mente ajena; por ejemplo: podía enseñarme el interior de la capilla de mi colegio de Cambridge, tal como yo lo recordaba, pero no como estuviera en el instante mismo de la reflexión, pues con. respecto a otras

[14] Durante algún tiempo me preguntaba qué podía saberse hecho con la enorme cantidad de piedra que se había sacado para la excavación de las inmensas catacumbas, pero luego supe que la mayor parte se e había empleado en la creación de la ciudad de Kor, de sus edificios, murallas, desagües y depósitos de agua.

personas, su arte se limitaba a los hechos o memorias presentes en su conciencia en el momento dado. Y tanto era así, que cuando queríamos representarle edificios célebres como la capilla de San Pablo o el palacio del Parlamento en Londres, el resultado era muy imperfecto, porque aun cuando nosotros tuviéramos una buena idea general de su conjunto, no podíamos tener presente la multitud de los detalles arquitectónicos, y faltaban, por ende, todas las minuciosidades necesarias para su reproducción perfecta.

Pero Job era incapaz de comprender esto, y muy lejos de aceptar la explicación natural del fenómeno – que después de todo o no era, aunque peregrino, más que un ejemplo brillante de la telepatía perfeccionada -, sostenía que era la manifestación diabólica de la más negra magia. No olvidaré el aullido de terror que lanzó al ver los retratos más o menos claros de sus amigos y hermanos ausentes reproducidos en el agua, ni la alegre carcajada con que Ayesha acogió su consternación. Tampoco a Leo le gustó mucho; Pasóse los dedos entre los dorados rizos y dijo que le daban escalofríos esos misterios.

Después de una hora que pasamos distraídos, de una manera que no fue diversión para Job por cierto, los mudos le advirtieron a su reina, por señas, que Billali esperaba audiencia. Mandósele pasar, arrastrarse, mejor dicho, lo que hizo con su torpeza acostumbrada, y anunció que el baile estaba ya dispuesto, y que comenzaría cuando la reina y los extranjeros lo quisieran.

Levantámonos todos; Ayesha sé echó encima un manto negro, el mismo, diré entre paréntesis, que tenía puesto cuando la sorprendí maldiciendo en el sepulcro de Kalikrates, y salimos

El baile se iba a verificar al aire libre, en la explanada de piedra que estaba a la entrada de la caverna y hacia allí nos dirigimos. Como a unos quinientos pasos del arco de la entrada vimos tres sillas, en las que nos sentamos a esperar, puesto que no se veía allí a ningún bailarín. La noche era bastante oscura, pues la luna aun no había salido, así es que nos preguntábamos cómo podríamos ver la fiesta. Leo le hizo o la observación a Ayesha.

-Ya lo sabrán - dijo ELLA riendo.

Efectivamente, lo comprendimos Apenas había hablado cuándo de todas partes vimos surgir formas oscuras llevando lo que al principio tomamos por enormes antorchas encendidas, y que ardían tan furiosamente que las llamas tenían más de una yarda de longitud, dirigidas hacia atrás de los qué las llevaban. Estos se nos acercaron en número de más de cincuenta, asemejándose a infernales demonios, tan negros y con su ígnea carga. Leo exclamó entonces:

- ¡Cielos, son cadáveres las antorchas!...

Tenía razón. Las luces que habían de alumbrarnos la fiesta eran las momias de las cavernas.

Precipitáronse todos los portadores de tan fúnebres luminarias hacia un lugar dado, y arrojaron en él los cadáveres, con lo que se formó una gran hoguera. ¡Cómo ardía aquello, cielo santo, y cómo surgía! Ningún barril de brea hubiera ardido mejor que aquellas momias; ¡pero esto no fue todo! De pronto vi que un Amajáguer grandote agarró un brazo ardiente que se había desprendido de su cuerpo principal, y salió corriendo por la oscuridad. Detúvose al fin, y un alto rastro de fuego brotó derecho en el aire, iluminando la negrura y también la lámpara que lo producía. La lámpara era una momia de mujer atada a una gruesa estaca clavada en un agujero hecho en el suelo rocoso, y el salvaje la había encendido prendiéndole los cabellos:

Anduvo unos cuantos pasos más y prendió otra, y luego otra, y otras, hasta que al fin nos vimos rodeados por un gran círculo de cuerpos humanos ardiendo furiosamente, porque la substancia con que habían sido embalsamados era tan inflamable que de las orejas y la boca de los muertos brotaban ígneas lengüetas de más de un pie de largo.

Nerón iluminaba sus jardines con cristianos vivos untados en brea, y a nosotros se nos festejaba de un modo parecido, probablemente por primera vez desde el tiempo del romano emperador, aunque afortunadamente las antorchas no eran seres con vida.

Pero aunque nos faltase este elemento de horror, gracias a Dios, era tan espantoso y horrible el espectáculo que se nos presentaba, que apenas si me atrevo a describir la impresión que nos causó. Para empezar, diré que hería nuestra sensibilidad moral tanto como la física. Algo había de muy terrible, aunque también de muy fascinador, en el empleo de los muertos antiquísimos para iluminar las orgías de los vivos; la cosa en sí misma era una sátira amarga para ambos: vivos y muertos, y para la humanidad. Las cenizas de César o de Alejandro Magno, podrían servir o no de tarugo al agujero de un barril, como dijo Hamblet, mas la función de estos otros césares de lo pasado era alumbrar una diversión de salvajes.

A tales bajos usos somos destinados, tan poco aprecio nos reservan esas codiciosas multitudes de descendientes que creamos, muchas de las cuales, en vez de venerar nuestra memoria, viven sólo para maldecirnos por haberlos puesto en un mundo tan cargado de penas...

Además, teníamos el lado físico del espectáculo, que era bien fantástico y espléndido por cierto. Estos antiguos ciudadanos de Kor ardían como habían vivido-, si juzgamos por sus inscripciones, demasiado a prisa y con mayor liberalidad. Y lo que es más, había una gran abundancia de ellos. Apenas ardía una momia hasta los tobillos, para lo que bastaban sólo veinte minutos, arrojábanla lejos y se prendía otra nueva en su lugar. La hoguera se mantenía activa con el mismo generoso despilfarro, y sus llamas subían silbando y crujiendo a una altura de veinte o treinta pies, iluminando el ambiente con grandes resplandores por los que atravesaban los amajáguers como demonios que alimentasen los infernales fuegos...

Fascinados contemplábamos el espectáculo, esperando ver aparecer de un momento a otro los espíritus de aquellos cuerpos que así ardían, a tomar venganza de sus profanadores...

-Te prometí un espectáculo extraño, Holly -díjome riendo Ayesha, cuyos nervios no parecían afectados- y ya ves que no te he engañado. además, esta escena contiene una enseñanza. No confíes, me dijo, en lo futuro, quién sabe lo que el futuro nos reserva. Vive, pues, al día; no trates de evitar el polvo, que es el fin del hombre.

Qué crees tú que hubieran sentido esos nobles y esas señoras, hace tanto tiempo olvidados, si hubieran sabido que habían de servir algún día, para cocer la comida o alumbrar la danza de los salvajes... Pero mira, ya llegan los bailarines,... Alegre la comparsa, ¿verdad?... ¡El escenario está ya iluminado! ¡Que empiece la comedia! Vimos entonces dos filas de amajáguers, una de mujeres y otra de hombres, en número como de cien, adelantarse vestidos únicamente con sus taparrabos de piel de leopardo. Colocáronse en perfecto silencio tas dos filas frente a frente. Es casi imposible describirlo, pero aunque hubo elevación de piernas y cambio de puestos en dosis sobrada, aquello más que un baile nos pareció una pantomima de argumento horrible, cual convenía a gentes con la mentalidad influenciada por la convivencia

con los sepulcros, y cuyas diversiones y chanzas se obtenían del inagotable repositorio de la mortalidad conservada en el sitio que debían habitar. Yo entendí que se representaba primero un asesinato frustrada y después la tentativa de enterrar viva a la víctima, y la desesperada resistencia de ésta, siendo cada episodio del drama abominable, desempeñado en silencio constante, seguido de la danza furiosa y repugnante en torno de quien hacía el papel de víctima, que se retorcía en el suelo al resplandor sangriento de las hogueras.

Interrumpióse de pronto el desenfrenadlo baile, y entonces una mujerona de vigoroso aspecto, -que me había llamado la atención por su ardor diabólico para saltar y gesticular, salió de las filas de los danzarines, y como enloquecida por la excitación salvaje, vino ¡hacia nosotros tambaleándose y saltando como furiosa!

Frente y junto a nosotros ya, lanzóse al suelo como acometida por un ataque epiléptico y gritando:

- ¡Yo quiero un macho cabrío negro! ¡Lo necesito!... ¡Que me lo traigan!...

Retorciase en el suelo mientras gritaba, echando espuma por la boca, contraídas las facciones y ofreciendo, en fin, el más horrible aspecto que pueda imaginarse.

Entonces acudió una gran parte de tos bailadores formándole corro, aunque los demás continuaban sus brincos, allá en el fondo.

- ¡Tiene el diablo adentro! -dijo cantando un amajáguer-. Vayan a buscarle un macho cabrío negro...

¡Diablo! ¡Diablo, estate quieto! Ahora tendrás el macho cabrío… Han ido por él, ¡diablo!

La horrible mujer, que echando espuma se retorcía en el suelo, chilló de nuevo.

- ¡Yo quiero un macho cabrío negro!

- ¡Bien, diablo!.... ¡Ahora lo tendrás! ¡Quédate quieta!

Así continuaron hasta que al fin trajeron, arrastrándolo por los cuernos, de un corral cercano, el macho cabrío negro. que daba lastimosos balidos.

- ¿Es negro el macho?... ¿Negro? ¿Negro? - chilló la posesa.

- ¡Sí, sí! ¡Diablo! ¡Es negro como la noche! -clamó cantando el interlocutor, y luego como aparte, en tono más bajo-: Ocúltenlo bien, tiene una mancha blanca en la rabadilla, y otra en la barriga. ¡Que no las vea el diablo!...-Y luego, alzando el tuno-: Ahora te lo fiaran, diablo... ¡Aguarda un poco!... -Luego más bajo ¡Degolladlo! ¿Dónde está la vasija?

- ¡El macho, el macho, el macho!... ¡Dadme la sangre del macho negro! ¿No veis que la necesito?... ¡Dádmela!... ¡Dádmela!....

En este momento un ¡bee! prolongado y agudo anunció el sacrificio del macho cabrío, y una mujer vino corriendo con una taza llena de su sangre. La posesa, que entonces se encontraba en el paroxismo de su ataque, la tomó y la bebió de un trago e inmediatamente se tranquilizó, sin que le repitieran las convulsiones, ataques, o lo que fuese la espantosas dolencia de que sufría. Extendió los brazos, sonrió un poco, y lentamente fue a reunirse con los demás bailarines, que se volvieron a colocar en una doble fila como las que formaron al llegar, y despejaron el campo dejando vacío todo el espacio que se encontraba entré la hoguera y nuestros asientos.

Figúreme que la extraña diversión habría terminado, y sintiéndome un tanto malhumorado, estaba a punto de preguntarle a ELLA si nos podíamos levantar, cuando se presentó un mono, al parecer, saltando en torno del fuego. Al punto se le reunió un león, o mejor dicho, un hombre vestido con una piel de león, y luego otro con la piel de un toro, alzados los cuernos de la manera más cómica del mundo. A

éste siguió un impala, un koodoo, y otros ejemplares de la fauna de aquella localidad Áfricana, una muchacha inclusive, cosida en la escamosa piel luciente de una boa constrictor, cuya cola le arrastraba muchas yardas por detrás en el suelo.

Cuando todos esos animales se hubieron congregado, comenzaron a bailar de un modo pesado, anormal, imitando los bailarines las voces de las bestias que personificaban, hasta que todo el espacio se llenó de rugidos, mugidos, balidos y silbidos de serpientes.

Eso continuó por un rato, hasta que, cargado ya de la pantomima, le pedí permiso a Ayesha para ir con Leo a examinar las antorchas humanas, y salimos los dos' empezando a andar por la izquierda.

Después que contemplamos a dos o tres de las ardientes momias, íbamos a volvernos, harto disgustados por lo grotesco y fantástico del espectáculo, cuando llamó nuestra atención uno de los bailarines, un leopardo, muy activo por cierto, que se había separado del cuerpo de baile, y que daba vueltas en torno nuestro, pero dirigiéndose hacia donde la oscuridad era mayor, a un lugar equidistante entre dos llameantes momias.

La curiosidad nos hizo seguirlo y entonces, enderezándose, el leopardo penetró en las sombras del fondo, aun más profundas, diciéndonos muy bajito:

- ¡Seguidme! ,

Conocí la voz de Ustane. Leo, sin mirarme siquiera, corrió tras ella; yo, con el corazón tocado por las aprensiones de un peligro próximo, los seguí. El leopardo Ustane - anduvo unos cincuenta pasos más, distancia suficiente a la que no llegaba la luz de las antorchas, pero sí la de la hoguera, y allí esperó a Leo, que al fin la alcanzó.

- ¡Ah, esposo mío!... -la oí decir, mientras lo abrazaba estrechamente-. ¡Al fin te vea y te abrazo!... Mi vida está amenazada por *Quien debe ser obedecida*. El Babuino de seguro te habrá contado cómo ELLA me apartó de ti. ¡Yo te amo, esposo mío, y tú me perteneces conforme a las costumbres del país! ¡Yo te salvé, además, la vida! Leo mío, ¿vas a echarme de tu lado, ahora?

- ¡Por supuesto que no! - exclamó Leo -. Asombrado, estaba de no verte. Vamos a ver a la reina para poner en claro este asunto.

- ¡Ah, no, no!... ¡Nos mataría!... Tú no conoces su poder No hay más que un recurso: si quieres quedarte conmigo, tienes que huir siguiéndome por los pantanos desde ahora mismo; sólo así escaparemos de ELLA quizá... - ¡Por el amor del cielo, Leo! - dije yo entonces-. Escucha...

-No le hagas caso, Leo mío - exclamó ella interrumpiéndome- Ven, ven a prisa; la muerte está en el aire que respiramos. Aun ahora, quizá, ELLA nos esté escuchando... -Y forzó sus argumentos echándose de nuevo en los brazos de su amante.

Al hacerlo deslizósele de los cabellos la cabeza de leopardo que la disfrazaba, y en ellos vi la triple marca blanca de los dedos de su reina, débilmente luciendo a la luz de las estrellas.

Comprendiendo la gravedad de la situación iba de nuevo a intervenir, pues yo sabía que Leo no era muy firme cuando de cosas femeninas se trataba, cuando..., ¡ay!, ¡qué horror!..., oí detrás de mí una pequeña risa argentina. Volvíme, y me encontré a la misma Hiya, Billali y dos de sus mudos.

Aspiré anhelosamente el aire y casi caigo en, tierra, porque sentí que aquella situación habría de culminar trágicamente, y que yo, quizá, sería la primera víctima. Ustane se, separó de Leo y se cubrió los ojos con las manos, mientras su amante, que

conocía la gravedad del caso, se ruborizó un poco y se quedó en la necia actitud en que se quedan los hombres generalmente cuando son sorprendidos en esas trampas.

CAPITULO XX
EL TRIUNFO

SIGUIÓ entonces el momento de silencio más penoso que yo haya pasado en mi vida. Ayesha al fin lo rompió dirigiéndose a Leo:

- ¿Por qué, mi señor y huésped -le dijo con su voz más dulce, que resonaba, sin embargo, con vibración de acero-, por qué te ruborizas tanto? El espectáculo era bonito por cierto: ¡el león abrazado al leopardo!

- ¡Oh, concluye de una vez! - exclamó Leo en inglés.

- ¿Y tú, Ustane? - continuó ELLA -; por cierto que hubiera pasado junto a ti sin conocerte, a no haber caído en resplandor sobre esas marcas de tus cabellos... ¡Bueno, bueno! Ya se concluyó la fiesta. Mirad, las candelas se han consumido; todo ha venido a parar en ceniza y tinieblas. Así habías creído llegado el tiempo propicio para el amor, Ustane, sirviente mía; y yo, no soñando en que podría ser desobedecida, que te creía tan lejos...

-No te diviertas conmigo, Hiya...- gimió la infeliz muchacha -. Mátame ya, ¡concluye de una vez!

- ¡No! ¿Por qué?... ¡No es bueno pasar tan bruscamente de los ardientes transportes del amor ala helada boca del sepulcro!...

Hizo entonces una señal a sus mudos, que inmediatamente se adelantaron sujetando a la muchacha cada uno por un brazo. Lanzó una exclamación Leo, y saltando sobre uno de ellos, lo tiró al suelo de un puñetazo manteniéndolo preso con la izquierda y el otro puño dispuesto a un segundo golpe.

Rióse Ayesha de nuevo.

-Bien lo hiciste, huésped mío. ¡Vigoroso brazo para un convaleciente! Pero te ruego ahora que dejes vivo a ese hombre para que me obedezca. No le hará ningún daño a la muchacha; el aire de la noche se hace ya desapacible y quiero recibirla en mis propias habitaciones. Seguro es que yo sabré atender bien a quien tú tanto atiendes...

Timé entonces a Leo del brazo y lo saqué de encima del mudo postrado en tierra. Medio enajenado, el muchacho obedeció a mi presión, y todos echamos a andar hacia la caverna a través de la plaza, en la que sólo quedaba un gran montón de cenizas humanas de la hoguera que había alumbrado el baile; los bailadores habían desaparecido.

Y llegamos al boudoir de Ayesha, demasiado a prisa en mi sentir, pues tenía tristes presagios de lo que había de suceder.

Ayesha se sentó en su canapé, y habiendo despedido a Job y a Billali, hizo señas a los mudos de que dejasen las lámparas y se retirasen todos, menos una muchacha, que era su criada preferida. Nosotros tres nos quedamos de pie; la mísera Ustane a la izquierda nuestra.

-Ahora, oh, Holly, ¿cómo es que tú, que oíste mis palabras mandando a esta mal aconsejada - y señaló a Ustane -, que de aquí se marchase; tú, por cuyo ruego, le perdoné la vida, has sido cómplice del hecho que he visto? Responde, y ya sabes que espero la verdad; que no estoy dispuesta a tolerar mentiras en este asunto.

-Ha sido casualmente, oh, reina -contesté -. Nada sabía de ello...

-Holly, te creo -replicó ella fríamente-. Alégrate de que te crea. (Entonces cae sobre ella la culpa toda...

-No veo o en ello crimen alguno -interrumpió Leo-. Ella no es mujer de nadie, y al contrario, parece que se ha casado conmigo, según la costumbre de este país atroz... Y de todos modos, señora -continuó-, lo que ella hizo, también lo he, hecho yo, y si ha de ser castigada, yo también pido que se me castigue; pero desde ahora te digo exclamó exaltándose que si mandas a alguno de tus mudos que la, toque, lo he de hacer pedazos con mis manos... -Y su aspecto indicó que a ello estaba dispuesto realmente.

Ayesha le escuchó con helado silencio, y no le contestó. Cuando hubo acabado de hablar, dijo, dirigiéndose a Ustane:

- ¿Tienes tú algo que decir, mujer? ¡Necia que eres, que pensaste satisfacer tu pasioncilla flotando como una pluma; como una paja, ante el huracán de mi voluntad!... Dime, tengo curiosidad de saberlo, ¿por qué me desobedeciste?

Entonces contemplé lo que me parece ser el más asombroso alarde de intrepidez moral que es posible concebir: la pobre muchacha, condenada de antemano, sabiendo lo que tenía que esperar de su terrible reina, sabiendo por tremenda experiencia propia a cuánto alcanzaba su poderío, tuvo fuerzas para desafiarla desde el fondo de su misma desesperación. Irguiéndose en toda su bella estatura y despojándose con un movimiento de la piel de leopardo, le respondió así:

-Te desobedecí, oh, reina, porque mi amores más grande que mi temor a la muerte. Porque mi vida sin este hombre, que escogió mi corazón, no sería sino la muerte también. Por eso arriesgué la vida, y aun ahora que dependo de tu ira, me alegro de haberla arriesgado... Contenta te la entrego, porque él me abrazó una vez más, y porque me dijo que me amaba.

Ayesha se incorporó un poco en su canapé al oír esto, pero se reclinó de nuevo.

-Yo no dispongo de magia ninguna -continuó Ustane, alzando su hermosa voz resonante-; yo no soy reina ni inmortal; pero el corazón de una mujer, oh, reina, tarda muchos en hundirse en las aguas por profundas. que sean, y también ven los ojos de una mujer, ¡oh, reina!, aun a través de tu velo... Escucha; yo lo sé: ¡tú amas también a este hombre y por eso quieres quitarme de tu paso!... Yo moriré, sí, moriré, y no sé lo que ha de ser de mí... Mas dentro de mi pecho resplandece una luz, y con ella veo, como si fuera una lámpara alumbrada, la verdad del por venir que yo no gozaré; pero que ante mí se desarrolla como una imagen... Cuando por primera vez vi a mi esposo, supe también que la muerte sería su regalo de bodas, pero no retrocedí, porque estaba dispuesta a pagar por él hasta ese precio... Aquí estaba ahora mi muerte; la siento, la veo. Pero ahora también te digo, parada en los umbrales de la fatalidad, que tú no gozarás de los provechos de tu crimen. Mi esposo me pertenece, y aunque tu hermosura resplandezca como el sol ante las estrellas, él no será para ti, será siempre mío... Nunca jamás sobre la tierra te mirará en los ojos y te llamará esposa... ¡Tú también estás condenada, yo lo veo, lo veo!... ¡Ah!

Oímos entonces un grito de rabia y de terror... Volvimos la cabeza. Ayesha se había levantado y tenía tendido un brazo recto hacia Ustane, que dejó de hablar de pronto. Miré a la muchacha y vile pintada en la cara la misma expresión de espanto que tenía cuando su rapto en la caverna de Billali, la noche de su raro canto. Abriéronse más aún sus ojos, dilatáronse las ventanas de su nariz y sus labios se blanquearon.

Ayesha no decía nada, guardaba un silencio aterrador, pero seguía con el brazo tendido, mirando fijamente a Ustane, mientras toda su figura vibraba. La desventurada muchacha llevó entonces sus dos manos a la cabeza, dió un grito

horrible y cayó de espaldas, como herida por un rayo, cuan larga era, en el suelo. Leo y yo nos precipitamos a ella. Estaba muerta, ¡absolutamente muerta!... Herida por alguna misteriosa fuerza eléctrica, o por incontrastable potencia de voluntad de que la tremebunda: Hiya podía disponer a su antojo.

Pasó un rato en el que Leo no se daba cuenta de lo que había sucedido; pero cuando lo comprendió, se le descompuso el rostro de un modo atroz. Con un boto salvaje se levantó de junto al cadáver y volviéndose saltó ligeramente contra Ayesha. Mas ELLA estaba en guardia, y al verlo extendió de nuevo el brazo, y él retrocedió dando tumbo, y hubiera caído en tierra si yo no le sostengo. Contóme después que había sentido como un gran golpe en el pecho, y más aún, que se encontró tan desfalleciente como si le hubieran arrancado toda vitalidad de golpe. Ayesha habló entonces.

-Huésped mío - le dijo suavemente-, perdóname si te hiero con mi justicia:

- ¡Perdonarte, monstruo maligno! - gritó el pobre Leo retorciéndose las manos de rabia e impotencia...- ¡Perdonarte, asesina!... ¡Por el cielo, que si pudiera, te mataría!

- ¡No, no! -contestó ELLA con la misma voz dulce-, no lo harías... No comprendes aún; pero ya es hora de que aprendas... Tú eres mi amor, mi Kalikrates... Mi hermoso, mi fuerte Kalikrates... Durante dos mil años te he aguardado, y ahora, al fin, que a mí volvías, esa mujer se interponía entre los dos; ¡y yo la he aparcado, Kalikrates!...

- ¡Mientes, mientes! -gritó Leo interrumpiéndola-. No me llamo Kalikrates: mi nombre es Leo Vincey, mi antepasado fue Kalikrates..., y de eso sólo Dios está seguro.

- ¡Ah, tú lo has dicho!... ¡tú, tú mismo lo eres también! ¡Kalikrates, mi amante que vuelve a mí!

- ¡No soy Kalikrates ni tu amante! Antes quisiera serlo de un demonio del infierno que no tuyo; que siempre sería más piadoso que tú...

- ¿Así dices, Kalikrates, así dices?... Mas ha tantos años que no me has visto, Soy tan bella, Kalikrates!...

- ¡Pues yo te odio, asesina, y no quiero verte!... ¿Qué me importa tu belleza?... ¡Te odio, óyelo bien, te odio!

-Dentro de poco te arrastrarás a mis pies, jurándome que me amas -dijo Ayesha, con burlona risa-. Y para ello ¿qué instante mejor que el actual?... ¡Aquí, delante del cadáver de esa muchacha que te amaba, ven, resiste a la prueba!... ¡Kalikrates, mírame! -exclamó, y con un rápido movimiento se despojó de sus ropas de gasa y se presentó en su leve túnica en todo el esplendor de su radiante belleza y gracia sobrehumana, como si fuese Venus surgida de las aguas, o Galatea de la piedra, o un espíritu beatificado, de la tumba. Adelantó un paso y fijó su mirada profunda y brillante en la de Leo, cuyos puños se abrieron y cuyas facciones contraídas se calmaron al momento. Vi cómo su asombro se tornaba en admiración primero y en fascinación después, y que cuanto más luchaba por librarse de la influencia, más y más el poderío de aquella tremenda belleza lo apresaba cautivando sus sentidos, narcotizándolos, y destrozándole el corazón. ¿No conocía yo el procedimiento por experiencia? Yo, que le, doblaba la edad, ¿no había sucumbido también a sus encantos? Y aun entonces, ¿no experimentaba yo su influjo, aunque no fuese para mí su dulce y apasionado mirar?... ¡Sí! ¡Sí que lo so sentía!...Y debo confesar que a la sazón tenía roto el pecho por insanos y furiosos celos. - ¡Me hubiera arrojado a, a la garganta de mi hijo, como un lobo!... ¡Oh, vergüenza! Aquella mujer había

perturbado y destruido mi sentido moral, como lo haría con todos a quienes dejase contemplar su belleza sobrehumana. Mas, no sé cómo, pude dominar mis instintos y hacerme cargo del clima de la tragedia.

- ¡Oh, cielos! -exclamó Leo-; ¿eres mujer acaso?

- ¡Mujer, mujer, sí, amigo mío, y tu esposa además, Kalikrates! -contestó ELLA extendiéndole los redondeados brazos ebúrneos, y sonriendo, ¡ay, con qué dulzura!

El la contemplaba, la contemplaba, y vi que poca a poco se le iba cercando. Más, de pronto, miró al cadáver de Ustane, y se estremeció, y se detuvo.

- ¡No, Dios mío! No podría... Eres su asesina... ¡Ella me amaba!

Nótese que él ya estaba olvidando que también la había amado.

- ¿Qué importa? - murmuró ELLA con una voz tan dulce como el son del aura nocturna qué pasa por las frondas -. ¡Qué importa!... Si pequé, mi hermosura. lavará mi pecado... Fue por tu amor. ¡Olvida mi crimen!... - Y extendió de nuevo sus brazos y siguió hablando con voces que parecían suspiros ¡Ven, ven, ven!...

Vi que Leo luchaba; que hasta se volvió como para huir; pero los ojos de ELLA lo apresaban como garfios. de hierro, y la magia de su belleza, de su pasión y de su voluntad reconcentradas lo penetraban y abrumaban, y allí mismo, en presencia del cadáver de la otra mujer que por su amor había sacrificado la vida hacía un instante, cayó en sus brazos. Parecerá horrible esto, grandemente malvado el acto; más ¿quién podría tacharlo por ello?... Su pecado sería absuelto. La fascinadora que lo lanzó al mal era más que humana, y su belleza era mucho mayor que la de las hijas de los hombres.

-No creerás mis palabras quizá, ¡oh, Kalikrates!, y te figurarás que trato de engañarte; que yo no he vivido durante tantos años y que no has renacido para mí de nuevo. Pues he de enseñarte ahora, y a ti también, oh, Holly, que estás ahí parado como si realmente hubieras echado raíces en la peña, las pruebas de ello. Toma una lámpara, y toma otra tú, y venid ambos detrás de mí.

Sin detenerme a pensar - porque en cuanto a lo que me respecta, había abandonado esa función de lo maravilloso - tomé una lámpara, como ya lo había hecho Leo, y la seguimos.

Dirigióse ELLA hacia el fondo del bandear, alzó una cortina, y vimos una escalerilla por el estilo de las que tanto abundaban en estas sombrías cavernas de Kor. Noté que los peldaños estaban gastados en el medio, hasta el punto de que muchos habían disminuido como tres pulgadas y media de las siete- que tendrían en su altura original. Y como todas las escaleras que yo había visto en las cavernas estaban casi intactas, lo que era natural, porque nadie más que los depositantes de los cadáveres habían cruzado por ellas, este hecho del desgaste de la escalerilla del boudoir de Ayesha me llamaba la atención sobremanera, con esa curiosa pertinacia y atracción que tienen los accidentes baladres cuando nuestras mentes están perturbadas por intensas sensaciones, como el mar por la tempestad, de modo que cualquier pequeño detalle de la superficie parece una montaña. Al llegar al fin de la escalerilla, detúveme a pesar mío a mirar otra vez los escalones, y Ayesha me sorprendió.

- ¿Qué pies crees tú que pueden haber gastado la roca, Holly? - exclamó-; pues los míos, ¡los míos con ser tan ligeros! Aun recuerdo cuando la escalerilla era nueva y sus peldaños derechos, mas durante dos mil años, día por día, los he subido y los he bajado, y he aquí cómo mis sandalias han gastado las duras peñas.

No contesté, pero me figuro que nada de lo que había visto u oído trajo a mi comprensión limitada una noción tan clara de la abrumadora antigüedad de aquel ser, como esos escalones de roca ahuecados por la huella de sus delicados pies tan pequeños y tan blancos. ¿Cuántos millones de veces no habría ELLA transitado por aquella escalera para producir ese resultado?

Desembocaba la escalera en un túnel. Habíamos dado pocos pasos en éste, cuando encontramos una de las entradas o bocas, comunes en aquellas cuevas, encubierta por una cortina; de una mirada reconocí que era la misma a través de la cual presencié yo la terrible escena de la llama que saltaba. La reconocí por los dibujos del tejido, y al verla, representóseme vivamente en la imaginación, con todos sus detalles, aquel horrible episodio, haciéndome temblar su recuerdo. Ayesha entró en el sepulcro, porque el local lo era, y nosotros con ella... Y en el fondo me alegré de que se despejase el misterio del lugar, aunque a la alegría se mezclaba cierto terror de afrontarlo.

CAPITULO XXI
EL VIVO Y EL MUERTO

-HE aquí el lugar en donde he dormido durante estos dos mil años - dijo Ayesha tomando la lámpara de manos de Leo y sosteniéndola en alto sobre su cabeza.

A su luz encontré él pequeño agujero del suelo de donde yo había visto brotar la llama peregrina, ausente a la sazón. Y también vimos la blanca forma humana extendida bajo su sudario, bajo la tallada losa. Ayesha puso la mano encima de el opuesto lado y continuó hablando así:

-He dormido aquí noche tras noche durante tantas generaciones con sólo una capa para cubrirme... No me parecía bien reposar sobre blanduras cuando mi esposo y señaló al muerto allí; rígido yacía... Noche tras noche he dormido en su helada compañía, hasta que al fin, como puedes ver, esta gruesa losa, como los peldaños que acabamos de bajar, se ha desgastado por el roce de mi cuerpo... ¡Tan fiel te he sido, Kalikrates, durante tan largo sueño!... Y ahora, amor mío, has de ver una cosa admirable: vivo te contemplarás muerto..., que bien de ti cuidé en todo ese tiempo... Kalikrates, ¿quieres verte?... Nada contestamos, aterrados, en tan solemne, tan atroz situación. Ayesha se adelantó, tomó un borde del sudario, y dijo:

-No tengáis espanto aunque el hecho os parezca tremebundo...Todos los que ahora vivimos, ya hemos existido antes... Ni aun la forma misma que nos mantiene es nueva ante el sol... Empero, lo ignoramos, porque la memoria no conserva sus registros, y porque la tierra recobra la tierra que nos presta; que nadie nunca pudo eximir su gloria de la sepultura... Mas yo, por mis artes y por la de esos muertos de Kor, que aprendí, te he retenido del polvo común, ¡oh, mi Kalikrates!, para que la deleznable belleza de tu rostro se conservara siempre ante mis ojos... Porque era una máscara que podía animar mi memoria para que surgiese tu presencia del pasado, y así robustecida vagara por las salas de mi mente como vital parodia que saciase mi hambre de amor con visiones de transcurridos días...

Después de un momento de pausa, continuó:

"¡Y ved! Ahora el muerto y el vivo se encuentran...

¡A través del abismo del tiempo, son siempre uno mismo!... ¡El tiempo no vence la identidad, aunque un largo sueño misericordioso borre lo escrito en las tablillas de nuestra mente, y selle con el olvido las tristezas que, si así no fuete, nos perseguirían de existencia a existencia, colmándonos el cerebro de miserias para que al fin estallase en un frenesí de desesperación!... Son siempre uno mismo, porque las nubes del ensueño a la postre desaparecen, como las de la atmósfera que el viento arrastra...

¡Las voces del pasado se deshelarán al cabo tornándose armonioso corro, como se deshielan tornándose torrentes las nieves de lis cimas al calor del sol; y el lloro y las carcajadas de los. días que ya habían volado resonarán de nuevo para que los repitan más dulcemente los ecos de los desiertos del tiempo inconmensurable!... ¡Ah!... ¡El sueño desaparecerá y las voces se oirán cuando esté por fin completa la cadena cuyos eslabones son nuestras propias existencias, cundo por ella corra el relámpago del espíritu para cumplir el propósito de nuestro ser, apresurando y fundiendo centre sí esos días separados de la vía, dándoles la forma de un báculo en que tranquilos nos apoyaremos para marchar hacia nuestro final destino!... Nada temas por ende, ¡ay!, ¡Kalikrates! al contemplarte, vivo y nacido recientemente, en forma de muerto que respiró y falleció ha tanto tiempo... Yo no hago más que volver hacia atrás una hoja del libro de tu ser, para enseñarte, lo que en ella estaba escrito... ¡Mira!

Rápidamente quitó el sudario y acercó la lámpara... Miré y retrocedí, horrorizado. Por más que ELLA nos hubiera preparado, el espectáculo era demasiado incomprensible. Sus explicaciones no habían podido hacer presa en nuestras mentes finitas. Su sapiencia esotérica, despojada de las nieblas de su vaguedad y puesta en contraste con el hecho horroroso, helado, no podía atenuar la tremenda maravilla...

¡Allí, extendido sobre la losa, vestido de blanco, perfectamente conservado, estaba el cadáver de Leo Vincey!

Yo contemplaba a Leo de pie a mi lado, respirando; y. contemplaba también a Leo acostado y muerto... Y no había ninguna diferencia entre los dos, aunque quizá el muerto parecía tener un poco más edad. Facción por facción comparé, y eran exactamente iguales todas; hasta los mismos rizos cortos de oro distintivas de la singular hermosura de mi amado pupilo. Aun creí encontrar en la cara del muerto la expresión de la de Leo cuando dormía profundamente. Resumiré diciendo que no he encontrado nunca dos gemelos que se pareciesen más de los que se parecían aquel muerto y aquel vivo.

Me di vuelta para ver el efecto que en Leo había producido verse muerto, y encontré que había sido el de una casi estupefacción. Durante dos o tres minutos; estuvo mirando silencioso, y al fin exclamó:

- ¡Cubridlo y sacadme de aquí!

- ¡No, aguarda! -replicó Ayesha, que, manteniéndose con la lámpara en alto para iluminar al muerto, alumbraba también su propia asombrosa belleza, y más que mujer parecía una sibila inspirada conforme iba pronunciando las palabras con una majestad de alocución que soy incapaz de transcribir, aguarda, voy a mostrarte algo más, para que ni un detalle de mi crimen te quede oculto. Holly, abre el traje del muerto por el pecho, porque quizá mi dueño temía hacerlo él mismo.

Obedecila con temblorosas manos Parecíame un sacrilegio tocar la imagen cadavérica del hombre; que estaba vivo a mi lado. Le desnudé el pecho, y exactamente sobre el corazón contemplamos una herida hecha al parecer por una lanza.

-Ya lo has visto, Kalikrates, yo misma te herí... En el lugar de la Vida yo te di muerte. Te la di por causa de la egipcia Amenartas, a quien amabas; porque con sus artes te enajenó el corazón, y a ella no pude matarla, como acabo de matar a la otra, pues era demasiado para mí. Cegada de ira te maté en un rapto, y durante todos estos días lo he estado lamentando y esperando tu retorno. Ya que llegaste, nadie se pondrá entre nosotros, y en verdad que por aquella muerte te daré la vida; no la vida eterna, que nadie puede darla, pero sí la vida y juventud que durarán miles y miles de años, y con ellas el lujo, el poder y la gloria, y las cosas todas que son buenas y verdaderas, como ningún hombre antes que tú ha tenido, ni tendrá ningún otro que nazca después... Mira este cuerpo que fue el tuyo. Mi compañero ha sido durante siglos y mi consuelo, mas ya no lo necesito, pues que te tengo a ti viviente, y no serraría sino para despertar recuerdos que olvidar quiero. Que vuelva, pues, al polvo de que yo Irá apartaba... Mira ahora cómo estaba prevenida para esta hora tan dichosa.

Dirigiéndose entonces hacia la otra losa donde dijo que había dormido tantísimas noches, tomó de sobre ella un gran vaso de doble asa, de vitrificada apariencia, y cuya boca estaba cubierta con un pergamino. Inclinóse luego sobre el cadáver, y besóle la blanca frente; descubrió el vaso y derramó lentamente su contenido por el cuerpo del muerto, con mucho cuidado, para que ni sobre ella ni nosotros cayeran

gotas del líquido, la mayor parte del cual echó sobre el pecho y la cabeza. Instantáneamente le surgió un denso vapor, y el recinto se llenó de humo que nos ahogaba y que no nos dejaba ver la obra del ácido sobre el cadáver, pues supongo que la preparación tremenda sería de esa clase. Oímos un sonido rápido chirriante y silbante, que cesó aun antes de disiparse los vapores. Estos también al fin se desvanecieron, menos una especie de nubecilla que quedó ondulante sobre el cadáver. A los dos minutos también desapareció ésta, y, por extraño que parezca, no vimos más, sobre el banco que durante tantos siglos había sostenido los mortales restos de Kalikrates, que unos puñados de humeantes polvos blancos. El ácido había destruido el cadáver por completo, y aun en muchos puntos, corroído la piedra Ayesha se inclinó y tomando un puñado de ese polvo en la mano, lo esparció por el aire, diciendo al mismo tiempo con solemne gravedad:

- ¡Vuelva el polvo al polvo, lo pasado a lo pasado, el muerto a los muertos; Kalikrates ha muerto y renacido!

Flotaron las cenizas un momento y cayeron luego silenciosamente sobre el rocoso suelo. Nosotros nos manteníamos callados, demasiado impresionados para hablar.

-Dejadme ahora -dijo- id a dormir si podéis. Yo tengo que velar y meditar, porque mañana saldremos de aquí, y hace mucho que no hago el camino por donde deberemos ir.

Nos inclinamos ante ELLA en silencio, y nos fuimos

Al dirigirnos -a nuestras habitaciones eché una mirada en la de Job para ver qué tal seguía, pues él nos había dejado, precisamente antes del momento en que Ustane fue asesinada, bastante azorado con los terrores de la fiesta de los amajáguers. Estaba dormido profundamente, como muchacho honrado que era, y yo me alegré pensando que sus nervios, débiles como son los de casi todas las personas poco educadas, no hubieran sufrido la experiencia de las terribles cosas que después sucedieron. Entramos luego en nuestra habitación, y aquí el pobre Leo, que desde que había contemplado la imagen yerta de sí mismo se encontraba en un estado como de embrutecimiento, estalló al fin en un acceso de doloroso llanto. Ahora, que no se encontraba en presencia de Hiya, su sentido de la atrocidad de cuanto había pasado, y más especialmente del crimen cometido en Ustane, désatóse como una tormenta y lo desgarró con terrores y remordimientos tan profundos que daba lástima verlo.

Maldecía; maldecía la hora en que por primera vez leímos la inscripción del fragmento de vaso, cuya veracidad había comprobado de modo tan misterioso, y maldijo más amargamente aún su propia debilidad. No se atrevía a maldecir a Ayesha, ¡quién osaría hacerlo!, pues era posible que su conciencia nos vigilase en ese instante mismo.

- ¿Qué haré, qué haré, mi viejo amigo? -murmuraba entre gemidos, con la cabeza puesta sobre mi pecho, en medio del acceso de su dolor-. Yo dejé que la matase, aun aunque ¿cómo lo hubiera impedido?... ¡A los cinco minutos pesaba yo a su asesina casi pisando su propio cadáver! ; . . ¡Soy una bestia, un ser degradado! ¿Pero cómo hubiera podido resistirle? -dijo bajando la voz-. ¡Maga odiosa! ¡Mañana haré lo mismo! ¡Yo sé que ya le pertenezco para siempre!... Aunque no vuelva a verla, no pensaré más que en ella durante toda mi vida... Tengo que seguirla como una aguja al imán; aun ahora mismo no me apartaría de ella si pudiera; mis pies se negarían: mas mi mente aun está clara, y con la mente la odio... Así lo creo, al menos... ¡Cuán horrible fue el crimen, sin embargo!... ¡Y aquel otro cadáver!... ¿Cómo podría

explicarlo Estoy entregado a su cautiverio, amigo mío; estoy consagrado a ella, y tomaré mi alma para rescatar la suya entonces yo, por vez primera, le dije que casi me encontraba en su misma situación, y estoy obligado a decir que, a pesar de su gran arrobamientos tuvo la bondad de simpatizar conmigo. Quizá no creyó que valía la pena celarme, pues en lo que a la dama concernía no había que temer nada. Luego sugerí que debíamos tratar de escaparnos, pero al punto abandonamos por necia la idea, y para ser veraz, paréceme que ninguno habría abandonado a Ayesha aunque por una potencia mágica se nos hubiera ofrecido la posibilidad de volvernos a Cambridge inmediatamente. No podríamos apartarnos de ELLA, así como la mariposa no puede apartarse de la luz que va a consumirla. Éramos como los fumadores de opio desahuciados, que comprendíamos en los momentos lúcidos lo mortal de nuestro empeño, mas no queríamos dejar de gozar de sus terribles delicias.

ELLA, sin duda, era una perversa criatura, y había asesinado a la mísera Ustane que se colocó en su camino; pero también era muy fiel y constante, y el hombre, por ley natural, se inclina a disimular siempre las faltas de las mujeres, sobre todo si la mujer es bella y si comete la falta por amor del que pretende ser su juez.

Y luego, ¿cuándo a ningún hombre vivo se le había presentado una ocasión como aquella que a Leo se le presentaba?... ciertamente que al unirse a mujer tan terrible colocaba su vida en las manos de una persona misteriosa, de malvadas tendencias; mas eso podía resultarle en cualquier matrimonio vulgar que contrajese. Y por otra parte, ningún matrimonio del mundo podría darle esa belleza de Hiya tan tremenda, porque esta es únicamente la palabra que puede describirla, ni tan divino amor, ni tanta sabiduría y conocimientos de los secretos de la naturaleza, y la jerarquía y poderío que con ellos pueden conseguirse, y finalmente la corona imperial de la eterna juventud, si era verdad que ELLA podía donarla. No, no; aunque Leo estuviese entonces sumido en amarga vergüenza y dolor profundo, como cualquier otro hombre de sus prendas en iguales circunstancias, no estaba dispuesto a seguir pensando en huir de su propia y extraordinaria fortuna.

CAPITULO XXII
PRESENTIMIENTO DE JOB

JOB, a quien todavía duraba su azoramiento, vino a las nueve de la mañana del siguiente día a llamarme, sintiéndose dichoso al encontrarnos aún vivos, lo que no esperaba. Cuando le conté el espantoso fin que había tenido la pobre Ustane, más se regocijó aún de que no hubiésemos sido nosotros la víctima.

-No quiero decir nada que sea desagradable -dijo al fin Job, después que oyó mi relato, que salpicó de exclamaciones-, pero, señor, mi opinión es que esa ELLA es el mismo "caballero viejo", o su mujer quizá, si es que está casado, lo que parece que así es, porque no puede ser posible que él mismo, aunque sea El enemigo, sea tan malévolo... La bruja de Endor, míster Holly, era una niña de pecho en comparación. ¡Dios me lo perdone!... ¡Este es un país maldito, y ELLA es el ama de todos los diablos, y mucho será que podamos salir de aquí algún día, lo que dudo!... No sé cómo podríamos hacerlo. ¿Cómo va esa bruja a soltar un joven caballero tan buen mozo como míster Leo?

-Pero de todos modos, Job, ELLA le salvó la vida.

-Sí, míster Holly, pero para cobrarse el servicio le tomará el alma. Yo digo que es pecado entrar en tratos con esta gente. Anoche, señor, me quedé despierto y me puse a leer en la pequeña Biblia que me dió mi pobre vieja, sobre lo que le pasará a las brujas y toda gente por el estilo, hasta que el pelo se me erizó...

¡Santo Dios! ¡Qué diría mi pobre madre si viese dónde se encuentra su Job!

-Sí, Job, este es un país muy raro, y la gente es muy rara también; tienes razón -así le contesté suspirando, pues, aunque yo no soy, supersticioso como él, experimento cierto natural estremecimiento que no resiste al análisis al encontrarme con cosas sobrenaturales de que abunda el país.

-Tiene usted razón, señor, y yo desearía, con su permiso decirle una cosa, ahora que míster Leo no está presente.

Leo, en efecto, se había levantado temprano y había salido a pasear.

-Me he figurado -continuó Job- que este es el último país que veré yo en este mundo. Anoche soñé que veía a mi viejo padre vestido con una especie de camisón de dormir, por el estilo del que estas gentes gastan cuando se ponen de etiqueta, llevando en la mano un puñado de esa hierva que parece pluma, que tanto abunda aquí en la entrada de esta infame caverna. Y mi padre me dijo con voz muy profunda, aunque con cierta satisfacción, como un pastor metodista que trueca en la feria su caballo lisiado por otro que está bueno, y aun saca veinte libras por el negocio: Job, ya era hora de que te hallara; mas nunca me figuré que vendría a visitarte por estos lugares. ¡Vaya que he tenido que hacer para encontrarte, y que has hecho que tu padre hiciera un buen viaje, sin contar con que te encuentro en buena sociedad en estas comarcas de Kor, hijo!...

-Vamos, vamos, Job -le dije, seriamente-. Ya sabes que todas esas apariciones no pueden ser reales. No debes dejarte entrar esas ideas en la cabeza. Cierto es que hemos visto cosas raras, y que quizá las sigamos viendo...

-No, señor -exclamó Job interrumpiéndome, y en un tono de convicción que me causó malestar-; no son cosas vanas. Yo soy un hombre condenado, y lo siento; lo siento, señor, y es cosa muy desagradable, por cierto. Y no sé cómo puedo resistirlo. ¡Si come usted, piensa en venenos; si anda usted por esos agujeros de conejos, piensa usted en cuchillos, y tiene uno cada escalofrío!... No es que yo sea difícil de

contentar; con tal de que me despachen a prisa como a esa pobre muchacha... y ahora, señor, siento haberle dicho aquellas cosas; aunque no estoy conforme con su conducta; porque esa manera de casarse es demasiado viva para que sea decente... Sin embargo -y el pobre Job palideció al decirlo-, ¡no quiera caer en ese juego de la vasija!...

-Vamos, vamos; déjate de tonterías -díjele, haciéndome el incomodado.

-Bueno bueno, señor; yo no debo ni puedo tener o ni distinta a la de usted; pero si usted va a mar ese a alguna parte, lléveme consigo, míster Holly, porque quisiera tener siempre una cara amiga para consuelo si llega el lance... Y ahora me marcho a ver ese desayuno.

Y fue dejándome en bastante triste disposición de ánimo. Sentíame muy apegado al buen Job, que era uno de los hombres más honrados que había conocido en toda mi vida; lo quería mas como amigo que como a criado, y la sola idea de que le pudiera pasar algo me hacía un nudo en la garganta.

Comprendía que su inculto y vulgar lenguaje expresaba hondo presentimiento de males futuros, y por más que esta clase de presentimientos, muy justificados a la verdad en tan luctuosos lugares como los que habitábamos, se tornan Por lo general en agua de borrajas, sin embargo, no de impresionarme, más a menos como impresionan tocas las creencias sinceras, por absurdas que sean.

Llegó en esto el desayuno, y también Leo, que volvía de su paseo Por el exterior, hecho, según decía, para aclararse las ideas. Alégrele al ver al amigo y a los platos, porque interrumpieron mis sombríos pensamientos. Después del desayuno, volvimos a salir de la cueva, y nos entretuvimos viendo algunas amajáguers que sembraban en un paño de tierra el grano con que fabrican su cerveza. Esta operación la hacían a la usanza bíblica: un hombre con un saco anchó de piel de cabra atado a la cintura y con por delante, subía y bajaba por el labrantío y esparcía la semilla conforme andaba. Satisfacía, en verdad, vera algunas de estas gentes terribles ocupadas en cosa tan pacífica y casera como el sembrado de un campo, y quizá satisfacía por que éste era un acto, el único quizá, que los ligaba al resto de la humanidad.

Cuando volvíamos, encontramos a Billali, que nos informó que ELLA había expresado su voluntad de que fuéramos a su presencia, lo que hicimos, y no sin alguna inquietud, por cierto. Su trato podía despertar, y despertaba en efecto, la pasión, el asombro y el horror, más no el desdén, en verdad.

Precediéronnos a su camarín los mudos, como de costumbre, y cuando éstos se retiraron, Ayesha se desembozó y rogó a Leo que la abrazara, lo que el joven hizo, a pesar de su examen de conciencia de la noche pasada, con más ardor de lo que la estricta cortesía aconsejaba.

ELLA puso la blanquísima mano sobre su cabeza y le miró de hito en hito, amorosamente.

- ¿Te preguntarás asombrado, Kalikrates mío -le dijo-, que cuándo me llamarás tú toda tuya, y cuándo en verdad estaremos unidos ambos y para siempre? Pues he de explicártelo ahora. Primero has de ser tú como soy yo, no inmortal, porque no lo soy, más sí tan encastillado y defendido en contra de los asaltos del tiempo, que sus dardos se reflejen sobre la armadura de tu vida vigorosa como los rayos del sol sobre el espejo de las aguas. Aun todavía yo no puedo unirme a ti, porque tu y yo somos diferentes, y la misma brillantez de mi esencia te haría arder y quizá te mataría. Ni tampoco debieras mirarme mucho tiempo, para que los ojos no te duelan y tus sentidos no se aneguen en el vértigo, y por ende -dijo, haciendo un mohín coquetón-,

me velaré de nuevo -lo que no hizo-. Y aguarda, no sufrirás mucho, porque esta misma tarde, una hora antes de ponerse el sol, saldremos de este lugar, y en la noche de mañana, si todo resulta conforme a mis deseos, y si no he olvidado el camino, lo que ojalá no suceda, nos colocaremos en el Lugar de la Vida, y tú serás bañado por el fuego saliendo de él glorificado cual ningún hombre lo fue antes que tú, y entonces, Kalikrates, me llamarás tu esposa y yo te llamaré mía.

Leo, en respuesta a tan asombroso discurso, murmuró algunas palabras. qué sé yo cuáles, y ELLA, riéndose un poco de su confusión, continuó:

-Sobre ti también, oh, Holly, conferiré esa bendición, y así serás en verdad un árbol siempre vivo, y esto lo aré porque..., porque así lo deseo, pues tú me has gestado y no eres tonto del todo, como la mayoría de los hijos de los hombres, y porque tu filosofía, aunque tan llena de necedades como la de los antiguos tiempos, no te ha impedido hacer lindas frases a propósito de unos ojos de mujer...

- ¡Hola!, viejo amigo -me dijo Leo en voz baja, volviendo a su natural temperamento alegre-; ¡conque también le hiciste la corte! No lo habría pensado de ti.

- ¡Gracias te doy, oh, Ayesha! -repliqué con toda la dignidad que a mi alcance estaba-. ¡Gracias!... Mas, si tal lugar existe como el que dices, y si en ese lugar arcano se encuentra una ígnea virtud que puede rechazar a la muerte cuando venga a tomarnos de la mano, yo, sin embargo, no quiero ese beneficio.

-No, Holly, no: allí sólo se encuentra el amor; el amor que embellece todas las cosas, y que inspira la divinidad hasta en el propio polvo que hollamos. Con amor la vida pasa gloriosa por los años de los años, como pasa el son de alguna gran armonía que suspende el corazón de quien la escuchó, con aquilinas alas, por encima de la vil locura y vergüenza de la tierra.

-Así será -repliqué-. Mas si el objeto amado se torna en una vara quebrada que nos traspasa; o si lo amado es amado en vano... ¿qué aguardar entonces? ¿Habrá de grabar un hombre su dolor sobre la piedra, cuando mejor fuera que lo escribiese sobre el agua pasajera?... ¡No, oh, Hiya! ¡Prefiero vivir mis días solamente, envejecer en mi generación, morir cuando mi hora suene y ser pronto olvidado! Porque yo espero gozar después de una inmortalidad mayor que la que conferirme puedas, que no es más larga que el dedo comparado con el ámbito del mundo; y escucha, esa inmortalidad a que yo aspiro, y que mi fe me promete, libre será de los lazos que ahora atan mi espíritu a este suelo... Puesto que mientras dura la carne, dura también el dolor y el mal, y será. herida por los escorpiones del pecado; risas cuando la carne cae, entonces surge el espíritu vestido del esplendor del bien eterno, respirando por propia atmósfera tan raro éter de nobilísimas ideas que la más sublime aspiración de nuestra humanidad, el más puro incienso de la plegaria de una virgen, no podrían flotar en él por ser demasiado terrenales cuerpos.

-Arrogante estás -contestóme Ayesha, riendo-; y tus palabras suenan como toques de clarín, seguro de sí mismo. Paréceme aún que acabas de mentar "lo desconocido" que nos encubren oscurísimos velos. Quizá lo contemples con los ojos de tu fe, y te deslumbre su resplandor a través del cristal de color de tu imaginación. ¡Peregrinas figuras hacen los hombres de lo venidero, con ese pincel de la fe y con esos colores de la fantasía! Tan peregrinas, que nunca hay, dos que se parezcan... Podría probártelo; ¿mas, para qué?... ¿A qué quitarle a un loco los juguetes que le encantan?... Mas cuando pase tu ceguera, oh, Holly, y sientas lentamente cómo la vejez te va helando y la senil confusión perturbándote el cerebro, ojalá que no

lamentes amargamente el desprecio que has hecho de la bendición inefable que he querido darte... ¡Así ha sido siempre! No se conforma jamás el hombre con lo que está al alcance de su mano. Si tiene junto a sí una lámpara para alumbrarle las tinieblas, la rompe -porque no es una estrella... La felicidad se agita a un paso delante de sus ojos, como los fuegos fatuos del pantano y se empeña en agarrar el fuego, en sujetar la estrella. La belleza no le importa, porque cree que hay labios más dulces aún; y nada tampoco cuida de la riqueza, porque piensa en que otros poseen más siclos; ni de la fama, porque se acuerda que hubo otros más famosos todavía. Tú mismo lo has dicho, oh, Holly, y te vuelvo contra ti tus propias palabras... Bien, tú piensas que tomarás la estrella; pues yo no lo creo, y te tengo por tonto ya que rompes la lámpara.

No contesté, porque no podía. y menos delante de Leo. ¿Cómo le diría que desde que había contemplado su rostro, siempre lo tendría ante mis ojos, y que no deseaba prolongar mi existencia, pues había de estar siempre torturada por su memoria, amargada por el no saciado amor?... Pero así era, sin embargo, y así es todavía...

-Y ahora -continuó ELLA, cambiando de tono y de conversación-, dime, Kalikrates mío, pues no lo sé todavía, ¿cómo es que viniste aquí a buscarme?...Anoche dijiste que Kalikrates, aquel que tú viste, era tu antepasado. ¿Cómo es ello?... Dímelo, que eres bien parco en palabras.

Así obligado, Leo le refirió el cuento maravilloso del cofrecillo y del fragmento de ánfora que, escrito por su antepasada, la egipcia Amenartas, había sido nuestra advertencia. Ayesha escuchaba con atención, y cuando concluyó de hablar, me dijo:

-No te dije una vez, oh, Holly, cuando hablábamos del bien y del mal, mientras tan grave estaba mi adorado, que del bien salía el mal, y del mal el bien; que los que sembraban no sabían cómo resultaría la cosecha, ni el que hería a dónde su golpe mortal había de caer... Pues he ahora cómo esa egipcia Amenartas, esa hija del Nilo que me odiaba tanto, que en cierto modo me venció una vez, cómo hizo ella misma para echar a su propio amante en mis brazos. Por ella fue que yo lo herí de muerte, y ahora, mira, por ella él ha vuelto a mí. Ella quiso hacerme mal, y sembró sus semillas' para que yo cosechase espinas, y me concedió, empero, más de lo que todo el mundo darme podría... ¡la, la!... Mira, ahí tienes un cuadrado peregrino, Holly, para que en él encajes tu círculo del bien y del mal.

Tras alguna pausa continuó:

-Ordenóle a su hijo que me matase si podía, porque yo maté a su padre... Y tú, Kalikrates mío, tú mismo eres el padre y también el hijo en cierto sentido, y dime, ¿quieres vengarte ahora, y vengar a la antiquísima madre tuya, sobre mí, oh, Kalikrates? Mira -dijo, cayendo de rodillas y descubriendo todo el ebúrneo seno-, mira, aquí late mi corazón, y ahí al lado tuyo tienes una cuchilla larga, cortante y pesada, buena para herir a una pecadora... ¡Tómala ya, y véngate!.. ¡Hiere, hiere, Kalikrates, y vete luego feliz durante la vida después de lavar tu ultraje, de obedecer el mandato de lo pasado!

Miróla él inefablemente, y extendiendo la mano la hizo levantar.

- ¡Alzate, Ayesha! - díjole tristemente -. ¡Bien sabes tú que yo no puedo herirte, ni aun para vengar a la infeliz que mataste anoche mismo! ¡Yo estoy en tu poder, no soy más que tu esclavo!... ¿Cómo te mataría?... ¡Antes me mataría yo a mí mismo!

-Casi comienzas a amarme, Kalikrates -replicó ELLA, sonriendo-. Pues bien, cuéntame ahora de tu país. ¿Es un gran pueblo el tuyo, verdad? Con un imperio como la antigua Roma..., Es seguro que querrás volverte a él, y razón tienes, pues no

pretendo guardarte en estas cavernas de Kor... ¡Ah, no! Y cuando seas como yo, de aquí partiremos, ya verás de qué modo, e iremos a esa Inglaterra tuya a vivir cual nos conviene. Dos mil años hace que espero el día en que pudiera salir de estas sombrías cuevas y de entre esta sombría gente, y al fin ya lo alcanzo y mi corazón salta en el pecho como el de un niño al llegar el día de una fiesta ¡Porque tú reinarás en Inglaterra!

- ¡Pero tenemos una reina! -exclamó Leo, apresuradamente.

- ¡No importa, no importa! Será destronada.

Al oírla, rompimos ambos en una exclamación de asombro, y le dijimos que antes pensaríamos en destruirnos nosotros mismos.

- ¡He aquí una cosa rara! -dijo Ayesha-. ¡Una reina amada por sus súbditos! El mundo de seguro ha cambiado desde que yo vivo en Kor...

Explicámosle entonces que era el carácter de los reyes lo que había cambiado, y que la soberana que nos regía era amada y venerada en todos sus vastos dominios por todas las gentes de buen juicio. Dijímosle también que el poder se encontraba en nuestro país realmente en manos del pueblo, y que a la verdad nuestras leyes se originaban en los votos de los elementos inferiores y menos educados de la comunidad.

- ¡Ah! -exclamó-, entonces habrá allí sin duda algún tirano, pues hace tiempo he notado yo que las democracias, no teniendo un claro concepto de lo que desean, a la postre elevan algún tirano sobre un trono y lo adoran.

-Sí -le contesté-, tenemos nuestros tiranos.

-Pues bien -dijo entonces como habiéndose resignado-, destruiremos a esos tiranos, y Kalikrates dominará el imperio.

Al punto le expliqué cómo en Inglaterra el procedimiento de la fulminación no era tan fácil de plantearse impunemente, pues cualquiera tentativa para el efecto caería bajo la jurisdicción de la ley, y probablemente sería premiada con la horca.

- ¡La ley! -dijo, riéndose de sarcástico modo-; ¿no comprendes, Holly, que yo estaré por encima de esa ley, y también mi Kalikrates? Todas las leyes humanas serán para nosotros como el bóreas para los montes. ¿Dobla el viento a los montes, o son los montes los que al viento doblan?... Y dejadme ahora, os lo ruego, porque he de disponerme para el viaje al que me acompañaréis con vuestro criado. Más no traigáis muchas cosas con vosotros, porque no estaremos ausentes más de tres días. Volveremos aquí luego, y ya pensaremos cómo, para siempre, nos despediremos de estos sepulcros de Kor... ¡Ah, sí, bien puedes besar mi mano Kalikrates!

CAPITULO XXIII
EL TEMPLO DE LA VERDAD

NUESTROS preparativos de viaje no nos ocuparon mucho tiempo, por cierto. Metimos en mi valija una muda de ropa y calzado de repuesto, y cuantas balas pudimos, y cargando cada cual con su revólver y su rifle de precisión; a los que debimos, como se verá luego, la conservación de nuestras vidas varias veces. Todo lo demás lo abandonamos.

Unos pocos minutos antes de la hora fijada nos encontramos en el boudoir de Ayesha, a la que también hallamos dispuesta y con la capa negra echada sobre sus blancas envolturas.

- ¿Estáis ya preparados para la gran, aventura? -preguntó.

-Estamos -contesté-, aunque yo por mi parte no pongo en ella gran fe.

- ¡Ah, Holly, Holly! Te pareces, en verdad, a aquellos antiguos judíos, cuya memoria tanto daño me hace, incrédulos y tardíos en creer lo que no tocaban. Mas tú verás..., porque, si mi espejo no miente -y señaló a la pila de agua límpida-, abierto está el camino como en la época de antaño. Y marchemos ahora hacia la nueva vida que habrá de terminar... ¡quién sabe dónde!

- ¡Ah! ¡Quién sabe dónde!... - repetí yo como un eco.

Y salimos por la gran nave central hacia el exterior. Allí nos encontramos con una sola litera con seis cargadores, todos mudos, aguardando; y con ellos tuve el gusto de ver al viejo Billali, por quien había llegado a concebir cierto afecto. Parecía que, por razones innecesarias de contar, Ayesha había querido que todos, menos ella, hicieran a pie el viaje; lo que no nos parecía mal después del largo encierro en tumbas que, por convenientes que fueran para sarcófagos, nombre impropio, por cierto, para esos sepulcros que no consumían los cuerpos que se les confiaban, eran, para mortales vivos como nosotros, las habitaciones más desagradables que concebirse puede. Ya fuera casualmente, ya por orden expresa de Hiya, desierto estaba el espacio delantero a la entrada de la caverna, donde había tenido lugar el baile atroz de marras; no vimos alma viviente allí, y por lo tanto, creo que nuestra partida sería ignorada de todos, menos de los mudos, que tenían la costumbre, como es natural, de callar lo que veían.

Al momento, pues, nos vimos andando con cierta prisa a través de la gran llanura cultivada o lecho de lago, encerrada como una inmensa esmeralda en su engarce de rígidas peñas, y tuvimos una nueva ocasión de admirar la extraordinaria naturaleza del sitio elegido por el antiguo pueblo de Kor para colocar su capital, y de la incalculable suma de trabajo y ciencia de ingeniería que debió emplearse por los fundadores de la ciudad para agotar tan inmenso caudal. de agua y mantenerlo libre de subsiguientes acumulaciones. Este, en verdad, es un caso sin igual, porque, en mi opinión, obras tales como el canal de Suez o el túnel de Monte Cenis no se aproximan en magnitud a aquella empresa tan antiquísima.

Cuando hubimos caminado como media hora, aprovechándonos grandemente de la frescura que en esa hora del día baja sobre la gran llanura de Kor, y que substituía en cierto modo la falta de toda brisa marina o auras terrestres, empezamos a tener una y más clara de lo que Billali nos había dicho que eran las ruinas de la gran ciudad. Y aun desde la distancia a que nos encontrábamos podíamos apreciar su grandeza, que nos sorprendía más a cada paso que dábamos.

No era muy grande la ciudad, si se la compara a Babilonia o Tebas, o a alguna de las otras ciudades de aquella remota antigüedad; quizá su muralla externa comprendería unas doce millas cuadradas, o poco más. Ni tampoco habrían sido muy altas sus murallas, según juzgar pudimos al acercarnos, pues que probablemente no pasarían de unos cuarenta pies de altura en los lugares en que no estaba en el suelo ya por hundimiento del terreno o por otras causas parecidas. Esto se explica quizá atendiendo a que Kor, protegida como estaba de agresión externa por baluartes naturales superiores a cuantos el hombre concebir podría, necesitaba sólo esos muros para casos de civil discordia o meramente por aparato. Pero, en cambio, eran tan anchos como altos, y todos de labrados sillares, sacados sin duda de las cavernas, y rodeados por un profundo foso como de sesenta pies de ancho y que a trechos estaban aún llenos de agua.

A este foso llegamos unos diez minutos antes de ponerse el sol, y lo atravesamos caminando por encima de grandes piedras que parecían ser los restos de un puente, dispuesto para el caso; con alguna dificultad trepamos en el lado opuesto del zanjón por la pendiente de la muralla hasta llegar a su cima.

Ojalá fuera capaz mi pluma de dar alguna idea de la: grandeza del espectáculo que entonces se presentó a nuestras miradas. Allí, bañado por los rojizos reflejos del sol poniente, miramos un espacio de muchas millas cubierto de ruinas... Columnatas, templos, altares y palacios regios, apartados entre sí por trechos de verde maleza. Por supuesto que las techumbres de esas moradas tiempo hacía que se habían desplomado y desaparecido convertidas en polvo, pero la mayor parte de las paredes medianeras y las grandes columnas se mantenían derechas, gracias a la fortaleza del sistema de fabricación y a la dureza extrema del material empleado[15].

Dirigímonos entonces hacia una pila enorme de materiales, que reputamos fueran los de un templo, y que por lo menos cubrían unos cuantos acres de terreno, y que estaban dispuestos formando una serie de cuadrados o patios, sucesivamente interiores, como ciertas cajas chinescas que se meten las unas en las otras, y apartados entre sí por hileras de enormes columnas. Diré ahora que esas columnas no afectaban una forma común, pues tenían una especie de espiga central, ampliándose por las partes extremas de arriba y abajo. Al principio nos creímos que esta forma era una imitación simbólica o sugestiva de la figura corporal de la mujer, costumbre bastante común entre los arquitectos religiosos de la antigüedad. Mas al día siguiente conforme subíamos por las faldas del lado opuesto de la montaña, descubrimos una gran cantidad de palmeras majestuosísimas, cuyos troncos tenían exactamente la forma de las columnas, y ya no dudé de que el primero que las diseñó se había inspirado en las graciosas curvas de esas mismas palmas, o más bien, en sus antecesoras, que unos ocho o diez mil años hantes embellecían las faldas del monte que formaban la costa del volcánico lago, ausente en la actualidad.

Ante la fachada de este inmenso templo, que, según creo, es tan grande como el de Karnak, en Luxor, y cuyas, columnas tenían como sesenta pies de alto por

[15] Recuérdese, además, para explicar ese extraordinario estado de conservación de las ruinas de Kor, después de tan largo espacio de tiempo (seis mil años, quizá), que la ciudad no había sido destruida por un incendia o desbaratada por ejércitos enemigos o por terremotos, sino que había sido abandonada por sus habitantes a consecuencia de una terrible epidemia. Así fue que las casas quedaron intactas. Téngase también presente que el clima de esa llanura es extremadamente seco, y que llueve muy poco en ese lugar, de moda que las ruinas no han tenido que sufrir más que la acción del tiempo, que degrada muy lentamente a tan macizas obras de cantería.

dieciocho de diámetro en la base, hizo alto nuestra pequeña caravana. Ayesha bajó de su litera.

-Había un lugar aquí, mi Kalikrates -dijo, dirigiéndose a Leo, que había corrido a ayudarla a bajar-, donde se podía dormir. Dos mil años hace que tú, yo y esa egipcíaca sierpe descansamos en él, pero desde entonces no he vuelto a poner aquí los pies, ni nadie tampoco, y quizá ya no exista.

Y seguida de todos nosotros subió por una amplia escalinata de piedras, penetró en el primer patio y miró a su alrededor. Pareció que recordaba entonces, y andando algunos pasos hacia la izquierda, al ras de la pared, se detuvo y dijo:

-Aquí es.

Hízoles una señal a los dos mudos que llevaban las provisiones y el escaso equipaje, para que se adelantaran. Uno de ellos sacó una lámpara y la prendió en su braserillo. Los amajáguers cuando iban de viaje llevaban siempre un braserillo encendido para procurarse fuego. La yesca del braserillo se componía de fragmentos de momia prendidos y humedecidos cuidadosamente, y que conservaban fuego durante muchas horas seguidas, si se manejaban con cierta habilidad. Apenas se encendió la lámpara penetramos con Ayesha en el lugar ante cuya entrada se había ella detenido, y que resultó ser una habitación formada en el hueco de la maciza pared. Dentro vimos como una mesa de piedra maciza, y me figuro que aquel recinto serviría de alojamiento al portero del gran templo.

Limpióse aquel lugar del mejor modo posible, arreglándolo como lo permitieron las circunstancias y la oscuridad que reinaba, y nos pusimos a comer un poco de carne fiambre, al menos Leo, Job y yo, porque ya he dicho que Ayesha no tomaba nunca nada más que frutas y agua. Mientras comíamos, la luna, que era llena, surgió de encima de la montaña e inundó el espacio con su resplandor de plata.

- ¿Sabes, oh, Holly, por qué te he traído aquí esta noche? -dijo entonces Ayesha, descansando su frente en la mano y mirando al astro que subía como una reina celeste sobre las pilastras solemnes del templo. Pues te traje... y has de saber, Kalikrates, que estás sentado ahora en el lugar mismo donde yo te puse muerto hace tantos años, al volver a las cavernas... La escena torna ahora a mi memoria... La veo claramente, y... ¡ay!, cuán horrible es...

ELLA calló y se estremeció visiblemente. Leo, afectado, se levantó y cambió de puesto. La reminiscencia de Ayesha no le había gustado del todo.

-Pues os traje - continuó Ayesha - para que contempléis la más admirable vista que pueden recibir humanos ojos: la luna llena alumbrando las ruinas de Kor. Cuando hayáis acabado vuestra colación..., y ojalá, Kalikrates, que no comieras nada más que frutas, pero ya lo harás en adelante después de purificado por el fuego, que yo también en un tiempo devoraba la carne como una bestia... Cuando hayáis concluido, repito, os enseñaré este gran templo y os mostraré el dios que en él se adoraba un día.

Al oírla, por supuesto que nos levantamos de súbito. Salimos todos. Y aquí la pluma es impotente en mis manos. Fastidioso fuera que, aunque pudiese, hiciera constar aquí las dimensiones y detalles de los diversos patios, y no sé, sin embargo, de qué modo describiré lo que vi; tan magnífico era, e incapaz de concebirse, aunque estaba en ruinas. Los grandes patios e hileras de gigantescas columnas, algunas esculpidas desde el plinto al capitel, y los recintos vacíos, hablaban más elocuentemente a la imaginación que si estuvieren colmados de muebles y de pueblo. Y por encima de todo, cerníase el silencio de la muerte, el sentimiento de la

soledad más absoluta y el espíritu incubador de los siglos transcurridos... ¡Cuán hermoso era aquello, y cuán desolado, empero! No nos atrevíamos a hablar. La misma Ayesha estaba abrumada en la presencia de una antigüedad ante la cual la suya nada era; sólo murmurábamos, y nuestros murmullos corrían por las columnatas hasta perderse en el sosegadísimo ambiente. Brillante caía la luz de la luna sobre las pilastras, los patios y los hendidos muros, ocultando todas las manchas y grietas de sus fulgentes reflejos y revistiendo su venerada majestad con los peculiares encantos de la noche. Asombroso en verdad era contemplar el sagrario de Kor en ruinas alumbrado por la luna. Asombroso en verdad era pensar en los miles de años que así se habrían estado contemplando mutuamente el astro cadáver del cielo y la ciudad muerta de la tierra, contándose en la absoluta soledad del espacio las historias de sus existencias perdidas y de sus glorias olvidadas. Caía en paz la luz fantástica, y poco a poco las sombras se movían por los herbosos patios, cual si fueran los espíritus de los antiguos sacerdotes que se deslizaban en los recintos donde antes habían celebrado sus ritos; caía la luz fantástica, y fueron creciendo las sombras hasta que la belleza solemne de la escena pareció penetrarnos el alma misma con el concepto mudo, sin atenuantes, de la muerte, clamando en ella con más estridente sonido que el de cien trompetas juntas; que el sepulcro es una sima, sima que devora todas las pompas, todas las famas y hasta sus mismas memorias...

-Vamos ahora - dijo Ayesha después que hubimos estado admirando en éxtasis la escena qué sé yo cuánto tiempo-; vamos ahora, que he de mostraros la Flor de Piedra de la Hermosura, y la mismísima Corona del Asombroso, si es que aun se mantiene aquí burlando el tiempo con su belleza para colmar el corazón humano del ansia de saber lo que está detrás del velo de los misterios.

Y sin esperar nuestra respuesta, guiónos a través de dos patios más, hasta el más céntrico del antiquísimo sagrario.

Y allí en el medio de aquel espacio, que tendría unos cincuenta pies cuadrados, o poco más, nos hallamos frente a frente con lo que creo que es quizá la obra de arte alegórica más grandiosa que el genio de sus hijos ha dado al mundo. Exactamente en el centro del patio, colocada sobre un zócalo cuadrado de piedra, estaba una enorme bola de roca negra de cuarenta pies de diámetro, y sobre la bola alzábase una colosal figura, tan encantadora y divina, que al verla yo, iluminada cual se hallaba por la suave luz de la luna, quedéme sin aliento y el corazón cesó de palpitar.

Estaba la estatua labrada en un mármol tan puro y tan blanco que, aun entonces, tras tantísimos siglos, resplandecía al reflejo de los rayos lunares, y su altura sería quizá de veinte pies. Representaba la alada figura de una mujer de tan maravillosa belleza y tan delicada gracia, que el tamaño parecía aumentar antes bien que estorbar su belleza tan humana, pero aun más que humana, espiritual. Inclinada estaba hacia adelante, como suspensa de sus alas tendidas a medias, y no sobre su pie. Sus brazos abiertos estaban en la actitud de los de una mujer que va a abrazar a su novio muy adorado, y toda su postura parecía la de quien tiernísimamente implora. Su forma perfecta estaba desnuda, y esto es lo más extraordinario, menos el rostro, que tenía cubierto de un velo muy fino, de modo que se pudiera adivinar la huella de sus facciones. Le envolvía el velo la cabeza toda, y de sus puntas sueltas, una le caía sobre el seno izquierdo, y la otra, rota en parte a la sazón, volaba libre en el aire por detrás suyo.

- ¿Y qué personifica? - pregunté cuando pude apartar de la estatua la mirada.

- ¡No puedes figurártelo, oh, Holly!... ¿Adónde entonces tienes la imaginación? - Respondióme Ayesha-. Es la verdad posada sobre el mundo, e implorando a sus hijos para que le descubran la cara.

Y dando entonces la última y larga mirada a, aquella belleza espiritualizada envuelta 'en un velo, tan perfecta y tan pura que casi soñaba yo que un alma viva resplandecía a través de la prisión de mármol del contorno, para elevarme a sublimes pensamientos; inefablemente asombrado ante ese sueño de poeta helado en una piedra, que jamás olvidaré, aunque tan incapaz me hallo al tratar de describirlo, deslumbrados nos volvimos con tristeza, y atravesando los amplios patios iluminados por la luna, llegamos al nicho de donde habíamos partido.

Después no he vuelto a ver a la estatua aquélla, y lo siento, tanto más cuanto que sobre la gran esfera que representaba al mundo y que de pedestal servía, quizá hubiéramos descubierto, con un poco más de luz, un mapa del universo conforme lo conocieron los habitantes de Kor. Sugerente es, sin embargo, el alcance de su saber científico, que esos adoradores de la verdad estuvieran seguros del hecho de la esfericidad del mundo.

CAPITULO XXIV
¡SOBRE EL ABISMO!...

AL día siguiente, antes del alba, nos despertaron los mudos, y después de desperezarnos bien y darnos un rápido baño en una fuente, que aun manaba en los restos de un pilón de mármol que se hallaba en el centro del cuadrángulo norte del vasto atrio, fuimos donde se hallaba ELLA, y la vimos junto a su litera, dispuesta a la partida, mientras Billali y los mudos recogían apresuradamente el equipaje. Ayesha estaba velada como de costumbre, como el monumento de la verdad que habiamos visto la noche anterior, y, entre paréntesis, me pregunté si esa escultura no le habría inspirado .la idea de cubrirse como lo hacía.

Noté entonces que la hallaba algo preocupada, y que no tenía ese aire altivo y arrogante que la caracterizaba, que la hubiera señalado al momento entre mil mujeres de su propia estatura, aunque todas se encontrasen vestidas y veladas como ella. Alzó la cabeza para mirarnos al ver que nos acercábamos, pues la tenía doblada sobre el pecho, y nos dió los buenos días. Leo le preguntó que tal había pasado la noche.

-Mal, Kalikrates mío, muy mal -contestó-. Raros y atroces sueños he tenido esta noche, y no sé qué puede significar. Vamos, echemos a andar, que lejos hemos de ir, y antes de que nazca otro día en ese oriente azul, hallar debemos el Lugar de la Vida.

A los cinco minutos andábamos ya de nuevo a través de la inmensa ciudad en ruinas, que nos parecía acrecentada a la indecisa luz crepuscular. Y precisamente llegábamos a la puerta del lado opuesto por donde habíamos entrado cuando el primer rayo de sol surgió como una flecha de oro atravesando aquel recinto colmado de legendaria desolación, y lanzando una postrera mirada a las venerandas y majestuosas columnas, suspiramos todos, menos Job, que no se encantaba con ninguna ruina, por no poder examinarlas más despacio. Vadeamos el foso y nos hallamos luego otra vez en la llanura.

Detuvimonos luego un momento para el almuerzo y emprendimos la marcha en seguida, y tan de prisa, que a las dos, más o menos, de la tarde, habíamos alcanzado la montaña que formaba el borde del cráter, y que en aquel punto alzábase perpendicularmente a unos mil quinientos o dos mil pies sobre nuestras cabezas. Hicimos alto y no me sorprendió esto a la verdad, porque yo no veis cómo era posible que pudiéramos dar un paso más hacia adelante.

Ayesha bajó entonces de su litera, y nos dijo:

-Ahora sólo comenzarán nuestros trabajos, pues aquí dejaremos a esos hombres y habremos de ayudarnos nosotros mismos.

Dirigiéndose luego a Billali, le dijo

-Aguardarás aquí, con estos esclavos, nuestra vuelta. Mañana a mediodía volveremos, y si no, sigue esperando.

Inclinóse humildemente Billali, y dijo que obedecerían su augusto mandato aunque tuvieran que aguardarla hasta la muerte.

-Y este hombre, ¡oh, Holly! -dijo ELLA señalando a Job-, más valiera que también quedase aquí; porque si no tiene grande el corazón y el valor muy seguro, quizá algún daño padezca... Tampoco son los secretos del lugar a donde vamos propios para que los conozcan ojos de gente vulgar.

Tradújele esto a Job, que entonces me rogó, casi con lágrimas, que no lo abandonase. Díjome que estaba seguro de que no podría ver nada peor de lo que ya

había visto, y que le espantaba la sola idea de quedarse con esa gente muda, que, sin duda, aprovecharía la oportunidad para envasijarlo.

Se lo dije a Ayesha. ELLA se encogió de hombros y replicó:

-Bien, que venga... ¡Poco me importa! Cáigale el mal sobre su cabeza, ya que lo quiere... Servirá para sostener la lámpara, y eso... -y señaló una tabla estrecha, como de dieciséis pies de largo, que estaba atada sobre la larga vara de la litera.

Yo había creído hasta entonces que esa tabla servía para que las cortinillas quedasen más anchas; pero ahora me enteraba dé que se destinaba a algún propósito que desconocía, y necesario en nuestra extraordinaria empresa.

Así fue que Job se echó a cuestas la tabla, que era bastante ligera aunque rudamente labrada, y cargó con una lámpara. Otra lámpara me eché yo a la espalda, así como un jarro de aceite de repuesto, y Leo llevó las provisiones y el agua en un odre de piel de cabrito.

Entonces ELLA ordenó a Billali y a los seis mudos que se retiraran detrás de un grupo de magnolias floridas que estaba cómo a unas cien yardas de distancia, y se mantuvieran allí bajo pena de muerte hasta que hubiéramos desaparecido. Inclináronse humildemente y se marcharon, mas antes el viejo Billali me dió con disimulo un apretón de manos y murmuró a mi oído que se alegraba de que fuese yo y no él quien acompañase a *Quien debe ser obedecida* en tan misteriosa expedición, y por mi palabra que casi estuve dispuesto en convenir en que tenía razón. Al punto desaparecieron, y entonces Ayesha nos preguntó brevemente si estábamos dispuestos.

-Sí, -contestamos.

Volvióse Ayesha, y se puso a examinar la montaña.

- ¡Válgame Dios, Leo! - murmuré -. ¡No creo que vayamos a trepar por ahí!...

Leo se encogió de hombros. Estaba como fascinado y dispuesto a todo.

Ayesha de súbito empezó a ascender por el acantilado y nosotros la seguimos. Maravillaba ver la facilidad y gracia con que saltaba de peñasco en peñasco y se deslizaba por los rebordes del murallón.

La subida no era a la verdad tan difícil como parecía al principio, aunque en dos ocasiones de nada nos sirvió mirar hacia atrás; pero el hecho es que la montaña tenía cerca de su base cierta inclinación que más arriba no existía.

Llegamos de este modo a unos cincuenta pies sobre el lugar de donde habíamos partido, siendo lo único verdaderamente pesado el manejo de la tabla de Job.

Notamos entonces un reborde en la escarpada, bastante estrecho al principio, pero que se fue ensanchando e inclinando hacia adentro como el pétalo de una flor, de modo que gradualmente nos encontramos en un repliegue o carril cada vez más profundo, hasta parecerse a un callejón de Devonshire, pero hecho en piedra y que nos escondía de las miradas del que pudiera estar abajo, si es que hubiera, habido alguno.

Este callejón, que parecía ser de formación natural, tendría unos cincuenta o sesenta pasos de largo, y terminaba de repente en una cueva abierta en ángulo con respecto a él. Natural era ésta también y no labrada por humanas artes, lo que deduje de su forma y desarrollo irregular, que causaba una formidable erupción de gas en la dirección de la menor resistencia rocosa. Las cuevas, todas labradas por los antiguos habitantes de Kor, se distinguían por su perfecta regularidad y simetría.

Detúvose Ayesha a la entrada de esta cueva y nos dijo que encendiéramos las dos lámparas, lo que hice. ELLA tomó una y yo la seguí con la otra. Adelantándose

entonces nos guió cueva adentro, marchando con mucho cuidado, pues el suelo estaba lleno de cantos como el lecho de una corriente, y a trechos tenía hondos agujeros en donde podría uno romperse una pierna con la mayor facilidad.

Así seguimos durante veinte o más minutos, y calculo, aunque esto era cosa bien difícil por las vueltas y revueltas que dábamos, que habíamos andado un cuarto de milla.

-Al fin hicimos alto en este punto y en tanto que yo trataba de penetrar con la mirada la densísima tiniebla del lugar, sopló de súbito una gran racha de viento que apagó ambas, lámparas.

Llamónos Ayesha, y arrastrándonos casi, nos acercamos a ella. Entonces contemplamos un espectáculo que nos sobrecogió por lo terrorífico y grandioso. Teníamos delante una tremenda grieta del negro monte, conmovido y dislocado por alguna inmensa perturbación natural en remota edad, en la que había sido como azotado repetidas veces por el rayo. Esta grieta, que era un precipicio enorme cuyas dimensiones no pude apreciar, pero cuya anchura no debía ser mucho, por lo mismo que era tan obscura, encontrábase apenas alumbrada por una luz dudosa que con dificultad bajaba hasta donde estábamos de la superficie superior del monte, que se hallaría por lo menos a unos dos mil pies de altura.

La boca de la caverna de donde acabábamos de salir daba a una curiosísima prolongación rocosa, figurada como un espolón sobresaliente en el abismo en medio del vacío, por espacio como de cincuenta yardas, terminando en una aguda espuela de gallo. La gigantesca púa se desprendía del paredón del precipicio, exactamente como la defensa córnea de la pata del gallináceo; su base era enorme, y no se sostenía en ninguna parte.

- ¡Por ahí pasaremos! -dijo Ayesha-. Y cuidad de que el vértigo no os acometa, o que el viento no os eche al abismo, que a la verdad no tiene fondo.

Y sin darnos tiempo siquiera para sentir miedo, echó a andar por el espolón, dejándonos que la siguiéramos como mejor pudiésemos. Yo iba en pos de ella; tras de mí, Job arrastrando penosamente su tabla, y Leo a la retaguardia de todos.

Unos veinte pasos habríamos avanzado por ese puente peregrino, que se estrechaba cada vez más, cuando de súbito por la grieta bajó rugiendo una gran racha de viento. Vi que Ayesha se inclinó ante ella, pero el viento le arrancó de los hombros la capa obscura, y sacudiéndola se la llevó por el abismo. Seguíla espantado con la vista hasta que la devoró la tiniebla. Echéme a tierra y me aferré con las manos al peñasco, que vibraba dando un zumbido como un ser viviente.

Nuestra situación era tan terrible, tan contraria a la experiencia terrena, que yo creo que por eso mismo nuestro terror se aplacaba; mas ahora cada vez que sueño con ella me despiertos con todo el cuerpo lleno de sudor frío

-Adelante, adelante -exclamó la blanca figura que nos guiaba; pues ahora, sin capa, ELLA parecía, más que mujer, una hada flotando sobre la tempestad.

- ¡Adelante o caeréis para ser deshechos en mil pedazos! ¡No apartéis los ojos ni las manos del peñasco!

Obedecímosla, y nos arrastramos trabajosamente por el vibrante espolón, contra el cual se desgarraba gimiendo el viento, haciéndolo resonar como un enorme diapasón. Seguimos y seguimos, no sé durante cuánto tiempo, sin atrevernos a mirar en torno sino cuando era absolutamente necesario, hasta que al fin nos hallamos en la punta misma de la espuela, que era una losa no más grande que una mesa común,

y que palpitaba y rebotaba corno la cubierta de un barco de vapor cuyas calderas se hallaran a gran presión.

Allí, apretados contra el suelo y boca abajo, nos quedamos mirando a nuestro alrededor mientras que Ayesha se mantenía de pie, doblada contra el viento, flotante la cabellera larguísima, y despreocupada en absoluto del espantoso abismo abierto a sus pies.

Extendió la mano y señaló hacia adelante.

Entonces comprendí para qué se había preparado la larga y estrecha tabla que Job y yo con tanto trabajo habíamos llevado hasta allí. Teníamos por delante el espacio; mas algo había en él a cierta distancia, aunque no podíamos discernir qué, debido a que la sombra del murallón del lado opuesto obscurecía todo el ambiente.

-Debemos esperar un momento, pues muy pronto tendremos luz.

No pude comprenderla, en verdad. ¿Qué otra luz de la que entonces había en aquel lugar tremebundo podría venir a iluminarlo? Mientras en ello pensaba, de súbito, una espada flamígera atravesó la tiniebla estigiana, rozando la punta rocosa en que nos hallábamos, e iluminando la forma adorable de Ayesha con un resplandor celeste.

¡Ah, si describir pudiera la fantástica, peregrina belleza de aquella espada de fuego suspendida en las tinieblas, atravesando los jirones de neblina que surgían del abismo!...

Cómo se produjo, no lo sé aún, pero supongo que había algún agujero que horadaba el murallón del frente, la dirección precisa del punto en que el sol se ponía en aquel instante. Pero aseguro que el efecto que hacía era de lo más asombroso que pueda concebirse. Hundida en el seno mismo de la tiniebla estaba aquella espada ígnea; por donde ella cruzaba, la luz era tan viva que podía verse hasta el grano de la piedra, mientras que fuera del rastro de luz, a distancia de unas cuantas pulgadas solamente de su filo sutil, nada distinguía, a no ser las amontonadas sombras.

Y entonces, gracias a ese rayo de luz que ELLA había estado esperando, y para encontrar el cual había calculado nuestra llegada; sabiendo que esta estación del año, durante siglos y siglos había caído siempre en esa dirección, pudimos nosotros ver lo que por delante teníamos.

A cierta distancia de la punta del trozo de roca, parecida a una lengua, en que estábamos, alzábase, probablemente del insondable fondo de la misma, un granítico cono, como un pan de azúcar, cuyo vértice estaba exactamente frente a nosotros.

De nada nos hubiera servido este vértice solo, que era circular y ahuecado, pues venía a quedar de nosotros a una distancia de cuarenta pies por lo menos. Mas encima del borde de la cúspide descansaba una losa gigantesca y chata, algo así como el canto de un glacier (lo que muy bien podría ser) y el filo de la losa se nos aproximaba a unos doce pies más o menos.

Ese enorme bloque no era más que una piedra basculada sobre el borde del cono o cráter en miniatura, como una moneda en el de una copa de mesa, pues a la ingente luz que la alumbraba, veíamosla oscilante a los embates del viento.

-A prisa -exclamó Ayesha-; poned la tabla; hemos de pasar mientras haya luz, que será por poco tiempo.

- ¡Señor y Dios mío! No querrá ELLA que pasemos por ahí sobre esto -gimió Job mientras, obedeciéndome, me empujó la tabla.

-Pues eso mismo haremos, Job -le grité... Y la idea del peligro atroz que íbamos a arrostrar me ponía en el ánimo fatídica alegría.

Dile dificultosamente la tabla a Ayesha, quien, rápida, la colocó con mucha limpieza a través de la sima, de modo que uno de sus extremos descansaba sobre la moviente losa y el otro en la punta de nuestro vibrante espolón: Entonces colocó sobre ella un pie para que el viento no la arrastrase, y volviéndose a mí, me dijo:

-Desde que aquí estuve la última vez, oh, Holly, el sostén de la vacilante piedra ha disminuido un tanto, y no sé si resistirá nuestro peso, si caerá o no. Cruzaré la primera, pues nada puede resultarme.

Y echó a andar, leve aunque seguramente, por el frágil puente, y en un segundo se encontró parada y en salvo sobre la suspendida piedra.

- ¡Está segura! -exclamó entonces-. Sostén tú la tabla. Yo me pondré del otro lado de la piedra para que no se desequilibre con vuestro peso mayor. ¡Vamos, vamos, Holly, que nos va a faltar la luz!...

Temblé sobre mis rodillas, y si alguna vez me he sentido mal, en aquella ocasión fue. No me avergüenzo al confesar que vacilé un poco, y que aun pensé retroceder.

- ¡No tendrás miedo de seguro! -exclamó la extraña criatura aquélla en una parada del viento, desde el lugar en que estaba posada como un ave en la parte más elevada de la moviente piedra-. ¡Si lo tienes, deja pasar a Kalikrates!

Esto me decidió. Más vale caer en un precipicio y morir, que ser objeto de la burla de una mujer como aquélla. Apreté los dientes y me lancé sobre la horrible, estrecha tabla, que se doblaba bajo mis pies, al espacio insondable.

Tocóle entonces el turno a Leo, y aunque el muchacho tenía cierta expresión rara en la cara, pasó por la tabla como un saltimbanqui por la cuerda. Ayesha extendió la mano para recibirlo exclamando:

- ¡Valeroso, valeroso eres, amor mío! ¡Aun te anima el antiguo espíritu heleno!...

Sólo el pobre. Job quedaba del otro lado de la sima, Arrastróse hacia la tabla gritando:

- ¡No puedo hacerlo, señor! ¡Voy a hundirme en ese atroz agujero!

-Dejemos a ese hombre que pase o que perezca ahí -dijo Ayesha-. Ved: ya la luz se va; dentro de un minuto estaremos en la obscuridad.

Tenía razón. El sol bajaba quizá del nivel del agujero o grieta por donde el rayo penetraba.

-Si te quedas, Job le grité-, morirás ahí solo. La luz se está yendo.

- ¡Vamos, sé hombre! -le gritó Leo-. Es cosa fácil.

Animado de ese modo, el mísero Job dió el grito más desesperado que en mi vida oí, y se arrojó de cara contra la tabla... No trataba de andar, dicho sea sin ofensa, sino que comenzó a arrastrarse abrazado a ella, dándose torpes impulsos con sus tristes piernas colgantes a ambos lados sobre el vacío.

Los violentos empujones que le daba a la tabla hacía que la losa balanceada como estaba en un filo de pocas pulgadas, oscilase de una manera atroz, y para agravar el caso, precisamente al hallarse él a medio camino, el rayo fugitivo de la luz espectral desapareció, como una lámpara que de súbito se apaga, dejándonos en medio de una desolación de tiniebla.

- ¡Por el amor de Dios, Job! -gritéle con la mayor agonía-. ¡Ven a prisa!

Porque la piedra sobre que estábamos, aumentando su oscilación a cada impulso de la tabla, se balanceaba tanto que apenas podíamos sostenernos. La situación era terrible.

- ¡Que Dios me ampare! -gritó Job en la obscuridad...

- ¡La tabla se desliza!

Oí un rumor siniestro y me pareció que había caído.

Pero al mismo instante su mano extendida, azotando crispada el aire a obscuras, topó con la mía... Agarréle y tiré..., tiré con la fuerza que tan generosamente me dotó la Providencia, y Job se encontró jadeante a nuestros pies.

¿Pero la tabla? Sentí el ruido que hizo al deslizarse y chocar contra una piedra, y nada más luego. La habíamos perdido.

- ¡Cielos! -exclamé-, ¿cómo volveremos?...

- ¡Qué sé yo! -me contestó la voz de Leo en la sombra. Bastante mal hemos tenido por hoy..., ya veremos luego. Pero me alegro de estar aquí.

Ayesha entonces me tomó de la mano y me dijo:

- ¡Ven!

CAPITULO XXV
EL ESPÍRITU DE LA VIDA

OBEDECILA, y me aterré al sentir que me conducía sobre el borde del cráter. Extendí las piernas a los lados y no sentí nada.

-Voy a caer - murmuré.

-No, déjate conducir y confía en mí -contestó Ayesha.

Ahora bien; si se concibe la situación, se comprenderá fácilmente que esto era pedirle a mi confianza mucho más de lo que justificaba el conocimiento que yo tenía del carácter de Ayesha. Quizá en aquel mismo instante estaría a punto de entregarme a un horrible sino. Mas tenemos algunas veces que poner nuestra fe sobre peregrinas aras, y esto fue lo que entonces hice.

- ¡Déjate conducir! -gritó; y como no podía escoger otra cosa, así hice.

Sentíme deslizar como uno o dos pasos por la superficie oblicua de la peña y caer luego en medio del aire, y pasóme como un relámpago en la mente la idea de que estaba ya perdido... ¡Más no! Sentí que mis pies chocaron contra la peña dura, que estaba parado sobre algo sólido y fuera del alcance del viento, cuyo rumor seguía oyendo sobre mi cabeza. Y mientras le daba gracias a mi estrella por estos pequeños servicios, sentí como un deslizamiento o roce, un choque y luego la voz de Leo que, alegremente, gritaba:

- ¡Hola, viejo! ¿Estás aquí? ¿Verdad que esto se va poniendo interesante?

Y en este instante, sentimos caer a Job, dando un tremendo chillido, sobre nosotros, arrojándonos por tierra. Cuando acabábamos de levantarnos, oímos la voz de Ayesha mandándonos encender las lámparas, que afortunada mente estaban intactas, así como el jarro de aceite de repuesto.

Saqué mi caja de fósforos, que prendieron tan alegremente en aquel lugar atroz como en un gabinete de Londres, y en un par de minutos teníamos encendidas las dos lámparas.

A su luz vimos un curioso espectáculo. Estábamos amontonados en un ensanche rocoso como de doce pies cuadrados, y en nuestros rostros se pintaba el azoramiento. Ayesha estaba de pie, tranquila, en un ángulo, con los brazos cruzados, esperando que acabáramos de encender.

Aquel recinto en que nos hallábamos parecía ser en parte natural y en parte labrado por la mano del hombre, y se hallaba en la cúspide misma del cono. El techo de la parte natural estaba formado por la piedra moviente, y el fondo del lUgar, que tenía una pendiente hacia el interior, estaba labrado en la peña viva. Por lo demás, allí no había ni humedad ni frío, y era un perfecto puerto de paz comparado con la cima de arriba, azotada por los torbellinos, y a la vibrante espuela que a su alcance sobresalía en pleno abismo.

-Al fin hemos llegado sanos y salvos -dijo Ayesha-, aunque por momentos me pareció que la losa desequilibrada se precipitaba con ustedes en los abismos sin fondo, pues creo que esa grieta llega hasta la misma entraña del mundo... La peña afilada sobre donde descansaba la losa se ha ido desgastando con la fricción del balanceo. Y ahora que este hombre, a quien con razón llaman el Puerco, porque es estúpido como esa bestia, ha dejado caer la tabla, no será cosa fácil volver a pasar el abismo, y tengo que pensar un medio para ello.

Job no se daba cuenta de que lo aludían. Sentado estaba en el suelo y pasándose por la frente, con el aire muy fatigado, un pañuelo rojo de algodón. Ayesha siguió hablando.

-Contemplad este lugar. ¿Qué crees tú que es, Holly?

-No sé - repliqué.

- ¿Creerás que un hombre escogió por habitación suya en su tiempo este aéreo nido, y que vivió durante muchos años, saliendo de él solamente cada diez días a buscar el alimento, el agua y el aceite que el pueblo le ponía en mayor cantidad de la que necesitaba y como una ofrenda, a la entrada del túnel por donde hemos venido hasta aquí?

Admirados la oímos, y ELLA prosiguió:

-Y, sin embargo, así fue. Hubo un hombre; Noot se llamaba, que, aunque vivió en tiempos posteriores, tenía el saber de los hijos de Kor. Era un ermitaño y gran filósofo, y conocedor de los secretos de la naturaleza. El fue quien descubrió el fuego que voy a mostraros, que es la sangre y la vida de la naturaleza, y también que los que en él se bañaran y lo aspiraran habrían de vivir mientras la naturaleza existiera. Mas, como tú, oh, Holly, ese hombre, Noot, no quiso aprovecharse de su saber. "Mala es la vida para el hombre -decía-, pues que el hombre nació para morir." Así es que a nadie confió su secreto, y aquí se vino a vivir para atravesarse en el camino del que en busca de la vida viniera, y los amajáguers de su tiempo lo adoraban como a un santo. Y cuando yo vine por primera vez a este país... - mas tú no sabes cómo vine, Kalikrates, y otra vez te lo diré...; es una historia extraña -, oí hablar de este filósofo, le aguardé a que viniese por sus provisiones y vine con él hasta aquí, aun que temí mucho pasar el abismo. Deslumbrélo con mi hermosura y mi talento, y le lisonjeé con mis palabras, de tal modo que me condujo allá abajo y me mostró el Fuego y me contó sus arcanos; mas no permitió que en él me hundiese, lo, que por temor de que me matara no lo hice, pero pensé que como el hombre era muy anciano pronto moriría. Y partí de aquí habiendo aprendido cuanto él sabía del maravilloso Espíritu del Mundo, que era muchísimo; porque el hombre era muy sabio y muy anciano, y por su pureza de costumbres y abstinencia, y por la contemplación de su mente inocente, habia conseguido adelgazar el velo que cuelga entre nosotros, y conocer las grandes verdades invisibles, cuyo suave batir, de alas algunas veces escuchamos cuando pasan a través del grosero ambiente del mundo. Sucedía esto poco antes de que yo te viera, Kalikrates, de que llegases aquí, peregrino, con la egipcia Amenartas; de que yo aprendiese a amar por vez primera y eterna. Y al verte pensé en venir aquí contigo, y que ambos participásemos del don de la vida. Y así fue que yo te traje aquí; mas la egipcia nos siguió y no hubo modo de apartarla, y al llegar encontramos que el anciano Noot acababa de morir. Ahí yacía, y su blanca barba le cubría como una vestidura; ahí junto adonde estás sentado, Holly, pero largo tiempo hará que su polvo lo disipó el viento.

Maquinalmente entonces pasé la mano por el polvo del suelo y mis dedos tocaron alguna cosa dura. Examinéla y vi que era una muela humana, muy amarilla, pero muy sana. Se la mostré a Ayesha, que al verla rió un poco.

-Sí, es suya, sin duda... Ved lo que queda de Noot y de su gran sabiduría... Una muela... ¡Y aquel hombre, sin embargo, tenía a su alcance la vida eterna, y no la quiso por respeto a su conciencia!... Pues bien, ahí yacía, a la sazón muerto recientemente, y bajamos todos al lugar donde ahora he de conduciros, y yo, reuniendo todo el valor que pude, arriesgándome hasta la muerte para conquistar

quizá la corona de la vida, adelantéme a las llamas... Surgió entonces un vigor vital en mí que no podéis concebir hasta que no lo sintáis vosotros mismos. De ellas salí imperecedera y bella, inefable, inconcebiblemente. A ti tendí los brazos entonces, Kalikrates, instándote a que tomaras a tu inmortal desposada, y tú al oírme, deslumbrado por mi belleza, volviste la mirada y rodeaste con tus brazos el cuello de Amenartas. Acometióme gran furor, enloquecí, y apoderándome de la corta lanza que llevabas, te herí en el pecho; de modo que ahí, en el recinto de la vida gemiste y moriste... Entonces no sabía que podía matar con la mirada y la voluntad, y por eso, insana, te maté con una lanza... Y cuando te vi muerto, ¡a y!... , lloré, lloré al ver que habías muerto y que yo era inmortal. Lloré ahí en el Lugar de la Vida, y tanto, que si hubiera sido mortal, el corazón me habría estallado... Y ella, la obscura egipcia, me maldijo por sus dioses... Maldíjome en nombre de Osiris y de Isis; de Nephithys y de Hekt; y de Sekhet de cabeza de león, y de Set, llamando sobre mí los males y la desolación... ¡Ah!, aun me parece ver su obscuro rostro amenazándome como una tempestad, mas no podía dañarme, y... yo, ¡yo no sabía que podía herirla! Y no traté de hacerlo; ni entonces ya me importaba hacerlo. Entre las dos te sacamos de aquí. Y después, la despedí... Ordené que la guiasen a través de los pantanos..., y parece que vivió para dar a luz un hijo, y para escribir la historia que había de traerte a ti, su esposo, junto a mí, su rival y tu matadora...

Paró de hablar un momento, y luego continuó:

-Tal es la historia, amor mío, y ya llegó la hora del término que la corone... Como las cosas todas del mundo, compónese de mal y de bien, -más de mal, quizá, que escrita está con letras de sangre... Tal es la verdad, nada te he ocultado, Kalikrates... Mas, escucha ahora una cosa antes del momento final de tu prueba. Vamos a ir ante la presencia de la Muerte, pues que la Vida y la Muerte se hallan muy juntas, y quién sabe... ¡ah!, si quedaremos apartados por otro espacio tan largo... No soy más que mujer, y no profetisa; no sé leer en el futuro... Más sí sé una cosa, que aprendí de los labios del sabio Noot: que mi vida se ha prolongado y que se ha tornado más intensa y brillante, aunque no podré vivir eternamente... Así que, Kalikrates, tómame por la mano y alza mi velo sin más temor que si yo fuese alguna muchacha campesina, y no la más sabia y bella mujer de esta tierra, y mírame a los ojos y dime que me perdonas de todo corazón, y que dé todo corazón me adoras.

Dejó de hablar otra vez por un momento y la rara ternura de su voz nos acariciaba aún el oído, en el silencio. Su acento me conmovía más aún que sus palabras; ¡tan humano era, tan femenino! Leo también estaba muy afectado. Hasta aquel instante había sido fascinado, a pesar de los dictados de su razón, así como se supone que la serpiente fascina al pajarito; mas a la sazón supongo que la fascinación había pasado, y que realmente amaba a esa peregrina y bellísima criatura, tal como yo... , ¡ay!... , también la amaba. Como quiera que fuese, vi que se le llenaron de lágrimas los ojos, que se dirigió apresuradamente hacia ella, le soltó los nudos de su velo y, tomándola por la mano y clavando la mirada en sus pupilas profundísimas, le dijo en voz alta:

- ¡Ayesha, te amo de todo corazón... y te perdono, en cuanto es posible lo absoluto del perdón, la muerte de Ustane!... En cuanto a lo demás, es cosa que corresponde a tu Creador y a ti, y nada tengo que ver en ello...

-Ahora -replicó Ayesha con altiva humildad-, cuando mi señor habla tan generosamente y tanto dona con su mano real, no me toca quedarme atrás y esperar a que me rueguen mis favores... Escucha...

Y tomándole de la mano se la puso sobre la adorable cabeza, y se inclinó de modo que por un instante rozó con el suelo la rodilla.

-En señal de sumisión, me inclino ante mi dueño.

Luego lo besó en la boca:

-En señal de mi amor de esposa, te beso los labios.

Le puso mano en el corazón:

- ¡Por los pecados que he cometido, por los largos siglos solitarios que esperándote pasé y que lavaron mi crimen, por mi inmenso amor y por el Espíritu..., el Arcano Eterno que produce toda la vida, de donde surge y a la cual retorna, yo juro... juro, en esta primera y sacratísima hora de mi femineidad perfeccionada, juro que abandonaré el Mal y adoraré el Bien! ¡Juro que siempre me dejaré guiar por su voz en el recto camino del Deber!

¡Juro que odiaré la Ambición, y que por el espacio todo de mis días casi sin término, elevaré la Sabiduría ante mis ojos para que sea la estrella polar que me conduzca hacia la Verdad y al conocimiento de la justicia! ¡Juro también que te honraré y te amaré, Kalikrates, a quien la ola del tiempo echó de nuevo en mis brazos, hasta nuestro fin, próximo o remoto, como sea!... ¡Y como dote de bodas te aporto la coraza de mi belleza y mi misma vida casi imperecedera, y mi saber sin medida, y riquezas que nadie puede calcular!... ¡Escucha!... Los grandes de la tierra se arrastrarán a tus pies, y sus bellas mujeres se taparán los ojos con las manos, deslumbradas por la hermosura de tu rostro, y los sabios te reputarán cual su maestro. ¡Leerás en los corazones humanos como en un libro abierto, y los conducirás aquí, allá, adonde plazca a tu albedrío!... ¡Como la vetusta esfinge egipcia, echado te mantendrás durante las edades, y las estirpes de hombres te rogarán llorando que les resuelvas el secreto de tu grandeza inmarcesible, y siempre, siempre las burlará tu silencio!... Y ya que está resuelto..., ¡luzca el sol, o ruja la borrasca, en mal o en bien, en vida o en muerte lo hecho queda y no se deshará!... ¡Porque en verdad que lo que es, es, y una vez hecho, para siempre queda hecho, y deshacerse no puede jamás!... ¡Y ya lo he dicho!... Vamos allá, pues, y que todo se cumpla a su tiempo.

Y tomando una de las lámparas, adelantóse hacia el fondo del recinto que estaba cubierto por la peña moviente, donde se detuvo.

Seguírnosla, y vimos que en la pared del cono había una escalera, o para hablar con más propiedad, que algunas prominencias del muro habían sido esculpidas groseramente como para formar una escalera. Por ella empezó Ayesha a bajar saltando como una cervatilla. Nosotros, con mucha menos gracia, íbamos detrás.

Cuando hubimos descendido unos quince escalones, vimos que seguía una senda rocosa, en plano inclinado, que corría hacia afuera y luego hacia adentro como el declive de un cono invertido o embudo.

Aunque muy empinada era la senda, a trechos casi vertical, siempre era practicable, y por ello íbamos sin saber a dónde, hacia el seno mismo del volcán muerto.

Largo tiempo bajamos así; como media hora, me parece, hasta que, al hallarnos a una profundidad de muchos cientos de pies del punto de partida, noté que llegábamos al vértice del cono invertido.

En este mismo punto se abría un pasadizo estrecho y tan bajo que tuvimos que ir en fila india, uno detrás de otro, inclinando el cuerpo para no dar contra la roca.

A unas cincuenta yardas ensanchóse el pasadizo y nos hallamos en una caverna tan enorme que no pude ver ni sus muros ni su bóveda. Sólo sabía que era una caverna por el eco que despertaban nuestros pasos y por la pesadez y tranquilidad del aire ambiente.

Varios minutos anduvimos así en medio del más absoluto silencio, que nos oprimía el corazón, como almas perdidas en lo hondo del Tártaro, siguiendo la blanca y fantástica figura de Ayesha hasta que la caverna se transformó de nuevo en pasadizo, que volvió a ensancharse en una nueva caverna mucho más pequeña que la primera. Y al fin entramos en otro pasadizo por el que pasaba un débil resplandor.

Oí entonces que Ayesha daba un suspiro corno de satisfacción.

-Bien está -murmuró-; preparaos a penetrar en la misma matriz del mundo. ¡Donde la tierra concibe la vida que veis brotar en los hombres y las bestias... y en los árboles!...

Rápidamente avanzó entonces, y dando traspiés, como pudimos, fuimos detrás, con los corazones como si fuesen vasos rebosantes de una mezcla de terror y curiosidad ¿que íbamos a ver?...

Conforme adelantábamos por el túnel, el lejano resplandor aumentaba y nos lanzaba reflejos periódicos como un faro, que de trecho en .trecho alumbra las tinieblas del mar. Y no era esto todo, porque con los resplandores venía rodando un rumor como de trueno, y el de árboles que caen y se desgajan, que nos agitaba el alma. Llegamos al fin del túnel y nos encontramos en una tercera caverna, de unos cincuenta pies de largo y otros tantos de, altura. El suelo estaba cubierto de blanca arena finísima y todos los costados pulidos por la acción de no sé qué desconocido agente. No era aquella caverna obscura, como las demás, sino que la inundaba una luz rosácea muy agradable a la vista.

Al principio no vimos reflejo ninguno, ni oímos rumor de trueno; mas de pronto, mientras maravillados mirábamos en torno, calculando la fuente de la radiación rosada, se verificó un fenómeno tremebundo aunque bellísimo.

Del fondo más lejano de la caverna, con un rumor atroz y crujiente (tan espantoso que todos temblamos y Job cayó de rodillas), surgió un pilar de fuego arremolinado, diverso en colores como el arco iris y deslumbrante como el relámpago.

Durante un rato como de cuarenta segundos vimos la llamarada misteriosa resonando y girando sobre sí misma lentamente, hasta que por grados cesó el ruido y desapareció con el fuego, no sé cómo, ni por dónde, dejando tras de sí el resplandor suave y rosado que al principio vimos.

- ¡Acercaos, acercaos! -exclamó Ayesha con la voz vibrante de intensa emoción-. ¡Contemplad la fuente y el Corazón de la Vida tal como late en el seno del inmenso mundo!... ¡Contemplad la substancia de que las cosas todas toman su energía, al radiante Espíritu del Globo, sin el cual su existencia sería imposible, y se tornaría helado, exánime como la cadavérica Luna!... Acercaos, lavaos en las vivientes llamas y colmad vuestras flojas estructuras de su virtud en toda su virginal potencia... ¡Y no cual ahora, que solamente irradia en vuestros senos, derramada en ellos a través de los filtros finísimos de miles de existencias intermedias, sino cual aquí se halla en su propia fuente y asiento del Ser Vital!...

Seguímosla entre el rosáceo resplandor al fondo de la caverna, hasta que al fin nos encontramos ante el lugar mismo en que el grandioso pulso latía, en que surgía la sublime columna.

Allí nos miramos los unos a los otros al resplandor anímico, y reímos con risa sonora -hasta el mismo Job rió después de tanto tiempo que no lo hacía-, por lo ligero que sentíamos el corazón en medio de la divina ebriedad de nuestros cerebros...

Yo, por mi parte, diré que me sentí entonces como en posesión de todos los varios genios de que es capaz el intelecto humano... ¡Podría haber hablado en versos libres de belleza shakesperiana; de toda suerte de grandes ideas cruzaban relampagueando por mi mente; parecíame que se habían aflojado las tablas carnales y que mi espíritu libre se cernía por el empíreo de sus prístinos dominios!...

¡Inefables sensaciones me embargaban!... Parecíame que vivía más sutilmente, que alcanzaba una alegría superior, que a sorbos bebía de un vaso de pensamientos más depurados de cuantos hasta entonces había tenido... Era otro yo mismo, glorificado, y todas las vías de la Posibilidad me parecían abiertas para recibir las huellas de la Realidad. Súbitamente, entonces, mientras yo me regocijaba en este espléndido vigor de una nueva esencia personal exaltada, de lejos, de muy lejos, vino un rumoroso son que creció, creció, tornándose trueno, combinando cuanto es terrible y magnifico en las capacidades del sonido.

Acercóse más y más aún, hasta que estuvo junto a nosotros, rodando como todas las ruedas de la artillería del cielo arrebatadas por los corceles del rayo... Y surgió afuera, y con él la gloriosa cegadora columna de llamaradas de colores varios, que estuvo girando ante nosotros un momento lentamente, y luego, llevándose en pos de sí la pompa del sonido, desapareció no sé cómo... Tan tremebundo fue el espectáculo, que todos a una, menos ELLA, que se adelantó un hacia la llamarada, caímos abrumados, hundiendo nuestros rostros en la arena.

Al desaparecer la ígnea columna, Ayesha habló:

- ¡Ahora, Kalikrates -dijo-, el momento tremebundo se presenta!... Cuando la gran llamarada vuelva, debes bañarte en ella. Despójate antes de tus ropas, porque las quemaría aunque a ti mismo no te dañe... Estar debes en la llamarada mientras que resistirla puedan tus sentidos, y cuando te abrase absórbela hasta el mismo corazón y déjala que lama las partes todas de tu cuerpo, y que por ellas retoce, para que no pierdas átomo alguno de su virtud. ¿Me escuchas, Kalikrates?

- ¡Ayesha, te escuché!... ¡Mas aunque en verdad no soy cobarde, me impone el efecto del fuego!¿Cómo sabré yo que no me consumirá .por entero y, perdiéndome yo mismo, no te pierda a ti también? Empero, me hundiré en la llama si lo quieres.

Meditó Ayesha un momento y dijo luego:

- ¡Nada de extraño tienen tus dudas! Pero dime, Kalikrates ¿si 'tú me ves entrar en ella y salir después intacta, entrarás también?

- ¡Sí, entraré en ella aunque me consuma! He dicho ya que entraré de todos modos.

- ¡Y yo entraré también! - exclamé.

- ¡Cómo, Holly! -dijo ELLA riéndose abiertamente-. ¿No dijiste que te repugnaba alargar tu vida? ¿Por qué has variado tu pensamiento?

-No lo sé -exclamé-, mas algo dentro de mí me impulsa a probar la llama y la inmortalidad.

-Está bien, Holly mío, aunque no té habrás perdido por entero en tu locura. Pues bien, por la segunda vez me bañaré en este baño de vida. Con gusto aumentaré mi belleza y mis días, si eso es posible. Y si no lo es, no creo que pueda dañarme.

Después de una corta pausa, continuó: paso extendiendo las manos abrumados, hundiendo pues También existe una razón más grave para que yo me lave de nuevo en ese fuego. Cuando probé su virtud, por primera vez colmado, tenía el corazón de odio contra la egipcia Amenartas, y así ha sido que por más que he hecho por librarme de él, el odio desde entonces se ha arraigado en mi alma. Pero ahora es otra cosa. ¡Ahora mi humor es feliz y mis pensamientos son purísimos, y como ahora, siempre quisiera ser!... Por lo tanto, Kalikrates, me he de lavar de nuevo, para depurarme y hacerme más digna de ti. Así también, cuando a tu vez penetres en el fuego, vacía todo el mal de tu corazón, y que un dulce contentamiento reine en tu mente. Despliega las alas de tu espíritu y colócate en el mismo borde de la contemplación sagrada; piensa en los besos de tu madre, y vuélvete hacia la imagen del mayor bien que hayas visto sobre sus argentinas alas pasar por el silencio de tus ensueños... Pues el germen que contenga el alma en tan tremendo instante será el fruto de su futuro e incalculable tiempo.., ¡Y disponte ahora, disponte como si fuere para tu última hora; cual si fueses a penetrar en el seno de las sombras, y no por las puertas de una existencia más gloriosa!... ¡Disponte, digo!...

CAPITULO XXVI
LO QUE VIMOS

HUBO entonces una pausa de algunos momentos, durante la cual parecía que Ayesha estaba reuniendo todas sus fuerzas para la prueba suprema, y nosotros nos agrupamos esperándola en absoluto silencio y Por fin, desde lejos, desde muy lejos, vino el primer murmullo del sonido, que creció y creció, hasta que empezó a crujir y mugir en la distancia. Al oído, Ayesha desprendió el broche de su cinto de sierpe de oro y envolviéndose con movimientos de la cabeza y de las manos en su cabellera, cual si fuese una vestidura, hizo, bajo de ella, deslizarse al suelo la túnica, y encima de los cabellos se apretó de nuevo el cinto.

Quedó entonces como debió quedar Eva ante Adán, vestida sólo de sus copiosos rizos, sostenidos en torno del talle por la metálica faja... Mis palabras son incapaces de explicar lo dulce, lo divino de su aspecto.

Más y más se aproximaron las rudas tonantes del fuego, y ELLA entonces sacó, de entre las masas obscuras de sus crenchas prodigiosas, un brazo de marfil con el que rodeó el cuello de Leo.

- ¡Amor mío, amor mío! ¡Si supieras cuánto te amo!...

Y lo besó en la frente. Luego lo dejó, adelantándose hasta ponerse en el paso mismo de la Llama de la Vida.

Conmovióme, extrañamente su beso sobre la frente y su acento. El beso me pareció tan puro como el de una madre y tan solemne como una bendición extrema.

Adelantóse el crujiente, retumbante sonido, tan inmenso que parecía como si extraordinaria tempestad abatiese una selva entera y la arremolinase toda echándola a rodar revuelta por las faldas pedregosas de los Alpes. Más se aproximó, más; relámpagos brotaron en, el aire rosado, precursores del girante pilar, como dardos, y surgió por fin su ígneo capitel. Volvióse a él Ayesha extendiendo los brazos para recibirlo. Lentamente brotaba envolviéndola de llamas. Vi que el fuego le subía por sus formas. Vi que ELLA lo alzaba con las manos como si fuera agua, derramándolo luego sobre la cabeza. Y aun vi que abría la boca y que por ella se lo introducía en los pulmones... ¡Oh, cuán tremenda y maravillosa visión!

Quedóse inmóvil entonces con los brazos extendidos, iluminado el rostro por divina sonrisa, como si fuese el espíritu mismo de la Llama.

El misterioso fuego retozaba sobre ELLA; sobre los cabellos, retorciéndose por sus guedejas como hilo de enfaje dorado; relucía sobre sus hombros y senos ebúrneos; por la columna de su cuello y por las delicadas facciones, y parecía hallar su propia mirada en las pupilas gloriosas que destellaban resplandores más vivos aún que la esencia espiritual.

¡Oh! ¡Cuán bella aparecía allí en medio de las llamas! ¡Ningún ángel del cielo podría serlo más!...

Aun ahora desmayase mi corazón a su recuerdo... ELLA nos miraba sonriente, y yo daría la mitad del tiempo que por vivir me queda por contemplarla como entonces otra vez.

Pero de pronto, mas pronto aún de lo que expresarlo puedo, verificóse un cambio en su rostro, cambio que no sé cómo describir; fue un cambio muy raro. Desapareció su sonrisa, y en su lugar vimos una expresión fría y dura. El óvalo del rostro se alargó, como si una gran ansiedad mental lo oprimiese. Y también los ojos, los

bellísimos ojos, perdieron su resplandor, y hasta la forma del cuerpo, su perfección y derechura.

Restreguéme los ojos creyendo que era víctima de alguna alucinación, o que la refracción de la intensa luz me producía alguna, ilusión óptica, y mientras tanto que esto hacía, el flamígero pilar giró lentamente por vez postrera, y retronando Hundióse en las entrañas de la tierra, dejando a Ayesha parada en el lugar donde se había inflamado:

Apenas hubo desaparecido, adelantóse ELLA hacia Leo... Parecióme que había perdido la elasticidad de sus pasos, y extendió una mano para ponérsela en el hombro. Miré su brazo. ¿Adónde estaba su redondez maravillosa y su hermosura?... Ibase adelgazando y poniéndose anguloso. Y su rostro… ¡cielos! ¡Su rostro envejecía mientras la miraba! Supongo que Leo lo notó también, porque retrocedió dos o tres pasos.

- ¿Qué es eso, Kalikrates? -dijo, y... ¡oh! ¿Qué notas eran aquéllas tan huecas y agudas?... ¡La voz era cascada y chillona!

-Qué es ello ¿qué es ello?.. . -repitió confusamente-. Me siento deslumbrada... ¡Seguro que la calidad de la llama no ha variado!... ¿Puede alterarse el principio vital?... ¿Dime, Kalikrates, qué tengo ante mis ojos?... ¡No veo claro! - Y se puso la mano sobre la cabeza para tocarse el cabello, y... ¡oh, horror de los horrores!... ¡El pelo cayó todo a tierra y la dejó absolutamente calva!

- ¡Mirad, mirad, mirad! -chilló Job entonces con agudísimo falsete de terror, los ojos brotados de sus órbitas y espumarajosa la boca-. ¡Se está arrugando toda! ¡Se está volviendo mona!

Y el pobre muchacho cayó al suelo presa de un ataque epiléptico.

¡Por cierto! Tengo aún tan vivo el recuerdo de aquel prodigio, que estoy abrumado y no sé ni cómo escribo. ¡Se estaba arrugando toda!... La sierpe de oro que había ceñido su gracioso talle, escurrióse por sus caderas y muslos y cayó en la arena. Empequeñecíase... Su piel cambiaba de color, y en vez de su blancura de apretada nieve lustrosa, tornábase de un moreno amarillento y sucio, como un pedazo de viejo pergamino casi podrido. Tocóse la cabeza; la mano delicada era una garra ahora, un talón simiano, como el mal conservado pie de una momia egipcia... Entonces fue cuando ELLA pareció comprender lo que le sucedía y chilló... ¡Ah! ¡Qué chillido dió!... Tiróse al suelo y empezó a revolcarse gritando salvajemente.

Empequeñecióse más y más, hasta ponerse del tamaño de una hembra de cinocéfalo. Púsosele la piel contraída en millones de arrugas, y sobre el informe rostro marcábase la huella de una ancianidad indefinible... Nada he visto parecido; nadie ha visto ni quizá concebido nada igual a la expresión de espantosa vejez grabada en aquella cara, no mayor que la de un niño de dos meses, aunque el cráneo se conservaba del mismo tamaño o como así. ¡Ruéguenle a Dios todos que no se les presente jamás un rostro parecido si quieren conservar la razón!... Quedóse luego ELLA en tierra moviéndose apenas... ELLA, que dos minutos antes habíamos admirado como la más bella, la más noble y espléndida mujer que la tierra hubiera contemplado sobre su faz, yacía ahora a nuestros pies, junto a la masa enorme de su propia cabellera negra, reducida al tamaño de una mona grande, y tare horrible, tan horrible de ver, que la palabra es impotente para expresarlo... Y, sin embargo, piénsese en esto, como pensé yo: ¡la mujer era la misma!

Muriéndose estaba, lo veíamos, y por ello a Dios dimos gracias..., porque viviendo habría de sentir... ¡y qué sentir, oh; cielos!

Incorporóse sobre sus huesosas garras, y mirando como una ciega en torno suyo, movió despacio la cabeza como una tortuga... No podía ver, porque sus ojos estaban cubiertos por una película córnea... ¡Espectáculo horrible a la vez que patético!... Más pudo hablar aún, y dijo con ronca y semblante voz:

- ¡No me olvides, Kalikrates!... Compadece mi vergüenza... Yo volveré bella... ¡Lo juro!... ¡Ah!.. .

Y cayó al suelo de cara, quedándose inmóvil.

Abrumados, por la insuperable exacerbación dé lo horroroso, ambos caímos también sin sentido sobre el arenoso suelo del tremendo recinto.

....

No sé cuánto tiempo estuvimos desmayados. Supongo que muchas horas. Cuando al fin abrí los ojos, los otros estaban aún tendidos en la arena. La luz rosada lucía como un alba celestial, y las ruedas tonantes del *Espíritu de la Vida* aun giraban por su acostumbrado curso, porque el ígneo pilar se desvanecía cuando yo desperté. También allí estaba yacente la figura atroz de la mona cubierta con el resquebrajado y rugosísimo pergamino amarillento que había sido antes el cutis divino de la deslumbrante Ayesha.

¡Aymé! ¡No era, no, una pesadilla lo pasado; era un hecho tremendo y sin precedentes!

¿Qué había sido lo que produjo la atroz variación?... ¿Había cambiado la naturaleza del fuego vital?... ¿Quizá de tiempo en tiempo arrojaba de sí la esencia de la muerte en vez de toda la vida?... o quizá que el organismo saturado una vez de su virtud maravillosa no podía resistir de nuevo su influencia; de modo que la repetición del proceso, cualquiera que fuese el intervalo, era mortal, pues se neutralizarían mutuamente las impregnaciones, dejando al cuerpo que tocaban tal como era antes de su primer contacto con la Esencia de la Vida. Esto último, esto solo podía explicar el súbito y terrible envejecimiento, al caerle encima de golpe los dos mil años de su existencia. No tenía ya la menor duda de que la horrible forma que ante mí yacía era precisamente la que cuadraba a una mujer que por extraordinarios medios hubiera prolongado sus días durante veintidós centurias.

¿Pero quién podrá decir lo que había pasado?... El hecho era lo que se palpaba. A menudo, después de aquella hora espantosa, he pensado en que no había necesidad de hacer gran esfuerzo de imaginación para ver el dedo de la Providencia en todo ello. Ayesha encerrada viva en su sepulcro, aguardando siglo tras siglo el advenimiento de su amante, poca variación hacía en el orden del mundo. Mas Ayesha potente y mortal y de belleza divina, del saber acumulado durante las edades, hubiera revolucionado la sociedad, quizá habría también variado los destinos de la humanidad. ¡Oponíase eso a los designios de la ley eterna y fue por ello, con toda su potencia, barrida a su aniquilamiento, barrida en lastimosa, tremenda irrisión!

Algunos minutos estuve revolviendo estos terrores en mi mente, hasta que por fin sentí que me volvían las fuerzas físicas en aquella vivificante atmósfera; pensé en los demás y todo vacilante púseme en pie, con intención de socorrerlos. Pero primero tomé la túnica de Ayesha y la banda le gasa con que solía ocultar su belleza deslumbrante, y volviendo el rostro para no ver más aquella reliquia horrible, la tapé .tan bien como Pude y rápidamente, para que Leo no la viese si volvía en sí.

Y pasando por encima de la perfumada misa de cabellos negros que yacía en la arena, incliného sobre Job, fue estaba echado boca abajo, y lo di vuelta. Al hacerlo, un brazo cayó de modo que no me gustó, y sintiendo un escalofrío lo miré atentamente. Al punto comprendí que nuestro antiguo y fiel servidor había muerto. Sus nervios, -ya desorganizados por todo lo que había visto y sufrido, habían finalmente estallado ante el íntimo espectáculo, y había muerto de puro terror. No había más que contemplar la contracción de su rostro para comprenderlo.

Este era un nuevo golpe; quizá sirva para que algunas personas comprendan lo abrumadoras de las pruebas a que habíamos estado sometidos, y confesaré que sentí mucho el golpe a la sazón.

Parecióme perfectamente natural que el pobre Job hubiera muerto. Cuando Leo volvió en sí de su desmayo, lo que hizo gimiendo y con un temblor d todos los miembros que le duró como diez minutos, le lije que Job había muerto, y me replicó meramente:

- ¡Ah!

Repárese que no podía ser esto por indiferente porque él y Job se querían mucho, y ahora habla a menudo de él con la mayor pena y afecto. Era simplemente una prueba de que los nervios sufren hasta un límite nada más. Una arpa no puede ser más que una sola Cantidad de sonidos, por fuertemente que se la pulse.

Púseme, pues, a auxiliar a Leo, y cuando lo hube conseguido y se sentó en la arena, noté otra posa atroz. Cuando entramos en aquella caverna, su cabello tenía color de oro algo rojizo; pero ahora era gris y cuando salimos afuera luego, se había tornado blanco como la nieve. Además, el aspecto de su rostro era el de un hombre de cincuenta años.

- ¿Qué haremos ahora, viejo mío? -díjome con voz ronca y apagada, cuando su inteligencia le aclaró un poco y le volvió la memoria de lo que habíamos visto.

-Tratar de salir de aquí, me parece -repliqué-. A no ser que quieras entrar ahí -le dije, señalándole el pilar de fuego que entonces estaba girando otra vez.

-Entraría si estuviese seguro de que me mataría -dijo él, con una extraña sonrisa-. ¡Mi maldita resistencia ha sido la causa de todo! Si no hubiera demostrado temor, ELLA no habría pensado en darme el ejemplo... ¡Pero qué sé yo! Quizá el fuego a mí me haría inmortal, y yo, querido amigo, no tengo la paciencia de esperarla durante dos mil años a que vuelva, como ELLA me esperó a mí... Prefiero morir cuando me llegue la hora, y no me parece que esté muy distante, para correr no sé a dónde en su busca... ¿Y tú, no entras tampoco?

Moví la cabeza negativamente. Mi anterior excitación estaba muerta como el agua de un charco; mi repugnancia a la ampliación de mi existencia mortal me ha vuelto con más fuerza que nunca. Además, ninguno de nosotros dos sabía cuales podrían ser los efectos del fuego. Los producidos en ELLA no eran como para animarnos a que probáramos...

-Entonces, muchacho, no podemos quedarnos aquí a esperar que nos suceda lo que a esos dos -dije, mirando el pequeño Multo cubierto por las ropas blancas y el cuerpo de Job, que se iba poniendo rígido-. Y si nos vamos a ir, vale más que nos vayamos en seguida. Pero veamos si el aceite de las lámparas no se ha terminado.

Tomé una que, efectivamente, ya no se podía utilizar.

-Hay más aceite en la vasija, si es que no se ha roto - dijo Leo con indiferencia.

Examiné la vasija: estaba intacta. Llené las lámparas con temblorosa mano. Afortunadamente, todavía quedaba sin consumir un poco de la mecha de lino.

Encendílas con nuestros fósforos de cera. Mientras lo hacía, oímos el rumor del pilar de fuego que se aproximaba en su interminable periodicidad, si es que era en verdad el mismo fuego el que volvía en cada ciclo.

-Contemplémoslo una vez más -dijo Leo-; no volveremos a ver cosa igual aquí en la tierra.

Quizá fuera esta una curiosidad ociosa, mas yo participaba de ella, y aguardamos a que después de retumbar y girar lentamente sobre su propio eje, se desvaneciera, mientras meditaba yo en los miles de años que el fenómeno se estaría verificando así en las entrañas de la tierra y en los miles más que duraría aún. Pensé también si ojos humanos lo verían después de los nuestros, y si oídos humanos serían en otra ocasión estremecidos y amedrentados por su majestuoso son. Yo no lo creo. Creo que nosotros seremos los únicos mortales que habrán de contemplar este espectáculo tremebundo. Cuando se disipó, nos volvimos para irnos.

Pero antes, fuimos hacia el cadáver de Job, y tomándole las manos se las estrechamos. Ceremonia fatídica ésta, mas no teníamos otra manera de expresarle nuestro respeto al fiel servidor y amigo, ni de celebrarle exequias fúnebres a su cadáver. No osamos acercarnos al bulto cubierto por las blancas vestiduras. No queríamos volver a ver aquella terrible reliquia. Pero fuimos al montón de cabellos rizados que había caído de su cabeza en la agonia de su cambio espantoso, peor que mil muertes naturales, y tomamos cada uno de nosotros una madeja luciente de ellos..., madejas que aun conservamos, como único recuerdo de la Ayesha que conocimos en el apogeo de su gloriosa gracia. Leo oprimió con sus labios la madeja negra.

-Pidióme que no la olvidara -murmuró roncamente - y juró que nos reuniríamos de nuevo. Por ello, juro que no la olvidaré jamás, ¡jamás!... Aquí mismo, juro también si salgo vivo de este lugar, jamás en mis días, mi lengua tendrá palabras de amor para mujer alguna, y que adonde quiera que vaya la esperaré tan fielmente como ELLA me esperó a mí.

-Sí -pensé yo entonces- si vuelve hermosa como antes... ¡pero si volviese como está ahora!...[16]

En seguida nos fuimos. Nos marchamos dejando a los dos cadáveres en presencia de la propia fuente de la vida, unidos por la helada compañía de la muerte... ¡Cuán solitarios aparecían yaciendo allí, y cuán mal apareados! Aquel pequeño bulto había sido durante dos mil años la más sabia, bella y activa de las criaturas -no me atrevo a llamada mujer- de todo el universo. Malvada también fue, mas a su manera, y ¡ay!, tal es la fragilidad del humano corazón, que su maldad no disminuía su prestigio, y no sé en verdad si, al contrario, no lo aumentaba. Después de todo, su maldad fue de talla grandiosa, que en Ayesha nada hubo que mezquino fuese.

Y Job, ¡el pobre!... Ciertos resultaron sus presentimientos: allí estaba muerto... ¿Y qué, después de todo?... ¡Peregrino sepulcro tiene!... Ningún campesino de Norfolk tuvo nunca otro semejante ni lo tendrá jamás... ¡Algo es reposar en la misma sepultura con los restos tristes de la imperiosa Hiya!

Dímosle a los dos una última mirada, así como al resplandor rosado en que yacían, y con el corazón demasiado atribulado para que pudiésemos hablar más, los

[16] Qué reflexión tan atroz es la de que, dígolo de paso, casi todo el profundo amor que tenemos a las mujeres, que no son de nuestra sangre, se fonda principalmente, de todos modos, en su apariencia personal. Si perdemos de vista a la que bella amamos, y la encontramos después de aspecto horrible, aunque sea la mismísima mujer, ¿la amaríamos como al principio?

abandonamos con el espíritu desolado, quebrantados por entero hasta el punto de que renunciásemos a la probabilidad de una existencia inmortal, puesto que cuanto hacía valiosa la nuestra nos había sido arrancado, y bien sabíamos que al prolongarla sólo prolongaríamos nuestra miseria.

Ambos sentíamos, sí, ambos, que habiendo contemplado una vez los ojos de Ayesha no podríamos olvidarla jamás, jamás, en tanto que nuestra memoria y personal identidad se conservaran. Ambos 11 amábamos para siempre; grabada estaba, esculpida en nuestros corazones, y no era posible que ninguna otra mujer borrase su impresión espléndida.

En cuanto a mí, y en esto consiste la amargura de mi herida, no tengo derecho ninguno para pensar en ELLA con amor. Como me dijo un día, nada era yo para ella, y nada seré a través de las insondables profundidades del Tiempo, a no ser que varíen las actúales condiciones y que llegue un día en que dos hombres puedan amar a una misma mujer, y ser, los tres, prácticamente felices... Esta es la única esperanza de mi corazón despedazado... Esperanza bien frágil, ¡ay de mí!... Pero no tengo otra. He consagrado a esa esperanza cuanto me es caro, cuanto aquí en el mundo valgo, cuanto valga después, y ELLA será mi único galardón si se realiza.

Leo es más feliz. Veces sin cuento he envidiado su dichosa fortuna, porque si ELLA no se equivocaba, si su penetración y gran sabiduría no le faltaron en sus últimos instantes, lo que no puedo creer, a juzgar por sus antecedentes, él tiene derecho a esperar algo en la tiniebla del futuro. .

¡Yo no tengo nada que esperar y hablaba de esperanzas!... Empero, nótese la debilidad, la locura del humano corazón..., y que el prudente que lea aproveche la lección; yo no quisiera que las cosas hubieran resultado de diferente manera. Quiero decir con esto que me alegro de haber dado lo que di, y que siempre tendré que dar, para recoger en pago las migajas caídas de la mesa de mi adorada, la memoria de unas cuantas palabras bondadosas, la idea de que, en algún día del futuro no soñado, me sonreirá agradecida una o dos veces y me mostrará su gratitud por la devoción que le tengo a ELLA... y a Leo.

Si esto no es lo que constituye el verdadero amor, qué sé yo lo que será. Sólo añadiré que la disposición de ánimo en que me-encuentro es muy inconveniente para un hombre que ha pasado de los cuarenta y cinco.

CAPITULO XXVII
UN SALTO

SIN gran dificultad atravesamos las cavernas, mas cuando llegamos a la senda pendiente del cono invertido, dos muy grandes tuvimos que vencer. Era la primera la labor de la subida, y la segunda la extrema indecisión para hallar el buen camino. Y por cierto que, si no hubiese sido por las notas mentales que afortunadamente había tomado de la forma de muchas peñas y de otros detalles; jamás hubiéramos acertado á salir de las entrañas del apagado volcán, y habríamos muerto allí de debilidad y desesperación. Y con todo, varias veces nos equivocamos, y en una por poco no caemos en una sima enorme. Penosísima era la ascensión en la densa obscuridad y silencio, saltando de peñasco en peñasco, arrastrándonos entre ellos, teniendo que examinarlos uno a uno a la débil luz de las lámparas para tratar de recordar la forma. Hablábamos muy poco; sentíamos demasiado para que hablásemos, y sólo tropezábamos al andar, hiriéndonos de continuo. El hecho es que nuestras inteligencias estaban abrumadas, nuestros espíritus apagados y poco se nos daba lo que pudiera acontecernos. Sólo íbamos a salvar la vida, si era posible, y yo creo que únicamente el instinto de conservación obraba en nosotros, sin que de ello nos diéramos cuenta. Así anduvimos durante tres o cuatro horas, según creo, pues nuestros relojes se habían detenido. Durante las dos últimas, nos extraviamos del todo, y ya empezaba yo a temer que nos hubiéramos entrado en algún otro cono volcánico, cuando de pronto reconocí una gran piedra que había parado al bajar con Ayesha. Maravilloso fue sin embargo, el que hubiera podido reconocerla; ya la habíamos cruzado en ángulo recto al camino propio, cuando se me ocurrió volver y examinarla otra vez. Esto fue lo que nos salvó.

Subimos luego por la escalera rocosa natural sin mayor traba o y nos encontramos al fin en la pequeña habitación donde el misterioso Noot había vivido y muerto.

Pero entonces un nuevo terror nos asaltó. Se recordará que, debido al miedo y torpeza del desdichado Job, la tabla; que nos había servido para pasar del espolón a la piedra movediza, se había hundido en el abismo. ¿Cómo, pues; habríamos de pasar sin ella?

No había más que un remedio: saltar, o sino, quedarnos adonde estábamos hasta que pereciéramos de hambre. La distancia que habíamos de franquear no era gran cosa; en verdad, unos once o doce pies, al parecer, y yo recordaba que Leo, en la Universidad, saltaba hasta diecinueve pies cuando muchacho; pero ahora las condiciones variaban. Tratábase de dos hombres agotados moral y materialmente, y uno de ellos en la época declinante de la vida; el punto de arranque del salto era una piedra que se movía, y el de caída la punta vibrante de un espolón de roca, y en torno había un insondable y oscurísimo abismo azotado por constante y deshecha tempestad. Dios sólo sabe cuán grave era nuestra posición. Cuando se lo consulté a Leo, redujo el caso a dimensiones mínimas contestándome de este modo:

-Por desconsolador que sea el dilema, no vacilo en escoger: prefiero matarme de una vez a morirme de hambre lentamente.

Nada, por supuesto, pude argumentarle en contra. Pero era evidente que no podíamos intentar el salto a obscuras. Teníamos que esperar el rayo de luz que atravesaba el abismo en las puestas del sol. No podíamos calcular a qué hora estábamos; sólo sabíamos que cuando el rayo se presentase no duraría más de dos minutos y que debíamos estar muy alerta para aprovecharlo. Decidimos, por lo tanto,

encaramarnos sobre la moviente losa y echarnos allí a esperarlo. Y nos apresuramos, porque nuestras lámparas estaban ya agotadas: de una se había consumido el aceite y la mecha por entero, y la luz de la otra estaba ando saltos como para concluir de alumbrar. Así es que, a su luz indecisa, salimos de la pequeña habitación del sabio anciano y trepamos por un costado de la piedra.

Cuando llegamos arriba, la lámpara concluyó de apagarse.

Nuestra situación era ahora muy diferente. Abajo, en el cuartito, sólo oímos el ruido de la tempestad que pasaba por encima; arriba, echados de cara contra el peñasco que se mecía, estábamos expuestos a toda su furia cuando la gran corriente de viento colado en la hendidura enorme del volcán se inclinaba de nuestro lado, aullando al chocar contra el murallón y las aristas salientes del precipicio como si fueran los gemidos de diez mil condenados del infierno. Hora tras hora transcurrió mientras que nosotros estábamos allí echados, llenos de tan gran terror y depresión de ánimo que no intentaré describir, escuchando los salvajes acentos de aquel Tártaro, que se respondían los tinos a los otros en la tiniebla, todos acordados al tono profundo del diapasón rocoso de la espuela que enfrente teníamos, y que zumbaba como arpa dolorosísima. Ninguna pesadilla, ninguna invención de novelista, por horrorosa que sea, podrá igualar jamás el horror cierto que tenía aquel lugar y el de las fantásticas voces de la noche que nos envolvía. Éramos como unos náufragos en la insondable y negra sima del espacio, asidos por milagro a una tabla.

Afortunadamente, no era baja la temperatura; al contrario, -era bastante caliente el viento; si no, hubiéramos muerto. Y mientras allí yacíamos ensordecidos, sucedió una cosa que, por más que fuese una mera coincidencia, no dejó de estremecer de nuevo a nuestros torturados nervios. Se recordará que antes de que pasásemos por la tabla, cuando nos encontrábamos del otro lado, sobre el espolón, y que Ayesha iba guiándonos, una racha le arrancó de encima de sus hombros su capa negra, y se la llevó por la oscuridad del abismo, sin que viésemos adónde. Pues bien, y no quisiera contar el hecho, que no me creerán quizá por peregrino, otra racha nos trajo del seno de la sombra, entonces, la misma capa, memoria de la muerta, y cayó de modo que le envolvió a Leo todo el cuerpo de pies a cabeza.

De pronto no supimos lo que era, más por el tacto, al fin o comprendimos, y entonces el corazón del muchacho no pudo soportar más, y oí los grandes sollozos que daba allí tendido sobre la roca en medio de la negrura. Prendióse sin duda la capa en alguna punta saliente del murallón del precipicio, quedando sostenida, pero otra ráfaga la descolgaría tornándola al lugar donde estábamos. De todos modos, el incidente fue de lo más curioso y conmovedor que pensarse pueda:

A todo esto, súbitamente, sin el menor aviso previo, la gran cuchilla roja de luz atravesó la tiniebla de parte a parte, rozando la movible piedra sobre la que vaciamos y dando de punta contra el espolón del frente.

-Mira -díjele a Leo-, ¡ahora o nunca!

Levantámonos y nos desperezamos, contemplamos los jirones de niebla, teñidos sangrientamente por el rojo rayo que subía de las vertiginosas profundidades, y luego el espacio vacío que quedaba entre nuestra losa moviente y el vibrante espolón...; oprimírsenos el corazón; nos dispusimos a morir. No podríamos saltar aquello, sin duda, por desesperados que estuviéramos...

- ¿Quién es el primero? - pregunté.

--Tú, viejo mío -contestó Leo-. Yo me pondré en la otra parte de la losa para que esté quieta. ¿Debes tomar carrera larga para ganar bastante impulso; y salta alto, sabes?..., y que Dios te ampare.

Consentí a cuanto me aconsejaba con movimientos de cabeza, y luego hice una cosa que no había hecho desde que Leo dejó de ser un niño. Volvíme hacia él, le rodeé el cuello con mi brazo, y lo besé en la frente. Muy francés será esto, pero la verdad es que yo necesitaba en aquel instante despedirme eternamente de un hombre al quería más que si hubiera sido mi propio hijo.

-Adiós, muchacho -exclamé-. Espero verte de nuevo adondequiera que sea el lugar a que vayamos

Lo cierto es que no esperaba estar vivo dentro de un minuto.

En seguida me dirigí a la parte más retirada de la losa; aguardé a que hubiese pasado una de las rachas, y encomendando a Dios mi alma, corrí por todo el espació de la gran piedra, que era de unos treinta y tres o treinta y cuatro pies, y salté al abismo atroz...

¡Oh, qué tremebundos terrores me asaltaron al lanzarme hacia aquella pequeña punta de roca, y qué horrible, qué horrible la sensación de desesperanza que atravesó mi cerebro al comprender que había saltado corto!

Así fue sin embargo; mis pies no tocaron tierra, hundiéronse en el espacio..., sólo mis manos y mi cuerpo la tocaron... Di un grito salvaje al tratar de agarrarme, mas falló una de mis manos y sujeto sólo por la otra, dió una vuelta mi cuerpo y quedéme de cara al lugar de donde habla partido.

Turbado, dominé el cuerpo con la mano y brazo de queme colgaba, y tanteando con la otra conseguí prenderla a una rugosidad de la peña...

Así me vi en suspenso en el rastro rojo con miles de pies de abismo por debajo... Mis manos se crispaban a ambos lados de la parte inferior del espolón, -de modo que con mi occipucio rozaba su punta...

Por vigoroso que fuese, no podía subirme al espolón. Podría mantenerme colgado durante un minuto... ¡Caeria luego!... ¡Caería, caería en la insondable negrura!... Si alguien puede concebir una posición material más espantosa, que lo diga...

Sólo sé que la tortura mía, que casi duró medio minuto, me volvió el juicio. Oí que Leo dió un grito en respuesta del mío, e inmediatamente le vi en mitad del aire saltando como una gamuza... Espléndido salto dió bajo la Influencia de su terror y desesperación, salvando el horrible abismo si no fuera nada, y cayendo admirablemente la rocosa punta.

Arrojóse entonces de pecho contra ella para evitar un desliza miento.

Sentí el espolón que vibró bajo el choque de su caída, y al mismo tiempo vi que la enorme losa, violentamente inclinada hacia adelante por su salto, volvióse atrás con igual fuerza al verse libre de su peso, y por primera vez tras tantos siglos perdió el equilibrio y cayó con el más grande crujimiento en el alvéolo que un tiempo sirviera de ermita al filósofo Noot, sellando para siempre el camino que conducía al recinto de la Vida con las muchas toneladas de su peso.

Transcurrió todo esto en un segundo, y a pesar de mi terrible posición, curioso es cómo pude hacerme cargo perfectamente de cuanto pasaba, por más que fuese sin la intervención de mi voluntad... Y aun recuerdo que pensé a la sazón en que ningún ser humano bajaría jamás adonde habíamos bajado nosotros, ni vería lo que vimos...

Entonces sentí que Leo me prendía con ambas manos suyas la muñeca derecha. Tendido sobre el vientre en la punta saliente de la roca, precisamente alcanzaba a agarrarme por donde me agarró.

-Debes soltarte y hamacarte bien a compás -díjome con voz reposada y clara-. Entonces yo trataré de subirte cuando me parezca bien, o nos iremos los dos allá abajo. ¿Estás listo?...

Para contentarle solté primero la mano izquierda, luego la derecha. Meciόse, por consecuencia mi cuerpo fuera, saliendo de bajo de la roca, y quedando todo colgante de los brazos de Leo... ¡Qué instante aquél!...

Hombre vigoroso era él, bien lo sabía; pero, ¿podría tener fuerzas para suspenderme hasta que yo pudiese agarrar la punta del espolón por encima, cuando, debido a su postura, tan poca energía le era dado desplegar?

Durante unos cuantos segundos me hamaqué contraído el cuerpo todo, mientras él se recogía supremo esfuerzo. Oí entonces crujir todos sus músculos y tendones, y me sentí elevado por el aire como si fuera un niño hasta que reposó mi costado y mi brazo sobre la peña.

Lo demás era fácil; en dos o tres segundos más estaba arriba, echado junto a él, jadeantes ambos y temblando como hojas, mojada toda nuestra piel por el sudor frío del espanto.

Súbitamente entonces la espada fulgurante se apagó como una vela que se ahoga.

Como una media hora más quedamos tendidos allí mismo, y luego empezamos a arrastrarnos a tientas como mejor podíamos en la horrible oscuridad. Al llegar, sin embargo, al murallón de donde arrancaba el espolón como una proa, pasó un rápido reflejo. Abatiéronse un poco las rachas de viento y así pudimos andar mejor hasta que penetramos en la boca del túnel Mas aquí se nos presentaba una nueva dificultad.

Ya no teníamos aceite y nuestras lámparas, sin duda, estarían hechas polvo bajo el peso del canto moviente. Ni teníamos tampoco una gota de agua para aplacar nuestra sed, pues el último trago lo habíamos bebido en él cuarto de Noot. ¿Cómo, pues, atravesaríamos este largo túnel todo sembrado de pedruscos?

No teníamos otro remedio que confiarnos a nuestro sentido del tacto, y cuanto más a prisa, mejor, para que el agotamiento no nos abrumase antes de salir de él; si es que salir podíamos, antes de que nos echásemos a morir donde estábamos.

¡Ay! ¿Cómo contaré los horrores de este túnel? Caíamos y nos golpeábamos contra las rocas de que estaba todo lleno, hasta que la sangre brotó por veinte heridas. No teníamos otro guía que la pared de la caverna, que no cesábamos de tocar, y tan desorientados íbamos en, la tiniebla que varias veces nos acometió la atroz idea de que habíamos vuelto atrás y que estábamos perdidos. Adelantaríamos así, cada vez más débiles, durante muchas horas, parándonos a cada rato, agotados. Una vez caímos y nos echamos a dormir, y aun creo que dormimos mucho, porque al despertar teníamos envarados los miembros, y se había coagulado la sangre de nuestras heridas y magulladuras, formando costras secas sobre la piel.

Arrastrémonos de nuevo hasta que al fin, cuando ya estábamos a punto de ser presas de la desesperación, contemplamos otra vez la luz del día, y nos hallamos fuera del túnel en el pliegue rocoso del acantilado que, como se recordará, conducía a la caverna. Era la hora del amanecer, lo que conocíamos por la dulzura del aire y el aspecto del bendito cielo que habíamos creído no ver más. Según nuestros cálculos, habíamos penetrado en el túnel como una hora después de la puesta del sol, de modo

que habíamos empleado toda la noche en arrastrarnos por aquella tripa atroz de la montaña.

-Un esfuerzo más, Leo -murmuré-. Lleguemos a la falda donde nos espera Billali. ¡Vamos! ¡No te rindas ahora!

El pobre joven se había echado de cara al suelo, no podía más.

Reanimóse a mi voz, sin embargo, y ayudándonos mutuamente bajamos qué sé yo cómo los cincuenta pies poco más o menos, que tenia el acantilado. La verdad es que no puedo decir cómo llegamos abajo. Sólo sé que nos encontramos al pie de una montaña hechos unos bultos inertes y que nos arrastramos después andando con las rodillas y las manos en dirección al grupo de árboles adonde ELLA había ordenado a Billali que se retirase a esperarnos.

De este modo nos arrastraríamos unas cincuenta o sesenta yardas, cuando vimos salir de un grupo de árboles, por la izquierda, a uno de los mudos de Ayesha, que estaria, sin duda, dándose un matutino paseé, y que vino corriendo hacia donde estábamos para reconocer qué clase de animales raros seríamos. Mirándonos estuvo un largo rato, y al fin alzó horrorizado sus manos, y casi se cae al suelo.

Echó luego a correr al bosquecillo, que estaria a una distancia de doscientas yardas. No es extraño que se horrorizara al vernos, porque deberíamos ofrecer un aspecto atroz. Los rizos dorados de Leo se habían tornado blancos como la nieve; sus ropas estaban todas desgarradas y colgantes en harapos, y su rostro y manos eran trusas de carne indescriptible llenas de contusiones, heridas, sangre y basura; era lamentable ver cómo se arrastraba penosamente en tierra; y yo, sin duda, no estaba mucho mejor que él.

Cuando dos días después pude verme la cara en el agua, no me reconocí a mí mismo. Nunca me distinguí por mi hermosura, pero entonces encontré en mis facciones algo más que fealdad, y que aun hoy no he perdido, algo así como ese aspecto de susto con que se presentan las personas a quienes se las despierta de repente de un profundo sueño. Y lo cierto es que no debe asombrar esto a nadie, porque lo asombroso es que conserváramos la razón después de lo que nos había pasado.

Pero entonces vi, para mi consuelo, que el viejo Billali corría a nuestro encuentro.

- ¡Oh, Babuino! ¡Babuino, hijo mío! ¿Eres tú y es ése el León?... ¿Cómo se tornó su melena rubia como los trigos en blanca como la nieve?... ¿De dónde venís? ¿Dónde está el Puerco? ¿Y ELLA... *Quien debe ser obedecida*?

- ¡Ha muerto, muerto! -respondí-. ¡Mas no me preguntes, danos agua, danos de comer! ¿No nos ves las lenguas negras de sed?... ¡Danos agua!

- ¡Ha muerto!... ¿Eso es posible?... ¡ ELLA que nunca muere!

CAPITULO XXVIII
SOBRE LA MONTAÑA

LO demás que recuerdo fue la sensación que tuve de la más atroz tiesura, y una especie de vaga idea que pasó por mi mente medio despertada, de que yo era una alfombra que acababan de sacudir.

Al abrir los ojos lo primero que me encontré delante fue la venerable fisonomía de nuestro anciano amigo Billali, que estaba sentado junto al lecho improvisado en que yo había dormido y que pensativamente se atusaba su larga barba blanca. Su vista me trajo el recuerdo de cuanto había sucedido, cuya noción se robustecía al ver al pobre Leo echado frente a mí con la cara hecha una miseria, y sus hermosos rizos blanqueados[17]. Volví a cerrar los ojos y gemí.

-Bien has dormido, Babuino, hijo mío -dijo el viejo Billali.

- ¿Por cuánto tiempo, padre mío?

-Una vuelta del sol y una vuelta de la luna, hijo mío; un día y una noche, y el León lo mismo... Mira, duerme aún.

-Bendito sea el sueño -exclamé-, pues borró el recuerdo.

-Dime, ¿qué te ha pasado?... ¿Cómo es esa extraña historia de la muerte de quien no podía morir?... Y piensa, hijo mío, en que si esto es cierto, el peligro que corres tú y el León es muy grande... La vasija que os matará está ya roja, y hambrientos los estómagos que os devorarán... ¿No sabes que estos amajáguers, mis hijos, te odian a ti y a tu amigo?... Os odian porque sois extranjeros, y más aún por los hombres a quienes ELLA torturó por vuestra causa. Y de seguro que si saben de que ya nada tienen que temer de Hiya, de la terrible Quien debe ser obedecida, os matarán entonces con la vasija... Mas cuéntame lo, ocurrido, pobre Babuino.

Con esta súplica empecé a contarle, no todo, por supuesto, cuanto pasó, sino lo que yo creí conveniente de ello; que era cómo efectivamente ELLA ya no existía por haber caído en un fuego extraño en el que se había abrasado. El no habría comprendido la verdad de los hechos. También le conté los horrores por que habíamos atravesado para escapar con vida, y éstos le afectaron.

Pero vi que no creía en la muerte de Ayesha. Creyó, sí, que nosotros nos figurábamos que había muerto, mas él se explicaba que a Ella le había convenido desaparecer por algún tiempo. En una ocasión, agregó, durante la vida de su padre, había hecho lo mismo, y no se supo de ELLA durante unos diez años, y había una tradición en el país de que muchos siglos atrás había desaparecido durante una generación entera, cuando de súbito se presentó de nuevo y fulminó a una mujer que habla ocupado su puesto de reina.

A todo esto que me dijo nada le contesté, pero moví tristemente la cabeza. ¡Ay! Demasiado bien sabía yo que Ayesha no reaparecería más; por lo menos, que Billali no la volvería a ver.

-Y ahora -concluyó él-, ¿qué vas a hacer, Babuino?

-No sé, padre mío, no lo sé. ¿No podríamos escaparnos de este país?

-Es cosa muy difícil. Por Kor no puedes pasar porque te descubrirían, y apenas te vieran solo esta gente feroz..., pues... -dijo sonriendo y haciendo el ademán como de ponerse un, sombrero-. Mas existe un camino sobre este monte del que ya te hablé una vez, por donde se conduce el ganado para que paste por fuera. Y después de esos

---

[17] Hace poco que empiezan a recobrar su color los rizos de Leo; es decir, que ahora se están poniendo de un matiz amarillo pálido, y tengo la esperanza de que se pondrán de nuevo como eran. - L. H. H.

pastos hay tres días de camino a través de pantanos, y más allá de ellos no sé lo que hay; pero he oído decir que a las siete jornadas se encuentra un gran río que corre hacia las grandes aguas oscuras. Si pudieras llegar a ellas quizá escaparías; pero, ¿cómo llegarás?

-Billali -le dije-; una vez te salvé la vida. ¿Quieres pagarme ahora tu deuda, padre mío? ¿Quieres salvarme a mí y al León? Cosa agradable sería para ti pensar en ello cuando tu hora suprema llegase: algo tendrías de bueno para colocar en la balanza frente a los malos hechos que puedas haber cometido durante tu existencia, si es que los has cometido. Y si es verdad que tienes razón, que ELLA volverá, entonces te premiará por tu acción.

-Babuino, hijo mío, no creas que yo tenga mal corazón. Bien recuerdo que me salvaste cuando aquellos perros se mantenían quietos mirando cómo me ahogaba. Te pagaré punto, por punto, y si salvarte puedes, yo haré por que te salves. Escucha, mañana por la mañana debes estar dispuesto, porque te haré atravesar el monte en litera, y también los pantanos que están del lado de allá. Esto lo haré diciendo que es por orden de ELLA, y el que no obedezca sus órdenes, pasto será de las hienas. Y cuando hayas pasado los pantanos lo demás será de tu cuenta, y si tienes suerte llegarás con vida a la orilla de las negras aguas de que me has hablado. Mira, el León ya se despierta también y vais a comer los alimentos que tengo preparados.

La condición de Leo al despertarse fue tan mala como era de esperarse de su aspecto, y ambos comimos tan abundantemente como lo necesitábamos, Dirigímonos luego a la fuente, donde nos bañamos, y volvimos a nuestros montones de hierba a dormir de nuevo hasta la tarde, en que despertamos y entonces comimos otra vez por cinco hombres cada uno.

Billali estuvo ausente todo ese día, haciendo sin duda los preparativos para nuestro viaje, pues en medio de la noche nos despertó la llegada de un gran número de gente a nuestro pequeño campamento.

Al alba se presentó también el mismo Billali y nos contó que sólo usando el nombre de la temible ELLA había conseguido, aunque con gran dificultad, los hombres necesarios para cargar las literas y dos guías que nos condujeran a través de los pantanos, y que nos aconsejaba que partiésemos, desde luego, anunciándonos que él mismo nos acompañaría para protegernos contra alguna traición.

Me conmovió mucho este acto de bondad de tan astuto viejo bárbaro hacia nosotros, que éramos dos extranjeros absolutamente indefensos. Un viaje de tres días, de seis, mejor dicho, pues tenía que volver a través de aquellos mortíferos pantanos, no era cosa cómoda por cierto para un hombre de su edad, pero él lo hacía de buena gana para atender a nuestra seguridad. Lo que quiere decir que, aun entre esos amajáguers, que son, en verdad, por su carácter sombrío y sus feroces y diabólicos ritos los más temibles salvajes de que yo haya oído hablar, se encuentran personas de buen corazón.

Por supuesto que algún interés personal podría inspirar quizá su conducta. Creería probablemente que ELLA, reaparecería a pedirle cuenta de nosotros; pero, de todos modos, nos ofreció en aquella ocasión mucho más de lo que teníamos derecho a esperar de él, y afirmo que mientras viva guardaré la más afectuosa reminiscencia de mi padre adoptivo, el anciano Billali.

Comimos algo, luego montamos en nuestras literas y al cabo de algún rato empezamos a sentirnos en posesión de nuestra antigua energía física. Pero el estado de nuestras mentes lo abandono a la consideración de los que me lean.

Empezamos, pues, la afanosa subida del monte. A trechos la ascensión era bastante natural, pero las más de las veces era por una senda en zigzag, practicada sin duda por los antiguos habitantes del país de Kor. Los amajáguers dicen que una vez al año llevan por allí a pastar afuera sus ganados excedentes, y yo afirmo que ese ganado debe tener los pies muy seguros. Las literas para nada nos servían en esos peñascales, y por supuesto, íbamos a pie.

Como hacia el mediodía llegamos a la meseta de la cima del monte acantilado, y desde ella obtuvimos un magnífico panorama de la llanura de Kor, en cuyo centro pudimos distinguir con bastante claridad los pilares de las ruinas del templo de la Verdad, por un lado, y por el otro el interminable y melancólico pantano que debíamos cruzar.

Este murallón de roca habría sido sin duda alguna el borde del cráter, y tendría milla v media de espesor, todo cubierto de peñas vitrificadas. Ninguna vegetación crecía en aquel lugar, y sólo distraían la mirada de la monótona uniformidad de aquella superficie los charcos de agua de una reciente lluvia que se formaban en todos los huecos y depresiones de las rocas. Atravesamos este plano superior de la enormísima muralla natural hasta que empezamos el declive del lado opuesto, que si no era tan penoso como la subida, bastante comprometido era aún por lo abrupto de la vertiente. Esto nos ocupó hasta la caída del sol. Aquella noche vivaqueamos en las faldas inferiores de la colina, que en ondulaciones iba a morir al gran pantano.

A la mañana siguiente, como a las once, continuamos nuestro camino por aquellos horribles pantanos que ya hemos descrito otras veces.

Y durante tres días más, entre hedores, lodazales y miasmas, marcharon nuestros conductores, hasta que llegamos a un terreno abierto y ondulante y 'poblado por toda .case de caza. En este lugar, a la mañana siguiente, nos despedimos, no .sin cierta pena, el anciano Billali, que atusándose con una mano la blanca barba, nos dió con la otra su bendición solemnemente.

- ¡Adiós, hijo mío, Babuino - dijo -, y adiós tú también, León! Nada más puedo hacer en vuestro obsequio. Pero si tenéis la suerte de llegar a vuestro país que os sirva de advertencia lo que habéis pasado para que no os aventaréis de nuevo por tierras desconocidas; no sea que no podáis volver y marquéis con vuestros blanqueados esqueletos los límites de vuestro camino... ¡Adiós, una vez más! ¡A menudo os recordaré, y tú, Babuino, no me olvidarás tampoco, que tu corazón es bueno aunque tu rostro sea tan feo!

Volviónos entonces la espalda, y se marchó, y con él se fueron los altos y sombríos conductores.

Observándolos estuvimos hasta que desaparecieron, sumiéndose en las nieblas del pantano con sus literas vacías como si llevasen en ellas cadáveres recogidos en un campo de batalla, y cuando nos vimos solos, abandonados en aquel vasto desierto, nos miramos con lágrimas en los ojos.

Tres semanas atrás, poco más o menos, cuatro hombres habían penetrado en los pantanos de Kor; dos de ellos habían muerto, y los sobrevivientes habían corrido aventuras tan raras y tremendas que la muerte misma no era más espantosa. ¡Tres semanas, tres semanas nomás fueron!...

¡Ah, el tiempo debe medirse más por sus acontecimientos que por sus horas!... Parecíame que hacía más de treinta años que habíamos salido de nuestro ballenero.

-Hemos de ir ahora en dirección del Zambezi, Leo-. ¡Pero Dios sabe si lo alcanzaremos!...

Leo se encogió de hombros sin decir palabra. Habíase tornado muy silencioso. Empezamos, pues, nuestra marcha solos, sin más ropa que la puesta, una brújula, los revólveres y rifles de precisión, y como doscientas balas. Y así terminó nuestra visita á las ruinas de la poderosa Kor,

En cuanto a las aventuras por que pasamos luego, por varias e interesantes que puedan ser, he decidido, después de pensar en ello, que no consten en estas páginas. En ellas sólo he tratado de dar cuenta concisa y clara de un hecho que me parece único, y no con la idea de que se publique inmediatamente, sino para aprovechar la memoria, reciente aún, de los episodios y detalles de nuestro viaje y su resultado. Me parece que será de mucho interés para el público el conocerlos. Por ahora creemos que este manuscrito no se publicará mientras vivamos Leo y yo:

Además, las aventuras que pasamos se parecen a todas las de los viajeros del África Central. Baste decir que tras increíbles penalidades y privaciones llegamos al Zambezi, que estaba unas ciento setenta millas al sur del lugar en que nos abandonó Billali. Allí fuimos hechos prisioneros por una tribu salvaje que nos tomó por seres sobrenaturales, principalmente por el aspecto de Leo, tan joven con su cabellera cana.

Escapamos al fin de este cautiverio, y atravesamos el Zambezi; estuvimos vagando en dirección al sur, y un día que estábamos a punto de caer muertos de hambre, topamos con un mestizo portugués, cazador de elefantes, que persiguiendo a una manada se había internado tierra adentro como nunca lo había hecho anteriormente. Este hombre nos acogió con mucha hospitalidad, y luego, gracias a sus auxilios, pudimos, entre sufrimientos y aventuras y innumerables, llegar a la bahía de Delagoa, a los dieciocho meses justos de haber salido de los pantanos de Kor.

Al día siguiente nos embarcamos en uno de los vapores que por el cabo de Buena Esperanza van a Inglaterra.

Próspero fue nuestro viajé por mar de regreso, y pusimos la planta en el muelle de Southampton a los dos años precisamente del día en que salirnos de la patria en pos de nuestra peregrina y ridícula investigación.

Y ahora mismo estoy trazando estos renglones postreros de mi historia, que Leo lee por detrás de mi hombro, mi antiguo cuarto de nuestro colegia de Cambridge, el mismo en que, hace veintidós años, penetró vacilante mi pobre amigo Vincey la noche memorable de su muerte, trayéndome la misteriosa arca de hierro.

¿Es realmente Leo una reencarnación del antiguo Kalikrates de que habla la que trazó la inscripción? ¿O Ayesha quizá fue alucinada por una semejanza extraordinaria de raza? Que el lector sobre esto, como sobre muchos puntos de nuestra historia, forme la opinión que le parezca más acertada. Yo tengo la mía, y es que Ayesha no se equivocó...

Ya he llegado al final de nuestra historia; al menos en lo que a la ciencia concierne y al externo mundo. En cuanto al fin que tendrá para Leo y para mí, no puedo concebirlo. Pero sí tenemos el sentimiento de que no ha llegado aún. La historia que comenzó hace dos mil años puede extenderse largamente por el velado y remoto futuro.

Sentado a menudo y a solas en altas horas de la noche, fijo la mente en la tiniebla del tiempo que no ha nacido aún, y me maravillo meditando en el desarrollo y forma que tendrá nuestro drama en el futuro, y en el teatro donde se representará su .final escena del último acto... Y cuando, por último, ese acto y escena se desarrollen, de

lo que no guardo yo la más mínima duda, pues será en obediencia a un sino que jamás se tuerce, a un propósito que jamás se altera, ¿cuál será el papel que desempeñe aquella egipcia Amenartas,- la princesa de la estirpe de Hakor de los faraones, por cuyo amor quebrantó sus votos a Isis el antiguo Kalikrates, que, perseguido por la venganza inexorable de la ultrajada diosa, huyó por la costa líbica hacia el sur a encontrar su triste suerte en las entrañas de la tierra debajo de la ruinosa Kor?

Esta obra continua y finaliza en la titulada AYESHA